

**UNA OBRA
MARAVILLOSA
Y UN
PRODIGIO**

LEGRAND RICHARDS

INDICE

1. La Iglesia en esta dispensación
2. La visita del Padre y del Hijo
3. La personalidad del Padre y el Hijo
4. Doctrinas falsas y la apostasía universal
5. La fundacion de una obra grande y maravillosa
6. Sale a luz el Libro de Mormón
7. El Libro de Mormón da cumplimiento a las profecías bíblicas
8. Evidencias de la autenticidad divina del Libro de Mormón
9. La restauracion de la autoridad del sacerdocio
10. La ordenanza del bautismo
11. La misión del Espiritu Santo
12. El establecimiento del Reino de Dios sobre la tierra
13. La misión de Elías
14. Matrimonio por esta vida y por la eternidad
15. El recogimiento de Israel
16. Israel en los postreros días
17. La venida de Elías
18. La Iglesia verdadera es una Iglesia de misioneros
19. Diferencias fundamentales entre la salvación y la exaltación
20. ¿De dónde viene el hombre?
21. ¿Por qué está aquí el hombre?
22. ¿A dónde va el hombre?
23. El día de reposo
24. Predestinación y preordenación
25. La Palabra de Sabiduría
26. La Ley de los Diezmos
27. Por sus frutos los conoceréis
28. Por sus frutos los conoceréis (Conclusión)
29. Un resumen

CAPÍTULO 1

LA IGLESIA EN ESTA DISPENSACIÓN

LA POSICIÓN DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Consideraremos la posición de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días desde el punto de vista de que es la única Iglesia cristiana cuyas enseñanzas no se basan exclusivamente en la Biblia. Si todas las Biblias del mundo hubiesen sido destruidas, aún así las doctrinas y enseñanzas de esta Iglesia concordarían con esas Escrituras, pues se recibieron por revelación directa de Dios. Recurrimos a la Biblia para mostrar que las verdades recibidas mediante la restauración del evangelio van de acuerdo con las enseñanzas de ese sagrado libro.

PALABRAS DE UN COMENTARISTA PROMINENTE

Se ha dicho que uno de los más prominentes comentaristas de los Estados Unidos declaró por la radio que en una ocasión se le había hecho esta pregunta: “¿Qué mensaje pudiera transmitirse al mundo que fuera de mayor importancia que cualquier otro?” Después de meditar y considerar el asunto detenidamente, concluyó que el mensaje más importante que podría comunicarse al mundo sería anunciar que un hombre, después de haber vivido sobre la tierra y muerto, había vuelto a ella con un mensaje de Dios. Si es así, los Santos de los Últimos Días tienen el mensaje de mayor trascendencia para el mundo en la actualidad. En 1936, sobre el cerro de Cumora, en la parte occidental del estado de Nueva York, se erigió un monumento a tal persona, Moroni, un profeta de Dios que vivió sobre el continente americano cuatrocientos años después de Cristo. Es el único monumento de su género en todo el mundo hoy día.

UNA IGLESIA DE MISIONEROS

Esto explica por qué La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días por fuerza debe ser una iglesia dedicada al proselitismo, y por qué nuestros misioneros llevan su mensaje a otros cristianos, aun cuando se les critica por ello con la pregunta: “¿Por qué no van ustedes a los paganos? Nosotros ya somos cristianos.” La respuesta obvia debe ser: “Porque nosotros creemos en una religión e iglesia *restauradas y reveladas*.”

CLASIFICACIÓN DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS

Las iglesias cristianas de la actualidad se pueden clasificar en forma general de la manera siguiente:

1. La Iglesia Católica, cuyo argumento es que la Iglesia ha existido sin interrupción sobre la tierra desde que originalmente fue fundada por Jesucristo.
2. Las iglesias protestantes, fundadas por los reformadores, los cuales afirman que la Iglesia original cayó en un estado de apostasía, por lo que, mediante un estudio de la Biblia, han intentado volver a las enseñanzas y prácticas originales de la Iglesia. El gran número de estas iglesias comprueba lo imposible que es llegar a un acuerdo respecto de las enseñanzas de la Biblia cuando se deja a la sabiduría del hombre el interpretarlas y entenderlas. Por motivo de esta falta de unidad, las iglesias han continuado multiplicándose cuanto más se esfuerzan por volver a lo que consideran las enseñanzas originales de Cristo.

3. Los que creen que la Iglesia establecida por Jesucristo mientras estuvo en la tierra cayó en el estado de apostasía predicha por los apóstoles, y que no podía ser restablecida sobre la tierra meramente por una reforma, sino sólo por una restauración.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la única que entra en esta última categoría, con excepción de algunos grupos apóstatas que de ella se han separado.

Al considerar estas afirmaciones, es palpable que si la primera es cierta, no hay razón para que exista ninguna otra iglesia cristiana. Pero si la Iglesia original se desvió, ¿podría restaurarse su poder por medio de una reforma? ¿Puede brotar una rama viva de un árbol muerto? ¿No es claro que debe haber una nueva plantación, una restauración?

UNA DECLARACIÓN CATÓLICA

En un folleto titulado *The Strength of the Mormon Position*, el hoy fallecido hermano Orson F. Whitney, del Consejo de los Doce Apóstoles, relata lo siguiente bajo el título, “Una Declaración Católica”:

Hace muchos años, un hombre muy instruido, miembro de la Iglesia Católica Romana, vino a Utah y habló en el Tabernáculo de Salt Lake City. Llegué a conocerlo bien, al grado de poder conversar libre y francamente con él. Era un hombre de mucha erudición. Podía hablar por lo menos doce idiomas, y parecía saber todo lo concerniente a teología, leyes, literatura, ciencia y filosofía. Un día me dijo: “Ustedes los mormones son unos ignorantes. Ni siquiera conocen la fuerza de su propia posición. Es tan fuerte que en todo el mundo cristiano únicamente hay otra que pueda defenderse, y ésta es la posición de la Iglesia Católica. La lucha es entre el catolicismo y el mormonismo. Si nosotros tenemos razón, ustedes están errados; y si ustedes tienen razón, nosotros estamos errados; y no hay más. Los protestantes no tienen ningún fundamento válido. Pues si nosotros estamos en error, ellos están en el mismo error que nosotros, ya que fueron parte de nosotros y de nosotros se desprendieron; mientras que si nosotros tenemos razón, no son sino apóstatas a quienes excomulgamos desde hace mucho. Si nosotros tenemos la sucesión apostólica desde Pedro, como lo afirmamos, ninguna falta hace José Smith y el mormonismo; mas si no tenemos esa sucesión, era necesario que viniese un hombre como José Smith, y la posición del mormonismo es la única que es lógica. Una de dos, o es la perpetuación del evangelio desde los días antiguos, o la restauración del evangelio en los últimos días.”

EL CONGRESO DE FILOSOFÍAS RELIGIOSAS

En el curso de un sermón pronunciado en el Tabernáculo de Salt Lake City, Utah, el 10 de octubre de 1915, el hermano James E. Talmage, del Consejo de los Doce Apóstoles, hizo referencia a una notable reunión religiosa que se había verificado en San Francisco en julio de ese año. Se efectuó como parte de la Exposición Internacional de Panamá y del Pacífico, y diósele por nombre “Congreso de Filosofías Religiosas”. Se dedicaron tres días a este congreso durante los cuales celebraron tres sesiones diariamente. Se designaron los días “Día Cristiano”, “Día Hindú” y “Día Oriental”, respectivamente. El plan de los organizadores consistió en invitar a que ocupasen la tribuna los representantes de cualquier organización religiosa que profesara alguna singularidad o afirmase tener alguna base filosófica para su creencia que le diera ese carácter distintivo.

Se extendió la invitación de participar a los representantes de las Iglesias Católica Romana y Católica Griega; también a un representante del protestantismo y a un representante de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

El representante de la Iglesia Católica Romana no se presentó. El de la Iglesia Católica Griega abogó a favor de una unión con la Iglesia Católica Romana, y sugirió que se olvidase el

cisma de los días pasados, se salvara el abismo que los dividía y volviesen al redil los católicos griegos y reconociesen al Papa como su pastor común.

En su discurso, el representante del protestantismo propuso una unión de las iglesias. Argumentó a favor de la eliminación de los obstáculos o las líneas de demarcación que dividían a las muchas organizaciones protestantes del día.

El hermano James E. Talmage sigue diciendo:

“Hablo juiciosamente, y después de prudente consideración, cuando digo que la Iglesia Mormona [La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días] fue la única organización cristiana allí representada que pudo presentar una base filosófica precisa, clara y sin modificación.”

El había preguntado a los organizadores del congreso, primero, por qué razón habían extendido tan cordial invitación a la Iglesia de Salt Lake City; y segundo, por qué no se había dado lugar en el programa a las sectas cristianas en general. La respuesta fue en esencia: (1) que habría quedado incompleto el programa, que tenía por objeto presentar las filosofías de las organizaciones cristianas, si se hubiese hecho caso omiso de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; (2) que consideraban a las varias iglesias cristianas, así llamadas, como divisiones sectarias, a las cuales no distinguía ninguna base filosófica singular, y que en caso de admitirse como cierto todo lo que pretendían, sus afirmaciones no les darían el derecho de ser reconocidas en una asamblea de esa categoría. (El texto completo de la presentación del hermano Talmage se halla en el folleto, *The Philosophical Basic of Mormonism*.)

EL MENSAJE DE MAYOR IMPORTANCIA PARA EL MUNDO

Si en esta dispensación han venido a la tierra mensajeros celestiales (profetas que vivieron en este mundo) con mensajes de Dios, como lo afirma el profeta José Smith, entonces tenemos el mensaje más importante que puede comunicarse al mundo en la actualidad, y el cual merece una investigación. Si estos mensajeros en verdad vinieron, deben haber dado a conocer cosas dignas de un mensajero celestial, algo que ningún ser mortal poseía.

Basados en esto, procederemos a un análisis de las contribuciones de estos mensajeros celestiales. Sugerimos que el lector asuma la posición de juez y jurado, y suspenda su fallo hasta que toda la evidencia que en esta obra se presenta haya sido plenamente considerada.

CAPÍTULO 2

LA VISITA DEL PADRE Y DEL HIJO

En la mañana de un hermoso día de la primavera de 1820, ocurrió uno de los acontecimientos más importantes y trascendentales de la historia de este mundo. Dios el Eterno Padre y su Hijo Jesucristo aparecieron a José Smith y le dieron instrucciones concernientes al establecimiento del reino de Dios sobre la tierra en estos últimos días. José Smith nos ha relatado detalladamente esta gloriosa experiencia:

LA PROPIA HISTORIA DE JOSÉ SMITH

Debido a las muchas noticias que personas mal dispuestas e insidiosas han circulado acerca del origen y progreso de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, con las cuales sus autores han intentado combatir su reputación como Iglesia y su progreso en el mundo, se me ha persuadido a escribir esta historia para sacar del error a la opinión pública y presentar a los que buscan la verdad los hechos tal como han sucedido, tanto en lo concerniente a mí, así como a la Iglesia, y lo hago hasta donde el conocimiento de estos hechos me lo permite.

En este relato presentaré con verdad y justicia los varios sucesos que con esta Iglesia se relacionan, tal como han sucedido, o como en la actualidad existen, siendo ocho, con éste, los años que han transcurrido desde la organización de dicha Iglesia.

Nací en el año de nuestro Señor, mil ochocientos cinco, el día veintitrés de diciembre, en el pueblo de Sharon, Condado de Windsor, Estado de Vermont. Tendría yo unos diez años de edad cuando mi padre, que también se llamaba José Smith, salió del Estado de Vermont y se trasladó a Palmyra, Condado de Ontario (hoy Wayne), Estado de Nueva York. Como a los cuatro años de la llegada de mi padre a Palmyra, se mudó con su familia a Manchester, en el mismo Condado de Ontario.

Once personas integraban su familia, a saber, mi padre José Smith; mi madre, Lucy Smith (cuyo apellido de soltera era Mack, hija de Solomon Mack); mis hermanos Alvin (fallecido el 19 de noviembre de 1824, a los veintisiete años de edad), Hyrum, yo, Samuel Harrison, William, Don Carlos; y mis hermanas, Sophronia, Catherine y Lucy.

Durante el segundo año de nuestra residencia en Manchester, surgió en la región donde vivíamos una agitación extraordinaria sobre el tema de la religión. Empezó entre los metodistas, pero pronto se generalizó entre todas las sectas de la comarca. En verdad, parecía repercutir en toda la región, y grandes multitudes se unían a los diferentes partidos religiosos, ocasionando no poca agitación y división entre la gente; pues unos gritaban: “¡He aquí!”; y otros: “¡He allí!” Unos contendían a favor de la fe metodista, otros a favor de la presbiteriana y otros a favor de la bautista.

Porque a pesar del gran amor expresado por los conversos de estas distintas creencias al tiempo de su conversión, y del gran celo manifestado por los clérigos respectivos, que activamente suscitaban y fomentaban este cuadro singular de sentimientos religiosos —a fin de lograr convertir a todos, como se complacían en decir, pese a la secta que fuere— sin embargo, cuando los convertidos empezaron a dividirse, unos con este partido y otros con aquél, se vio que los supuestos buenos sentimientos, tanto de los sacerdotes como de los prosélitos, eran más fingidos que verdaderos; porque siguió una escena de gran confusión y malos sentimientos —sacerdote conteniendo con sacerdote, y prosélito con prosélito— de modo que toda esa buena voluntad del uno para con el otro, si alguna vez la abrigaron, ahora se perdió completamente en una lucha de palabras y contienda de opiniones.

Por esa época tenía yo entre catorce y quince años de edad. La familia de mi padre se convirtió a la fe presbiteriana; y cuatro de ellos ingresaron a esa iglesia, a saber, mi madre Lucy, mis hermanos Hyrum y Samuel Harrison, y mi hermana Sophronia.

Durante estos días de tanta agitación, invadieron mi mente una seria reflexión y gran inquietud; pero no obstante la intensidad de mis sentimientos, que a menudo eran punzantes, me conservé apartado de todos estos grupos, aunque concurría a sus respectivas juntas cada vez que la ocasión me lo permitía. Con el transcurso del tiempo llegué a favorecer un tanto la secta metodista, y sentí cierto deseo de unirme a ella, pero eran tan grandes la confusión y contención entre las diferentes denominaciones, que era imposible que una persona tan joven como yo, y sin ninguna experiencia en cuanto a los hombres y las cosas, llegase a una determinación precisa sobre quién tendría razón y quién no.

Tan grande e incesante eran el clamor y alboroto, que a veces mi mente se agitaba en extremo. Los presbiterianos estaban decididamente en contra de los bautistas y de los metodistas, y se valían de toda la fuerza del razonamiento, así como de la sofistería, para demostrar 108 errores de aquéllos, o por lo menos, hacer creer a la gente que estaban en error. Por otra parte los bautistas y metodistas, a su vez, se afanaban con el mismo celo para establecer sus propias doctrinas y refutar las demás.

En medio de esta guerra de palabras y tumulto de opiniones, a menudo me decía a mí mismo: j,Qué se puede hacer? j,Cuál de todos estos partidos tiene razón; o están todos en error? Si uno de ellos es verdadero, j,cuál es, y cómo podré saberlo?

Agobiado bajo el peso de las graves dificultades que provocaban las contiendas de estos partidos religiosos, un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, primer capítulo y quinto versículo, que dice: Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente, y sin reproche, y le será dada.

Ningún pasaje de las Escrituras jamás penetró el corazón de un hombre con más fuerza que éste en esta ocasión, el mío. Pareció introducirse con inmenso poder en cada fibra de mi corazón. Lo medité repetidas veces, sabiendo que si alguien necesitaba sabiduría de Dios, esa persona era yo; porque no sabía qué hacer, y a menos que pudiera obtener mayor conocimiento del que hasta entonces tenía, jamás llegaría a saber; porque los maestros religiosos de las diferentes sectas interpretaban los mismos pasajes de las Escrituras de un modo tan distinto, que destruía toda esperanza de resolver el problema recurriendo a la Biblia.

Finalmente llegué a la conclusión de que tendría que permanecer en tinieblas y confusión, o de lo contrario, hacer lo que Santiago aconsejaba, esto es, recurrir a Dios. Al fin tomé la determinación de “pedir a Dios”, habiendo decidido que si El daba sabiduría a quienes carecían de ella, y la impartía abundantemente, y sin reprochar, yo podría intentarlo.

Por consiguiente, de acuerdo con esta resolución mía de recurrir a Dios, me retiré al bosque para hacer la prueba. Fue en la mañana de un día hermoso y despejado, a principios de la primavera de 1820. Era la primera vez en mi vida que hacía tal intento, porque en medio de toda mi ansiedad, hasta ahora no había procurado orar vocalmente.

Después de apartarme al lugar que previamente había designado, mirando a mi derredor y encontrándome solo, me arrodillé y empecé a elevar a Dios el deseo de mi corazón. Apenas lo hube hecho, cuando súbitamente se apoderó de mí una fuerza que me dominé por completo, y surtió tan asombrosa influencia en mí, que se me trabó la lengua, de modo que no pude hablar. Una espesa niebla se formó alrededor de mí, y por un tiempo me pareció que estaba destinado a una destrucción repentina.

Mas esforzándome con todo mi aliento para pedirle a Dios que me librara del poder de este enemigo que se había apoderado de mí, y en el momento en que estaba para hundirme en la desesperación y entregarme a la destrucción—no a una ruina imaginaria, sino al poder de un ser efectivo del mundo invisible que ejercía una fuerza tan asombrosa como yo nunca había sentido en ningún otro ser—precisamente en ese momento de tan grande alarma vi una columna

de luz, más brillante que en sol, directamente arriba de mi cabeza; y esta luz gradualmente descendió hasta descansar sobre mí.

No bien se apareció, me sentí libre del enemigo que me había sujetado. Al reposar sobre mí la luz, vi en el aire arriba de mí a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: Este es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!

Habla sido mi objeto recurrir al Señor para saber cuál de todas las sectas era la verdadera, a fin de saber a cuál unirme. Por tanto, luego que me hube recobrado lo suficiente para poder hablar, pregunté a los Personajes que estaban en la luz arriba de mí, cuál de todas las sectas era la verdadera, y a cuál debía unirme.

Se me contestó que no debía unirme a ninguna, porque todas estaban en error; y el Personaje que me habló dijo que todos sus credos eran una abominación a su vista; que todos aquellos profesores se hablan pervertido; que “con sus labios me honran, pero su corazón lejos está de mí; enseñan como doctrinas los mandamientos de hombres, teniendo apariencia de piedad, mas negando la eficacia de ella”.

De nuevo me mandó que no me afiliara con ninguna de ellas; y muchas otras cosas me dijo que no puedo escribir en esta ocasión. Cuando otra vez volví en mí, me encontré de espaldas mirando hacia el cielo. AL retirarse la luz, me quedé sin fuerzas, pero poco después, habiéndome recobrado hasta cierto punto, volví a casa. Al apoyarme sobre la mesilla de la chimenea, mi madre me preguntó si algo me pasaba. Yo le contesté: “Pierda cuidado, todo está bien; me siento bastante favorecido.” Entonces le dije: “He sabido a satisfacción mía que el presbiterianismo no es verdadero.” Parece que desde los años más tiernos de mi vida el adversario sabía que yo estaba destinado a perturbar y molestar su reino; de lo contrario, ¿por qué habían de combinarse en mí contra los poderes de las tinieblas? ¿Cuál era el motivo de la oposición y persecución que se desató contra mí casi desde mi infancia?

A los pocos días de haber visto esta visión, me encontré por casualidad en compañía de uno de los ministros metodistas, uno muy activo en la ya mencionada agitación religiosa; y hablando con él de asuntos religiosos, aproveché la oportunidad para relatarle la visión que yo había visto. Su conducta me sorprendió grandemente; no sólo trató mi narración livianamente, sino con mucho desprecio, diciendo que todo aquello era del diablo; que no había tales cosas como visiones o revelaciones en estos días; que todo eso había cesado con los apóstoles, y que no volvería a haber más.

Sin embargo, no tardé en descubrir que mi relato había despertado mucho prejuicio en contra de mí entre los profesores de religión, y fue la causa de una fuerte persecución, cada vez mayor; y aunque no era yo sino un muchacho desconocido, apenas entre los catorce y quince años de edad, y tal mi posición en la vida que no era un joven de importancia alguna en el mundo, sin embargo, los hombres en altas posiciones se fijaban en mí lo suficiente para agitar el sentimiento público en mi contra y provocar con ello una amarga persecución: y esto fue general entre todas las sectas: todas se unieron para perseguirme.

En aquel tiempo me fue motivo de seria reflexión, y frecuentemente lo ha sido desde entonces, cuán extraño que un muchacho desconocido de poco más de catorce años, y además, uno que estaba bajo la necesidad de ganarse un escaso sostén con su trabajo diario, fuese considerado persona de importancia suficiente para llamar la atención de los grandes personajes de las sectas más populares del día; y a tal grado, que suscitaba en ellos un espíritu de la más rencorosa persecución y vilipendio. Pero, extraño o no, así aconteció; y a menudo fue motivo de mucha tristeza para mí.

Sin embargo, no por esto dejaba de ser un hecho el que yo hubiera visto una visión. He pensado desde entonces que me sentía igual que Pablo, cuando presentó su defensa ante el rey Agripa y refirió la visión, en la cual vio una luz y oyó una voz. Mas con todo, fueron pocos los que lo creyeron; unos dijeron que estaba mintiendo; otros, que estaba loco; y se burlaron de él y lo vituperaron. Pero nada de esto destruyó la realidad de su visión. Había visto una visión, y él

lo sabía, y toda la persecución debajo del cielo no iba a cambiar ese hecho; y aunque lo persiguieran hasta la muerte, aún así sabía, y sabría hasta su último aliento, que había visto una luz así como oído una voz que le habló; y el mundo entero no pudo hacerlo pensar o creer lo contrario.

Así era conmigo. Yo efectivamente había visto una luz, y en *medio de la luz vi a dos Personajes, los cuales en realidad me hablaron; y aunque se me odiaba y perseguía por decir que había visto una visión, no obstante, era cierto; y mientras me perseguían, y me censuraban, y decían falsamente toda clase de mal en contra de mí por afirmarlo, yo pensaba en mi corazón: ¿Por qué me persiguen por decir la verdad? En realidad he visto una visión, y ¿quién soy yo para oponerme a Dios? ¿o por qué piensa el mundo hacerme negar lo que realmente he visto? Porque había visto una visión; yo lo sabía, y comprendía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo; por lo menos, sabía que haciéndolo, ofendería a Dios y caería bajo condenación.* (P. de G. P., José Smith—Historia I-25.)

Tal fue la primera visión del Profeta. De ella aprendemos, entre otras verdades, que Dios el Padre y su Hijo Jesucristo son dos Personas separadas y distintas, y que el hombre ha sido creado literalmente a imagen de Dios.

LA ADORACIÓN DE DIOSES FALSOS

El gran pecado de las edades ha sido la adoración de dioses falsos. De ahí procede el primero de los Diez Mandamientos escritos por Dios mismo sobre tablas de piedra al compás de los truenos y relámpagos en el Monte de Sinaí: “No tendrás dioses ajenos delante de mí.” (Exodo 20:3.)

Cuando Moisés condujo a los hijos de Israel a la Tierra Prometida, les dijo que en las generaciones venideras serían esparcidos entre las naciones paganas. “Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que *no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen.*” (Deuteronomio 4:28.) Entonces les prometió que “en los postreros días”, cuando estuvieran en angustia, si se volvieron en pos del Señor su Dios, lo hallarían silo buscaban con todo el corazón y con toda el alma. (Véase Deuteronomio 4:29-30.)

¿Acaso podían *ver u oír o comer u oler* los dioses hechos por manos de hombres, que las iglesias cristianas del mundo enseñaban y adoraban en la época en que José Smith vio su gloriosa visión?

LOS DIOSES EXTRAÑOS DE LA CRISTIANDAD

Unos dos o tres párrafos indicarán las creencias generales que existían entre la cristiandad en los primeros días de la historia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días:

El Dios de la Iglesia Católica era descrito en la siguiente forma:

P. ¿Qué es Dios?

R. Dios es Espíritu, eterno, independiente, infinito e inmutable, que se halla presente en todo lugar, ve todas las cosas y gobierna el universo.

P. ¿Por qué decís que es Espíritu?

R. Porque es una inteligencia suprema que no tiene ni cuerpo, ni figura, ni color, ni puede estar sujeto a los sentidos. (Rey. P. Callot. *Doctrine and Scriptural Catechism of the Catholic Church, 1886.*)

La Iglesia Metodista adora esta clase de Dios:

No hay sino un Dios viviente y verdadero, infinito, sin cuerpo o partes, de infinito poder, sabiduría y bondad; Hacedor y Conservador de todas las cosas, así visibles como invisibles; y en

la unidad de este Dios hay tres personas de una misma substancia, poder y eternidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. (Methodist Discipline, Toronto, Canadá, 1886.)

Examinemos la definición del Dios de la Iglesia Presbiteriana:

No hay sino un Dios viviente y verdadero, infinito en su ser y perfección, espíritu purísimo, invisible, sin cuerpo, partes o pasiones, inmutable, infinito, eterno, incomprendible, todopoderoso, sapientísimo, santísimo, que obra todas las cosas de acuerdo con el consejo de su inmutable y justa voluntad para su propia gloria; amoroso, gracioso, misericordioso, longánimo; abundante en bondad y verdad, y en perdonar la iniquidad, transgresión y el pecado; galardonador de los que diligentemente lo buscan; y con todo, el más justo y terrible en sus juicios; odiador de todo pecado y que en ningún sentido dará por inocente al culpable. (Presbyterian Church Confession of Faith, capítulo 2, artículo 1.)

Estos son algunos de los ejemplos típicos de los dioses que adoraban las iglesias cristianas durante el siglo diecinueve. Son los dioses que, según Moisés, Israel encontraría al ser esparcido entre todas las naciones: dioses “que ni ven, ni oyen, ni comen, ni huelen”. ¿Cómo se puede esperar que un dios sin cuerpo, partes o pasiones pueda ver, oír, comer u oler? ¿Cómo se espera que un hijo de Dios entienda a un dios tan “incomprendible” como el que los credos anteriores le enseñan a adorar y, menos aún, que lo ame y sea amado de El?

EL CONOCIMIENTO DE JOSÉ SMITH

Compárese el conocimiento e información que recibió José Smith acerca de la personalidad de Dios y su Hijo Jesucristo, durante los breves momentos que habló con ellos cara a cara, con los credos del Concilio de Nicea, convocado por el emperador Constantino en el año 325 de la era cristiana, en el que trescientos dieciocho obispos pasaron cuatro semanas debatiendo la verdadera divinidad y personalidad del Hijo de Dios y la igualdad de Cristo y Dios, antes de poder llegar a un grado de unidad que les permitiera hacer una declaración pública sobre el asunto.

Consideremos atentamente las palabras del profeta José Smith:

“Si por cinco minutos pudiéramos ver lo que hay en el cielo, aprenderíamos más que si leyésemos todo lo que jamás se ha escrito sobre el asunto.” (*Documentary History of the Church*, tomo 6, pág. 50.)

La aparición del Padre y el Hijo a José Smith se halla hermosamente descrita en las palabras del himno “Oración del Profeta”, que dicen:

*Qué hermosa la mañana, qué brillante fue el sol,
Animales de verano daban voces de loor;
Cuando en hermoso bosque suplicó José a Dios.
Con ahínco suplicaba en ferviente oración,
Y la fuerza del maligno a su alma disparó,
Mas en Dios él esperaba, y le fió su protección.
Descendió gran luz del cielo, más brillante que el sol,
Y gloriosa la columna, con poder en él cayó
De los Seres Celestiales, Dios el Padre y Jesús.
“Es mi Hijo Bien Amado; da oído”, dijo Dios;
Por el Padre contestado, escuchaba al Señor.
¡Oh qué gozo en su pecho!, porque vio al Dios de Luz.
(Himnos de Sión, Núm. 149.)*

La visita del Padre y el Hijo a José Smith abrió la puerta al establecimiento del reino de Dios sobre la tierra en esta dispensación, y fue el acontecimiento más grande del siglo diecinueve.

CAPÍTULO 3

LA PERSONALIDAD DEL PADRE Y EL HIJO

EL HOMBRE FUE CREADO A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

La sencilla historia relatada por el profeta José Smith respecto de su entrevista con el Padre y el Hijo nos permite entender con mayor claridad las enseñanzas de la Biblia referentes a este importante asunto. Sin embargo, se debe tener presente que este conocimiento no lo recibió el Profeta del estudio de las Escrituras. Empleamos la Biblia únicamente para mostrar que la historia del joven concuerda en todo sentido con las enseñanzas de dicho libro, algunas de las cuales consideraremos en seguida:

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.

V creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.
(Génesis 1 :26-27.)

Se ha intentado explicar que esta creación fue únicamente a imagen y semejanza espiritual de Dios, pero después de leer la sencilla historia de José Smith, uno se pregunta en qué forma podría un historiador hacer una descripción más clara, más fácil de entender, de lo que sucedió al tiempo de la creación del hombre, especialmente cuando uno lee:

“Y vivió Adán ciento y treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set.” (Génesis 5:3.)

José Smith descubrió que había sido creado tan literalmente a imagen y semejanza de Dios y Jesucristo, como Set fue engendrado a la imagen y semejanza de su padre Adán.

EL TESTIMONIO DE MOISÉS SOBRE LA PERSONALIDAD DE DIOS

Así también, lo que experimentaron Moisés, sus compañeros y setenta de los ancianos de Israel parece ahora más razonable y fácil de entender:

V subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando esta sereno. (Exodo 24: 9-10.)

Cuando Moisés entraba en el tabernáculo, la columna de nube descendía y se ponía a la puerta del tabernáculo, y Jehová hablaba con Moisés.

V viendo todo el pueblo la columna de nube que estaba a la puerta del tabernáculo, se levantaba cada uno a la puerta de su tienda y adoraba.

V hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero... (Exodo 33:9-11.)

¿Puede exigírsele a un historiador, cualquiera que sea, una descripción más clara de este acontecimiento, cuando ya ha dicho que el Señor y Moisés hablaron el uno con el otro “cara a cara, como habla cualquiera a su compañero”? ¿Hay necesidad de explicar cómo habla un hombre con su compañero? El Padre y el Hijo hablaron con José Smith “cara a cara, como habla cualquiera a su compañero”. Sólo por el hecho de que efectivamente Dios creó al hombre a su imagen y semejanza fue posible que así sucediera. ¿Qué otra imagen o semejanza podría ser tan admirable?

TESTIMONIO DE PABLO EN CUANTO A LA PERSONALIDAD DE DIOS

Pablo el Apóstol intentó aclarar la clase de persona que es Dios, diciendo que su Hijo, Jesucristo, es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”, y que “se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. (Hebreos 1:3.) Esto, por supuesto, habría sido imposible si su Padre no tuviese una forma a cuya diestra su Hijo pudiera sentarse.

ESTEBAN DA SU TESTIMONIO CONCERNIENTE A LA PERSONALIDAD DE DIOS

La descripción de Dios que hace Pablo da el verdadero significado a las palabras que habló Esteban cuando lo estaban apedreando a muerte sus enemigos:

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios,

y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. (Hechos 7:55-56.)

De modo que Esteban vio a dos personajes, separados y distintos; uno de ellos, el Hijo, a la diestra del otro, el Padre.

JUAN TESTIFICA DE LA PERSONALIDAD DE DIOS

Esto también concuerda con lo que se ha escrito respecto de la ocasión en que Jesús fue bautizado por Juan:

Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él.

Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. (Mateo 3:16-17.)

Aquí se menciona a cada uno de los tres miembros de la Trinidad distinta y separadamente: (1) Jesús, que salía del agua; (2) el Espíritu Santo, que descendía como paloma; (3) la voz del Padre desde los cielos, que expresaba su amor y aprobación de su Hijo Amado. ¿Cómo será posible que uno crea que estos tres son una misma persona sin cuerpo ni forma?

EL SEÑOR RESUCITADO

Fijemos ahora nuestra consideración en el Señor resucitado. Si en la actualidad no tiene su cuerpo de carne y huesos que fue depositado en la tumba, debe haber muerto por segunda vez; porque cuando María Magdalena y la otra María vinieron al sepulcro para ver el cuerpo de Jesús, hallaron que un ángel del Señor había descendido de los cielos y estaba sentado sobre la piedra que él había quitado de la entrada:

Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve...

Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado.

No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. (Mateo 28:3, 5-6.)

Después de su resurrección Jesús apareció a muchos. Mientras los once apóstoles se hallaban reunidos en Jerusalén, hablando de lo que había acontecido,

Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros.

Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu.

Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?

Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. (Lucas 24:36-39.)

Para mayor prueba de que era su propio cuerpo, tomó un pedazo de pez asado y un panal de miel y comió delante de ellos.

Con su cuerpo resucitado ascendió a los cielos a la vista de quinientos de los hermanos:

“Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez...” (1 Corintios 15:6.)

Sus apóstoles lo vieron ascender al cielo, y los “dos varones” que “se pusieron junto a ellos con vestiduras blancas” afirmaron el hecho:

Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo. (Hechos 1:10-11.)

Si Jesucristo y su Padre son un espíritu, sin cuerpo o forma, tan grande que llena el universo y tan pequeño que mora en todo corazón, como muchos creen y las iglesias enseñan, ¿cuál pues es el significado de la resurrección que se conmemora cada Domingo de Pascua en las iglesias cristianas? y ¿qué hizo con su cuerpo después que lo mostró a sus apóstoles y a otros?

EL TESTIMONIO DE JOSÉ SMITH TOCANTE A LA PERSONALIDAD DE JESÚS

José Smith volvió a ver al mismo Jesús que sus discípulos vieron ascender al cielo después de su resurrección. Este es el testimonio que de El dan José Smith y Sidney Rigdon después de una visión que recibieron en Hiram, Ohio, el 16 de febrero de 1832:

Y mientras meditábamos estas cosas, el Señor tocó los ojos de nuestro entendimiento y fueron abiertos, y la gloria del Señor brilló alrededor.

Y vimos la gloria del Hijo, a la diestra del Padre, y recibimos de su plenitud;

y vimos a los santos ángeles y a los que son santificados delante de su trono, adorando a Dios y al Cordero, y lo adoran para siempre jamás.

Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Qué vive!

Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre;

que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios. (D. y C. 76:19-24.)

Notemos el parecido que lo anterior guarda con la Primera Visión de José Smith y con el testimonio del Padre al tiempo del bautismo de su Hijo Jesús. El Padre estaba hablando de su Hijo, pues son dos personas separadas y distintas. Si el Padre no hubiese tenido voz, no habría podido hablar.

Esta declaración ahora permanecerá como testimonio a todos aquellos a quienes llegue, hasta que El vuelva para reinar como “Señor de señores y Rey de reyes” (Apocalipsis 17:14).

La comprensión de la realidad de su existencia y personalidad da un significado verdadero a la promesa comprendida en el sermón que Cristo predicó en el monte:

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.” (Mateo 5:8.)

LAS ESCRITURAS SOBRE LA PERSONALIDAD DE DIOS SUELEN SER MAL INTERPRETADAS

Hay en la Biblia ciertas declaraciones que se han entendido mal, por lo que ha resultado un concepto erróneo de la personalidad y forma de Dios y de su Hijo Jesucristo. Conviene considerar algunas de ellas brevemente:

A Dios nadie le vio jamás: el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer. (Juan 1:18.)

Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. (1 Juan 4:12.)

En la Versión Inspirada de la Biblia, obra del profeta José Smith, se lee el pasaje de esta manera:

A Dios nadie le vio jamás, salvo que haya dado testimonio del Hijo; porque si no es por él, nadie puede ser salvo. (Juan 1:19.)

También expresa de este modo el pasaje de 1 Juan 4:12:

Nadie ha visto jamás a Dios, sino el que cree. Si nos amamos unos a otros, Dios está en nosotros, y su amor es perfecto en nosotros.

Queda comprobado que José Smith entendía el verdadero significado de estos pasajes por las siguientes palabras de una revelación que recibió del Señor en Hiram, Ohio, en noviembre de 1831:

“Porque ningún hombre en la carne ha visto a Dios jamás, a menos que haya sido vivificado por el Espíritu de Dios.” (D. y C. 67:11.)

Esta doctrina recibió mayor aclaración en las visiones reveladas a Moisés y manifestadas más tarde al profeta José Smith:

Pero ahora mis propios ojos han visto a Dios; pero no mis ojos naturales, sino mis ojos espirituales; porque mis ojos naturales no podrían haber visto; porque me habría desfallecido y muerto en su presencia; mas su gloria me cubrió, y vi su rostro, porque fui transfigurado delante de él. (P. de G. P., Moisés 1:11.)

Está claro, pues, que el hombre puede ver a Dios solamente cuando es “vivificado por el Espíritu de Dios”. Aparentemente a esto se refería Juan cuando dijo:

Escrito está en los profetas: V serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí.

No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre. (Juan 6:45-46.)

El apóstol Pablo se refiere a un Dios invisible:

En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. (Colosenses 1 :14-15.)

Si examinamos un poco más las enseñanzas de Pablo, hallaremos que él y Juan tenían el mismo concepto: que aun cuando Dios generalmente es invisible para el hombre, no es *invisible* para los profetas, porque el apóstol de referencia indica que Moisés vio al *Dios invisible*.

“Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible.” (Hebreos 11:27.)

Juan también hace la declaración de que Dios es Espíritu, cosa que confunde a algunos:

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” (Juan 4:24.)

Esto no debe confundirnos, ya que todos somos espíritus, revestidos de cuerpos y carne y huesos. Juan dice que lo hemos de “adorar en espíritu y en verdad”. Sin embargo, no quiere dar a entender que nuestros espíritus han de abandonar nuestros cuerpos a fin de que podamos adorarlo “en espíritu”.

Pablo declaró: “Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6:17). Somos espíritus en la misma manera a que se refería Juan cuando dijo: “Dios es Espíritu”.

LA UNIDAD DEL PADRE Y DEL HIJO

Ha habido mucho entendimiento errado concerniente a la tantas veces repetida afirmación de que Jesús y su Padre son uno. Este asunto se aclara por completo si se lee cuidadosamente el capítulo 17 del Evangelio de San Juan. Poco antes que Jesús fuese ofrecido, oró a su Padre y le dio gracias por sus apóstoles, y rogó que fuesen “uno, así como nosotros” (Juan 17:11).

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,

para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. (Juan 17:20-21.)

Se pone de relieve, desde luego, que Jesús no hablaba de la unidad de personas, sino de la unidad de propósito, porque también rogó que pudiesen estar con El, lo cual habría sido innecesario si la unidad a que se refería fuese de personas más bien que de propósito:

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. (Juan 17:24.)

Una vez más queda manifestado que la *unidad* a la cual se hace referencia nada tiene que ver con la unidad de personas, pues si Jesús y su Padre fuesen una persona, sería absurdo pensar que Jesús estaba orando a sí mismo o que se había amado a sí mismo antes de la fundación del mundo.

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.” (Juan 17:3.)

Este verdadero conocimiento de Dios y su Hijo Jesucristo nuevamente ha venido al mundo en esta dispensación, no por un estudio de la Biblia, sino por la aparición real de estos Personajes celestiales al jovencito José Smith, de lo cual tan elocuentemente él ha testificado.

CAPÍTULO 4

DOCTRINAS FALSAS Y LA APOSTASÍA UNIVERSAL

LA APOSTASÍA DE LA VERDAD

En la visita del Padre y del Hijo al profeta José Smith, se reveló una segunda gran verdad en la declaración que hizo el Salvador del mundo cuando respondió a la pregunta de José Smith sobre la iglesia a la cual debería unirse. Mandósele que no se afiliara con ninguna, porque todas estaban en error. El Personaje que le habló dijo:

Que todos sus credos eran una abominación a su vista; que todos aquellos profesores se habían pervertido; que “con sus labios me honran, pero su corazón lejos está de mí; enseñan como doctrinas los mandamientos de hombres, teniendo apariencia de piedad, mas negando la eficacia de ella”. (P. de G. P., José Smith—Historia 19.)

Esta declaración trajo al joven José Smith la información que tanto anhelaba, pues, más que cualquier otra cosa, deseaba saber a cuál de todas las iglesias debería unirse, y para obtener este conocimiento fue por lo que se dirigió al Señor en oración.

ENSEÑANZAS ERRÓNEAS DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS

Hay muchas iglesias cristianas que tienen esta enseñanza errónea: *Únicamente por la fe somos salvos*. Esta doctrina falsa libraría al hombre de la responsabilidad de todos sus hechos con excepción del de confesar su creencia en Dios, y enseñaría al hombre que por muy grave que fuese su pecado, la confesión le traería completo perdón y salvación. Lo que el mundo necesita es más predicación sobre la necesidad de abstenerse del pecado y llevar vidas útiles y rectas, y menos hincapié en el perdón del pecado. De hacer así, tendríamos un mundo diferente. La verdad es que los hombres deben arrepentirse de sus pecados y abandonarlos antes que puedan esperar recibir el perdón. Aun cuando nos sean perdonados nuestros pecados, Dios no podrá premiarnos por el bien que no hayamos hecho.

Mormón, el profeta que vivió sobre el continente americano en el año 400 de nuestra era, predijo la aparición de las planchas de las cuales se traduciría el Libro de Mormón, y describió la condición de las iglesias que en esa época existiría entre la gente:

Sí, vendrá en un día en que se negará el poder de Dios; y las iglesias se habrán corrompido y enaltecido por el orgullo de sus corazones; sí, en un día en que los directores y maestros de las iglesias se envanecerán con el orgullo de sus corazones, hasta el grado de envidiar a aquellos que pertenecen a sus iglesias.

Sí, vendrá en un día en que se habrán establecido iglesias que dirán: Venid a mí, y por vuestro dinero seréis perdonados de vuestros pecados. (Mormón 8:28, 32.)

LA DOCTRINA DE LA PREDESTINACIÓN

Existe también la errónea doctrina de la predestinación, según la cual algunos de nosotros, sin ningún hecho de nuestra parte, hemos sido predestinados a vida eterna, y otros a condenación eterna; y que no importa en cuál de los dos grupos nos hallemos, nada podemos hacer para remediarlo. Cuando se hace un análisis completo de esta doctrina, uno se ve obligado a concluir que si es verdad que todos nuestros actos, ya sean buenos o malos, fueron predeterminados antes de que naciéramos, entonces Dios debe ser considerado como el responsable de todo pecado e iniquidad que hay en el mundo.

En sus esfuerzos por destruir la verdad, Satanás difícilmente podría hallar mejor manera de engañar a los hombres más efectiva y completamente, que por quitarles el conocimiento de su responsabilidad enseñándoles doctrinas falsas.

UN CIELO Y UN INFIERNO

Considérese además la falsa enseñanza de que sólo hay un cielo y un infierno, y el concepto de que todos cuantos lleguen al cielo alcanzarán igual premio, y la misma condenación los que sean consignados al infierno.

La verdad, cual ha sido restaurada por medio del profeta José Smith, hace hincapié en el hecho de que todo hombre recibirá de acuerdo con sus obras; que hay una gloria semejante a la gloria del sol, otra semejante a la de la luna y otra tercera semejante a la de las estrellas; y las cosas que el hombre haga y la clase de vida que lleve determinarán el grado de gloria que recibirá.

DIOS NO PUEDE SER UN DIOS DE CONFUSIÓN

Razonándolo bien, uno llega a la conclusión de que Dios no puede ser autor de confusión; que no puede establecer dos organizaciones contrarias, porque no puede estar dividido contra sí mismo. Según Pablo:

V él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros,

a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo,

hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo;

para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. (Efesios 4:11-14.)

Cuando José Smith empezó a buscar la verdad, no tardó en descubrir que las iglesias cristianas no habían llegado “a la unidad de la fe”. Como lo indicó Pablo, eran “llevados por doquier por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres”. De ahí, pues, que el Salvador dijera a José Smith que todas aquellas creencias eran equivocadas.

Al leer las Escrituras, los hombres descubrían verdades que no se hallaban en las iglesias de la época. Reunían un grupo y luego procedían a organizar una iglesia sin ningún llamamiento u ordenación directos de Dios. Por consiguiente, las sectas cristianas se multiplicaron por centenas. Sus directores hacían destacar cierto principio, después de lo cual organizaban una iglesia basada en ese concepto particular: por ejemplo, dones espirituales, apóstoles, adorar el día séptimo, etc.

La misión de la Iglesia verdadera, bajo inspiración y dirección divinas, ha de ser la de reunir en una todas las verdades que se hallan en todas las otras iglesias cristianas, junto con aquellas verdades que se hayan pasado por alto o menospreciado, y eliminar todo error y doctrinas de los hombres. Esto fue lo que el Señor hizo al restaurar su Iglesia en la tierra por conducto del profeta José Smith.

OPINIONES CONTEMPORÁNEAS QUE AFIRMAN LA GRAN APOSTASÍA

La idea de que las iglesias se desviaron y perdieron su vitalidad y autoridad concuerda con el criterio de algunos de nuestros más famosos pensadores, así como con las profecías de las Santas Escrituras, como se verá en las siguientes referencias.

En una obra preparada por setenta y tres renombrados teólogos y estudiantes de la Biblia, leemos esto:

“No debemos esperar que la Iglesia de las Santas Escrituras exista realmente en su perfección sobre la tierra. No puede hallarse esta perfección en el conjunto de estos fragmentos de la cristiandad, y menos en uno o cualquiera de dichos fragmentos.” (Dr. William Smith, Smith’s Dictionary of the Bible.)

De modo que estos setenta y tres hombres de erudición confirman en efecto la declaración de Jesucristo a José Smith, a saber, que todos sus credos eran una abominación a su vista.

Roger Williams, pastor de la Iglesia Bautista más antigua de América en Providence, Rhode Island, se negó a continuar como pastor, diciendo que no había...

ninguna iglesia de Cristo debidamente constituida sobre la tierra, ni persona alguna autorizada para administrar ninguna de las ordenanzas de la Iglesia, ni las puede haber hasta que sean enviados nuevos apóstoles por el gran Director de la Iglesia, cuya venida yo busco. (Picturesque America, or The Land We Live in, ed. William Guiten Bryant, New York: D. Appleton and Co., 1872, vol. 1, pág. 502.)

De haber tenido el privilegio de vivir hasta conocer al profeta José Smith y escuchado su mensaje, hubiera encontrado lo que estaba buscando.

El Dr. Harry Emerson Fosdick, prominente clérigo y autor norteamericano de la Iglesia Bautista, describió la condición decadente de la iglesia cristiana en la primera parte del siglo XX en estas palabras:

Se ha iniciado una reforma religiosa cuya base consiste en el esfuerzo por recobrar para nuestra vida moderna la religión de Jesús en contraste a la vasta, confusa, categóricamente falsa religión acerca de Jesús. El cristianismo de la actualidad ha abandonado casi por completo la religión que El predicó, enseñó y vivió, y la ha substituido por completo con otra clase de religión.

Si Jesús volviese a la tierra ahora, oyese las mitologías que han fabricado en torno a El, y viese la multitud de credos, denominaciones y sacramentos que se llevan a cabo en su nombre, ciertamente diría: “Si esto es cristianismo, yo no soy cristiano”. (Liahona: The Elder’s Journal, tomo 23, número 22, pág. 424.)

Estas declaraciones y otras parecidas de los ministros de varias naciones parecen corroborar las palabras del Salvador a José Smith, y deberían impulsar al que sinceramente busca la verdad a querer escuchar el resto de la historia del Profeta.

LAS PROFECÍAS BÍBLICAS PREDICEN LA GRAN APOSTASÍA

Consideremos en seguida las predicciones de las Escrituras que anuncian, la época y condiciones que acabamos de considerar:

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos.

Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos,

sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno,

traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios,

que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita. (2 Timoteo 3:1-5, énfasis agregado.)

Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca.

Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdicción,

el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. (2 Tesalonicenses 2:1-4, énfasis agregado.)

Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. (2 Timoteo 4:3-4.)

Considerando lo anterior, es evidente que el apóstol Pablo tuvo el privilegio de ver nuestros días y describir de antemano las condiciones mismas a que se refirió el Salvador cuando denuncié a las iglesias en su respuesta a José Smith, situación que es admitida por los ministros prominentes de la época. El apóstol de referencia indicó que estas condiciones iban a existir “*en los postreros días*”; que los hombres tendrían “*comezón de oír*” y se buscarían maestros según su voluntad y así “*apartarán de la verdad el oído*”.

Dice además que los hombres no pueden esperar el segundo advenimiento prometido del Cristo, sin que primero venga una “*apostasía*”; de modo que todo lo que hemos dicho no es sino una afirmación de que se han cumplido los acontecimientos predichos.

Cuando el apóstol Juan fue desterrado a la isla de Patmos, vio en su revelación el poder que Satanás iba a recibir:

“Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.” (Apocalipsis 13:7.)

De lo anterior se desprende que todas las tribus, lenguas y naciones sucumbirían a este poder inicuo, cosa que con mayor claridad corrobora la revelación de Juan, en la que vio que el evangelio iba a ser traído de nuevo a la tierra para ser predicado a toda nación, tribu, lengua y pueblo. (Véase Apocalipsis 14:6-7.)

Para entender este pasaje debidamente, debe tenerse presente que los discípulos de Cristo eran conocidos como *santos*. (Véanse Efesios 2:19; 2 Corintios 8:4; 1 Corintios 14:33.)

Cuando se entiende lo universal que iba a ser esta desviación de la verdad, uno puede comprender mejor las varias profecías de los videntes de la antigüedad que se hallan en el Antiguo Testamento:

He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová.

E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán. (Amós 8:11-12.)

En vista de estas palabras de Jesucristo: “*Buscad y hallaréis*” (Mateo 7:7), no puede haber sino una explicación del porqué no podrían hallar la palabra del Señor, aun cuando la buscasen “*de mar a mar*”, y “*desde el norte hasta el oriente*”. La respuesta es, como lo indica Amós, que el Señor enviaría “*hambre a la tierra*”, hambre de oír la palabra del Señor.

El profeta Miqueas vio el día en que no habría “*respuesta de Dios*”. Describió la condición apóstata de Israel en estos términos:

Así ha dicho Jehová acerca de los profetas que hacen errar a mi pueblo, y claman: Paz, cuando tienen algo que comer, y al que no les da de comer, proclaman guerra contra él:

Por tanto, de la profecía se os hará noche, y oscuridad del adivinar; y sobre los profetas se pondrá el sol, y el día se entenebrece sobre ellos.

V serán avergonzados los profetas, y se confundirán los adivinos; y ellos todos cerrarán sus labios, porque no hay respuesta de Dios.

Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros. (Miqueas 3:5-7, 11.)

Isaías vio una visión parecida de lo que iba a acontecer a Israel:

He aquí que Jehová vacía la tierra y la desnuda, y trastorna su faz, y hace esparcir a sus moradores.

V sucederá así como al pueblo, también al sacerdote; como al siervo, así a su amo; como a la criada, a su ama; como al que compra, al que vende; como al que presta, al que toma prestado; como al que da a logro, así al que lo recibe.

La tierra será enteramente vaciada, y completamente saqueada; porque Jehová ha pronunciado esta palabra.

Se destruyó, cayó la tierra; enfermó, cayó el mundo; enfermaron ¿os altos pueblos de la tierra.

V la tierra se contaminó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto sempiterno.

Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron assolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra, y se disminuyeron los hombres. (Isaías 24:1-6.)

Este vidente comprendió que el desagrado del Señor caería sobre los habitantes de la tierra porque “traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto sempiterno”; y al pensar en la potencia destructora de la bomba atómica y otros recientes desarrollos científicos de esta índole, no es difícil entender que la destrucción predicha puede resultar en que sean “consumidos los habitantes de la tierra” y disminuyan los hombres.

Así como estos profetas, el apóstol Pablo también entendió claramente que el Señor se disgustaría con aquellos que intentaran cambiar las verdades del evangelio:

“Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.” (Gálatas 1:8.)

Cuando el Salvador explicó la condición del mundo cristiano en respuesta a la pregunta de José Smith concerniente a la iglesia que deberla seguir, repitió las palabras reveladas a Isaías. (Véase Isaías 29:13-14.) De esta condición iba a seguir un “prodigio grande y espantoso” que el Señor efectuaría entre los hijos de los hombres:

Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado;

por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos. (Isaías 29:13-14.)

En vista de que la desviación del verdadero evangelio de Cristo iba a ser universal, según lo anunciaron los profetas, y por haberse confirmado esta apostasía universal en la declaración de Jesucristo a José Smith, se deduce que habría de haber una restauración. Esta restauración constituye el mensaje de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días.

CAPÍTULO 5

LA FUNDACIÓN DE UNA OBRA GRANDE Y MARAVILLOSA.

Ya hemos indicado que los profetas previeron una desviación universal de la verdad, y que esta condición prevalecía en el mundo cuando José Smith salió al bosque a orar. Consiguientemente, tendría que haber una restauración del evangelio si el mundo no iba a permanecer en tinieblas espirituales. El apóstol Pedro declaró:

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.” (2 Pedro 1:19.)

Parece conveniente que en esta ocasión consideremos las palabras de los profetas. Nos referiremos primero a las palabras de Isaías que ya se han citado en el capítulo anterior, dado que la visita del Padre y del Hijo a José Smith señaló el primer paso del “prodigio grande y espantoso” que el Señor prometió efectuar:

Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado;

por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos. (Isaías 29:13.14.)

En realidad, ¿qué constituiría un prodigio grande y espantoso? ¿Por qué no han de aceptar gozosos los que sinceramente aman la verdad el pronunciamiento de esta obra? ¿Debe generación alguna rechazar la verdad revelada cuando se envía del cielo? ¿Por qué, al parecer, es mucho más fácil aceptar y creer a los profetas muertos que a los vivientes?

LA RESTAURACIÓN DE TODAS LAS COSAS

Al realizar este prometido prodigio grande y espantoso, el Señor tenía por objeto efectuar una “restauración de todas las cosas”, e inspiró a Pedro a profetizarlo a los que habían crucificado a su Señor:

Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio,

y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado;

a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. (Hechos 3:19-21.)

Analicemos esta promesa: (1) que había posibilidad de serles perdonado su enorme pecado; (2) que el Señor de nuevo les enviaría al mismo Jesús que antes les había sido predicado; (3) que habría una “restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”.

Al esperar la segunda venida del Cristo, como así se promete, debemos entender que no vendrá sin que primero se lleve a cabo una “restauración de todas las cosas”. Desde luego, es obvio que no puede haber una restauración de algo que no se ha quitado. De modo que estos pasajes constituyen otra predicción muy clara de la apostasía —la remoción del evangelio de la tierra— junto con la promesa de una restauración completa de todas las cosas que han hablado todos los santos profetas desde el principio del mundo.

Indudablemente a esta época de restauración completa se estaba refiriendo Pablo cuando escribió a los Efesios:

Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo,

de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. (Efesios 1:9-10.)

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días proclama que ésta es la dispensación del cumplimiento de los tiempos, y que por medio de la “restauración de todas las cosas” el Señor se ha dispuesto a “reunir todas las cosas en Cristo ... así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”. Esta “restauración de todas las cosas”, sin embargo, no quedará completa sino hasta el fin de los mil años del reinado personal de Cristo sobre la tierra, cuando será destruida la muerte. (Véase 1 Corintios 15:24-26.) No hay otro plan semejante en el mundo en la actualidad.

EL REINO DE DIOS EN LOS POSTREROS DÍAS

Cuando el Señor concedió a Daniel la interpretación del sueño del rey Nabucodonosor, el profeta vio el nacimiento y la caída de los reinos del mundo, lo cual nos proporciona un estudio interesante por motivo de su exactitud. Con todo, la cosa importante fue su observación de que “en los postreros días”, el Dios de los cielos levantaría un reino que por fin vencería a todos los demás reinos y llegaría a ser como un gran monte que cubriría toda la tierra:

Daniel respondió delante del rey, diciendo: El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey.

Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días. He aquí tu sueño, y las visiones que has tenido en tu cama:

Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó.

Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra...

Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre. (Daniel 2:27-28, 34-35,44.)

El establecimiento de este reino por mano del “Dios del cielo” iba a ser el acontecimiento magno de todo lo que había de acontecer “en los postreros días”. Aun cuando su principio fuera pequeño e insignificante, su destino final es llenar toda la tierra; y a su cabeza estará Cristo nuestro Señor. El reino ha de ser dado a los santos del Altísimo a fin de que lo posean para siempre.

En estos días (que para los antiguos fueron los postreros tiempos) con todo nuestro desarrollo y progreso en la ciencia y otros campos, ¿por qué no hemos de interesarnos en el prometido desarrollo espiritual? Daniel nos habló esta “palabra profética más segura”:

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él.

Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido...

Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre. (Daniel 7:13-14, 18.)

En una revelación dada al profeta José Smith el 24 de febrero de 1834, el Señor dijo:

Pero de cierto os digo, que he promulgado un decreto que han de realizar los de mi pueblo, si desde esta misma hora escuchan el consejo que yo, el Señor su Dios, les daré.

He aquí, empezarán a prevalecer en contra de mis enemigos desde esta misma hora, porque yo lo he decretado.

Y esforzándose por observar todas las palabras que yo, el Señor su Dios, les declaré, jamás cesarán de prevalecer, hasta que los reinos del mundo sean sometidos debajo de mis pies, y sea dada la tierra a los santos para poseerla perpetuamente. (D. y C. 103:5-7.)

En nuestro examen de la apostasía, hicimos referencia a lo que el Señor reveló a Juan mientras éste se hallaba en la isla de Patmos. Vio que le sería dado poder a Satanás para “hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación”. (Véase Apocalipsis 13:7.)

Juan vio además esta visión profética:

Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. (Apocalipsis 4:1.)

SE PREDICE LA RESTAURACIÓN DEL EVANGELIO

Juan no solamente vio que el poder de Satanás sería universal por un tiempo, sino que el evangelio eterno volvería a la tierra para ser predicado a todo pueblo:

Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo,

diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. (Apocalipsis 14:6-7.)

Si hubiera habido nación, tribu, lengua o pueblo alguno sobre la tierra que tuviese “el evangelio eterno”, no habría habido necesidad de que un ángel lo trajese de nuevo a la tierra. Este ángel también iba a amonestar a los habitantes de la tierra que volviesen a adorar al Dios “que ha hecho el cielo y el mar y las fuentes de las aguas”. Ya hemos indicado que el evangelio eterno iba a ser quitado de la tierra, y ahora damos testimonio que el Dios del cielo ha enviado a un ángel para que lo devolviera al mundo por medio del profeta José Smith.

El profeta Malaquías también vio este día prometido de la restauración, la cual se iba a realizar por medio de mensajeros enviados de Dios, y lo describió en estas palabras:

He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. (Malaquías 3:1.)

Si se consideran detenidamente este versículo y los que siguen, se verá que esta promesa se refiere a la segunda venida de Jesucristo y no a la primera, pues se dice que vendrá luego o repentinamente a su templo, lo cual no hizo en su primera venida.

LA VOCACIÓN DE JOSÉ SMITH

Ni las promesas a las que se ha hecho referencia, concernientes al establecimiento de un reino celestial “en los postreros días” mediante la visita de mensajeros celestiales, ni la restauración del “evangelio eterno” que iba a ser predicado en todo el mundo, podrían cumplirse sin que hubiese alguien sobre la tierra a quien entregar esta restauración y comisiones.

Esto nos lleva a otra gran verdad que nos es manifestada por la visita del Padre y del Hijo al joven José Smith, a saber, que los profetas jamás se envían a sí mismos: Deben ser llamados y enviados de Dios:

“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.” (Amós 3:7.)

De modo que, habiendo sido llamado José Smith por el Señor, ahora estamos preparados para considerar lo que El reveló a su Profeta escogido.

Ha habido alguna crítica porque el joven José Smith aún no cumplía quince años de edad cuando le aparecieron el Padre y el Hijo. Examinemos estas palabras de Jesús:

Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura.

Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar. (Marcos 2:21-22.)

No se ha de suponer que el Señor escogería a un individuo versado en las tradiciones y doctrinas de los hombres, porque sería sumamente difícil instruir a tal persona. Como dijo Jesús, el vino nuevo haría pedazos los cueros y se perdería el vino. Por otra parte, si escogía a un joven como José Smith, el Señor podría instruirlo según su voluntad, y sería efectivamente vino nuevo en un cuero nuevo, sin que hubiese conflicto con lo viejo. Vemos, pues, que el Señor obra las cosas según su propia manera. Ciertamente El tiene este divino derecho y privilegio:

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.

Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. (Isaías 55:8-9.)

Hay otra razón para no tachar de incongruente el que el Señor escogiese a un tierno joven, y es que todos vivimos en el espíritu antes de nacer en la carne. El Señor nos conocía y sabía la naturaleza de nuestro espíritu y la medida de nuestra integridad. Es por eso que escogió a Jesucristo “antes que el mundo fuese” para ser el Redentor del mundo:

“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.” (Juan 17:5.)

Por esta misma causa fue llamado Jeremías para ser profeta a las naciones:

“Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones.” (Jeremías 1:5.)

Por supuesto, habría sido imposible que Jeremías hubiese recibido este llamamiento y ordenación antes de nacer si no existía. Más adelante trataremos este tema con mayor amplitud, y veremos que José Smith, así como sucedió con Jeremías, también fue escogido antes de nacer.

De modo que ahora fácilmente se entiende por qué no podría descubrirse el “evangelio eterno” con tan solamente leer la Biblia: Los odres viejos no podían contener el vino nuevo. Tan glorioso iba a ser el día en que el Señor excitaría “la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso”, que sería necesario escoger a uno que estuviese libre de todo contacto con las falsas filosofías de los hombres. Por esto es que nuestra afirmación original es compatible:

Que ésta es la única Iglesia cristiana en el mundo cuya organización y gobierno no tienen que depender enteramente de la Biblia: que si fuesen destruidas todas las Biblias del mundo aún estaríamos enseñando los mismos principios y administrando las mismas ordenanzas que Jesús y los profetas presentaron y enseñaron. Es verdad que empleamos la Biblia para comprobar estos principios y ordenanzas de acuerdo con las verdades divinas de todas las edades, pero aun cuando no tuviésemos la Biblia, todavía tendríamos toda la orientación e información necesarias por medio de las revelaciones del Señor “a sus siervos los profetas” en estos últimos días.

CAPÍTULO 6

SALE A LUZ EL LIBRO DE MORMÓN

Nos parece conveniente, al llegar a este punto, permitir que José Smith relate su propia historia de lo que sucedió desde el día en que le aparecieron el Padre y su Hijo Jesucristo en la primavera de 1820, hasta la ocasión en que fue enviado del cielo el primer mensajero para darle más instrucciones:

Mi mente ya estaba satisfecha en lo que concernía al mundo sectario: que mi deber era no unirme con ninguno de ellos, sino permanecer como estaba hasta que se me dieran más instrucciones. Había descubierto que el testimonio de Santiago era cierto: que si el hombre carece de sabiduría, puede pedirla a Dios y obtenerla sin reproche.

Seguí con mis ocupaciones comunes de la vida hasta el veintiuno de septiembre de mil ochocientos veintitrés, sufriendo continuamente severa persecución de manos de toda clase de individuos, tanto religiosos como irreligiosos, por motivo de que yo seguía afirmando que había visto una visión.

Durante el tiempo que transcurrió entre la ocasión en que vi la visión y el año mil ochocientos veintitrés —habiéndome prohibido unirme a las sectas religiosas del día, cualquiera que fuese, teniendo pocos años, y perseguido por aquellos que debieron haber sido mis amigos y haberme tratado con bondad; y si me creían deludido, haber procurado de una manera apropiada y cariñosa rescatarme— me vi sujeto a toda especie de tentaciones; y, juntándome con toda clase de personas, frecuentemente cometía muchas imprudencias y manifestaba las debilidades de la juventud y las flaquezas de la naturaleza humana, lo cual, me da pena decirlo, me condujo a diversas tentaciones, ofensivas a la vista de Dios. Esta confesión no es motivo para que se me juzgue culpable de cometer pecados graves o malos, porque jamás hubo en mi naturaleza la disposición para hacer tal cosa. Pero sí fui culpable de levedad, y en ocasiones me asociaba con compañeros joviales, etc., cosa que no correspondía con la conducta que había de guardar uno que había sido llamado de Dios como yo. Mas esto no le parecerá muy extraño a cualquiera que se acuerde de mi juventud y conozca mi jovial temperamento natural.

Como consecuencia de estas cosas, solía sentirme censurado a causa de mis debilidades e imperfecciones. De modo que, en la noche del ya mencionado día veintiuno de septiembre, después de haberme retirado a mi cama, me puse a orar, pidiéndole a Dios Todopoderoso perdón de todos mis pecados e imprudencias; y también una manifestación para saber de mi condición y posición ante El; porque tenía la más completa confianza de obtener una manifestación divina, como previamente la había tenido.

Encontrándome así, en el acto de suplicar a Dios, vi que se aparecía una luz en mi cuarto, y que siguió aumentando hasta que la pieza quedó más iluminada que al mediodía; cuando repentinamente se apareció un personaje al lado de mi cama, de pie en el aire, porque sus pies no tocaban el suelo.

Llevaba puesta una túnica suelta de una blancura exquisita. Era una blancura que excedía cuanta cosa terrenal jamás había visto yo; ni creo que exista objeto alguno en el mundo que pudiera presentar tan extraordinario brillo y blancura. Sus manos estaban desnudas, y también sus brazos, un poco más arriba de las muñecas; y en igual manera sus pies, así como sus piernas, poco más arriba de los tobillos. También tenía descubiertos la cabeza y el cuello, y pude darme cuenta de que no llevaba puesta más ropa que esta túnica, porque estaba abierta de tal manera que podía verle el pecho.

No sólo tenía su túnica esta blancura singular, sino que toda su persona brillaba más de lo que se puede describir, y su faz era como un vivo relámpago. El cuarto estaba sumamente

iluminado, pero no con la brillantez que había en torno de su persona. Cuando lo vi por primera vez, tuve miedo; mas el temor pronto se apartó de mí.

Me llamó por mi nombre, y me dijo que era un mensajero enviado de la presencia de Dios, y que se llamaba Moroni; que Dios tenía una obra para mí, y que entre todas las naciones, tribus y lenguas se tomaría mi nombre para bien y mal, o que se iba a hablar bien y mal de mí entre todo pueblo.

Dijo que se hallaba depositado un libro, escrito sobre planchas de oro, el cual daba una relación de los antiguos habitantes de este continente, así como del origen de su procedencia. También declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno cual el Salvador lo había comunicado a los antiguos habitantes.

Asimismo, que junto con las planchas estaban depositadas dos piedras, en aros de plata, las cuales, aseguradas a un pectoral, formaban lo que se llamaba el Urim y Tumim; que la posesión y uso de estas piedras era lo que constituía a los “videntes” en los días antiguos o anteriores, y que Dios las había preparado para la traducción del libro.

Después de decirme estas cosas, empezó a repetir las profecías del Antiguo Testamento. Primero citó parte del tercer capítulo de Malaquías, y también el cuarto o último capítulo de la misma profecía, aunque variando un poco de la manera en que se halla en nuestra Biblia. En lugar de repetir el primer versículo cual se halla en nuestros libros, lo hizo de esta manera:

Porque, he aquí, viene el día que arderá como un horno, y todos los soberbios, sí, todos los que obran inicuaamente, arderán como rastrojo; porque los que vienen los quemarán, dice el Señor de los Ejércitos, de modo que no les dejará ni raíz ni rama.

Entonces citó el quinto versículo en esta forma: He aquí, yo os relevaré el sacerdocio por la mano de Elías el profeta, antes de la venida del grande y terrible día del Señor.

También expresó el siguiente versículo de otro modo: Y él plantará en el corazón de los hijos las promesas hechas a los padres, y el corazón de los hijos se volverá a sus padres. De no ser así, toda la tierra sería totalmente asolada en su venida.

Aparte de éstos, repitió el undécimo capítulo de Isaías, diciendo que estaba para cumplirse; y también los versículos veintidós y veintitrés del tercer capítulo de Hechos, tal como se hallan en nuestro Nuevo Testamento. Declaró que ese profeta era Cristo, pero que aún no había llegado el día en que “toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo”, sino que pronto llegaría.

Citó, además, desde el versículo veintiocho hasta el último, del segundo capítulo de Joel. También indicó que todavía no se cumplía, pero que se realizaría en breve; y declaró, además, que pronto entraría la plenitud de los gentiles. Repitió muchos otros pasajes de las Escrituras y propuso muchas explicaciones que no pueden mencionarse aquí.

Por otra parte, me manifestó que cuando yo recibiera las planchas de que él había hablado — porque aún no había llegado el tiempo para obtenerlas— no habría de enseñarlas a nadie, ni el pectoral con el Urim y Tumim, sino únicamente a aquellos a quienes se me mandase que las enseñara; si lo hacía, sería destruido. Mientras hablaba conmigo acerca de las planchas, se manifestó a mi mente la visión de tal modo que pude ver el lugar donde estaban depositadas; y con tanta claridad y distinción, que reconocí el lugar cuando lo visité.

Después de esta comunicación, vi que la luz en el cuarto empezaba a juntarse en derredor del personaje que me había estado hablando, y así continuó hasta que el cuarto una vez más quedó a oscuras, exceptuando alrededor de su persona inmediata, cuando repentinamente vi abrirse, cual si fuera, un conducto directamente hasta el cielo, y él ascendió hasta desaparecer por completo, y el cuarto quedó tal como había estado antes de aparecerse esta luz celestial.

Me quedé reflexionando la singularidad de la escena, y maravillándome grandemente de lo que me había dicho este mensajero extraordinario, cuando en medio de mi meditación, de pronto descubrí que mi cuarto empezaba a iluminarse de nuevo, y, como si fuera en un instante, el mismo mensajero celestial apareció una vez más al lado de mi cama.

Empezó, y otra vez me dijo las mismísimas cosas que me había relatado en su primera visita, sin la menor variación; después de lo cual me informó de grandes juicios que vendrían sobre la tierra, con grandes desolaciones causadas por el hambre, la espada y pestilencias; y que esos penosos juicios vendrían sobre la tierra en esta generación. Habiéndome referido estas cosas, de nuevo ascendió como lo había hecho anteriormente.

Ya para entonces eran tan profundas las impresiones que se me habían grabado en la mente, que el sueño había huido de mis ojos, y yacía dominado por el asombro de lo que había visto y oído. Pero cual no sería mi sorpresa al ver de nuevo al mismo mensajero al lado de mi cama, y oírlo repasar o repetir las mismas cosas que antes; y añadió una advertencia, diciéndome que Satanás procuraría inducirme (a causa de la situación indigente de la familia de mi padre) a que obtuviera las planchas con el fin de hacerme rico. Esto él me lo prohibió, y dijo que al obtener las planchas, no debería tener presente más objeto que el de glorificar a Dios; y que ningún otro propósito habría de influir en mí sino el de edificar su reino; de lo contrario, no podría obtenerlas.

Después de esta tercera visita, de nuevo ascendió al cielo como antes, y otra vez me quedé meditando la extrañeza de lo que acababa de experimentar; cuando casi inmediatamente después que el mensajero celestial hubo ascendido la tercera vez, cantó el gallo, y vi que estaba amaneciendo; de modo que nuestras conversaciones deben de haber durado toda aquella noche.

Poco después me levanté de mi cama y, como de costumbre, fui a desempeñar las faenas necesarias del día; pero al querer trabajar como en otras ocasiones, hallé que se me habían agotado a tal grado las fuerzas, que me sentía completamente incapacitado. Mi padre, que andaba trabajando cerca de mí, vio que algo me sucedía y me dijo que me fuera para la casa. Partí de allí con la intención de volver a casa, pero al querer cruzar el cerco para salir del campo en que estábamos, se me acabaron completamente las fuerzas, caí inerte al suelo y por un tiempo no estuve consciente de nada.

Lo primero que pude recordar fue una voz que me hablaba, llamándome por mi nombre. Alcé la vista y, a la altura de mi cabeza, vi al mismo mensajero, rodeado de luz como antes. Entonces me relaté otra vez todo lo que me había referido la noche anterior, y me mandó que fuera a mi padre y le hablara acerca de la visión y mandamientos que había recibido.

Obedecí; regresé a donde estaba mi padre en el campo, y le declaré todo el asunto. Me respondió que era de Dios, y me dijo que fuera e hiciera lo que el mensajero me había mandado. Salí del campo y fui al lugar donde el mensajero me había dicho que estaban depositadas las planchas; y debido a la claridad de la visión que había visto tocante al lugar, en cuanto llegué allí, lo reconocí.

Cerca de la aldea de Manchester, Condado de Ontario, Estado de Nueva York, se levanta una colina de tamaño regular, y la más elevada de todas las de la comarca. Por el costado occidental del cerro, no lejos de la cima, debajo de una piedra de buen tamaño, yacían las planchas, depositadas en una caja de piedra. En el centro, y por la parte superior, esta piedra era gruesa y redonda, pero más delgada hacia los extremos; de manera que se podía ver la parte céntrica sobre la superficie del suelo, mientras que alrededor de la orilla estaba cubierta de tierra.

Habiendo quitado la tierra, conseguí una palanca que logré introducir debajo de la orilla de la piedra, y con un ligero esfuerzo la levanté. Miré dentro de la caja, y efectivamente vi allí las planchas, el Urim y Tumim y el pectoral, como lo había dicho el mensajero. La caja en que se hallaban estaba hecha de piedras, colocadas en una especie de cemento. En el fondo de la caja había dos piedras puestas transversalmente, y sobre éstas descansaban las planchas y los otros objetos que las acompañaban.

Intenté sacarlas, pero me lo prohibió el mensajero; y de nuevo se me informó que aún no había llegado el tiempo de sacarlas, ni llegaría sino hasta después de cuatro años, a partir de esa fecha; pero me dijo que debería ir a ese lugar precisamente un año después, y que él me

esperaría allí; y que había de seguir haciéndolo así hasta que llegara el tiempo para obtener las planchas.

De acuerdo con lo que se me había mandado, acudía al fin de cada año, y en esa ocasión encontraba allí al mismo mensajero, y en cada una de nuestras entrevistas recibía de él instrucciones y conocimiento concerniente a lo que el Señor iba a hacer, y cómo y en qué manera se conduciría su reino en los últimos días. .

Por fin llegó el tiempo para obtener las planchas, el Urim y Tumim y el pectoral. El día veintidós de septiembre de mil ochocientos veintisiete, habiendo ido al fin de otro año, como de costumbre, al lugar donde estaban depositadas, el mismo mensajero celestial me las entregó, con esta advertencia: que yo sería responsable de ellas; que si permitía que se extraviaran por algún descuido o negligencia mía, sería destruido; pero que si me esforzaba con todo mi empeño por preservarlas hasta que él (el mensajero) viniera por ellas, entonces serían protegidas.

Pronto supe por qué había recibido tan estrictas recomendaciones de guardarlas, y por qué me había dicho el mensajero que cuando yo terminara lo que requería de mí, él vendría por ellas. Porque no bien se supo que yo las tenía, cuando se hicieron los más tenaces esfuerzos para privarme de ellas. Se recurrió a cuanta estratagema se pudo inventar para realizar ese propósito. La persecución llegó a ser más severa y amarga que antes, y grandes números de personas andaban continuamente al acecho para quitármelas, de ser posible. Pero mediante la sabiduría de Dios permanecieron seguras en mis manos hasta que cumplí con ellas lo que se requirió de mí. Cuando el mensajero, de conformidad con el arreglo, llegó por ellas, se las entregué; y él las tiene a su cargo hasta el día de hoy, dos de mayo de mil ochocientos treinta y ocho.

Sin embargo, la agitación continuaba, y el rumor con sus mil lenguas no cesaba de hacer circular calumnias acerca de la familia de mi padre y de mí. Si me pusiera a contar la milésima parte de ellas, llenaría varios tomos. La persecución llegó a ser tan intolerable, sin embargo, que me vi obligado a salir de Manchester y partir con mi esposa al Condado de Susquehanna, Estado de Pensilvania. Mientras nos preparábamos para salir —siendo muy pobres, y agobiándonos de tal manera la persecución que no había probabilidad de que se mejorase nuestra situación— en medio de nuestras aflicciones hallamos a un amigo en la persona de un caballero llamado Martín Harris, que vino a nosotros y me dio cincuenta dólares para ayudarnos a hacer nuestro viaje. El señor Harris era vecino del municipio de Palmyra, Condado de Wayne, en el Estado de Nueva York, y un agricultor respetable.

Mediante esta ayuda tan oportuna, pude llegar a mi destino en Pensilvania, e inmediatamente después de llegar allí, comencé a copiar los caracteres de las planchas. Copié un número considerable, y traduje algunos por medio del Urim y Tumim, obra que efectué entre los meses de diciembre —fecha en que llegué a casa del padre de mi esposa— y febrero del año siguiente.

En este mismo mes de febrero, el antedicho señor Martín Harris vino a nuestra casa, tomó los caracteres que yo había copiado de las planchas, y con ellos partió rumbo a la ciudad de Nueva York. En cuanto a lo que aconteció, respecto de él y los caracteres, deseo referirme a su propio relato de las circunstancias, cual él me lo comunicó a su regreso, y que es el siguiente:

“Fui a la ciudad de Nueva York y presenté los caracteres que habían sido traducidos, así como su traducción, al profesor Charles Anthon, célebre caballero por motivo de sus conocimientos literarios. El profesor Anthon manifestó que la traducción era correcta y exacta que cualquiera otra que hasta entonces había visto del idioma egipcio. Luego le enseñé los que aún no estaban traducidos, y me dijo que eran egipcios, caldeos, asirios y árabes, y que eran caracteres genuinos. Me dio un certificado en el cual hacía constar a todos los ciudadanos de Palmyra que eran legítimos, y que la interpretación de los que se habían traducido también era exacta. Tomé el certificado, me lo eché en el bolsillo, y estaba para salir de la casa cuando el señor Anthon me llamó y me preguntó cómo llegó a saber el joven que había planchas de oro en el lugar donde las encontró. Yo le contesté que un ángel de Dios se lo había revelado.

“El entonces me dijo: ‘Permitame ver el certificado’. De acuerdo con la indicación, lo saqué del bolsillo y se lo entregué; y él, tomándolo, lo hizo pedazos, diciendo que ya no había tales cosas como ministerio de ángeles, y que si yo le llevaba las planchas, él las traduciría. Yo le informé que parte de las planchas estaban selladas, y que me era prohibido llevarlas. Entonces me respondió: ‘No puedo leer un libro sellado’. Salí de allí y fui a ver al Dr. Mitchell, el cual confirmé todo lo que el profesor Anthon había dicho respecto de los caracteres así como de la traducción.”

El día 5 de abril de 1829, vino a mi casa Oliverio Cowdery, a quien yo jamás había visto hasta entonces. Me dijo que había estado enseñando en una escuela que se hallaba cerca de donde vivía mi padre y, siendo éste uno de los que tenían niños en la escuela, había ido a hospedarse por un tiempo en su casa; y que mientras estuvo allí, la familia le comunicó el hecho de que yo había recibido las planchas y, por consiguiente, había venido para interrogarme.

Dos días después de la llegada del señor Cowdery (siendo el día 7 de abril), empecé a traducir el Libro de Mormón, y él comenzó a escribir por mí. (P. de G. P., José Smith—Historia 26-54, 59-67.)

La profecía de Isaías se cumple en el profesor Anthon

Este relato acerca de Moroni, un profeta de Dios que vivió sobre la tierra como por el año 400 de nuestra era y luego volvió al mundo con un mensaje de Dios, debe constituir, según las palabras del comentarista de radio a las que ya hicimos referencia, el mensaje más importante que jamás podría transmitirse al mundo.

Se ha dicho que si las planchas de las que se tradujo el Libro de Mormón hubieran sido descubiertas por uno que andaba arando sus tierras, y las hubiera entregado a algún colegio para ser traducidas, el hallazgo habría sido considerado como el acontecimiento más transcendental del siglo diecinueve. Pero como suele suceder, los hombres aceptan de mala gana cualquier cosa que se relacione con lo milagroso o que se le atribuya origen divino.

Esto se manifiesta en la relación del profeta José Smith respecto de la visita que hizo Martín Harris al profesor Charles Anthon de Nueva York, cuando le mostró la copia de los caracteres que se hallaban sobre las planchas de oro.

Cuando el profesor Anthon declaró, “No puedo leer un libro sellado”, no sabía que estaba cumpliendo al pie de la letra esta profecía de Isaías:

Y os será toda visión como palabra de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado. (Isaías 29:11.)

La predicción de Moroni con respecto a José Smith

Una de las cosas importantes que el ángel Moroni comunicó a José Smith fue ésta:

Me llamó por mi nombre, y me dijo que era un mensajero enviado de la presencia de Dios, y que se llamaba Moroni; que Dios tenía una obra para mí, y que entre todas las naciones, tribus y lenguas se tomaría mi nombre para bien y mal, o que se iba a hablar bien y mal de mí entre todo pueblo. (P. de G. P., José Smith—Historia 33.)

El ángel Moroni hizo esta notabilísima declaración el 21 de septiembre de 1823, cuando José Smith aún no cumplía los dieciocho años de edad, y seis años y medio antes que fuese organizada la Iglesia. ¿Quién, sino un mensajero enviado de la presencia del Señor, se atrevería en la actualidad a hacer una declaración parecida a un joven de dieciocho años de edad? Con razonable acierto se podría decir que un joven que ha logrado un éxito completo en sus estudios está destinado a ser prominente entre sus compañeros; pero sólo alguien que entendiese los fines de Dios Omnipotente en lo que concernía a la misión divina de José Smith podía haber dicho que el nombre de aquel joven que apenas conocía el interior de una escuela sería bien y mal estimado

entre todas las naciones, tribus y lenguas, o que se hablaría no sólo bien sino mal de su nombre entre todo pueblo.

Los misioneros de la Iglesia saben cuán completamente se ha cumplido la profecía de Moroni. Han ido a todas las naciones para llevar el mensaje del evangelio restaurado; e igual que el profeta José Smith, los han perseguido, se ha hablado mal de ellos, los han encarcelado y algunos han sido muertos por haber testificado que José Smith fue un profeta enviado de Dios. Mientras las multitudes han vituperado al Profeta y lo han tachado de impostor y falso profeta, los humildes y mansos de la tierra que han escuchado y aceptado la exhortación de los misioneros se han reunido para adorar al Señor en la manera en que El ha revelado al profeta José Smith. Con gozo y agradecimiento han entonado el himno:

*Al gran Profeta rindamos honores,
Fue ordenado por Cristo Jesús
A restaurar la verdad a los hombres
Y entregar a los pueblos la luz.*

Himno N° 190 —W. W. Phelps. (Traducido por A. C. González y Manuel C. Naegle.)

La historia testifica de un cabal cumplimiento de esta predicción de Moroni concierne a la vida de José Smith, pues en innumerables ocasiones éste fue encarcelado y llevado ante los tribunales para responder a acusaciones fabricadas contra él, instigadas en su mayoría por los ministros religiosos. Sin embargo, en ninguno de estos casos fue declarado culpable, hasta que sus enemigos declararon, según se dice: “De la ley podrá escapar, pero de las balas no”. (*Documentary History of the Church*, tomo 6, pág. 594.) Efectivamente, José Smith y su hermano Hyrum fueron muertos a balazos por un populacho el 27 de junio de 1844 en la cárcel de Carthage, Illinois.

Hubo algunos que creyeron que aquello señalaría el fin de la obra del profeta José Smith, establecida por revelación divina directamente del cielo; pero las obras de un profeta verdadero no son destruidas tan fácilmente.

Todos los profetas que jamás han hablado sobre la tierra han sido víctimas de los insultos de los hombres, y éstos afrontarán a los que aún están por venir. Podemos reconocer a los profetas por este hecho: que aun cuando llenos de lodo y cubiertos de vergüenza, van entre los hombres con semblante animoso, expresando lo que está en su corazón. El fango no puede cerrar los labios de aquellos que tienen que hablar. Aun cuando maten al profeta obstinado, no pueden callarlo. Su voz, multiplicada por los ecos de la muerte, se oirá en todos los idiomas y por todos los siglos. (Giovanni Papini, Life of Christ, pág. 93.)

La voz del profeta José Smith sigue oyéndose, hasta que hoy (1975) sus adeptos ascienden a más de tres millones de almas, sin contar los que han muerto, ni aquellos que han creído su mensaje pero les ha faltado el valor para aceptarlo por motivo de la desfavorable actitud de sus parientes, amigos y el público en general hacia la Iglesia que él estableció de acuerdo con las revelaciones del Señor.

SE MANDA A LOS PROFETAS DEL LIBRO DE MORMÓN QUE ESCRIBAN UNA HISTORIA

Los aspectos más importantes de la visita y del mensaje de Moroni a José Smith fueron éstos: (1) darle a conocer la existencia de las planchas de oro que contenían la historia de antiguos habitantes de las Américas; (2) revelar las palabras y enseñanzas de los profetas que vivieron entre ellos; (3) proclamar el futuro destino del resto de ese pueblo (los indios americanos o lamanitas); (4) declarar que esta tierra de América es “una tierra escogida sobre todas las demás” (1 Nefi 2:20) y que sobre ella será establecida la Nueva Jerusalén de acuerdo con las declaraciones de los profetas.

Sabemos que los profetas que vivieron entre los pueblos de las Américas recibieron instrucciones del Señor de escribir una historia, y que el profeta Mormón, padre de Moroni, hizo

un compendio de todos estos escritos, del cual se tradujo el Libro de Mormón. El Libro de Mormón lleva el nombre del gran profeta, Mormón.

Moroni escribió la introducción a este compendio, que reproducimos de la portada del Libro de Mormón:

Por tanto, es un compendio de los anales del pueblo de Nefi, así como de los lamanitas. — Escrito a los lamanitas, quienes son un resto de la casa de Israel, y también a los judíos y a los gentiles. —Escrito por vía de mandamiento, por el espíritu de profecía y revelación. —Escrito y sellado, y escondido para los fines del Señor, con objeto de que no fuese destruido. —Ha de aparecer por el don y el poder de Dios para su interpretación. —Sellado por Moroni, y escondido para los propósitos del Señor, a fin de que apareciese en el debido tiempo por medio de los gentiles, y fuese interpretado por el don de Dios.

También un compendio tomado del Libro de Eter, el cual es una relación del pueblo de Jared, que fue esparcido en la ocasión en que el Señor confundió el lenguaje del pueblo, cuando estaban edificando una torre para llegar al cielo. —Lo cual sirve para mostrar al resto de la casa de Israel cuán grandes cosas el Señor ha hecho por sus padres; y para que conozcan los convenios del Señor, que no son ellos desechados para siempre. —V también para convencer al judío y al gentil de que JESUS es el CRISTO, el ETERNO DIOS, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones. —V ahora, si hay faltas, son equivocaciones de los hombres; por tanto, no condenéis las cosas de Dios para que aparezcáis sin mancha ante el tribunal de Cristo. (Portada del Libro de Mormón.)

De lo anterior se desprende que uno de los objetos principales por los que se ha preservado esta historia es “convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo, el Eterno Dios, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones.”

EL LIBRO DE MORMÓN ES UN NUEVO TESTIGO DE CRISTO

Es de conocimiento común que entre los clérigos, así como entre laicos, está desapareciendo la fe en Jesucristo como el Hijo de Dios y Redentor del mundo. En 1934, la Escuela de Educación de la Universidad Northwestern de Chicago, Illinois, envió un cuestionario a quinientos ministros protestantes. Las respuestas revelaron muchas modificaciones en cuanto a las creencias religiosas. Del número anterior, el veintiséis por ciento, o sea ciento treinta de los ministros de referencia, no aceptaban la divinidad de Jesús. Si esto ocurre entre los ministros, ¿qué se puede esperar de los laicos? Esta condición parece comprobar la gran sabiduría de Dios en proveer un testigo nuevo de la divina misión de su Hijo, de que efectivamente fue “el Cristo, el Eterno Dios, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones”.

Este es el testimonio del Libro de Mormón. El Señor no permitió que el testimonio de José Smith, respecto de las planchas de que fue traducido y la traducción inspirada que de él se hizo, fuese el único, pues como declaró el apóstol Pablo:

“ . . . Por boca de dos o de tres testigos se decidirá todo asunto.” (2 Corintios 13:1.)

EL TESTIMONIO DE LOS TRES TESTIGOS DEL LIBRO DE MORMÓN

Leamos el inspirado testimonio de los tres testigos del Libro de Mormón:

CONSTE a todas las naciones, familias, lenguas y pueblos, a quienes llegare esta obra, que nosotros, por la gracia de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, hemos visto las planchas que contienen esta relación, la cual es una historia del pueblo de Nefi, y también de los lamanitas, sus hermanos, y también del pueblo de Jared que vino de la torre de que se ha hablado. V también sabemos que han sido traducidas por el don y el poder de Dios, porque así su voz nos lo declaró; por tanto, sabemos con certeza que la obra es verdadera. También testificamos haber visto los grabados sobre las planchas; y se nos han mostrado por el poder de Dios y no por el de ningún hombre. V declaramos con palabras solemnes que un ángel de Dios

bajó del cielo, y que trajo y puso las planchas ante nuestros ojos, de manera que las vimos y contemplamos, así como los grabados que contenían; y sabemos que es por la gracia de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, que vimos y testificamos que estas cosas son verdaderas. Y es maravilloso en nuestra vista. Sin embargo, la voz del Señor mandó que testificásemos de ello; por tanto, para ser obedientes a los mandatos de Dios, testificamos de estas cosas. Y sabemos que si somos fieles en Cristo, nuestros vestidos quedarán limpios de la sangre de todos los hombres, y nos hallaremos sin mancha ante el tribunal de Cristo, y moraremos eternamente con él en los cielos. Y sea la honra al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, que es un Dios. Amén.

OLIVERIO CO WDER Y

DAVID WHITMER

MARTIN HARRIS

Cada uno de estos tres testigos salió de esta vida con la confirmación de la verdad de su testimonio en sus labios. ¿Qué razón tiene el mundo para dudar? El testimonio de tres hombres como ellos condenaría a cualquier reo en los tribunales de justicia; y el testimonio de estos testigos acusará a aquellos que lo han escuchado y se niegan a aceptar la verdad.

LA PROMESA DEL SEÑOR CONCERNIENTE AL LIBRO DE MORMÓN

No debemos pasar por alto la promesa que se halla en el último capítulo del Libro de Mormón:

Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo. (Moroni 10:4.)

Millones han puesto a prueba esta promesa, y han presenciado su cumplimiento literal. Nadie más que Dios puede prometer y cumplir en esta forma.

CAPÍTULO 7

EL LIBRO DE MORMÓN DA CUMPLIMIENTO A LAS PROFECÍAS BÍBLICAS

Al terminarse la traducción y publicación, como Libro de Mormón, de las planchas que el ángel Moroni había entregado a José Smith, la distribución de la obra tropezó con mucha oposición, particularmente por parte de los ministros de la época, que amonestaron a sus prosélitos a no leerlo. Esto, en sí mismo, parece algo absurdo. Pues si se trataba de una obra hecha por hombres, como afirmaban, debían de haber aconsejado a sus adeptos a leerlo y descubrir su falsedad por sí mismos. Pero les decían que el canon de las Escrituras estaba completo, y que nunca más tendríamos otra cosa aparte de lo que contiene la Sagrada Biblia. Citaban con frecuencia estas palabras:

Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro.

Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. (Apocalipsis 22:18-19.)

Leyendo lo anterior superficialmente, uno podría tener razón para suponer que el apóstol Juan quería decir que no se añadiría ninguna otra cosa a la Biblia, y particularmente en vista de que se encuentra en el último libro de la Biblia como hoy la tenemos. Sin embargo, se ve desde luego que esta interpretación es errónea si se toma en consideración lo que han descubierto los peritos en materia bíblica: (1) que esta revelación se escribió entre los años 64 y 96 del primer siglo; (2) que Juan mismo escribió su evangelio (el evangelio según San Juan) en una época posterior en Efeso; (3) que en esa época los libros de la Biblia no se habían compilado como los tenemos ahora. Por tanto, debe entenderse que Juan amonestaba contra añadir o quitar algo a las revelaciones que había recibido y escrito mientras estuvo en la Isla de Patmos. Sin embargo, esto no quiere decir que el Señor no puede agregar más a lo que El mismo ha revelado.

Si nos referimos a las palabras de Moisés, hallaremos que no hay otra conclusión lógica, pues de lo contrario, nos veríamos obligados a rechazar todos los libros de la Biblia que vienen después de Deuteronomio:

No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno. (Deuteronomio 4:2.)

Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás. (Deuteronomio 12:32.)

LAS PROFECÍAS DEL SEÑOR CONCERNIENTES A OTRAS ESCRITURAS

El Señor sabía que Satanás obraría en el corazón de los hijos de los hombres para que se negaran a aceptar este nuevo tomo de Escrituras, el Libro de Mormón, y así lo declaró por boca de su profeta, Nefi:

Mas he aquí que habrá muchos -el día en que yo proceda a ejecutar una obra maravillosa entre ellos, a fin de que yo pueda recordar mis convenios que he hecho con los hijos de los hombres, para que pueda extender mi mano por segunda vez, para restablecer a los de mi pueblo que son de la casa de Israel;

y también para que pueda yo recordar las promesas que te he hecho a ti, Nefi, y también a tu padre, que me acordaría de tu posteridad; y que las palabras de tu posteridad procederían de mi boca a tu posteridad; y mis palabras resonarán hasta los extremos de la tierra, por estandarte a los de mi pueblo que son de la casa de Israel;

y porque mis palabras resonarán— muchos de los gentiles dirán: ¡Una Biblia! ¡Una Biblia! ¡Tenemos una Biblia, y no puede haber más Biblia!

Mas así dice el Señor Dios: Oh necios, tendrán una Biblia; y vendrá de los judíos, mi pueblo del antiguo convenio. j,V qué agradecimiento manifiestan a los judíos por la Biblia que de ellos recibieron? Sí, j,qué pretenden decir con eso los gentiles? j,Recuerdan ellos las peregrinaciones y los trabajos y aflicciones de los judíos, y su diligencia para conmigo en llevar la salvación a los gentiles?

Oh gentiles, j,os habéis acordado de los judíos, mi pueblo del antiguo convenio? No; antes los habéis maldecido y aborrecido, y no habéis procurado restablecerlos. Mas he aquí, yo haré volver todas estas cosas sobre vuestra propia cabeza; porque yo, el Señor, no he olvidado a mi pueblo.

¡Oh necios, vosotros que decís: Una Biblia; tenemos una Biblia y no necesitamos más Biblia! j,Tendríaís una Biblia, de no haber sido por los judíos?

j,No sabéis que hay más de una nación? j,No sabéis que yo, el Señor vuestro Dios, he creado a todos los hombres, y que me acuerdo de los que viven en las islas del mar; y que gobierno arriba en los cielos y abajo en la tierra; y manifiesto mi palabra a los hijos de los hombres, sí, sobre todas las naciones de la tierra?

j,Por qué murmuráis por tener que recibir más de mi palabra? j,No sabéis que el testimonio de dos naciones os es un testigo de que yo soy Dios, que me acuerdo tanto de una nación como de otra? Por tanto, hablo las mismas palabras, así a una como a otra nación. V cuando las dos naciones se junten, el testimonio de las dos se juntará también.

V hago esto para mostrar a muchos que soy el mismo ayer, hoy y para siempre; y que declaro mis palabras según mi voluntad. V no supongáis que porque hablé una palabra, no puedo hablar otra; porque aún no está terminada mi obra; ni se acabará hasta el fin del hombre; ni desde entonces para siempre jamás.

Así que no por tener una Biblia, debéis suponer que contiene todas mis palabras; ni tampoco debéis suponer que no he hecho escribir otras más.

Porque mando a todos los hombres, tanto en el este, como en el oeste, y en el norte, así como en el sur y en las islas del mar, que escriban las palabras que yo les hable; porque de los libros que se escriban juzgaré yo al mundo, cada cual según sus obras, conforme a lo que esté escrito.

Porque he aquí, hablaré a los judíos, y lo escribirán; y hablaré también a los nefitas, y éstos lo escribirán; y también hablaré a las otras tribus de la casa de Israel que he conducido lejos, y lo escribirán; y también hablaré a todas las naciones de la tierra, y ellas lo escribirán.

V acontecerá que los judíos tendrán las palabras de los nefitas, y los nefitas tendrán las palabras de los judíos; y los nefitas y los judíos tendrán las palabras de las tribus perdidas de Israel; y éstas poseerán las palabras de los nefitas y los judíos.

V sucederá que mi pueblo, que es de la casa de Israel, será reunido sobre las tierras de sus posesiones; y mi palabra se reunirá también en una. V manifestaré a los que luchan contra mi palabra y contra mi pueblo, que es de la casa de Israel, que yo soy Dios, y que hice convenio con Abraham de que me acordaría de su posteridad para siempre. (2 Nefi, capítulo 29.)

Según esta revelación, tenemos motivo para creer que hay otras Escrituras aparte de las que están contenidas en la Biblia y el Libro de Mormón. El Señor Jesús nos da más luz sobre este asunto:

También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. (Juan 10:16.)

Cierto autor, escribiendo sobre la vida de Cristo, ha indicado que no puede hallar razón para este versículo de las Escrituras, ya que no sabía de otras ovejas sino aquellas entre quienes Jesús ejerció su ministerio. Algunos han explicado que debe de haberse referido a los gentiles; pero el Señor dijo que no era “enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”. (Mateo 15:24.)

JESÚS VISITÓ A SUS OTRAS OVEJAS

Debe repararse en que Jesús no ejerció su ministerio entre los gentiles en persona, sino les envió a sus apóstoles después de su resurrección. De modo que en lo que a la Biblia concierne, la pregunta está aún por contestar. ¿Quiénes, pues, fueron las otras ovejas que El prometió visitar? Para obtener esta información, fue necesario esperar la restauración del evangelio y la publicación del Libro de Mormón.

Después que Jesús fue crucificado y hubo ascendido a su Padre, visitó a sus “otras ovejas” en América, las cuales eran conocidas como el pueblo nefita. Entre éstos escogió a doce discípulos y organizó su Iglesia como lo había hecho entre los judíos. En el Libro de Mormón se hace una relación algo detallada de esto en el libro de 3 Nefi, del cual citamos lo siguiente:

Y sucedió que cuando Jesús hubo hablado estas palabras, dijo a aquellos doce que él había escogido:

Vosotros sois mis discípulos; y sois una luz a este pueblo, que es un resto de la casa de José.

Y he aquí, ésta es la tierra de vuestra herencia; y el Padre os la ha dado.

Y en ninguna ocasión me ha dado mandamiento el Padre de que lo revelase a vuestros hermanos en Jerusalén.

Ni en ningún tiempo me ha dado mandamiento el Padre de que les hablara concerniente a las otras tribus de la casa de Israel, que el Padre ha conducido fuera de su tierra.

Sólo esto me mandó el Padre que les dijera:

Que tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo yo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor.

Ahora, por motivo de la obstinación y la incredulidad, no comprendieron mi palabra; por tanto, me mandó el Padre que no les dijese más tocante a esta cosa.

Pero de cierto os digo que el Padre me ha mandado, y yo os lo digo, que fuisteis separado de entre ellos por motivo de su iniquidad; por tanto, es debido a su iniquidad que no saben de vosotros.

Y en verdad, os digo, además, que el Padre ha separado de ellos a las otras tribus; y es a causa de su iniquidad que no saben de ellas.

Y de cierto os digo que vosotros sois aquellos de quienes dije:

Tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo yo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor.

Y no me comprendieron, porque pensaron que eran los gentiles; porque no entendieron que por medio de su predicación, los gentiles se convertirían

Ni me entendieron que dije que oirán mi voz; ni me comprendieron que los gentiles en ningún tiempo habrían de oír mi voz; que no me manifestaría a ellos sino por el Espíritu Santo.

Mas he aquí, vosotros habéis oído mi voz, y también me habéis visto; y sois mis ovejas, y contados sois entre los que el Padre me ha dado. (3 Nefi 15:11-24.)

Esto nos da a saber quiénes eran las otras ovejas que Jesús iba a visitar, de acuerdo con lo que declaró a sus discípulos en Jerusalén, y por lo mismo, sabemos que eran un resto de la casa de José. El Señor explica también que tenía aún otras ovejas “que no son de esta tierra, ni de la tierra de Jerusalén”, a las cuales tendría que visitar. (3 Nefi 16:1.) Como no sabemos quiénes son o dónde están, nos concretaremos al resto de la tribu de José y veremos qué dice la Biblia con respecto a esta rama de la casa de Israel.

LA TRIBU DE JUDÁ Y LA TRIBU DE JOSÉ

Analizando lo que el Señor prometió a Abraham, a Isaac y a Jacob (Israel) y a sus doce hijos, los cuales entendemos fueron cabezas de las doce tribus de la casa de Israel, claramente se percibe que Judá y José recibieron las promesas más importantes. En la mente de muchas

personas existe alguna confusión en lo que concierne al uso del nombre *Israel*. Aún en la actualidad muchos piensan que se refiere a los judíos o a la tribu de Judá, olvidándose que Judá fue solamente uno de los hijos de Israel. Rubén fue el mayor de estos hijos, pero por motivo de su transgresión le fue quitada la primogenitura, que entonces se dio a los hijos de José:

Los hijos de Rubén primogénito de Israel (porque él era el primogénito, mas como violó el lecho de su padre, sus derechos de primogenitura fueron dados a los hijos de José, hijo de Israel, y no fue contado por primogénito;

bien que Judá llegó a ser el mayor de sus hermanos, y el príncipe de ellos; mas el derecho de primogenitura fue de José.) (1 Crónicas 5:1-2.)

Hablando de la importancia y posición relativas de las tribus de Judá y José, el apóstol Pablo dijo:

“Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio.” (Hebreos 7:14.)

Cuando se entienden estas promesas y bendiciones, se pone en relieve el hecho de que las bendiciones de José, a quien fue otorgada la primogenitura, le daban la preferencia entre los demás hijos de Israel, incluso Judá. Al hecho de que Judá y sus descendientes (los judíos) se han mantenido unidos, probablemente se debe a que solamente a ellos se les considere israelitas. En días anteriores, cuando Israel se hallaba dividido, Judá representaba el grupo menor, mientras que al mayor se dio el nombre de “Israel”:

V Joab dio el censo del pueblo al rey; y fueron los de Israel ochocientos mil hombres fuertes que sacaban espada, y los de Judá quinientos mil hombres. (2 Sam. 24:9.)

V dijo Jehová: También quitaré de mi presencia a Judá, como quite a Israel, y desecharé a esta ciudad que había escogido, a Jerusalén, y a la casa de la cual había yo dicho: Mi nombre estará allí. (2 Reyes 23:2 7.)

Bajo la dirección de la tribu de Efraín, los israelitas fueron conducidos hacia el norte cerca del año 721 antes de Cristo, en la época en que el reino de Israel fue vencido por los asirios, y nunca más volvieron. Fueron esparcidos entre todas las naciones:

Mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice Jehová.

Porque he aquí yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandea el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra. (Amós 9:8-9.)

Este profeta también anunció que después de este esparcimiento serán recogidos otra vez. (Véase Amós 9:14-15) Más adelante haremos referencia al recogimiento de Israel en los postreros días, de acuerdo con las palabras de los profetas.

MOISÉS BENDIJO A JOSÉ

Consideremos ahora, más detalladamente, las promesas otorgadas a José y sus descendientes. No sólo hallaremos que son mayores que las de Judá, sino también que José y Judá se iban a separar en dos grandes divisiones, como ya lo hemos indicado. A José, después del esparcimiento de Israel, se le iba a dar una nueva tierra, aparte y distinta de la tierra prometida, que sería ocupada principalmente por la tribu de Judá.

Moisés “bendijo a los hijos de Israel, antes que muriese”. (Deuteronomio, capítulo 33.) Se recomienda la lectura de estas bendiciones con la indicación de que se lean cuidadosamente, notando con más particularidad la importancia y significado de la bendición de José en comparación con las bendiciones de sus hermanos. Demos consideración especial a la bendición de José:

A José dijo: Bendita de Jehová sea tu tierra, con lo mejor de los cielos, con el rocío, y con el abismo que está abajo.

Con los más escogidos frutos del sol, con el rico producto de la luna,

Con el fruto más fino de los montes antiguos, con la abundancia de los collados eternos,

*y con las mejores dádivas de la tierra y su plenitud;
y la gracia del que habitó en la zarza venga sobre la cabeza de José, y sobre la frente de aquel que es príncipe entre sus hermanos.*

Como el primogénito de su toro es su gloria, y sus astas como astas de búfalo; con ellas acorneará los pueblos juntos hasta los fines de la tierra; ellos son los diez millares de Efraín, y ellos son los millares de Manasés. (Deuteronomio 33:18-17 énfasis agregado.)

En esta bendición conferida por el patriarca, se manifiesta que Moisés estaba pensando, ante todo, en la nueva tierra que se daría a José, una tierra que el Señor bendeciría en abundancia a fin de que produj era los regalados frutos de la tierra y los regalos de los collados eternos y de los montes antiguos.

Al ser conducidos los descendientes de José a este país de América, alrededor del año 600 antes de Cristo, les fue dicho que sería una tierra escogida sobre todas las demás. La bendición que Moisés dio a los descendientes de José indica que el profeta se sintió impresionado por este hecho e intentó describir el país. Dijo además que sería la tierra “de los montes antiguos” y de los “collados eternos”. La región a la que fueron conducidos se halla en la parte occidental de Sur, Centro y Norte América (donde se elevan los Andes, la Sierra Madre, los Montes Rocosos), y concuerda acertadamente con la descripción de Moisés.

Moisés anunció además que “la gracia del que habitó en la zarza” (refiriéndose al Dios de Israel que le apareció en la zarza ardiente —véase Exodo 3:2) estaría con José que fue apartado de sus hermanos. Entonces dice que su gloria sería “como el primogénito de su toro”, o el primogénito o heredero de su padre; y ya hemos indicado cómo recibió José la primogenitura. Moisés también vio el poder y autoridad que serían dados a los descendientes de José, y añade: “Acontecerá a los pueblos juntos hasta los fines de la tierra; ellos son los diez millares de Efraín, y ellos son los millares de Manasés.” (Deuteronomio 33:17.) Esto parece referirse al establecimiento del reino de Dios sobre la tierra en los postreros días, de lo cual hemos hablado previamente, así como al recogimiento de Israel, que más adelante trataremos.

JACOB (ISRAEL) BENDIJO A JOSÉ

Jacob, el gran patriarca, llamó a sus hijos a él y los bendijo poco antes de su muerte:

V llamó Jacob a sus hijos, y dijo: Juntaos, y os declararé lo que os ha de acontecer en los días venideros.

Juntaos y oid, hijos de Jacob, y escuchad a vuestro padre Israel. (Génesis 49:1-2.)

Se recomienda que el lector estudie el capítulo entero y tome nota de la gran diferencia que existe en las bendiciones respectivas.

Ahora demos cuidadosa consideración a la bendición especial que José recibió de su padre:

Rama fructífera es José, rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro.

Le causaron amargura, le asaetearon, y le aborrecieron los arqueros;

Mas su arco se mantuvo poderoso, y los brazos de sus manos se fortalecieron por las manos del Fuerte de Jacob, (por el nombre del Pastor, la Roca de Israel),

por el Dios de tu padre, el cual te ayudará, por el Dios Omnipotente, el cual te bendecirá con bendiciones de los cielos de arriba, con bendiciones del abismo que está abajo, con bendiciones de los pechos y del vientre.

Las bendiciones de tu padre fueron mayores que las bendiciones de mis progenitores; hasta el término de los collados eternos serán sobre la cabeza de José, y sobre la frente del que fue apartado de entre sus hermanos. (Génesis 49:2~2-26.)

Esta bendición es muy parecida a la que pronunció Moisés, y hace alusión en la primera parte al país adonde iba a ser conducida la descendencia de José:

“Rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro”. No es incongruente asumir que el océano representaba el muro sobre el cual se iban a extender los

vástagos de José “hasta el término de los collados eternos”. Entonces Jacob declaró que José sería bendecido “con bendiciones de los cielos de arriba. . con bendiciones del abismo que está abajo”, dando a entender que su posteridad sería numerosa y que sus bendiciones serían mayores que las de sus progenitores.

EL SIGNIFICADO DE LOS SUEÑOS DE JOSÉ

Consideremos juntamente con estas dos bendiciones el sueño de José, cuando vio que las gavillas de sus hermanos rendían homenaje a la de él. Más tarde soñó que el sol y la luna y once estrellas le hacían reverencia. (Véanse Génesis 37:5-10; 44:14.) Ahora preguntémosnos:

1. ¿Hay en la Biblia promesas semejantes a éstas, declaradas a cualquier otro hombre, salvo la promesa de que de los lomos de Judá vendría el Cristo al mundo?
2. ¿Relata la Biblia el cumplimiento de estas promesas? ¿Dónde?
3. Generalmente se concede que la Biblia es la historia de los judíos. Pero, ¿dónde está la historia de José y sus descendientes?
4. ¿Es razonable suponer que Dios, habiendo otorgado y extendido a José y su posteridad mayores promesas que a cualquiera de los otros grupos de los once hijos de Jacob o Israel, se olvidaría luego de mandar escribir el cumplimiento de estas promesas?

EL PALO DE JOSÉ (EL LIBRO DE MORMÓN)

El Señor no echó en el olvido este importantísimo asunto, antes dispuso de la manera más adecuada que se escribiese una historia de sus acuerdos con José y su descendencia, principiando por sus dos hijos, Efraín y Manasés:

Vino a mí palabra de Jehová, diciendo:

Hijo de hombre, toma ahora un palo, y escribe en él: Para Judá, y para los hijos de Israel sus compañeros. Toma después otro palo, y escribe en él: Para José, palo de Efraín, y para toda la casa de Israel sus compañeros.

Júntalos luego el uno con el otro, para que sean uno solo, y serán uno solo en tu mano.

Y cuando te pregunten los hijos de tu pueblo, diciendo: ¿No nos enseñarás qué te propones con eso?

diles: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo tomo el palo de José que está en la mano de Efraín, y a las tribus de Israel sus compañeros, y los pondré con el palo de Judá, y los haré un solo palo, y serán uno en mi mano.

Y los palos sobre que escribas estarán en tu mano delante de sus ojos. (Ezequiel 3 7:15-20.)

Antiguamente se acostumbraba escribir sobre pergaminos y enrollarlos en un palo. De modo que esta instrucción equivale a un mandato de escribir dos historias o libros. Si leemos con cuidado el versículo 18, veremos que en las generaciones futuras, cuando sus hijos preguntasen acerca del significado de este mandamiento, iba a ser cuando el Señor tomaría “el palo de José que está en la mano de Efraín, y a las tribus de Israel sus compañeros, y los pondré, con el palo de Judá, y los haré un solo palo, y serán uno en mi mano”.

Observemos que el Señor dijo que El haría esto y que serían *uno* en su mano. Si damos por sentado que la Biblia es el palo de Judá, ¿dónde está el palo de José? ¿Quién puede responder? Dios mandó que se escribiera y se conservara para anotar el cumplimiento de sus grandes promesas a José. Naturalmente, tendría que ser una historia escrita en otro país, ya que José iba a estar “apartado de sus hermanos”. Se ve claramente por la lectura de estos pasajes que la historia de Judá, o sea la Sagrada Biblia, permanecería con el pueblo, y que la historia de José se agregaría a ella, y que las dos historias serían una.

¿Ha de oponerse alguno a que Dios cumpla precisamente lo que prometió a Ezequiel? ¿Podría cumplirse esta promesa de una manera más sencilla y perfecta que por la aparición del Libro de Mormón? Dios condujo a una rama de la tribu de José al país de América, y mandó que

escribieran una historia de todos sus hechos. Posteriormente mandó a Moroni, su profeta, que escondiera estos anales sagrados en el cerro de Cumora, en la parte occidental del estado de Nueva York. Siglos después envió a Moroni otra vez a la tierra para que entregase la historia a José Smith, a quien dio el poder de traducirla con la ayuda del Urim y Tumim. Las dos historias ahora han llegado a ser una, y constituyen el cabal cumplimiento de otra gran profecía. Volvemos a repetir, ¿quién ha de oponerse a que Dios cumpla lo que prometió? Hasta que haya quien pueda explicar dónde se encuentra la historia de José, la afirmación hecha por el Libro de Mormón, de ser el “palo de José”, permanece irrefutable.

UNA VOZ DESDE LA TIERRA

Isaías vio que saldrían a luz estos anales como la voz de uno que tiene espíritu de pitón, cuya habla susurra desde el polvo:

¡Ay de Ariel, de Ariel, ciudad donde habitó David! Añadid un año a otro, las fiestas sigan su curso.

Mas yo pondré a Ariel en apretura, y será desconsolada y triste; y será a mí como Ariel. Porque acamparé contra ti alrededor, y te sitiare con campamentos, y levantaré contra ti baluartes.

Entonces serás humillada, hablarás desde la tierra, y tu habla saldrá del polvo; y será tu voz de la tierra como la de un fantasma, y tu habla susurrará desde el polvo. (Isaías 29:1-4.)

Isaías vio la caída de Ariel o Jerusalén en una época lejana: “añadid un año a otro”. Entonces parece haber visto en visión una destrucción similar de las ciudades de José: “y será a mí como Ariel”. En seguida describe la forma en que serían sitiadas y cómo levantarían baluartes contra ellas, y serían humilladas y hablarían desde la tierra. Su habla sería ahogada en el polvo y su voz saldría de la tierra, como de quien tiene espíritu de pitón. Desde luego, la única manera en que un pueblo muerto puede hablar “desde la tierra” o “susurrar desde el polvo” ha de ser por medio de la palabra escrita; y así lo hizo este pueblo mediante el Libro de Mormón. Ciertamente tiene un espíritu como voz de los muertos, pues contiene las palabras de los profetas del Dios de Israel.

El profeta Nefi describe el mismo acontecimiento en estas palabras:

Después que mi posteridad y la posteridad de mis hermanos hayan degenerado en la incredulidad, y hayan sido heridos por los gentiles; sí, después que el Señor Dios haya acampado en contra de ellos por todos lados, y los haya sitiado con baluarte y levantado fuertes contra ellos; y después que hayan sido abatidos hasta el polvo, aun hasta dejar de existir, con todo esto, las palabras de los justos serán escritas, y las oraciones de los fieles serán oídas, y ninguno de los que hayan degenerado en la incredulidad será olvidado;

porque aquellos que serán destruidos les hablarán desde la tierra, y sus palabras susurrarán desde el polvo, y su voz será como uno que evoca a los espíritus; porque el Señor Dios le dará poder para que pueda susurrar concerniente a ellos, como si fuera desde la tierra; y su habla susurrará desde el polvo.

Porque así dice el Señor Dios: Escribirán las cosas que se harán entre ellos, y serán escritas y selladas en un libro; y aquellos que hayan caído en la incredulidad no las tendrán, porque procuran destruir las cosas de Dios. (2 Nefi 26:15-17. Compárese Isaías 29:1-4.)

No sólo vio Isaías la destrucción de este pueblo, y cómo serían humillados, hablarían de la tierra y su voz sería como de quien tiene espíritu de pitón que susurra desde el polvo, sino que también vio que toda esta visión era representada por un libro sellado:

Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado. (Isaías 29:11.)

Terminada esta visión, la palabra del Señor vino nuevamente a Isaías para informarle de la obra maravillosa y el prodigio que El iba a efectuar:

Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado;

por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos. (Isaías 29:18-14.)

La publicación del Libro de Mormón es una maravilla y un “prodigio grande”, y los sabios y los hombres prudentes del mundo no pueden hallarle otra explicación que la historia relatada por José Smith; y éste no obtuvo, ni pudo haber obtenido el libro con tan sólo leer la Biblia. Lo recibió por revelación del Señor por medio del ángel Moroni.

CAPÍTULO 8.

EVIDENCIAS DE LA AUTENTICIDAD DIVINA DEL LIBRO DE MORMÓN.

Hemos considerado el Libro de Mormón (el palo de José, la historia de las “otras ovejas” que Jesús prometió visitar) como el otro tomo de Escrituras que el Señor declaró iba a juntar con la Biblia (el palo de Judá) y hacerlos uno en su mano. Conviene ahora mencionar brevemente algunas de las evidencias de la divinidad del Libro de Mormón.

Una de las pruebas más importantes es el testimonio de los tres testigos a quienes el ángel Moroni mostró las planchas y testificó que habían sido traducidas por el don y el poder de Dios. Ya hemos citado este testimonio en su totalidad. Se encuentra en cada uno de los ejemplares del Libro de Mormón junto con el testimonio de los ocho testigos, a los cuales se permitió a José Smith mostrarles las planchas. Ninguno de estos testigos negó jamás su testimonio, aunque todos tuvieron que padecer mucha persecución y vituperio.

“TRADUCIDAS POR EL DON Y EL PODER DE DIOS”

Examinemos la declaración del Señor a los testigos de que las planchas fueron “traducidas por el don y el poder de Dios”. Cuando el ángel le reveló a José Smith la existencia de una historia que se hallaba depositada en el cerro Cumora, le dijo:

Junto con las planchas estaban depositadas dos piedras, en aros de plata, las cuales, aseguradas a un pectoral, formaban lo que se llama el Urim y Tumim; que la posesión y uso de estas piedras era lo que constituía a los “videntes” de los días antiguos o anteriores, y que Dios las había preparado para la traducción del libro. (P. de G. P., José Smith—Historia 35.)

Fue por medio del Urim y Tumim que José Smith pudo traducir el Libro de Mormón, una obra de más de quinientas páginas impresas, de las planchas de oro.

Esto hizo él en aproximadamente 60 días, o sea del 7 de abril de 1829 hasta la primera semana de junio del mismo año. Dudamos que algún otro escritor haya producido una obra o novela de tal magnitud en un período tan corto.

EL URIM Y TUMIM.

j, Sería injusto preguntar qué sabían los directores espirituales de los días de José Smith acerca del Urim y Tumim? j, Se le habría ocurrido a José Smith, por sí mismo, afirmar que tradujo el Libro de Mormón con la ayuda de dicho instrumento? Sin embargo, los profetas de la antigüedad conocían el uso del Urim y Tumim:

Urim y Tumim (es decir, “Luz y Perfección”), al cual se hace referencia como el medio del que se valía el Sumo Sacerdote para consultar al Señor: Exodo 28:30; Levítico 8:8; Números 27:21; Deuteronomio 33:8; 1 Samuel 28:6. El Urim y Tumim evidentemente era un objeto material de cierta clase. Se ha sugerido que se componía de (a) piedras en el pectoral del Sumo Sacerdote; (b) dados sagrados; (c) pequeñas imágenes o símbolos de la “verdad” y la “justicia” como los que se han hallado alrededor del cuello de las momias de los sacerdotes egipcios. El Urim y Tumim no existió después del cautiverio: Esdras 2:63. (A Concise Biblical Encyclopedia, pág. 154.)

En vista de que los profetas antiguos se valían del Urim y Tumim para consultar al Señor, y dado que se preservó por la mano del Señor y se entregó a José Smith junto con las planchas de oro, tal parece que con ello se demuestra la prudencia de Dios en preservarlo para este propósito sagrado. Estos hechos corroboran las declaraciones de los que ayudaron al profeta José Smith, de

que escribían según él dictaba y no se hacían correcciones. Tenemos este testimonio de Oliverio Cowdery, su escribiente principal:

Yo escribí con mi propia pluma todo el Libro de Mormón (salvo unas pocas páginas) tal como salía de los labios del profeta José conforme lo iba traduciendo por el don y poder de Dios mediante el Urim y Tumim... Vi con mis ojos y palpé con mis manos las planchas de oro del cual fue traducido... Ese libro es verdadero. (B. H. Roberts, Comprehensive History of the Church, tomo 1, pág. 132.)

EL ORIGEN DE LOS INDIOS AMERICANOS.

El Libro de Mormón hace un relato bien preciso de quiénes son los indios americanos y cómo llegaron al hemisferio occidental. Los primeros pobladores que ocuparon este hemisferio, y de quienes se tiene noticia, fueron los Jareditas que salieron de la Torre de Babel al tiempo de la confusión de su idioma y el esparcimiento del pueblo. Fueron conducidos a América por el Señor:

Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer.

Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. (Génesis 11:6-8.)

En vista de la afirmación de que “los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra”, no es irrazonable suponer que algunos de ellos fueron esparcidos hasta el continente americano, porque ciertamente es parte “de toda la tierra”.

Los Jareditas fueron destruidos por no haber cumplido con los mandamientos del Señor. Para una relación de este pueblo, véase el Libro de Eter en el Libro de Mormón.

Lehi y su familia fueron conducidos de Jerusalén al país de América más o menos en el año 600 antes de Cristo por la mano de Dios, y desde entonces han habitado esta tierra. Sin embargo, por motivo de la iniquidad de los que siguieron a Lamán y Lemuel, dos de los hijos de Lehi, el Señor los maldijo con un cutis oscuro para separarlos de sus hermanos.

Y él había hecho caer la maldición sobre ellos, sí, una penosa maldición, a causa de su iniquidad. Porque he aquí, habían endurecido sus corazones contra él, de modo que se habían vuelto como el pedernal; y por tanto, ya que eran blancos y sumamente bellos y deleitables, el Señor Dios causó que los cubriese una piel de color oscuro, para que no atrajeran a los de mi pueblo.

Y así dice el Señor Dios: Haré que sean repugnantes a tu pueblo, a no ser que se arrepientan de sus iniquidades.

Y malditos serán los descendientes de aquel que se mezcle con la posteridad de ellos; porque serán maldecidos con la misma maldición. Y el Señor lo habló; y así fue. (2 Nefi 5:21-23.)

Los que cayeron bajo este anatema lograron destruir, alrededor del año 384 de nuestra era, a toda la población blanca, con excepción de 24 almas. Fue más o menos por esta época que Mormón depositó en el cerro Cumora todos los anales que le habían sido confiados, salvo un pequeño número de planchas que entregó a su hijo Moroni. (Véase Mormón, capítulo 6.)

Cerca del año 420, Moroni puso estas planchas junto con las que su padre Mormón ya había depositado en el cerro. (Véase Moroni 10:1-2.) Fue de estas planchas que José Smith tradujo el Libro de Mormón.

Los pueblos de cutis oscuro que ocuparon el país de América desde esa época en adelante son conocidos como “lamanitas” en el Libro de Mormón. Son los que la gente generalmente designa con el nombre de indios americanos y, como ya hemos indicado, son de la casa de Israel.

Por consiguiente, se puede asumir que por ser el Libro de Mormón una crónica o historia de este antiguo pueblo americano, debe contener un relato completo de su origen y viajes, sus

guerras y contenciones, la vida y enseñanzas de sus profetas, así como las profecías sobre el futuro destino de estas tierras americanas.

Uno de los acontecimientos más interesantes de todo el libro es el relato de la visita que Jesús hizo a los habitantes de América, después de su crucifixión y ascensión, incluso la narración de las destrucciones que ocurrieron al tiempo de su crucifixión, las cuales literalmente cambiaron toda la superficie de la tierra.

Se formaron montañas; se desencadenaron las tempestades y torbellinos; se hundieron muchas ciudades; los fuertes temblores derribaron los edificios, y “quedó desfigurada la superficie de toda la tierra”. (3 Nefi 8:17; véase todo el capítulo.)

Las investigaciones arqueológicas modernas han descubierto muchas de estas ciudades sepultadas, con calzadas de cemento que se mencionan en el Libro de Mormón, y han hallado templos y otros edificios magníficos construidos por estos pueblos que alcanzaron un alto grado de civilización y cultura en el continente de América. Las tradiciones de los indios confirman estos hechos.

UNA LEYENDA DE LOS INDIOS WASHOE.

La siguiente leyenda de los indios washoe es una de las tradiciones típicas, en que al parecer se ha preservado la historia de la desaparición de un gran lago que se hallaba entre las montañas. Este inmenso cuerpo de agua tenía por nombre Lahonitán. Puede comprobarse su existencia en épocas pasadas por los restos fósiles de animales que se han hallado en varias partes de la cuenca, así como por otras evidencias inequívocas. La leyenda de referencia se ha relatado en la forma siguiente:

Hace tiempo, mucho, mucho tiempo, quizás cien años, indio no está seguro. El hombre blanco sabe. El padre de mi abuelo, muy viejo. Quizás doscientos, trescientos años, no sé. Valle Carson, Valle Washoe, valle Truckee, valle Long, Lago de la Pirámide, Lovelock, todos estaban llenos de agua, muchos peces, muchos patos. Peces grandes también; ahora ya no están aquí, ya se fueron para no volver.

Los indios washoe vivían en las altas montañas (señalando en dirección de la montaña). A veces el indio washoe tomaba la canoa para ir a ver al indio piute, y quizás indio pinte tomaba la canoa para ir a ver al indio washoe. Ellos muy buenos amigos todo el tiempo. (Señalando en dirección oeste del valle Washoe, el anciano indio continuó:)

Gran montaña, con fuego todo el tiempo, hace ruido espantoso, con mucho humo. Indio tiene miedo. Un día, la montaña da mucho humo, hace mucho ruido, la tierra tiembla mucho, indio muy asustado, cae al suelo y llora mucho. El sol sale cada día, (señalando al noroeste) se pone cada día (señalando al noroeste). Pero un día el sol no sale. Indio no sabe por qué. Hay mucho humo en la montaña, la tierra tiembla mucho, el viento sopla, las aguas hierven.

Quizás dos, tres días, el sol no sale, indio no come, no duerme, sólo llora y llora. Muy asustado. Entonces el agua hace mucho ruido y corre muy rápido, como el río Truckee; las aguas bajan y bajan, las montañas suben y suben, mucho lodo, muchos peces mueren, entonces el sol sale tras las montañas (señalando al sureste) entonces se pone allí (señalando al noroeste). El hombre blanco sabe, el indio no sabe. En dos o tres semanas, el lodo se seca, el indio piute y el indio washoe ahora caminan, ya no van en canoa. Toda el agua se ha secado, quizás poca agua queda. Lago Pirámide, lago Honey, lago Washoe, muchas montañas, él viene muy pronto. El indio no está seguro, el agua y el pez grande no vuelven. Nunca más volverían. (Sra. M. M. Garwood, Progressive West Magazine, reproducido en Deseret Semi-Weekly News, del 5 de febrero de 1906.)

Esta narración carece de detalles, pero es suficientemente clara para indicar que los aborígenes de este país han preservado en forma legendaria una relación de los terribles cataclismos que han azotado al continente americano.

EL TESTIMONIO DE NEFI.

Vamos ahora a leer el relato de este mismo acontecimiento como se halla en los anales de 3 Nefi en el Libro de Mormón. Según vamos leyendo, tomemos nota de que las dos narraciones concuerdan casi en todo detalle, aun en el tiempo que el sol dejó de brillar. Sigue la relación de Nefi sobre lo que aconteció en el continente americano al tiempo de la crucifixión del Salvador:

Pero he aquí, hubo una destrucción mucho más grande y terrible en la tierra del norte; pues he aquí, toda la faz de la tierra fue alterada por causa de la tempestad, y los torbellinos, y los truenos, y los relámpagos, y los sumamente violentos temblores de toda la tierra;

y se rompieron las calzadas, y se desnivelaron los caminos, y muchos terrenos llanos se hicieron escabrosos.

V se hundieron muchas grandes y notables ciudades, y muchas se incendiaron, y muchas fueron sacudidas hasta que sus edificios cayeron a tierra, y sus habitantes murieron, y los sitios quedaron desolados.

V así quedó desfigurada la superficie de toda la tierra por motivo de las tempestades, y los truenos, y los relámpagos, y los temblores de tierra.

V sucedió que hubo una densa obscuridad sobre toda la faz de la tierra, de tal manera que los habitantes que no habían caído podían palpar el vapor de tinieblas;

y no podía haber luz por causa de la obscuridad, ni velas, ni antorchas; ni podía encenderse el fuego con su leña menuda y bien seca, de modo que no podía haber ninguna luz.

V no se veía luz alguna, ni fuego, ni vislumbre, ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, por ser tan densos los vapores de obscuridad que había sobre la faz de la tierra.

V sucedió que duró por el espacio de tres días, de modo que no se vio ninguna luz; y hubo grandes lamentaciones, gritos y llantos continuamente entre todo el pueblo; sí, grandes fueron los gemidos del pueblo por motivo de las tinieblas y la gran destrucción que les había sobrevenido. (3 Nefi 8:12-14, 17, 20-23.)

Al considerar la semejanza tan notable de estos dos relatos, debe tenerse presente que el Libro de Mormón se publicó en 1829 y esta leyenda india, en 1906. ¿Qué explicación tiene si ninguno de los dos es verdadero?

LECTURA SUPLEMENTARIA.

No es el propósito del escritor considerar en detalle la arqueología y etnología de las Américas, que proporcionan tanta evidencia corroborativa en apoyo del Libro de Mormón. Si se desea hacer un estudio más detallado de la evidencia a favor de que (1) han ocupado este país pueblos diferentes en períodos muy distintos; (2) las tradiciones existentes entre las razas nativas de América, que parecen tener el mismo origen común, son muy parecidas a las israelitas, si no enteramente idénticas; (3) los antiguos habitantes de las Américas tenían conocimiento de los principales acontecimientos bíblicos, como la creación, la construcción de la Torre de Babel, el diluvio, la vida y crucifixión del Salvador, la segunda venida del Redentor, la administración de la Santa Cena, etc., referimos al lector el libro *Artículos de Fe* por James E. Talmage, así como a numerosos artículos en revistas de la Iglesia y otras publicaciones que deben estar disponibles en las bibliotecas de los centros de reunión.

UNA TIERRA ESCOGIDA.

El Libro de Mormón contiene un registro de las enseñanzas dadas por profetas inspirados, los cuales ejercían su ministerio entre el pueblo y profetizaban en cuanto al destino de esta tierra.

He aquí, ésta es una tierra escogida, y la nación que la posea se verá libre de la esclavitud, y del cautiverio, y de todas las otras naciones debajo del cielo, si tan sólo sirve al Dios de la tierra, que es Jesucristo, el cual ha sido manifestado por las cosas que hemos escrito. (Eter 2:12.)

Mas he aquí, esta tierra, dice Dios, será la tierra de tu herencia, y los gentiles serán bendecidos sobre la tierra.

V esta tierra será una tierra de libertad para los gentiles; y no habrá reyes sobre la tierra que estén sobre los gentiles.

V fortificaré esta tierra contra todas las otras naciones.

V el que combata contra Sión perecerá, dice Dios.

Porque quien levante rey contra mí, perecerá; pues yo, el Señor, el rey de los cielos, seré su rey, y eternamente seré una luz para aquellos que oigan mis palabras. (2 Nefi 10:10-14.)

V ahora yo, Moroni, procedo a concluir mi relato concerniente a la destrucción del pueblo del cual he estado escribiendo.

Pues he aquí, menospreciaron todas las palabras de Eter; porque él verdaderamente les habló de todas las cosas, desde el principio del hombre; y que después que se hubieron retirado las aguas de la superficie de esta tierra, llegó a ser una tierra escogida sobre todas las demás, una tierra escogida del Señor; por tanto, el Señor quiere que lo sirvan a él todos los hombres que habiten sobre la faz de ella;

y que era el sitio de la Nueva Jerusalén que descendería del cielo, y el santo santuario del Señor.

He aquí, Eter vio los días de Cristo, y habló de una Nueva Jerusalén sobre esta tierra.

V habló también concerniente a la casa de Israel, y la Jerusalén de donde Lehi habría de venir: que después que fuese destruida, sería reconstruida de nuevo, una ciudad santa para el Señor; por tanto, no podría ser una nueva Jerusalén, porque ya había existido en la antigüedad; pero sería reconstruida, y llegaría a ser una ciudad santa del Señor; y sería edificada para la casa de Israel;

y que sobre esta tierra se edificaría una nueva Jerusalén al resto de la posteridad de José, para lo que ha habido un tipo.

Porque así como José llevó a su padre a la tierra de Egipto, de modo que allí murió, el Señor consiguientemente sacó a un resto de la descendencia de José de la tierra de Jerusalén, para ser misericordioso con la posteridad de José, a fin de que no pereciera, tal como fue misericordioso con el padre de José para que no pereciera.

De manera que el resto de los de la casa de José se establecerán sobre esta tierra, y será la tierra de su herencia; y levantarán una ciudad santa para el Señor, semejante a la Jerusalén antigua; y no serán confundidos más, hasta que llegue el fin, cuando la tierra será consumida. (Eter 13:1-8.)

Un alto funcionario gubernamental manifestó lo siguiente después de leer el Libro de Mormón:

De todos los libros religiosos americanos del siglo diecinueve, el Libro de Mormón es probablemente el de mayor potencia. Quizá solamente llegó al uno por ciento de los habitantes de los Estados Unidos, pero tan fuerte y permanentemente afectó a este uno por ciento, que se ha hecho sentir entre toda la gente de los Estados Unidos, especialmente su contribución al ensanchamiento de nuestras fronteras.

EL TESTIMONIO DE UN TURISTA.

Después de visitar la Manzana del Templo en Salt Lake City, donde consiguió una copia del Libro de Mormón, un turista escribió la siguiente carta:

“He sido ministro de la Iglesia Metodista en durante treinta y siete años. He formado una biblioteca con los libros más grandes del mundo. Me ha costado más de doce mil dólares, pero

he hallado en el Libro de Mormón una biblioteca de más valor que todas las colecciones de libros en el mundo, porque es la palabra de Dios.”

EL TESTIMONIO DEL DOCTOR WILLARD RICHARDS.

Se dice que cuando el doctor Willard Richards, que se hallaba en la cárcel de Carthage el día en que el profeta José Smith y su hermano fueron martirizados y más tarde fue consejero de Brigham Young en la Primera Presidencia de la Iglesia, vio por primera vez el Libro de Mormón, lo abrió y leyó unas páginas. Cerró el libro con estas palabras: “Este libro fue escrito por Dios o por el diablo, y no voy a parar hasta saber quién lo escribió”. De modo que leyó el libro entero dos veces en los siguientes diez días, después de lo cual afirmó: “El diablo no pudo haberlo escrito; debe ser de Dios”.

EL TESTIMONIO PROMETIDO DE LA VERACIDAD DEL LIBRO DE MORMÓN.

Es de lamentarse que el mundo sea tan lento en aceptar la verdad. Teniendo entre nosotros este libro tan maravilloso, el otro tomo de escrituras (el palo de José) que el Señor mandó a Ezequiel que escribiera, y el cual, según su declaración, juntaría en su mano con el palo de Judá (nuestra Biblia actual), ¿por qué estará el mundo tan poco dispuesto a aceptarlo?

En esta breve narración del mensaje del ángel Moroni al profeta José Smith, no hemos intentado presentar las enseñanzas del Libro de Mormón ni la historia en él contenida. Nos hemos conformado con tratar de mostrar que ocupa un lugar, sí, un lugar importantísimo, en la literatura religiosa del mundo; que Dios mismo mandó que se escribiese la historia, la cual iba a ser preservada para aparecer en el debido tiempo. La venida de Moroni para entregar las planchas de oro y el Urim y Tumim a José Smith, a fin de que fuesen traducidas, constituye uno de los mensajes más importantes que se podrían comunicar al mundo. Se espera que esta presentación inculque en muchas personas el deseo de leer el Libro de Mormón y poner a prueba la promesa del Señor que se halla en sus páginas:

V cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo. (Moroni 10:4.)

CAPÍTULO 9

LA RESTAURACIÓN DE LA AUTORIDAD DEL SACERDOCIO

Sigue en orden cronológico la visita de un mensajero celestial, Juan el Bautista, quien, bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, apareció a José Smith y Oliverio Cowdery y les confirió el Sacerdocio Aarónico. Citamos la propia relación de José Smith de esta celestial visita y ordenación:

Dos días después de la llegada del señor Cowdery (siendo el día 7 de abril), empecé a traducir el Libro de Mormón, y él comenzó a escribir por mí.

El mes siguiente (mayo de 1829), encontrándonos todavía en la obra de la traducción, nos retiramos al bosque un cierto día para orar y preguntar al Señor acerca del bautismo para la remisión de los pecados, del cual vimos que se hablaba en la traducción de las planchas. Mientras en esto nos hallábamos, orando e implorando al Señor, descendió un mensajero del cielo en una nube de luz y, habiendo puesto sus manos sobre nosotros, nos ordenó, diciendo:

Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados; y este sacerdocio nunca más será quitado de la tierra, hasta que los hijos de Leví de nuevo ofrezcan al Señor un sacrificio en justicia.

Declaró que este Sacerdocio Aarónico no tenía el poder de imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo, pero que se nos conferiría más adelante; y nos mandó que fuéramos a bautizarnos, instruyéndonos que yo bautizara a Oliverio Cowdery, y que después me bautizara él a mí.

Por consiguiente, fuimos y nos bautizamos. Yo lo bauticé primero, y luego me bautizó él a mí — después de lo cual puse mis manos sobre su cabeza y le conferí el Sacerdocio de Aarón, y luego él puso sus manos sobre mí y me confirió el mismo sacerdocio— porque así se nos había mandado.

El mensajero que en esta ocasión nos visitó y nos confirió este sacerdocio dijo que se llamaba Juan, el mismo que es conocido como Juan el Bautista en el Nuevo Testamento, y que obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, quienes poseían las llaves del Sacerdocio de Melquisedec, sacerdocio que nos sería conferido, dijo él, en el momento oportuno; y que yo sería llamado el primer Elder de la Iglesia, y él (Oliverio Cowdery) el segundo. Fue el día quince de mayo de 1829 cuando se nos ordenó por mano de este mensajero, y nos bautizamos. (P. de G. P., José Smith—Historia 67-72.)

Esta visita de Juan el Bautista nos enseña las siguientes verdades importantes:

1. Que uno debe recibir el sacerdocio necesario de alguien que tenga la autoridad, antes de poder administrar las ordenanzas del evangelio.

2. Que el Sacerdocio Aarónico tiene las llaves de:

(a) el ministerio de ángeles;

(b) el evangelio de arrepentimiento;

(c) el bautismo por inmersión para la remisión de pecados.

3. Que este sacerdocio “nunca más será quitado de la tierra, hasta que los hijos de Leví de nuevo ofrezcan al Señor un sacrificio en justicia”.

4. Que aun cuando el Sacerdocio Aarónico constituye la autoridad divina de Dios, sus funciones son limitadas; no tiene “el poder de imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo”; que al conferir a José Smith y Oliverio Cowdery este sacerdocio, Juan el Bautista ofició bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, los cuales tenían las llaves del Sacerdocio de Melquisedec, que más tarde les sería conferido.

LA RESTAURACIÓN DEL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC

Por consiguiente, a fin de que pudiese haber una “restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:2 1), fue menester restituir estos dos sacerdocios a los hombres en la tierra.

No mucho después de este glorioso acontecimiento, y de acuerdo con la promesa de Juan el Bautista, Pedro, Santiago y Juan, apóstoles del Señor Jesucristo, confirieron a José Smith y Oliverio Cowdery el Sacerdocio de Melquisedec, incluso el Santo Apostolado, que les dio la autoridad necesaria para organizar la Iglesia o el reino de Dios sobre la tierra en esta dispensación. Consiguientemente, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se organizó con seis miembros el 6 de abril de 1830 en Fayette, distrito de Séneca, Nueva York.

EL SACERDOCIO DE AARÓN Y EL DE MELQUISEDEC

Para entender debidamente el evangelio de Jesucristo y la Iglesia que El estableció en la tierra, es sumamente preciso tener algún conocimiento del Sacerdocio Aarónico o Levítico, a veces llamado el Sacerdocio Menor (véase D. y C. 107:14.), así como del Sacerdocio de Melquisedec, junto con las funciones y administraciones de cada uno de ellos.

Se puede preguntar: “¿De acuerdo con cuál de los órdenes del sacerdocio pretenden obrar las iglesias cristianas hoy día, el de Aarón o el de Melquisedec?” No se espera que ninguna de ellas pueda dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta. La única razón por la cual estamos en posición de hacer la debida aclaración es porque Juan el Bautista trajo de nuevo a esta tierra el Sacerdocio Aarónico o Levítico, y lo confirmó a José Smith y Oliverio Cowdery. Los apóstoles Pedro, Santiago y Juan trajeron el Sacerdocio de Melquisedec en igual manera. De modo que, habiendo desaparecido toda duda y mal entendimiento, ahora podemos entender las Escrituras que hablan de este importante asunto. ¿Puede haber cosa más importante que entender el significado y propósito del sacerdocio de Dios y cómo se obtiene, ya que en él están comprendidas las llaves y los derechos de oficiar en su nombre y administrar a sus hijos las ordenanzas salvadoras del evangelio de Jesucristo? ¿Cómo puede alguno suponer que sin la autoridad de este sacerdocio puede existir en la tierra una Iglesia de Jesucristo autorizada?

Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad había aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?

Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley.

Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio...

Pues se da testimonio de él: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec...

Mas éste por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. (Hebreos 7:11-12, 14, 17, 24.)

Esta explicación debe aclarar el hecho de que la ley, o el ayo (véase Gálatas 3:24), que tenía como fin llevar al pueblo a Cristo, se administraba mediante el Sacerdocio Levítico o Aarónico. Sin embargo, según las palabras de Pablo, no se puede lograr la perfección únicamente por medio de este sacerdocio. Fue necesario, por tanto, que el Señor enviase otro sacerdote según el orden de Melquisedec. De modo que, habiéndose cambiado el sacerdocio, “necesario es que haya también cambio de la ley”. Jesucristo, pues, trajo la plenitud de su evangelio para reemplazar la ley de Moisés.

LIMITACIONES DEL SACERDOCIO AARÓNICO

Juan el Bautista entendía esto claramente, porque su ministerio correspondía a la autoridad del Sacerdocio Aarónico, al cual pertenecen las llaves de la administración de la ordenanza del bautismo por inmersión para la remisión de pecados. Cuando fue enviado a preparar “el camino del Señor” (véase Mateo 3:3), no pretendió conferir el Espíritu Santo por la imposición de manos, antes enseñó que uno más poderoso que él “os bautizará en Espíritu Santo y fuego”. (Mateo 3:11.)

Fue precisamente lo que él explicó a José Smith y Oliverio Cowdery cuando les confirió el Sacerdocio Aarónico y los comisionó para que se bautizaran el uno al otro por inmersión para la remisión de sus pecados.

Les declaró que este Sacerdocio Aarónico “no tenía el poder de imponer las manos para comunicar el Espíritu Santo” (véase José Smith—Historia 70), pero que les sería conferido más tarde.

LA NATURALEZA DEL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC

En una revelación sobre el sacerdocio, dada por medio del profeta José Smith el 28 de marzo de 1835, el Señor declaró:

En la iglesia hay dos sacerdocios, a saber, el de Melquisedec y el Aarónico, que incluye el Levítico.

La razón por la cual el primero se llama el Sacerdocio de Melquisedec es que Melquisedec fue tan gran sumo sacerdote.

Antes de su época se llamaba el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios.

Mas por respeto o reverencia al nombre del Ser Supremo, para evitar la demasiado frecuente repetición de su nombre, la iglesia en los días antiguos dio a ese sacerdocio el nombre de Melquisedec, o sea el Sacerdocio de Melquisedec.

Todas las otras autoridades u oficios de la iglesia son dependencias de este sacerdocio.

Pero hay dos divisiones o cabezas principales; una es el Sacerdocio de Melquisedec, y la otra es el Sacerdocio Aarónico o Levítico. (D. y C. 107:1-6.)

También el apóstol Pablo comprendía esta alta dignidad de Melquisedec como Sumo Sacerdote, y se expresó de esta manera:

Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo,

a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz;

sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre. (Hebreos 7:1-3.)

Este último versículo ha sido mal interpretado en extremo, pues algunos suponen que Pablo quiso decir que Melquisedec no tuvo padres ni descendencia, y que es sin principio de días o fin de vida. Sin embargo, en una revelación sobre el sacerdocio, recibida por medio del profeta José Smith el 22 de septiembre de 1832, el Señor aclaró que es el sacerdocio el que no tiene principio de días o fin de años, no Melquisedec:

V este sacerdocio continúa en la iglesia de Dios en todas las generaciones, y es sin principio de días o fin de años. (D. y C. 84:17.)

NO HAY AUTORIDAD SIN LLAMAMIENTO Y ORDENACIÓN

Ya que hemos establecido la necesidad de la autoridad del sacerdocio, consideremos la evidencia que hay en las Escrituras sobre el asunto de que los hombres deben recibir el sacerdocio por ordenación a fin de officiar en las cosas de Dios; es decir, ni pueden asumir esta

autoridad ni recibirla de uno que no la posee. Por tal motivo fue necesario que Juan el Bautista restituyera el Sacerdocio Aarónico, o Levítico, y que Pedro, Santiago y Juan trajesen de nuevo el Sacerdocio de Melquisedec para conferirlos a José Smith y Oliverio Cowdery:

Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por tus pecados;

Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado de Dios, como lo fue Aarón.

Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.

Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. (Hebreos 5:1, 4-6.)

¿Se puede expresar algo con mayor claridad? “Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere.” ¿Cómo, pues, puede un hombre ser sumo sacerdote o pontífice, si no es constituido como tal?

“Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado de Dios como lo fue Aarón.” ¿Cómo fue llamado Aarón? El Señor habló a Moisés y le dijo:

Harás llegar delante de ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes.

Y con ellos (los vestidos sagrados) vestirás a Aarón tu hermano, y a sus hijos con él: y los ungirás, y los consagrarás y los santificarás, para que sean mis sacerdotes. (Exodo 28:1,41.)

De modo que Aarón no se llamó o se constituyó a sí mismo.

“Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote” sino que fue escogido y nombrado sumo sacerdote para siempre por su Padre, y después de haber sido llamado y nombrado en esta forma, llamó a otros:

Entonces Jesús les dijo otra vez (a los apóstoles): Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío...

A quienes remitieris los pecados, les son remitidos y a quienes se los retuvieris, les son retenidos. (Juan 20:21, 28.)

Y estableció doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios. (Mar. 3:14-15.)

Los apóstoles de Jesús no se ordenaron o se establecieron a sí mismos, sino que Jesús los llamó, los ordenó y los envió a ejercer su ministerio, así como el Padre lo había enviado a El.

LA VOCACIÓN Y ORDENACIÓN DE PABLO

El llamamiento o vocación de Saulo (más tarde conocido como Pablo: Hechos 13:9) al ministerio, incluso su subsiguiente ordenación, ofrece un ejemplo gráfico del orden divino en estos asuntos, pues el modelo fue dado por la voz de Jesús:

Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo;

y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.

El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. (Hechos 9:3-6.)

Aun cuando Jesús le habló en persona, no por eso se sintió Saulo autorizado para emprender el ministerio y administrar las ordenanzas del evangelio. Fue necesario que recobrarla la vista por la imposición de las manos de Ananías, y fuera bautizado por él. A pesar de que el Señor declaró a Ananías que Saulo le era un vaso escogido para llevar su nombre ante los gentiles, reyes y los hijos de Israel, fue menester ordenarlo a fin de que pudiese ejercer este ministerio en una época posterior, después que hubiera declarado a los discípulos y a otros lo que había visto y oído.

Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón... y Saulo.

Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.

Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. (Hechos 13:1-3.)

Suponemos que hay muchos en el mundo actualmente que se considerarían plenamente escogidos y ordenados si vieran y oyeran lo que Pablo vio y oyó cuando iba a Damasco. Mas no fue así con él; ni con José Smith. Fue necesario que los ordenara alguien que estaba autorizado. Y así debe ser con todos los hombres que quieren dedicarse al ministerio autorizadamente.

José Smith aprendió esta gran verdad, no por leer la Biblia, sino por medio de las visitas de Juan el Bautista y de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. De ahí nuestra afirmación contenida en el quinto Artículo de Fe de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, escrito por el profeta José Smith:

Creemos que el hombre debe ser llamado de Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas.

LA IGLESIA DE JESUCRISTO TIENE UN “REAL SACERDOCIO”

Hablando a los miembros de la Iglesia de su día, el apóstol Pedro dijo:

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1 Pedro 2:9.)

De esto y de las revelaciones del Señor dadas al profeta José Smith en el curso de la restauración del sacerdocio sobre la tierra en esta dispensación, se desprende que el Señor ha dispuesto que todo miembro varón de la Iglesia, si vive dignamente, puede recibir el sacerdocio y llegar a ser, por lo mismo, una fuerza activa en el establecimiento de la Iglesia y reino de Dios en la tierra, parte de ese “real sacerdocio” a que Pedro se refirió, a fin de que todos puedan unánimes anunciar “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Estos hombres no reciben más preparación especial para el ministerio sino la que se dio a los apóstoles de la antigüedad, pero mediante el servicio que prestan y el don del Espíritu Santo, desarrollan los dones y talentos que Dios les ha otorgado. Pablo comprendió esto cuando dijo:

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no son muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles;

sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte;

y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. (1 Corintios 1:26-29.)

Además de tener estos oficiales locales, la Iglesia de esta dispensación ha enviado a la misión decenas de miles de misioneros desde que fue organizada, todos de la categoría referida por el Apóstol. Esta gran hueste de misioneros representa un ministerio sin paga igual que el del sacerdocio en los días de Cristo y sus Apóstoles.

Hoy día, más de un millón de hombres poseen el sacerdocio Aarónico y de Melquisedec. ¿En qué otra parte del mundo puede hallarse semejanza ante “real sacerdocio”, como Pedro llamó la Iglesia de su época?

Fue esta práctica de conferir el sacerdocio y llamar al ministerio a cuantos fueran dignos y desearan servir lo que impulsó a Jesús a decir, cuando envió a los setenta de dos en dos “delante de él, a toda ciudad y lugar adonde él había de ir”:

La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. (Luc. 10:2.)

OFICIOS DEL SACERDOCIO

Es tan grande la obra, que el Señor ha establecido muchos líderes y oficiales en su Iglesia y muchas divisiones en el Sacerdocio de Aarón y en el de Melquisedec, a fin de que haya un lugar que corresponda a la capacidad de cada individuo.

En el Sacerdocio Aarónico existen las siguientes divisiones: Diáconos, maestros y presbíteros. Hay obispos, cuando son descendientes directos de Aarón; de lo contrario, son escogidos de entre los sumos sacerdotes del Sacerdocio de Melquisedec.

Este sacerdocio comprende las siguientes divisiones y oficios: Elderes o ancianos, setentas, sumos sacerdotes, patriarcas o evangelistas, apóstoles y profetas.

En el Nuevo Testamento se hace mención de todos estos oficios en relación con la Iglesia primitiva de Cristo. Sin embargo, en la actualidad son muy pocos los que existen en las ramas del cristianismo moderno. Opinamos que si esta organización completa fuese ofrecida a las iglesias del día, no sabrían qué hacer con todos ellos. No entenderían la diferencia entre el llamamiento de un élder y un sumo sacerdote, diácono, maestro o presbítero, ni las diferencias de sus ministerios respectivos. Ni sabrían cuántos de cada oficio serían menester para formar un quórum, o cómo se habría de organizar y gobernar dicho quórum. Tampoco nosotros lo sabríamos si tuviésemos que depender únicamente de la Biblia para obtener esta información. No llega a tal grado nuestra dependencia, porque hemos recibido todo este conocimiento por medio de las revelaciones del Señor relacionadas con la restauración del sacerdocio en esta dispensación por conducto del profeta José Smith. (Véase D. y C., secciones 13, 20, 84, 107 y 121.)

LA ORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA DEBE SER COMPLETA

Pablo entendía claramente la importancia de tener una organización completa cuando dijo:
V él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros,

a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo,

hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo;

para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. (Efesios 4:11-14.)

Ciertamente parece que el mundo cristiano ha sido llevado “por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.” ¿Quién se atreve a decir que no es porque han quitado los oficios que Dios puso en la Iglesia para llevarlos a la unidad de la fe? ¿Qué otra cosa podría esperarse?

EL FUTURO DESTINO DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO

Aunque el número de sus miembros es pequeño, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días está llamando la atención. Para empezar, la mayor parte de sus miembros varones, mayores de doce años de edad, poseen algún oficio del sacerdocio. Cuando se verifican en Salt Lake City y otras partes del mundo las conferencias de la Iglesia, sólo con los miembros del sacerdocio se llenan por completo el gran Tabernáculo y la Sala de Asambleas en la Manzana del Templo y otros edificios de la Iglesia por todo el mundo durante la reunión general del sacerdocio. Con excepción de unos pocos que dedican su tiempo entero al servicio de la Iglesia, y a quienes sólo se asignan gastos de subsistencia, todos estos hombres obran en la Iglesia sin

salario. Los educadores más eminentes, los hombres de negocios más eficaces, los hombres de ciencia mejor preparados y más expertos, los agricultores, contratistas y mecánicos, y aun el simple obrero —cada uno de ellos está a disposición de la Iglesia; y en cualquier momento se le puede pedir que dedique sus servicios e instrucciones al servicio de la Iglesia y sus semejantes, y, como sucede en la mayoría de los casos, sin pensar siquiera en que se le ha de pagar. Se considera un honor poder servir a los intereses de la Iglesia. Los hombres de negocio que han alcanzado mayor éxito, los que tienen alguna profesión, los hombres del campo, a todos se les pueden pedir que dejen sus negocios, su profesión, sus tierras y sus familias para salir a algún país extranjero, pagando sus propios gastos durante algunos años en la gran causa misional de la Iglesia. Deben ser como los santos en los tiempos de Pedro que le conmovieron a decir:

“Un sacerdocio real” y a añadir “Un pueblo peculiar” (1 Pedro 2:9), porque en este respecto somos un pueblo muy peculiar. Cuando se viaja por las comunidades de los Santos de los Últimos Días, no es extraño que al detenerse uno para conversar con un agricultor que anda trabajando en el campo descubra que es obispo, o presidente de su estaca, o por lo menos élder, setenta o sumo sacerdote. Con toda probabilidad resultaría la misma cosa si uno se pusiera a conversar con el banquero, el administrador de correos, el dueño o dependiente de un establecimiento, el obrero en el taller o fábrica o el peluquero que lo atiende a uno en su sillón.

Por tanto, los problemas obreros no hallan un terreno tan fértil entre nosotros como entre otros grupos, porque ¿cómo pueden nuestros miembros juntarse cada semana en sus reuniones de sacerdocio, donde todos son hermanos, y al mismo tiempo participar en algún movimiento que perjudique los intereses de sus prójimos? Para un verdadero Santo de los Últimos Días, el Sacerdocio de Dios es la unión o sindicato más grande del mundo. ¿Podemos imaginarnos el día en que este reino de Dios se extenderá por todo el mundo, como lo declara Daniel (véase Daniel 2:44), y todos los hombres en todas partes, unidos por los vínculos del Santo Sacerdocio, dedicarán sus fuerzas y talentos al bienestar de sus semejantes y el establecimiento del reino de Dios en la tierra?

Si no hubiera sido por la restauración del Sacerdocio Aarónico por Juan el Bautista, y del Sacerdocio de Melquisedec por Pedro, Santiago y Juan, nunca habríamos sabido estas grandes verdades. Empleemos la Biblia para mostrar que las cosas reveladas están de acuerdo con su contenido y nos ayudan a entenderlas.

En los capítulos subsiguientes se hablará más acerca de las responsabilidades y actividades del sacerdocio.

CAPÍTULO 10

LA ORDENANZA DEL BAUTISMO

Hemos establecido la necesidad del Sacerdocio Aarónico para predicar el evangelio de arrepentimiento y administrar, a quienes se arrepientan, la ordenanza del bautismo por inmersión para la remisión de sus pecados. Consideraremos en seguida el relato de José Smith, cuando él y Oliverio Cowdery se bautizaron el uno al otro bajo la dirección de Juan el Bautista, para luego compararlo con las enseñanzas de aquella época y con las Sagradas Escrituras.

EL BAUTISMO DE JOSÉ SMITH Y OLIVERIO COWDERY

Hagamos referencia una vez más a la propia historia de José Smith, en la que nos informa que mientras él y Oliverio Cowdery se hallaban ocupados en la traducción del Libro de Mormón, salieron al bosque para preguntar al Señor con respecto al bautismo para la remisión de los pecados, del cual hallaron que se hacía mención en las planchas. Como respuesta a sus oraciones, descendió un mensajero celestial en una nube de luz y, después de haber puesto sus manos sobre la cabeza de ellos, les confirió el Sacerdocio de Aarón y les mandó que se bautizaran. Instruyó a José que bautizara a Oliverio, y que en seguida éste bautizara a José. El mensajero de referencia dijo que se llamaba Juan, el mismo que es conocido como Juan el Bautista en el Nuevo Testamento, y que obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan.

Se han escrito muchísimos libros sobre el tema del bautismo. ¿Quiénes se han de bautizar: los adultos o los niños? ¿Cuál es el objeto del bautismo? ¿Cuál es la forma correcta de bautizar: por inmersión, aspersion o infusión? Sin embargo, tras esta importante y gloriosa experiencia, José Smith y Oliverio Cowdery aprendieron más acerca de estos asuntos mediante las instrucciones de Juan el Bautista —enviado para preparar el camino del Señor y tener el privilegio de bautizar al Hijo de Dios— que si hubieran leído todos los libros que jamás se han escrito sobre el tema del bautismo.

De conformidad con el mandamiento de Juan el Bautista, y bajo su dirección, estos dos jóvenes se bautizaron el uno al otro por inmersión para la remisión de sus pecados el día 15 de mayo de 1829, probablemente en el río Susquehanna en la parte occidental del estado de Nueva York. Esto debería de hacer cesar toda controversia concerniente al asunto de cómo se debe efectuar el bautismo y el propósito divino que encierra.

En abril de 1830, mes en que fue organizada la Iglesia, José Smith recibió una revelación sobre la organización y el gobierno de ella:

Nadie puede ser recibido en la iglesia de Cristo a no ser que haya llegado a la edad de responsabilidad ante Dios, y sea capaz de arrepentirse.

El bautismo se debe administrar de la siguiente manera a todos los que se arrepientan:

El que es llamado de Dios y tiene autoridad de Jesucristo para bautizar entrará en el agua con la persona que se haya presentado para el bautismo, y dirá, llamándolo o llamándola por su nombre: Habiendo sido comisionado por Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Entonces lo o la sumergirá en el agua, y saldrán otra vez del agua. (D. y C. 20:71-74.)

LOS NIÑOS PEQUEÑOS NO DEBEN SER BAUTIZADOS

Esta revelación nos hace saber, primero, que ningún hombre puede ser recibido en la Iglesia de Jesucristo excepto que haya llegado a la edad de responsabilidad delante de Dios y esté capacitado para el arrepentimiento. Esto desde luego excluye a los infantes y niños pequeños,

porque todavía no han llegado a una edad de responsabilidad delante de Dios, ni tienen la capacidad para arrepentirse.

En una revelación dada por medio de José Smith en noviembre de 1831, el Señor aclaró este asunto algo más:

V además, si hay padres que tienen hijos en Sión o en cualquiera de sus estacas organizadas, y no les enseñan a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres.

Porque ésta será una ley para los habitantes de Sión, o en cualquiera de sus estacas que se hayan organizado.

V sus hijos serán bautizados para la remisión de sus pecados cuando tengan ocho años de edad, y recibirán la imposición de manos. (D. y C. 68:25-27.)

De modo que el Señor fijó la edad de responsabilidad, y mandó que sean bautizados los niños al llegar a los ocho años de edad, después de haberlos instruido sus padres de acuerdo con el mandamiento.

El profeta Mormón escribió a su hijo Moroni sobre el asunto, en las siguientes palabras:

V ahora, hijo mío, te hablaré concerniente a lo que me aflige en extremo, porque me aflige que aparezcan controversias entre vosotros.

Porque, si he sabido la verdad, ha habido disputas entre vosotros concernientes al bautismo de vuestros niños pequeños.

Hijo mío, quisiera que trabajaras diligentemente para extirpar de entre vosotros este toco error; porque para tal propósito he escrito esta epístola.

Porque inmediatamente después que hube sabido estas cosas de vosotros, pregunté al Señor concerniente al asunto. V la palabra del Señor vino a mí por el poder del Espíritu Santo, diciendo:

Escucha las palabras de Cristo, tu Redentor, tu Señor y tu Dios: He aquí, vine al mundo no para llamar a los justos al arrepentimiento, sino a los pecadores; los sanos no necesitan de médico sino los que están enfermos; por tanto, los niños pequeños son sanos, porque son incapaces de cometer pecado; por tanto, la maldición de Adán les es quitada en mí, de modo que no tiene poder sobre ellos; y la ley de la circuncisión se ha abrogado en mí.

V de esta manera me manifestó el Espíritu Santo la palabra de Dios; por tanto, amado hijo mío, sé que es una solemne burla a los ojos de Dios que bauticéis a los niños pequeños.

He aquí, te digo que esto enseñarás: El arrepentimiento y el bautismo a los que son responsables y capaces de cometer pecado; sí, enseña a los padres que deben arrepentirse y ser bautizados, y humillarse como sus niños pequeños, y se salvarán todos ellos con sus pequeñitos.

V sus niños pequeños no necesitan el arrepentimiento, ni tampoco el bautismo. He aquí, el bautismo es para arrepentimiento a fin de cumplir los mandamientos para la remisión de pecados.

Mas los niños pequeños viven en Cristo, aun desde la fundación del mundo; de no ser así, Dios es un Dios parcial, y también un Dios variable que hace acepción de personas; porque ¡cuántos son los pequeñitos que han muerto sin el bautismo!

De modo que si los niños pequeños no pudieran salvarse sin ser bautizados, éstos habrían ido a un infierno sin fin.

He aquí, te digo que el que supone que los niños pequeños tienen necesidad del bautismo se halla en la hiel de la amargura y en las cadenas de la iniquidad, porque no tiene fe, ni esperanza, ni caridad; por tanto, si perece mientras tenga tal pensamiento, tendrá que ir al infierno.

Porque terrible es la iniquidad de suponer que Dios salva a un niño a causa del bautismo, mientras que otro debe perecer porque no tuvo bautismo.

¡Ay de aquellos que perviertan de esta manera las vías del Señor!, porque perecerán salvo que se arrepientan. He aquí, hablo con arrojo, porque tengo autoridad de Dios; y no temo lo que el hombre pueda hacer, porque el amor perfecto desecha todo temor.

Y me siento lleno de caridad, que es amor eterno; por tanto, todos los niños son iguales ante mí; por tanto, amo a los pequeñitos con un amor perfecto; y son todos iguales y participan de la salvación.

Porque yo sé que Dios no es un Dios parcial, ni un ser variable; sino que es inmutable de eternidad en eternidad.

Los niños pequeños no pueden arrepentirse; por consiguiente es una terrible iniquidad negarles las misericordias puras de Dios, porque todos viven en él por motivo de su misericordia.

Y el que dice que los niños necesitan el bautismo niega las misericordias de Cristo y menosprecia su expiación y el poder de su redención. (*Moroni 8:4-20; énfasis agregada.*)

Realmente es extraño que tantas iglesias hayan estado y están practicando el principio del bautismo de los niños pequeños, cuando en ninguna parte se halla registrado que en la Iglesia primitiva de Jesucristo se efectuaron estos bautismos o se dieron instrucciones de que así se hiciera. Es obvio que estas instrucciones tendrían que haberse dado a los padres de los niños, ya que éstos no podían obrar por sí mismos.

En una revelación dada por medio de José Smith el Profeta, y refiriéndose a este asunto, el Señor dijo:

Pero he aquí, os digo que los niños pequeños son redimidos desde la fundación del mundo, mediante mi Unigénito;

por tanto, no pueden pecar, porque no le es dado el poder a Satanás para tentar a los niños pequeños, sino hasta cuando empiezan a ser responsables ante mí. (D. y C. 29:46-47.)

LA FALACIA DEL BAUTISMO DE INFANTES

El concepto erróneo de la necesidad de bautizar a los niños pequeños indudablemente se debe a que las iglesias de la actualidad enseñan que los niños son responsables del pecado original de Adán y Eva o los pecados de sus padres. Este concepto no puede ser cierto, pues como ya hemos indicado en las revelaciones que el Señor dio por medio del profeta José Smith, Jesús murió para expiar esos pecados con los que nada tenemos que ver:

“Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.” (1 Corintios 15:22.)

Jesucristo redimió a todos de la caída; pagó el precio; se ofreció como rescate; expió el pecado de Adán, y así nosotros solamente tendremos que responder por nuestros propios pecados. Uno de nuestros Artículos de Fe dice:

“Creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán.”

El apóstol Juan entendía esta doctrina:

“Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre.” (1 Juan 2:12.)

LOS NIÑOS HAN DE SER BENDECIDOS

Se podrá preguntar: Si los niños no han de ser bautizados antes de llegar a la edad de responsabilidad (ocho años), ¿qué, pues, se debe de hacer por ellos?

El Señor contestó esta pregunta en una revelación que recibió José Smith el Profeta en abril de 1830:

Todo miembro de la iglesia de Cristo que tenga hijos deberá traerlos a los élderes de la iglesia, quienes les impondrán las manos en el nombre de Jesucristo y los bendecirán en su nombre. (D. y C. 20:70.)

Existe una conformidad perfecta entre lo anterior y las enseñanzas y prácticas de Jesús mientras ejercía su ministerio entre los hombres:

Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban.

Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios.

De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía. (Marcos 10:13-16.)

Esto claramente da a entender que los discípulos de Jesús creían que los niños pequeños no eran dignos de la atención personal de su Maestro, así como deben opinar muchos ministros religiosos de la actualidad al exigir que las criaturas sean bautizadas. Jesús “se indignó” con sus discípulos. En igual forma está descontento con los así llamados bautismos de niños pequeños que se están efectuando hoy. Nos dio el ejemplo; permitió que le fueran llevados a El los niños pequeños; los tomó en sus brazos, puso las manos sobre ellos y los bendijo. Tal es el modelo y mandamiento que ha dado a su Iglesia de esta dispensación. Como anteriormente hemos indicado, José Smith no recibió esta información de la Biblia ni de ningún otro libro escrito sobre el tema, sino por las revelaciones del Señor.

EL BAUTISMO POR INMERSIÓN PARA LA REMISIÓN DE PECADOS

Ya hemos mostrado que José Smith y Oliverio Cowdery se bautizaron por inmersión para la remisión de sus pecados, de acuerdo con las instrucciones de Juan el Bautista, y también que en una revelación dada a José Smith, el Señor declaró cómo habría de efectuarse el bautismo, dando aun las palabras que ha de usar el que oficia en la ordenanza. (D. y C. 20:72-74.)

Ahora compararemos el modelo dado, así como el objeto del bautismo, según los presentó Juan el Bautista en esta dispensación, con lo que se enseñó y se practicó en la Iglesia primitiva. El propio Jesús dio el ejemplo “para cumplir toda justicia”:

Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él.

Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?

Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.

Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él.

Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. (Mateo 3:13-17.)

Se necesitaría forzar considerablemente la imaginación para suponer que Jesús iría a Juan en el río Jordán, y descendería al río sólo para que le derramara o rociara un poco de agua sobre la cabeza.

El pasaje citado dice que “después que fue bautizado, subió luego del agua”. No podría haber subido del agua si primeramente no hubiese estado en el agua; y no habría entrado en el río solamente para ser rociado. Entró en el agua para ser sumergido o bautizado. Sobre todo, ¿qué significado tiene la palabra *bautizar*? Viene de la palabra griega *bapto* o *baptizo*, que quiere decir bañar o sumergir en un líquido. Al hablar sobre el principio del bautismo, tanto Jesús como sus apóstoles fácilmente pudieron haberse referido al hecho de rociar o derramar un poco de agua, si esto hubiese sido satisfactorio; pero no lo hicieron. Para la ordenanza del bautismo no bastaba un poco de agua, antes era necesario ir a un paraje donde hubiera “muchas aguas”:

“Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados.” (Juan 3:23.)

Juan pudo haber hallado en cualquier parte agua suficiente para rociar. Pudo haber ido a los que deseaban bautizarse, mas éstos venían a los sitios que él escogía “porque había allí muchas aguas”, y así podía verdaderamente bautizarlos o sumergirlos.

El apóstol Pablo declaró que hay “un Señor, una fe, un bautismo”. (Efesios 4:5.)

Si no hay más que un bautismo, demos, pues, contestación a la pregunta que Jesús hizo a los sacerdotes:

El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres? Ellos entonces discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?

Y si decimos, de los hombres, tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta. (Mateo 21:25-26.)

En vista de que el bautismo de Juan era del cielo, todos los hombres deben de estar dispuestos a aceptarlo. Juan bautizaba por inmersión para la remisión de los pecados:

Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.

Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. (Marcos 1:4-5.)

¿Podría relatarse con mayor claridad? “Eran bautizados por él en el río Jordán. ” No hay más que un bautismo, el de Juan; y se efectuaba en el río, no cerca del río.

EL ARREPENTIMIENTO DEBE PRECEDER AL BAUTISMO

La remisión de los pecados viene únicamente por el bautismo, cuando uno verdaderamente se ha arrepentido de sus pecados, y que el bautismo sin arrepentimiento no constituye un medio por el cual se puede “huir de la ira venidera”.

Y él (Juan) fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados. (Lucas 3:3.)

Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?

Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. (Lucas 3:7-8.)

El apóstol Pedro ofreció esta misma promesa del perdón de los pecados por medio del arrepentimiento y del bautismo a aquellos a quienes predicó en el día de Pentecostés:

Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?

Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. (Hechos 2:37-39.)

¡Qué promesa tan gloriosa! ¿Habrá algún investigador sincero de la verdad que no esté dispuesto a abrir su alma y aceptar para sí y sus seres queridos una invitación como la que aquí ofrece Pedro? Además de saber lo que hemos de hacer cuando buscamos las bendiciones y dones de Dios, también conviene saber dónde se hallan los hombres que poseen su Santo Sacerdocio que los autoriza, tras la debida ordenación, para officiar en su nombre. La razón por la que nosotros no estamos confusos en estos asuntos es que se revelaron a José Smith mediante la restauración del evangelio. Empleamos la Biblia para mostrar que estas verdades reveladas concuerdan con sus enseñanzas.

SE REQUIERE EL BAUTISMO PARA SALVARSE

Después de su resurrección, Jesús habló así a sus once Apóstoles:

V les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.

El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.

(Marcos 16:15-16.)

Esto no es sino una confirmación de lo que el Salvador dijo a Nicodemo antes de su crucifixión. De modo que cuando declaró sobre la cruz: “Consumado es” (Juan 19:30), no quiso decir con ello, como algunos afirman, que los que envió a ejercer su ministerio para la salvación de sus hijos iban a discontinuar la predicación de su evangelio:

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos.

Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Nicodemo le dijo: j,Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? j,Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios...

Respondió Nicodemo, y le dijo: j,Cómo puede hacerse esto?

Respondió Jesús, y le dijo: j,Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? (Juan 3:1-5, 9-10.)

EL BAUTISMO ES UN SEGUNDO NACIMIENTO

Si uno no puede *ver* el reino de Dios ni *entrar* en él sin nacer de nuevo, es importante que entendamos perfectamente a qué se estaba refiriendo el Salvador.

En vista de su indicación de que este segundo nacimiento debe ser “de agua y del Espíritu”, es obvio que estaba aludiendo al bautismo en el agua así como a la recepción del Espíritu Santo después de este bautismo, porque en verdad este segundo nacimiento y el primero son sumamente parecidos. Cuando uno nace en esta vida, su cuerpo sale del agua, el espíritu entra en él y literalmente nace del agua y del Espíritu. De no ser así, j,en qué forma podría volver a nacer del agua y del Espíritu?

Pablo dijo lo siguiente de este renacimiento:

j,O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?

Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección;

sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. (Romanos 6:3-6.)

Esto parece estar bien explicado. Cuando “somos *sepultados* juntamente con él para muerte por el bautismo” (la metáfora por supuesto deja de ser cierta si tan sólo rocían o derraman un poco de agua sobre nosotros), nacemos otra vez del agua al salir de esta sepultura líquida, y por habernos sido remitidos nuestros pecados, “andamos en novedad de vida”. Solamente cuando nacemos otra vez, podemos andar en esta novedad de vida o vida nueva. “Nuestro viejo hombre” pecador es crucificado con El, según este simbolismo, y nacemos de nuevo, a semejanza de su resurrección.

EL BAUTISMO DE CORNELIO

El caso de Cornelio de Cesárea, hombre devoto que temía a Dios y oraba a El constantemente (véase Hechos 10:1-4), nos sirve de ejemplo.

Si un ángel de Dios se apareciera a uno de nosotros en la actualidad con igual mensaje, la mayor parte de los maestros religiosos no pensarían que sería necesario bautizarnos. Mas no fue así con el Señor, que envió a un ángel para decirle a Cornelio que mandase llamar a Simón Pedro y “él te dirá lo que es necesario que hagas” (Hechos 10:5-6).

El Señor entonces le mostró a Pedro una visión de un vaso o lienzo que descendía del cielo, en el cual había toda suerte de animales y aves y reptiles. Pedro tenía hambre, y oyó una voz que le dijo:

Levántate, Pedro, mata y come.

Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás.

Volvió ¿a voz hacia él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. (Hechos 10:13-15.)

Se hizo así porque Cornelio fue el primero de los gentiles en aceptar la palabra de Dios. Después de haberse relatado el uno al otro los acontecimientos que los habían hecho conocerse, Pedro les predicó a Cristo y el bautismo de Juan. Aceptaron su mensaje; el Espíritu Santo descendió sobre ellos; hablaron en lenguas y glorificaron a Dios. Entonces Pedro declaró:

¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?

Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús... (Hechos 10:47-48.)

Por este ejemplo aprendemos que no importa cuán justo sea el que investiga la verdad, el Señor lo dirigirá a uno de sus siervos que posea el sacerdocio, a fin de que pueda bautizarlo e instruirlo.

Lo mismo sucedió en cuanto a Saulo (Pablo), de quien ya hemos tratado. No obstante que el Salvador le habló mientras iba a Damasco, aún así le mandó que entrara en la ciudad, donde el Señor le indicó a Ananías, uno de sus siervos, lo que había de hacer. Este primero le restauró la vista a Pablo por medio de la imposición de manos y luego lo bautizó. Posteriormente, fue ordenado y entró en el ministerio. (Véase Hechos 9; 13:1-3.)

CONFÍRMASE EL BAUTISMO DE JUAN EN ESTOS ÚLTIMOS DÍAS

Estos son exactamente los mismos pasos que el Señor dio respecto de José Smith y Oliverio Cowdery cuando fueron al bosque a preguntar sobre el bautismo por inmersión para la remisión de pecados. La única diferencia consistió en que no había sobre la tierra nadie que tuviera el Sacerdocio de Dios, con la autoridad para administrar la ordenanza del bautismo. Por consiguiente, el Señor envió a Juan el Bautista, ya para entonces un ser resucitado, el cual les confirió el Sacerdocio de Aarón, en el que estaban comprendidas las llaves (el poder y la autoridad) del bautismo por inmersión para la remisión de pecados. Hecho esto, Juan les mandó que se bautizaran el uno al otro.

Una vez más decimos que José Smith y Oliverio Cowdery no lograron esta información por leer la Biblia, sino de las revelaciones que del Señor recibieron, así como de su propia experiencia al obedecer las instrucciones divinas.

Hemos ahora considerado los principales puntos de interés comprendidos en la visita de Juan el Bautista a José Smith y Oliverio Cowdery el 15 de mayo de 1829. Juan les informó que el Sacerdocio de Aarón poseía las llaves, o el derecho y privilegio del “ministerio de ángeles”, la verdad de lo cual quedará comprobada al examinar otras visitas de mensajeros celestiales relacionadas con el restablecimiento sobre esta tierra de las llaves y autoridades necesarias para efectuar una completa “restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” (Hechos 3:21.)

CAPÍTULO 11

LA MISIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Cuando Juan el Bautista confirió el Sacerdocio Aarónico a José Smith y Oliverio Cowdery el 15 de mayo de 1829, les explicó que este sacerdocio no tenía el poder de imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo, pero que esta autoridad les sería dada más tarde. Manifestó, además, que obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, quienes tenían las llaves (el poder y la autoridad) del Sacerdocio de Melquisedec, el cual —él les informó— les sería conferido en el debido tiempo. (P. de G. P., José Smith—Historia 70-72.)

En cumplimiento de la promesa de Juan, y a los “pocos días de la primera ordenación”, Pedro, Santiago y Juan, los antiguos Apóstoles del Señor Jesucristo, delegaron el Sacerdocio de Melquisedec a José Smith y Oliverio Cowdery en un sitio despoblado cerca de Fayette, distrito de Séneca, Nueva York. Entre otras cosas, este sacerdocio mayor les daba el poder prometido de imponer las manos a fin de “comunicar el don del Espíritu Santo”, tema que trataremos en seguida.

LA IMPOSICIÓN DE MANOS PARA COMUNICAR EL DON DEL ESPÍRITU SANTO

Hasta donde sabemos, no había ninguna iglesia sobre la tierra que enseñara y practicara el principio de “imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo”, en la época en que Juan el Bautista informó a José Smith y Oliverio Cowdery que el Sacerdocio Aarónico carecía de esa potestad. No sólo les explicó Juan que era un principio del evangelio, sino que en otras revelaciones dadas al profeta José Smith, el Señor también confirmó la verdad de esta aserción.

En diciembre de 1830, el Señor dirigió estas palabras al profeta José Smith:

Pero ahora te doy el mandamiento de bautizar en agua, y recibirán el Espíritu Santo por la imposición de manos, como lo hacían los antiguos apóstoles. (D. y C. 35:6.)

El Señor, hablando por boca de José Smith el Profeta, dio una comisión semejante en marzo de 1831 a varios de los élderes de la Iglesia:

Por tanto, os doy el mandamiento de ir entre los de este pueblo y decirles, como mi apóstol de la antigüedad, cuyo nombre era Pedro:

Creed en el nombre del Señor Jesús, que estuvo en la tierra, y que ha de venir, el principio y el fin;

arrepentíos y sed bautizados en el nombre de Jesucristo, según el santo mandamiento, para la remisión de pecados;

y el que hiciere esto recibirá el don del Espíritu Santo, por la imposición de las manos de los élderes de la iglesia. (D. y C. 49:11-14.)

Desde el día en que se organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, se recibe como miembros a aquellos que se han bautizado por inmersión para la remisión de pecados y han recibido la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo. En la revelación que acabamos de citar, el Señor, por conducto del profeta José Smith, instruyó a los élderes de su Iglesia que salieran e instruyeran a la gente como Pedro lo había hecho en la antigüedad. Examinemos las Escrituras para determinar qué instrucciones daba este Apóstol al pueblo.

El día de Pentecostés hubo un derramamiento del Espíritu del Señor, y los que oían la predicación de Pedro

se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?

Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. (Hechos 2:37-39.)

¿En qué difieren estas instrucciones de Pedro y las que Juan el Bautista dio a José Smith y Oliverio Cowdery; o las que subsiguientemente impartieron Pedro, Santiago y Juan; o las que contiene la revelación que el Señor comunicó a los élderes de la Iglesia por medio del profeta José Smith?

En esta relación bíblica del sermón de Pedro, lo único que falta, cuando promete que les será dado el don del Espíritu Santo, es decirles que lo recibirán por la imposición de manos. Esta omisión indudablemente fue una inadvertencia o brevedad en el informe de este acontecimiento, porque las Escrituras enseñan definitivamente que Pedro entendía que por la imposición de manos se recibía el Espíritu Santo. Esto se manifestó cuando Pedro participó en la ordenanza de “imponer las manos” para conferir el Espíritu Santo a los que Felipe había bautizado en Samaria:

Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.

V la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía.

Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad.

Pero había un hombre llamado Simón, que antes ejercía la magia en aquella ciudad, y había engañado a la gente de Samaria, haciéndose pasar por algún grande:

A éste oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este es el gran poder de Dios.

V le estaban atentos, porque con sus artes mágicas les había engañado mucho tiempo.

Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.

También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe: y viendo las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.

Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan;

los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús.

Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.

Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero,

diciendo: Dad me también a mí este poder, para que cual quiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo.

Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. (Hechos 8:5-20.)

¿De qué manera podría expresarse esta verdad con mayor claridad? ¿Cómo recibió la gente de Samaria la palabra de Dios? ¿Cuándo se les enseñó y bautizó! ¿Por qué les fueron enviados los apóstoles Pedro y Juan? Porque la gente aún no había recibido el Espíritu Santo. Solamente se habían bautizado en el nombre del Señor Jesús. ¿Por qué no les confirió Felipe el Espíritu Santo? Porque se supone que solamente estaba autorizado para ejercer las funciones del Sacerdocio Aarónico, como en el caso de Juan el Bautista, el cual explicó a José Smith y Oliverio Cowdery que el Sacerdocio Aarónico “no tenía el poder de imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo”.

Si los hombres pudieran tomar esta honra para sí mismos, Simón no habría ofrecido dinero a los apóstoles a cambio de este poder cuando vio que se confería el Espíritu Santo por la imposición de manos. ¿Por qué han abandonado este glorioso principio las iglesias cristianas de la actualidad? Porque no han entendido las Escrituras, y por hallarse sin revelación y el

Sacerdocio de Dios, han tenido que depender de su propia interpretación de las Escrituras para poder guiarse.

UN PASAJE MAL ENTENDIDO

El pasaje de las Escrituras que probablemente ha provocado más confusión en ese asunto es la afirmación que Jesús hizo a Nicodemo:

No te maravilles de que te dije: os es necesario nacer de nuevo.

El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. (Juan 3:7-8.)

Se ha interpretado este pasaje en el sentido de que el Espíritu Santo va y viene a su gusto sin que nosotros tengamos que ver con él o se haga necesario efectuar ceremonia alguna, como la imposición de manos. No hay justificación para darle este significado en vista de los muchos pasajes de las Escrituras, ya citados, que dicen lo contrario. Es cierto que no podemos ver cuándo el Espíritu viene o va, así como no podemos ver el viento, aunque oímos su sonido y sentimos su movimiento. Pero cuando nos es conferido el Espíritu Santo por la imposición de las manos de uno que tiene la autoridad, aunque no se percibe con la vista física, se pueden discernir sus efectos en la vida y comportamiento del que es digno de recibirlo.

Juan el Bautista entendía que el don del Espíritu Santo solamente se podía recibir por conducto de uno que estuviera comisionado para conferirlo:

Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado.

Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo. (Marcos 1:7-8.)

Si el Espíritu Santo desciende sobre los hombres según su voluntad, ¿qué necesidad había de que Jesús viniese después de Juan para bautizar con el Espíritu Santo?

LOS EFESIOS RECIBEN EL ESPÍRITU SANTO POR LA IMPOSICIÓN DE MANOS

También Pablo entendía que el Espíritu Santo se confería por la imposición de manos:

Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Efeso, y hallando a ciertos discípulos,

les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.

Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan.

Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo.

Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban. (Hechos 19:1-6.)

Lo anterior muestra que Pedro y Juan en Samaria, y Pablo en Efeso concordaban perfectamente en el entendimiento de que el Espíritu Santo debe conferirse por la imposición de manos. Pablo hace resaltar aún más esta ordenanza cuando dice:

Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios,

de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos del juicio eterno. (Hebreos 6:1-2.)

Se verá que este fundamento va de acuerdo en todo sentido con el evangelio tal como se ha restaurado en estos últimos días y como lo enseñaron los Apóstoles de la antigüedad. ¿Cómo puede haber dudas? El Salvador mismo enseñó a los Apóstoles, así que no puede haber mal

entendimiento. El Señor envió a algunos de ellos de nuevo a la tierra en esta dispensación para restablecer los mismos principios, el mismo fundamento y el mismo evangelio de Jesucristo en estos postreros días, por conducto del profeta José Smith, ¿Cómo, pues, será posible omitir esta parte tan importante del evangelio de Cristo, y aún así sostener que se tiene su evangelio? ¿Qué sucedería si a un edificio se le quitara parte de los cimientos? Los Apóstoles entendían con claridad que habría algunos que vendrían entre el pueblo para enseñar sus propias ideas y cambiar las doctrinas que les habían sido enseñadas. Se amonestó a la gente contra estos falsos maestros:

Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo.

Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! (2 Juan 9-10.)

PERSONALIDAD Y MISIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Habiendo examinado el principio de la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo, ahora parece propio que consideremos los dones y funciones del Espíritu Santo: *Si me amáis, guardad mis mandamientos.*

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.

Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho. (Juan 14:15-17, 26.)

Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.

Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.

El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. (Juan 16:7, 12-14.)

Estas afirmaciones del Salvador nos aclaran ciertas verdades fundamentales:

1. Jesucristo, su Padre y el Espíritu Santo son tres seres distintos, y la unidad a que se refieren las Escrituras es solamente unidad de propósito y deseo. De lo contrario, ¿qué objeto tendría el que Jesús orase a su Padre y prometiera enviar otro Consolador? No puede haber otro a menos que haya uno. Jesús es uno de estos Consoladores y ciertamente El no iba a rogarse a sí mismo que El (mismo) fuese enviado como el “otro Consolador”.

2. La persona del Espíritu Santo es un varón. Obsérvese con cuánta frecuencia Jesús se refiere al Espíritu Santo como “él” en los pasajes citados. Es un personaje de espíritu de sexo masculino, como lo fue Jesús antes de nacer de la virgen María. Reparemos en las propias palabras de Jesús:

Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese.

Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. (Juan 17:4-5.)

“Antes que el mundo fuese” Jesús estaba con el Padre y compartía su gloria. No obstante, fue personaje de espíritu hasta que nació en el mundo. Fue mientras Jesús se hallaba en su estado espiritual que creó esta tierra bajo la dirección de su Padre. (Véase Juan 1:1-14.) En igual manera el Espíritu Santo, en su forma o cuerpo espiritual, tiene sus responsabilidades como el tercer miembro de la Trinidad, y esta comisión consiste en ser un Consolador. Aun cuando Jesús no explica por qué El y el Espíritu Santo no pueden permanecer en la tierra y vivir juntos, expone, sin embargo, este hecho:

“Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros...”
(Juan 16:7.)

Cuando el Espíritu del Señor le mostró a Nefi el sueño que su padre había visto, Nefi le rogó que se lo interpretara:

Y sucedió que después que hube visto el árbol, le dije al Espíritu: Veo que me has mostrado el árbol que es más precioso que todos.

Y me preguntó: ¿Qué es toque tú deseas?

Y le dije: Deseo saber la interpretación de ello —pues le hablaba como habla el hombre; porque vi que tenía la forma de un hombre. No obstante, yo sabía que era el Espíritu del Señor; y él me hablaba como un hombre habla con otro. (1 Nefi 11:9-11.)

3. La tercera verdad importante que aprendemos es ésta: El *don* del Espíritu Santo no viene al mundo, sino a aquellos a quienes se ha conferido este don mediante la imposición de las manos de los que tienen esta autoridad. (Véase “Ministerio limitado del Espíritu Santo sin la imposición de manos”, en este capítulo.)

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre:

el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no te ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. (Juan 14:16-17.)

4. Otra verdad importante que aprendemos es que la recepción del Espíritu Santo le permite a uno entender las verdades del Espíritu:

Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.

El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. (Juan 16:12-14.)

LA FORMA EN QUE OBRA EL ESPÍRITU SANTO

En vista de que el Espíritu Santo es un personaje de espíritu con forma de hombre (véase 1 Nefi 11:11), y por consiguiente su persona no puede estar sino en un lugar a la vez, suele preguntarse: ¿Cómo puede ser un Consolador para todos los que han recibido el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos, cuando están esparcidos entre todas las naciones?

La siguiente ilustración tal vez ayudará a explicar cómo puede efectuarse esto: El sol se encuentra a millones de kilómetros de distancia de la tierra; es un astro de tamaño determinado; sin embargo, cuando sus rayos penetran nuestras ventanas, decimos: El sol ha entrado en mi cuarto. Una persona muy lejos de allí puede decir la misma cosa. Sin embargo, se ve desde luego que ninguno de los dos tiene razón, porque el sol todavía se halla en su lugar a miles de kilómetros de distancia. Sólo es la influencia que emana del sol lo que ha llegado a nuestro cuarto.

Parece incongruente suponer que cosa alguna hecha por Dios, no importa cuán maravillosa sea, pueda igualar en poder o influencia al Creador mismo. ¿Por qué, pues, ha de ser irrazonable o difícil entender que un poder, influencia y aun información espirituales, como los que Jesús prometió enviar por conducto del Espíritu Santo o Consolador, puedan emanar de El y recibirlos nosotros, aunque El en persona esté sumamente lejos?

Las difusiones por radio y televisión de nuestra edad moderna pueden ayudarnos a entender este fenómeno. La voz y la imagen de una persona pueden viajar por el aire y dar vuelta al mundo en la fracción de un segundo por el poder que Dios ha creado.

De modo que ¿cuáles no serán las posibilidades de la operación o ministerio del Espíritu Santo, que es el agente del que se vale Dios para comunicarse con aquellos que “ya no son del mundo”, mas a quienes recibieron la promesa del Espíritu Santo de uno que posee la autoridad de Dios?

LA MISIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho. (Juan 14:26.)

El dará testimonio acerca de mí. (Juan 15:26.)

os guiará a toda la verdad; .. y os hará saber las cosas que habrán de venir..

Tomará de lo mío, y os lo hará saber. (Juan 16:13-14.)

Convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. (Juan 16:8.)

Porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir. (Lucas 12:12.)

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo... (Hechos 1:8.)

El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. (1 Corintios 2:10.)

Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. (1 Corintios 2:11.)

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. (Romanos 8:16.)

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza... (Gálatas 5:22-23.)

V estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas;

tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. (Marcos 16:17-18.)

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo.

Pero a cada uno le es dada manifestación del Espíritu para provecho.

Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu;

a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu.

A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.

Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo cada uno en particular como él quiere. (1 Corintios 12:4, 7-11.)

Todos estos dones y operaciones del Espíritu se hallan en la Iglesia verdadera, y desde el 6 de abril de 1830, fecha en que se organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, sus fieles miembros han disfrutado de ellos abundantemente.

MINISTERIO LIMITADO DEL ESPÍRITU SANTO CUANDO NO HUBO LA IMPOSICIÓN DE MANOS

De las revelaciones que el Señor dio a José Smith y Oliverio Cowdery en esta dispensación, así como de otros relatos que hallamos en las Escrituras, claramente se desprende que el don del Espíritu Santo se confiere solamente por la imposición de manos de aquellos que tienen la autoridad divina de Dios. No obstante, debe entenderse que el Espíritu Santo es el medio por el cual Dios y su Hijo Jesucristo se comunican con los hombres en la tierra, a menos que el mensaje sea de suficiente importancia para justificar el envío de mensajeros celestiales, o impartirlo mediante una visita personal, como ocurrió algunas veces con José Smith. De ahí, la promesa de Moroni, a la cual primeramente se hizo referencia, que todos los hombres a quienes llegue el Libro de Mormón, si le piden a Dios, el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, con un corazón sincero, con fe en Cristo, El les manifestará la verdad de aquellas cosas por el poder del Espíritu Santo. (Moroni 10:4.) De modo que el Espíritu Santo les ilumina la mente y les permite conocer la verdad cuando tienen fe en Cristo y buscan sinceramente, a fin de poder aceptar y obedecer la verdad. Sin embargo, no se ha prometido que permanecerá como Consolador y compañero para éstos, salvo que acepten la verdad y rindan obediencia a sus requerimientos.

En el Sermón del Monte, Jesús dijo:

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.”
(Mateo 5:6.)

El Señor lo expresó más claramente cuando visitó a los nefitas sobre el continente americano:
“Y bienaventurados todos los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán llenos del Espíritu Santo.” (3 Nefi 12:6.)

Cuando los siervos del Señor son enviados a enseñar la verdad, el Espíritu Santo, en cumplimiento de estas promesas, les concede a los hombres y mujeres saber la verdad de sus enseñanzas, y los conduce a aceptarla cuando con todo el corazón buscan sinceramente la justicia. Así pues, el día de Pentecostés, cuando la multitud oyó la predicación de Pedro sobre el Cristo y a este crucificado, “se compungieron de corazón” a causa del Espíritu Santo y preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2:37.)

Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. (Hechos 2:88.)

De modo que aun cuando habían recibido el Espíritu Santo para convencerlos de la verdad que predicaba Pedro, todavía no habían recibido el Espíritu Santo como *don*. El apóstol Pedro ofreció el Espíritu Santo a los que creyeran, y “se añadieron aquel día como tres mil personas” que se bautizaron en esa ocasión. (Hechos 2:41.)

El apóstol Pablo declaró:

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿V cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿V cómo oirán sin haber quien les predique?

¿V cómo predicarán si no fueren enviados?...

Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios. (Romanos 10:14-15, 17.)

¿Qué es lo que causa que los hombres tengan fe cuando buscan la justicia y escuchan la palabra de Dios por conducto de aquellos que les son enviados? Son las impresiones del Espíritu Santo. Todo élder de la Iglesia sabe cómo ha orado para que el Espíritu Santo descienda sobre aquellos a quienes predica la palabra de Dios en su obra como misionero, a fin de que lleguen a tener fe para creer y arrepentirse de sus pecados, y obtener la remisión de ellos por medio del bautismo para que puedan recibir el don del Espíritu Santo.

Al estudiar el tema del bautismo, examinamos el caso de Cornelio, el primero de los gentiles que pudo entrar en el redil de Cristo por medio del bautismo. Era un hombre justo “que hacia muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre”, por lo que un ángel de Dios vino a él y le dijo que mandara llamar a Pedro, uno de los siervos de Dios, el cual le diría lo que habría de hacer. El Señor entonces tuvo que preparar a Pedro para que estuviera dispuesto a administrar a Cornelio las ordenanzas del evangelio, mostrándole la visión de toda clase de animales y reptiles y aves del aire que bajaban del cielo en un vaso. Le fue mandado a Pedro que matara y comiera, a lo que éste contestó:

“Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás.” (Hechos 10:14-15.) Esta visión se manifestó a Pedro tres veces. Cuando Pedro y Cornelio se encontraron, se relataron el uno al otro lo que habían experimentado:

Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas,

sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.

Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso.

V los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.

Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios.

Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?

V mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús... (Hechos 10:34-35,44-48.)

La lectura de este capítulo pone de manifiesto que Pedro no quedó muy impresionado porque Cornelio había visto un ángel de Dios, ni porque era digno en todo sentido de recibir el bautismo, sino porque el Señor permitió que el Espíritu Santo descendiera sobre él. Esto fue lo que convenció a Pedro por completo de que él no podía llamar inmundo o común a lo que Dios había limpiado. Para una misión tan importante como ésta, parece estar ampliamente justificado que el Señor enviase al Espíritu Santo como su mensajero para convencer a Pedro de que este hombre y sus compañeros eran dignos de recibir el bautismo.

EL ESPÍRITU DE DIOS O EL ESPÍRITU DE CRISTO

Hemos considerado la misión y ministerio del Espíritu Santo como la tercera persona de la Trinidad. Hemos indicado que los hombres pueden recibir el don del Espíritu Santo sólo por obedecer los mandamientos de Dios y por la imposición de manos de aquellos que tienen la autoridad para administrar las ordenanzas del evangelio. Jesús claramente enseñó que el mundo no puede recibir el Espíritu Santo, al cual El llama “el Espíritu de verdad”:

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. (Juan 14:16-17.)

También hemos hablado de las operaciones limitadas del Espíritu Santo, que parecen concretarse a los que buscan la justicia y a las ocasiones en que el Señor tiene algún mensaje especial que comunicar. En estos casos, sin embargo, el Espíritu Santo no viene para permanecer con el individuo, como sucede cuando uno recibe el don del Espíritu Santo por la imposición de manos.

Tal vez se preguntará: ¿No ha preparado el Señor algún medio para inspirar y dirigir a aquellos que no tienen el derecho de recibir el don del Espíritu Santo? Nosotros respondemos: Sí; el Señor ha dispuesto lo necesario. Según las palabras del apóstol Juan:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Este era en el principio con Dios.

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.

Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él.

No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.

Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. (Juan 1:1-9, 14.)

Claro es, entonces, que Jesucristo creó todas las cosas y que “aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo”. De modo que ni uno solo de los hijos de nuestro Padre nace en tinieblas espirituales. En esto debe haber estado pensando el apóstol Pablo cuando dijo:

Porque no son los odores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados.

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos,

mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos. (Romanos 2:18-15.)

Por consiguiente, se verá que aun donde no se ha dado ni entendido la ley, esta luz “que alumbra a todo hombre, venía a este mundo” es el medio por el cual todos llevan “la ley escrita en sus corazones”, y su conciencia les da testimonio de lo que es bueno y lo que es malo.

Indudablemente a este espíritu se estaba refiriendo el profeta Joel cuando dijo:

V después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.

V también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.

V daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo.

El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. (Joel 2:28-31.)

En una revelación dada al profeta José Smith el 22 de septiembre de 1832 en Kirtland, Ohio, el Señor habló de este espíritu en los siguientes términos:

Porque viviréis de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Porque la palabra del Señor es verdad, y lo que es verdad es luz, y lo que es luz es Espíritu, a saber, el Espíritu de Jesucristo.

V el Espíritu da luz a todo hombre que viene al mundo; y el Espíritu ilumina a todo hombre en el mundo que escucha la voz del Espíritu. (D. y C. 84:44-46.)

Tres meses después de recibirse la revelación anterior, el Señor nos proveyó más luz sobre este mismo asunto en otra revelación dada a José Smith:

Quien ascendió a lo alto, como también descendió debajo de todo, porto que comprendió todas las cosas, a fin de que en todas las cosas y por en medio de todas las cosas él pudiera ser la luz de la verdad,

la cual verdad brilla. Esta es la luz de Cristo. Como también él está en el sol, y es la luz del sol, y el poder por el cual fue hecho.

Como también está en la luna, y es la luz de la luna y el poder por el cual fue hecha; como también la luz de las estrellas, y el poder por el cual fueron hechas.

V la tierra también, y el poder de ella, sí, la tierra sobre la cual estáis.

V la luz que brilla, que os alumbra, viene por medio de aquel que ilumina vuestros ojos, y es la misma luz que vivifica vuestro entendimiento,

la cual procede de la presencia de Dios para llenar la inmensidad del espacio,

la luz que existe en todas las cosas, que da vida a todas las cosas, que es la ley por la cual se gobiernan todas las cosas, sí, el poder de Dios que se sienta sobre su trono, que existe en el seno de la eternidad, que esta en medio de todas las cosas. (D. y C. 88:6-13.)

Citando las enseñanzas de Mormón, su padre, el profeta Moroni dijo así:

Pues he aquí, a todo hombre se da el Espíritu de Cristo para que pueda distinguir el bien del mal; por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por lo que podréis saber, con un conocimiento perfecto, que es de Dios. (Moroni 7:16.)

En un sermón pronunciado en el Tabernáculo de la Ciudad de Salt Lake el 16 de marzo de 1902, el presidente Joseph F. Smith habló de las operaciones del Espíritu de Dios y del Espíritu de Cristo, así como de la diferencia entre ellos y la operación o misión del Espíritu Santo:

Es por el poder de Dios que se hacen todas las cosas que se han creado. Es por el poder de Cristo que se gobiernan y conservan en su lugar todas las cosas gobernadas y colocadas en el universo. Es el poder que procede de la presencia del Hijo de Dios hasta todas las obras de sus manos que da luz, energía, entendimiento, conocimiento y un grado de inteligencia a todos los hijos de los hombres, estrictamente de acuerdo con las palabras del Libro de Job: “Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente ¿e hace que entienda.” Es esta inspiración de Dios, que se extiende a todas sus creaciones, lo que ilumina a los hijos de los hombres; y no es más ni menos que el Espíritu de Cristo que ilumina la mente, vivifica el entendimiento e impulsa a los hijos de los hombres a hacer lo que es bueno y evitar lo que es malo; es lo que vivifica la conciencia del hombre y le da inteligencia para distinguir el bien del mal, la luz de las tinieblas, lo justo de lo injusto.

Mas el Espíritu Santo, que da testimonio del Padre y el Hijo, que toma lo del Padre y lo manifiesta a los hombres, que testifica de Jesús el Cristo y del Dios Eterno, el Padre de

Jesucristo, y da testimonio de la verdad —este Espíritu, esta Inteligencia no se da a todos los hombres sino hasta que se arrepienten de sus pecados y llegan a una condición digna delante del Señor. Entonces reciben el don del Espíritu Santo por la imposición de las manos de aquellos que tienen la autoridad de Dios para conferir sus bendiciones sobre la cabeza de los hijos de los hombres. El Espíritu al cual se hace referencia en lo que he leído es el mismo que no cesará de contender con los hijos de los hombres hasta que lleguen a poseer la luz e inteligencia mayores. Aunque un hombre cometa toda clase de pecados y blasfemias, si no ha recibido el testimonio del Espíritu Santo, puede ser perdonado si se arrepiente de sus pecados, se humilla delante del Señor y obedece con sinceridad los mandamientos de Dios. Como está escrito: “Toda alma que deseche sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy” (D. y C. 93: 1). Será perdonado y recibirá la luz mayor; entrará en un convenio solemne con Dios; hará pacto con el Omnipotente, por conducto del Hijo Unigénito, mediante el cual llega a ser un hijo de Dios, heredero de Dios y coheredero con Jesucristo. Entonces si peca contra la luz y conocimiento que ha recibido, la luz que había en él se volverá tinieblas, ¡y cuán densas serán esas tinieblas! Entonces, y sólo hasta entonces, cesará de contender con él este Espíritu de Cristo que ilumina a todo hombre que viene al mundo, y será abandonado a su propia destrucción.

A menudo se pregunta si hay diferencia alguna entre el Espíritu del Señor y el Espíritu Santo. Los términos con frecuencia se usan como sinónimos. Muchas veces decimos el Espíritu de Dios cuando queremos decir el Espíritu Santo y en igual manera decimos el Espíritu Santo cuando queremos decir el Espíritu de Dios. El Espíritu Santo es un personaje de la Trinidad, y no es el que ilumina a todo hombre que viene al mundo. El Espíritu de Dios que procede al mundo por medio de Cristo es el que ilumina a todo hombre que viene al mundo, que contiene con los hijos de los hombres, y continuará conteniendo con ellos hasta llevarlos al conocimiento de la verdad y la posesión de la mayor luz y testimonio del Espíritu Santo. Sin embargo, si un hombre recibe la luz mayor, y entonces peca contra ella, el Espíritu de Dios cesará de contender con él y el Espíritu Santo se apartará de él por completo. Entonces perseguirá la verdad; procurará entonces la sangre del inocente; no sentirá escrúpulos en cometer el crimen que sea, salvo el temor que sienta hacia el castigo de la ley sobre él como consecuencia del crimen. (Joseph F. Smith, Doctrina del Evangelio, págs. 64-65.)

Nefi vio que el Espíritu de Dios descendió sobre un hombre, que entendemos era Colón, y lo condujo a esta tierra:

V miré, y vi entre los gentiles a un hombre que estaba separado de la posteridad de mis hermanos por las muchas aguas; y vi que el Espíritu de Dios descendió y obró sobre él; y el hombre partió sobre las muchas aguas, sí, hasta donde estaban los descendientes de mis hermanos que se encontraban en la tierra prometida. (1 Nefi 18:12.)

Colón no había recibido la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo, pero había llegado el tiempo, previsto por Nefi más de dos mil años antes, en que la tierra de América, escondida por Dios de los ojos de otras naciones (véase 2 Nefi 1:8), fuese preparada para recibir la restauración del evangelio de Jesucristo.

Una misión tan importante como ésta exigiría inspiración especial del Señor, como lo declara Nefi cuando dice que vio “que el Espíritu de Dios descendió y obró sobre él”. El presidente Joseph F. Smith, cuyas palabras acabamos de citar, dice que los términos Espíritu de Dios y Espíritu Santo “suelen usarse como sinónimos”. Por consiguiente, pudo haber sido el Espíritu de Dios o el Espíritu Santo el que “obró sobre” Colón.

Nefi también vio que el Espíritu de Dios obraba en otros de la misma manera:

V aconteció que vi que el Espíritu de Dios que obraba sobre otros gentiles, y salieron de su cautividad, cruzando las muchas aguas. (1 Nefi 18:13.)

Indudablemente estaban comprendidos entre éstos los puritanos de Inglaterra que fueron los primeros en establecer colonias en Norteamérica (New England) en el siglo XVI, las cuales luego se convertirían en los primeros estados de los Estados Unidos. Fueron acontecimientos

importantes en el desenvolvimiento de los planes de Dios respecto de la dispensación del cumplimiento de los tiempos o la dispensación del evangelio en los postreros días, y justificaron en todo sentido el que se enviara al Espíritu de Dios para obrar sobre la mente y corazón de los hombres, a fin de que se realizaran los propósitos del Omnipotente. Estas cosas han ocurrido a través de las edades para ayudar a lograr los fines del Señor.

No cabe duda que los reformadores y los que nos dieron la Santa Biblia también fueron inspirados en la parte que desempeñaron en los preparativos necesarios para la restauración del evangelio.

El conocimiento de todas estas cosas, como el lector observará, no ha venido a nosotros principalmente por la lectura de la Biblia, sino por las revelaciones del Señor en estos postreros días. Usamos la Biblia para mostrar que estas enseñanzas van de acuerdo con ella en todo respecto.

CAPÍTULO 12

EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO DE DIOS SOBRE LA TIERRA

En una revelación dada a José Smith en septiembre de 1830, el Señor hace referencia a la ordenación de José Smith y Oliverio Cowdery, en la que recibieron el Sacerdocio de Melquisedec de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan; entonces habla de las llaves que los varios profetas de los días antiguos habían entregado a José Smith:

V también con Pedro, Santiago y Juan, a quienes he enviado a vosotros, por medio de los cuales os he ordenado y confirmado para ser apóstoles y testigos especiales de mi nombre, y para poseer las llaves de vuestro ministerio y de las mismas cosas que les revelé a ello⁸;

a quienes he dado las llaves de mi reino y una dispensación del evangelio para los últimos tiempos; y para el cumplimiento de los tiempos, en la cual juntaré en una todas las cosas, tanto las que están en el cielo, como las que están en la tierra;

y también con todos aquellos que mi Padre me ha dado de entre el mundo. (D. y C. 27:12-14.)

Si examinamos cuidadosamente esta revelación, hallaremos cuán completa y comprensiva fue esta entrega hecha a José Smith y Oliverio Cowdery de las llaves del reino, las cuales Jesús dejó en manos de Pedro, Santiago y Juan después de su resurrección, al concluir su ministerio entre ellos.

Por consiguiente, José Smith y Oliverio Cowdery fueron ordenados Apóstoles del Señor Jesucristo y hechos testigos especiales de su nombre; recibieron las llaves del reino y una dispensación del evangelio por la última vez y para el cumplimiento de los tiempos en que el Señor prometió juntar “en una todas las cosas, tanto las que están en el cielo, como las que están en la tierra”. El Señor dio a entender que también ha de efectuarse una obra con aquellos que el Padre le había dado “de entre el mundo”. En todo esto se hallan comprendidas grandes e importantes responsabilidades y actividades relacionadas con la nueva dispensación del evangelio.

Nos parece correcto considerar primeramente la organización de la Iglesia de Jesucristo. Aun cuando no comunicaron todos los detalles que tienen que ver con la organización de la Iglesia, Pedro, Santiago y Juan restauraron las llaves y la autoridad del sacerdocio, tan esenciales para el establecimiento del reino. Se perfeccionó la organización por medio de revelaciones dadas al profeta José Smith al paso que iba aumentando el número de miembros de la Iglesia; y por esta razón fue posible, y necesario a la vez, efectuar esta organización.

ORGANIZACIÓN Y NOMBRE DE LA IGLESIA EN ESTOS ÚLTIMOS DÍAS

De conformidad con la revelación del Señor al profeta José Smith, se organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días el 6 de abril de 1830, en el hogar de Pedro Whitmer, padre, en Fayette, estado de Nueva York. Fueron seis los miembros originales de la Iglesia: José Smith; Oliverio Cowdery; Hyrum Smith; Pedro Whitmer, hijo; David Whitmer y Samuel H. Smith. En esta ocasión fueron aceptados José Smith como el primer élder de la Iglesia y Oliverio Cowdery como el segundo, de acuerdo con lo que Juan el Bautista había indicado cuando les confirió el Sacerdocio Aarónico el 15 de mayo de 1829. (Véase D. y C. 20:1-4.)

En una revelación dada el 26 de abril de 1838 a José Smith, después de dirigirse a la Presidencia de la Iglesia y a otros, el Señor añade:

Y también a mis siervos fieles del sumo consejo de mi iglesia en Sión, porque así se llamará, y a todos los élderes y pueblo de mi Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días esparcidos por todo el mundo;

porque así se llamará mi iglesia en los postreros días, a saber, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. (D. y C. 115:3-4.)

La designación “Santos de los Últimos Días” se usa para hacer una distinción entre los miembros de la Iglesia de Jesucristo de esta dispensación y los que pertenecieron a la Iglesia que Jesús estableció en el meridiano de los tiempos.

El nombre que la Iglesia debe llevar es asunto de grave importancia para el Señor. No sólo fue revelado correctamente a José Smith, como acabamos de indicar, sino que en el relato de la visita de Jesús entre los nefitas de América, después de su ascensión y luego que hubo organizado su Iglesia entre ellos, el Libro de Mormón nos hace saber la pregunta de sus discípulos y la respuesta del Señor concerniente al nombre que debería llevar su Iglesia:

Y Jesús se les manifestó de nuevo, porque pedían al Padre en su nombre; y vino Jesús y se puso en medio de ellos, y les dijo:

¿Qué queréis que os dé?

Y ellos le dijeron: Señor, deseamos que nos digas el nombre por el cual hemos de llamar esta iglesia; porque hay cuestiones entre el pueblo concernientes a este asunto.

Y el Señor les dijo: De cierto, de cierto os digo: ¿Por qué es que este pueblo ha de murmurar y disputar a causa de esto?

¿No han leído las Escrituras que dicen que debéis tomar sobre vosotros el nombre de Cristo, que es mi nombre? Porque por este nombre seréis llamados en el postrer día;

y el que tome sobre sí mi nombre, y persevere hasta el fin, éste se salvará en el postrer día.

Por tanto, cualquier cosa que hagáis, la haréis en mi nombre, de modo que daréis mi nombre a la iglesia; y en mi nombre pediréis al Padre que bendiga a la iglesia por mi causa.

¿Y cómo puede ser mi iglesia salvo que lleve mi nombre? Porque si una iglesia lleva el nombre de Moisés, entonces es la iglesia de Moisés; o si se le da el nombre de algún hombre, entonces es la iglesia de ese hombre; pero si lleva mi nombre, entonces es mi iglesia, si es que están fundados sobre mi evangelio. (3 Nefi 2 7:2-8.)

Por consiguiente, el nombre de la Iglesia no proviene del estudio o la investigación, antes vino por revelación directa del Señor. ¿No nos parece increíble que de todas las iglesias que había en el mundo, ninguna de ellas llevaba el nombre del Señor cuando se restauró su Iglesia en esta dispensación?

LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA PRIMITIVA SE LLAMABAN SANTOS

En la actualidad parece existir el sumamente común error de que el término “santos” solamente ha de aplicarse a aquellos miembros u oficiales de las iglesias cristianas que por haberse distinguido de cierta manera, sus nombres han sido canonizados. Sin embargo, se verá luego que esto es un error, pues todos los discípulos de Cristo en los días antiguos eran conocidos como “santos”, según se manifestará al leer los siguientes pasajes de las Escrituras:

Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor... (1 Corintios 1:1-2.)

Pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos... (1 Corintios 14:33.)

Pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. (2 Corintios 8:4.)

A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. (Romanos 1:7.)

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. (Efesios 2:19.)

Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos. (Efesios 5:3.)

Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan.

Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa de César. (Filipenses 4:21-22.)

¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos?

¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? V si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? (1 Corintios 6:1-2.)

V se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron. (Mateo 27:52.)

Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. (Judas 8.)

Por lo anterior, claramente se ve que los discípulos de Jesús eran conocidos como santos; que así se dirigían a ellos los Apóstoles, no obstante sus debilidades; y que el Señor puso ciertos oficiales en su Iglesia “a fin de perfeccionar a los *santos*”. (Efesios 4:12.)

Concedióse al salmista el privilegio de ver nuestra época, cuando el Señor vendría para juzgar a su pueblo: cuando enviaría su verdad a los habitantes de la tierra; cuando juntaría a sus *santos* en Sión. (Véase Salmo 50:1-5.)

En la interpretación que Daniel dio al sueño de Nabucodonosor, explicó que en los postreros días, cuando empezaran a desmoronarse los reinos del mundo, el Dios del cielo establecería un reino que nunca sería destruido, sino que permanecería para siempre; describió la venida del Hijo del Hombre, al cual se entregaría este reino, y declaró que todas las naciones seguirían y obedecerían al Dios del cielo. Dijo, además, aludiendo a este reino de los postreros días:

“Después tomarán el reino los *santos* del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos”. (Véanse Daniel 2:28-45; 7:13, 14, 18.)

Palpable es que no se puede entregar un reino al Hijo del Hombre, cuando venga a tomar su lugar correspondiente como Rey de todas las naciones, a menos que se le prepare uno. Según Daniel, el reino será dado a “los *santos* del Altísimo”, a fin de que lo posean “hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos”.

Se verá pues, que así como el nombre de la Iglesia viene de Dios, de la misma manera se ha dado el apelativo “santos” a los miembros de su Iglesia.

LA AUTORIDAD DEL SACERDOCIO EN EL GOBIERNO DE LA IGLESIA

En las revelaciones del Señor al profeta José Smith, se da a saber el hecho de que el Sacerdocio de Melquisedec tiene “poder y autoridad” sobre “todos los oficios de la Iglesia en todas las edades del mundo”. Por tanto, cuando José Smith y Oliverio Cowdery recibieron este sacerdocio de las manos de Pedro, Santiago y Juan, recibieron con él las llaves y autoridad necesarias para organizar en forma completa la Iglesia de Jesucristo y los quórumes del sacerdocio:

Y este sacerdocio mayor administra el evangelio y posee la llave de los misterios del reino, sí, la llave del conocimiento de Dios.

Así que, en sus ordenanzas se manifiesta el poder de Dios.

V sin sus ordenanzas y la autoridad del sacerdocio, el poder de Dios no se manifiesta a los hombres en la carne. (D. y C. 84:19-21.)

El poder y la autoridad del sacerdocio mayor, o sea el de Melquisedec, consiste en tener las llaves de todas las bendiciones espirituales de la iglesia;

tener el privilegio de recibir 108 misterios del reino de los cielos, ver manifestárseles los cielos, comunicarse con la asamblea general e iglesia del Primogénito, y gozar de la comunión y presencia de Dios el Padre y de Jesús, el mediador del nuevo convenio. (D. y C. 107:18-19.)

El Sacerdocio de Melquisedec posee el derecho de presidir, y tiene poder y autoridad sobre todos los oficios en la iglesia en todas las edades del mundo, para administrar en las cosas espirituales. (D. y C. 107:8.)

EL QUORUM DE LA PRIMERA PRESIDENCIA

Si la Iglesia ha de funcionar en forma perfecta, a semejanza del cuerpo humano, como lo ha indicado el apóstol Pablo (véase 1 Corintios 12:12-31), ¿quién debe estar a la cabeza de la Iglesia en la tierra hasta que sea entregada al Hijo del Hombre en su venida? Parece que lo más propio sería que el Señor nombrase a un presidente (profeta) o presidencia (profetas) para dirigir todas las actividades de la Iglesia y del sacerdocio, y por medio de quienes pudiese hablar y revelar su disposición y voluntad a la Iglesia entera, sin tener que hacerlo con cada uno de los grupos individuales que pudiesen hallarse establecidos por todo el mundo. El Señor hizo esto precisamente cuando dispuso que se nombraran y ordenaran tres sumos sacerdotes para formar el quórum de la Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Sobre este asunto el Señor ha dicho:

Del Sacerdocio de Melquisedec, tres Sumos Sacerdotes Presidentes, escogidos por el cuerpo, nombrados y ordenados a ese oficio, y sostenidos por la confianza, fe y Oraciones de la iglesia, forman un quórum de la Presidencia de la Iglesia. (D. y C. 107:22.)

Además, el deber del Presidente del oficio del Sumo Sacerdocio es presidir a toda la iglesia, y ser semejante a Moisés.

He aquí, en esto hay sabiduría; sí, ser un vidente, un revelador, un traductor y un profeta, teniendo todos los dones de Dios, los cuales él confiere sobre el cabeza de la Iglesia. (D. y C. 107:91-92.)

De modo que esta presidencia gobierna todo el Sumo Sacerdocio y dirige todos los asuntos de la Iglesia, y es también el tribunal de última instancia de la Iglesia. Los que la integran son profetas, videntes y reveladores.

No hallamos en la Biblia ninguna afirmación directa en que se diga que el Salvador estableció una presidencia de la Iglesia para dirigirla después de su partida. Sin embargo, el hecho de que envió a Pedro, Santiago y Juan de nuevo a la tierra en esta dispensación, con objeto de restaurar el Sacerdocio de Melquisedec y sus llaves, incluso el santo apostolado, parece indicar que tenían una posición de mayor preferencia que los otros Apóstoles, lo cual, en virtud de su administración en esta dispensación, parece indicar que ellos eran la presidencia del Sacerdocio de Melquisedec y de la Iglesia en el meridiano de los tiempos, después de la ascensión de Jesucristo.

Si esta suposición es correcta, también explicará por qué tomó Jesús aparte a estos tres Apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, a un monte alto,

V se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.

V he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.

V he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oid. (Mateo 17:2-8, 5.)

Ciertamente uno no puede leer esta narración sin sentir que estos tres Apóstoles disfrutaban de una santificación y preparación para su ministerio que los otros Apóstoles no tenían. Pues, ¿qué otra explicación lógica se puede hacer de la preferencia manifestada hacia Pedro, Santiago y Juan, y no a sus hermanos Apóstoles? Sobre este acontecimiento glorioso el profeta José Smith declaró:

El sacerdocio es eterno. El Salvador, Moisés y Elías entregaron las llaves a Pedro, Santiago y Juan en el monte de la transfiguración. (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 184.)

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

El Señor ha expuesto con claridad los deberes y responsabilidades del Quórum de los Doce Apóstoles en estos días postreros. Indicó que han de oficiar bajo la dirección de la Primera Presidencia de la Iglesia, y constituyen “un quórum de igual autoridad y poder” que la Primera Presidencia. La prudencia del Señor se ha manifestado en este asunto, porque al desorganizarse el Quórum de la Primera Presidencia con la muerte del presidente, el Quórum de los Doce Apóstoles posee todas las llaves y autoridad necesarias para reorganizar la Primera Presidencia:

Los doce consejeros viajantes son llamados para ser los Doce Apóstoles, o testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo, y así se distinguen de los otros oficiales de la iglesia en los deberes de su llamamiento.

V constituyen un quórum, igual en autoridad y poder que los tres presidentes ya mencionados. (D. y C. 107:28-24.)

Los Doce son un Sumo Consejo Presidente Viajante, para oficiar en el nombre del Señor bajo la dirección de la Presidencia de la Iglesia, de acuerdo con la institución del cielo; para edificar la iglesia y dirigir todos los asuntos de la misma en todas las naciones, primero a los gentiles y luego a los judíos. (D. y C. 107:33.)

El deber y llamamiento de los Doce Apóstoles, pues, consiste en “edificar la Iglesia y dirigir todos los asuntos de la misma en todas las naciones”, bajo la dirección de la Primera Presidencia de la Iglesia. Los Doce Apóstoles son también profetas, videntes y reveladores.

El llamamiento y nombramiento del Quórum de los Doce Apóstoles en la Iglesia concuerdan en todo sentido con las responsabilidades impuestas a los Doce Apóstoles originales que ejercieron su ministerio bajo la dirección del Salvador cuando estuvo sobre la tierra y después de su resurrección, como lo indican los siguientes pasajes:

V cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles. (Lucas 6:13.)

Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.

V cuando le vieron, te adoraron; pero algunos dudaban.

V Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. (Mateo 28:16-20.)

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros.

V cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. V los discípulos se regocijaron viendo al Señor.

Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío.

A quienes remitiereis los pecados, ¿es son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos. (Juan 20:19-21, 23.)

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. (Juan 15:16.)

V a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos. (Mateo 16:19.)

Según estos versículos se aclara que se dio todo poder a Jesús en los cielos así como en la tierra, y que El escogió a doce Apóstoles, los ordenó y los envió al ministerio con el mismo poder y autoridad que El mismo había recibido de su Padre, es decir, las llaves del reino de los cielos.

¡Cuán diferente es el ministerio de las iglesias hoy día! Los hombres no esperan hasta que los escojan, ordenen y envíen al ministerio; más bien, ellos mismos hacen la elección, y su preparación para el ministerio no les viene en virtud de haber sido ordenados por uno que tiene la autoridad de Dios, sino por haberse graduado de los seminarios de instrucción, establecidos por los hombres para tal fin. ¡Cómo han cambiado las cosas! ¿Quién es el responsable de los cambios: Dios o los hombres?

Hay algunos que creen que la intención del Señor fue tener solamente doce Apóstoles originales; pero esta posición es indefendible, porque si hubo un tiempo en que fueron necesarios los Apóstoles en la Iglesia, tendrán que continuar siéndolo, hasta que se complete la obra que les fue señalada.

El apóstol Pablo nos informa cuál es esta comisión, así como su objeto:

V él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo,

hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo;

para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. (Efesios 4:11-14.)

¿Se han perfeccionado los santos? ¿Está completa la obra del ministerio? ¿Se ha edificado el cuerpo de Cristo, su Iglesia? ¿Hemos llegado todos a la unidad de la fe? En vista de tantos credos cristianos, ¿podemos decir que la gente del mundo ya no es llevada “por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error”? ¿Quién puede negar que la causa por la que no se han cumplido estos propósitos se debe a que los hombres quitaron los oficiales que el Señor puso en su Iglesia para realizar estas cosas?

El apóstol Pablo enseñó que la Iglesia estaba edificada sobre el fundamento de apóstoles y profetas:

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios,

edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. (Efesios 2:19-20.)

Es evidente, pues, que la intención del Señor fue que se conservara completo el Quórum de los Doce Apóstoles, porque después que Judas Iscariote traicionó al Señor, se comisionó a Matías para que tomara su lugar:

V orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido,

para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar.

V les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles. (Hechos 1:24-26. Énfasis agregado.)

Los Apóstoles entendían que el quórum había de conservarse completo. Pablo y Bernabé fueron nombrados Apóstoles después del establecimiento de los primeros doce:

“Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas, y se lanzaron entre la multitud, dando voces.” (Hechos 14:14; véase también Hechos 13:1-4.)

También Jacobo, “el hermano del Señor”, fue llamado al apostolado después del nombramiento de los primeros doce:

“Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor.” (Gálatas 1:19; véase también Marcos 6:3.)

De manera que si los Apóstoles fueron esenciales en la iglesia que Jesucristo estableció en el meridiano de los tiempos, ¿por qué no han de continuar siendo necesarios dondequiera que su Iglesia reconocida se halle sobre la tierra? Para todo aquel que razona, ha de ser palpable que al paso que la Iglesia crece, la necesidad de apóstoles para dirigir la obra ha de ser más apremiante todavía.

Aun con la información limitada que la Biblia provee sobre este tema, claramente se destaca que si hubiese continuado entre los hombres la Iglesia que Jesús organizó en persona, habría permanecido completo el Quórum de los Doce Apóstoles para dirigirla.

LOS SUMOS SACERDOTES

Tras la restauración de las llaves y poderes del Sacerdocio de Melquisedec, el Señor le reveló al profeta José Smith la organización correcta del sacerdocio en divisiones y quórums, al crecer el número de los miembros de la Iglesia. Del nombramiento del sumo sacerdote, dijo lo siguiente:

Los sumos sacerdotes según el orden del Sacerdocio de Melquisedec tienen el derecho de officiar en su propio puesto, bajo la dirección de la presidencia, para administrar las cosas espirituales, y también en el cargo de un élder, presbítero (del orden levítico), maestro, diácono y miembro.

El sumo sacerdote y el élder deben administrar las cosas espirituales, de acuerdo con los convenios y mandamientos de la iglesia; y tienen el derecho de officiar en todos estos puestos de la iglesia cuando no esté presente una autoridad mayor. (D. y C. 107:10, 12.)

Todo presidente del sumo sacerdocio (o élder presidente), obispo, miembro del sumo consejo y sumo sacerdote debe ser ordenado bajo la dirección de un sumo consejo o conferencia general. (D. y C. 20:67.)

Pero en vista de que un sumo sacerdote del Sacerdocio de Melquisedec tiene la autoridad para funcionar en todos los oficios menores, él puede desempeñar el oficio de obispo cuando no se pueda encontrar a un descendiente literal de Aarón, siempre que sea llamado, apartado y ordenado a este poder por mano de la Primera Presidencia del Sacerdocio de Melquisedec. (D. y C. 68:19.)

Hay muchas otras revelaciones y referencias pertenecientes al oficio del sumo sacerdote, pero ya que el objeto de esta presentación es mostrar que la misma organización del sacerdocio se ha restablecido en la tierra tal como existió antiguamente, más bien que tratar en forma completa el tema del sacerdocio, no diremos más sobre el asunto en esta ocasión aparte de indicar que en la Iglesia establecida por Cristo en el meridiano de los tiempos existían todos estos oficios del sacerdocio. Según Pablo:

Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados.

Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.

Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.

Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús. (Hebreos 5:1, 5-6; 3:1.)

Por estos pasajes se aclara que Jesús no sólo fue “apóstol y sumo sacerdote”, sino que sus hermanos tenían también esta “vocación celestial”; y que todo sumo sacerdote, “tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere”.

¿Dónde están los apóstoles y sumos sacerdotes en las iglesias de la actualidad? ¿Por qué los han quitado?

PATRIARCAS O EVANGELISTAS

El deber del patriarca o evangelista es el de bendecir a la gente o miembros de la Iglesia. Leemos acerca de ellos en el Nuevo Testamento, pero no encontramos nada que indique cuáles eran los deberes particulares de este oficio del sacerdocio. Esta información ha venido a nosotros solamente por medio de las revelaciones del Señor dadas a José Smith. El Señor instruyó a los Doce Apóstoles de su Iglesia en esta dispensación que ordenaran “ministros evangelistas en todas las ramas grandes de la iglesia, según les sea designado por revelación”. (D. y C. 107:3 9.) Entonces explicó que este orden del sacerdocio se estableció para que descendiera de padre a hijo, indicando más adelante que este orden se instituyó en los días de Adán y que había descendido por linaje a través de los patriarcas:

El orden de este sacerdocio se confirmó para descender de padre a hijo; y por derecho pertenece a los descendientes literales del linaje escogido, al cual se hicieron las promesas.

Este orden se instituyó en los días de Adán, y descendió por linaje... (D. y C. 107:40-41; véanse también los versículos 41-57 en los cuales se muestra el orden en que fueron ordenados estos patriarcas.)

El profeta José Smith hizo esta explicación concerniente al llamamiento del evangelista o patriarca:

El evangelista es un patriarca, el mayor de edad de la sangre de José o de la descendencia de Abraham. Dondequiera que la Iglesia de Cristo se halle establecida sobre la tierra, allí debe haber un patriarca para el beneficio de la posteridad de los santos, tal como fue con Jacob cuando dio su bendición patriarcal a sus hijos, etc. (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 179.)

Además, de cierto os digo, sea nombrado, ordenado y ungido mi siervo William como consejero de mi siervo José, en lugar de mi siervo Hyrum, para que mi siervo Hyrum pueda ocupar el oficio de Sacerdocio y Patriarca que le señaló su padre por bendición y también por derecho;

para que desde ahora en adelante tenga las llaves de las bendiciones patriarcales sobre la cabeza de todo mi pueblo;

para que cualquiera que él bendiga sea bendecido y cualquiera que él maldiga sea maldecido... (D. y C. 124:91 -93.)

Una de las ilustraciones más notables del ejercicio de este llamamiento es el relato bíblico de la bendición de Jacob a sus doce hijos:

V llamó Jacob a sus hijos, y dijo: Juntaos, y os declararé lo que os ha de acontecer en 108 días venideros.

Juntaos y oíd, hijos de Jacob, y escuchad a vuestro padre Israel. (Génesis 49:1-2.)

Entonces siguen las bendiciones individuales dadas a sus doce hijos. El gran patriarca Isaac bendijo a sus hijos Jacob y Esaú. (Véase Génesis capítulo 27.)

Pablo se refiere a Abraham como patriarca:

“Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín.” (Hebreos 7:4.)

También habló sobre el llamamiento del evangelista, pero no indicó los deberes de su oficio: Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros. (Efesios 4:11.)

Timoteo tuvo el nombramiento de evangelista:

“Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio.” (2 Timoteo 4:5.)

A pesar de estas referencias bien claras, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, las cuales indican que el Señor puso patriarcas o evangelistas en su Iglesia en épocas pasadas,

nosotros no sabríamos cuál sería su función particular en el sacerdocio si no fuera por las revelaciones del Señor dadas al profeta José Smith al restablecer su Iglesia en esta dispensación.

¿Por qué han suprimido las iglesias este santo llamamiento del patriarca? Miles y decenas de miles de Santos de los Últimos Días han recibido consuelo e inspiración de las bendiciones que el Señor les promete por medio de sus patriarcas en esta dispensación. Y en lo que respecta al conocimiento de la vocación y ministerio de un patriarca, nosotros no lo recibimos por el estudio de las Escrituras, sino por las revelaciones del Señor a sus profetas en esta época en que vivimos.

LOS SETENTA

Las revelaciones del Señor al profeta José Smith nos hacen saber los deberes y llamamientos de los setenta:

Los Setenta también son llamados para predicar el evangelio y ser testigos especiales a los gentiles y en todo el mundo, y así se distinguen de otros oficiales de la iglesia en los deberes de su llamamiento.

Y constituyen un quórum, igual en autoridad que el de los doce testigos especiales o Apóstoles antes nombrados.

Los Setenta obrarán en el nombre del Señor bajo la dirección de los Doce o el sumo consejo viajante, edificando la iglesia y dirigiendo todos los asuntos de la misma en todas las naciones, primero a los gentiles y luego a los judíos.

Y va de acuerdo con la visión que demuestra el orden de los Setenta, que los presidan siete presidentes, escogidos de entre el número de los setenta;

y el séptimo de estos presidentes ha de presidir a los seis;

y estos siete presidentes han de escoger a otros setenta, además de los primeros setenta a los cuales pertenecen, y han de presidirlos,

y también a otros setenta, hasta setenta veces siete, si por necesidad la obra de la viña lo requiere.

Y estos setenta han de ser ministros viajantes, a los gentiles primeramente y también a los judíos.

Mientras que otros oficiales de la iglesia, que no pertenezcan a los Doce ni a los Setenta, no obstante que estén ocupando cargos de igual importancia y responsabilidad en la iglesia, no tienen la responsabilidad de viajar entre todas las naciones, sino que deben viajar conforme lo permitan sus circunstancias. (D. y C. 107:25,26, 34, 93-98.)

Cuando uno compara esta explicación completa del llamamiento, deberes y organización de los setenta con la escasa información contenida en la Biblia, se convence, desde luego, de la necesidad de que el Señor imparta instrucción y revelación sobre estos asuntos, pues en la Biblia no hay confirmación suficiente respecto de los deberes y llamamientos de los setenta. Repetimos una vez más: Esta información e instrucción nos ha venido por revelación de los cielos, y empleamos la Biblia para comprobar su verdad.

Esto es lo que la Biblia dice sobre el llamamiento de los setenta:

Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir.

Y les decía: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. (Lucas 10:1-2, 17.)

A juzgar por el primer versículo citado, está muy claro que el Señor previamente había llamado a setenta, pues de lo contrario, el pasaje no diría que El designó “a otros setenta”. De estos “otros setenta” la Biblia no dice nada. Sin embargo, hace mención del llamamiento de setenta de los élderes o ancianos de Israel bajo la dirección de Moisés; pero esto indudablemente se refiere al número de ancianos llamados, más bien que al oficio del setenta:

Entonces Jehová dijo a Moisés: Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales; y tráelos a la puerta del tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo.

Y yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo. (Números 11:16-17.)

Recuérdese que los setenta son un quórum o consejo viajante, igual que el Quórum de los Doce Apóstoles, y que su llamamiento especial consiste en ayudar a los Doce Apóstoles a efectuar y dirigir la obra misional de la Iglesia. En vista de que también son testigos especiales del Señor Jesucristo en todo el mundo, “primero a los gentiles y luego a los judíos”, cuán grande ha sido la pérdida del mundo por no tenerlos en las iglesias del día. Es una razón más por la que se precisaba una restauración.

LOS ÉLDERES O ANCIANOS

El término “élder” se ha tomado de la misma palabra inglesa, que significa anciano. Se ha optado por usarse aquélla en vez de la palabra bíblica, para evitar que se confunda su significado con el de una persona de mucha edad. En la Iglesia de Jesucristo se usa el término “élder” de dos maneras. Se emplea como título y se aplica a cualquier hombre que posea el Sacerdocio de Melquisedec, pero también designa uno de los oficios de este sacerdocio:

*Un apóstol es un élder, y es suyo el llamamiento de bautizar;
y ordenar a otros élderes, presbíteros, maestros y diáconos;
y bendecir el pan y el vino, emblemas de la carne y sangre de Cristo,
y confirmar por la imposición de manos a los que se bautizan en la iglesia, para que reciban el bautismo de fuego y del Espíritu Santo, de acuerdo con las escrituras;
y enseñar, exponer, exhortar, bautizar y velar por la iglesia;
y confirmar a la iglesia por la imposición de manos y el don del Espíritu Santo; y hacerse cargo de todas las reuniones.*

Los élderes han de conducir los servicios según los guíe el Espíritu Santo, de acuerdo con los mandamientos y revelaciones de Dios. (D. y C. 20:38-45.)

El oficio de élder corresponde al Sacerdocio de Melquisedec.

El Sacerdocio de Melquisedec posee el derecho de presidir, y tiene poder y autoridad sobre todos los oficios en la iglesia en todas las edades del mundo, para administrar en las cosas espirituales

Cuando el sumo sacerdote no esté presente, un élder tiene el derecho de officiar en su lugar.

El sumo sacerdote y el élder deben administrar las cosas espirituales, de acuerdo con los convenios y mandamientos de la iglesia; y tienen el derecho de officiar en todos estos puestos de la iglesia cuando no esté presente una autoridad mayor...

De cierto os digo, dice el Señor de las Huestes, es menester que haya élderes presidentes para presidir a los que tengan el oficio de élder.

Además, el deber del presidente del oficio de los élderes es presidir a noventa y seis élderes, sentarse en concilio con ellos e instruirlos de acuerdo con los convenios.

Esta presidencia es distinta de la de los setenta, y se ha dispuesto para los que no viajan por todo el mundo. (D. y C. 107:7, 8, 11, 12, 60, 89, 90.)

De modo que el llamamiento de un élder se distingue del de un setenta en que aquél es llamado al ministerio en su domicilio para officiar en las organizaciones de la Iglesia, presidir, enseñar, exponer, etc., mientras que el setenta ha de ser un misionero viajante ante todas las naciones y a todo pueblo.

Leemos ahora lo que la Biblia dice con respecto al anciano o élder:

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada:

Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, heredad del Señor, sino siendo ejemplos de la grey. (1 Pedro 5:1-3.)

Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor; mayormente los que trabajan en predicar y enseñar. (1 Timoteo 5:17.)

V constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído. (Hechos 14:23.)

V se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto. (Hechos 15:6.)

¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.

V la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. (Santiago 5:14-15.)

Por esta causa te dejé en Greta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé. (Tito 1:5.)

Por motivo de las numerosas referencias que hay en el Nuevo Testamento con respecto al llamamiento de élder, parece innecesario, para nuestro propósito actual, examinar las del Antiguo Testamento. Todas éstas parecen concordar con el llamamiento y ministerio de un élder, tal como el Señor lo ha designado en su Iglesia en esta dispensación. Sin embargo, no hay nada en la Biblia que indique el número de élderes necesarios para formar un quórum, ni la manera en que debe organizarse.

El hecho de que en el Nuevo Testamento hay más abundantes explicaciones de los deberes y llamamientos del anciano indudablemente se debe a que en las iglesias de la actualidad sea más común el oficio de élder; y sin embargo, ¿quién puede decir que es más importante que el setenta o el sumo sacerdote, de quienes poco o nada se dice? Esto, por supuesto, es de esperarse cuando uno depende enteramente de la palabra escrita y rechaza el principio de la revelación continua.

LOS OBISPOS

El Señor también explicó al profeta José Smith el llamamiento y responsabilidad de un obispo:

El segundo sacerdocio es llamado el Sacerdocio de Aarón, porque se confirió a Aarón y a su descendencia por todas sus generaciones.

Se llama el sacerdocio menor porque es una dependencia del mayor, o sea el Sacerdocio de Melquisedec, y tiene el poder para administrar las ordenanzas exteriores.

El obispado es la presidencia de este sacerdocio, y posee las llaves o autoridad del mismo.

Ningún hombre tiene el derecho legal de ocupar este oficio, de poseer las llaves de este sacerdocio, a menos que sea un descendiente literal de Aarón.

Pero en vista de que un sumo sacerdote del Sacerdocio de Melquisedec tiene la autoridad para oficiar en todos los cargos menores, él puede desempeñar el oficio de obispo cuando no se pueda hallar a un descendiente literal de Aarón, siempre que sea llamado, apartado y ordenado a este poder por manos de la Presidencia del Sacerdocio de Melquisedec. (D. y G. 107:13-17.)

V también el deber del presidente del Sacerdocio de Aarón es presidir a cuarenta y ocho presbíteros, sentarse en concilio con ellos y enseñarles los deberes de su oficio, cual se indica en los convenios.

este presidente ha de ser un obispo, porque éste es uno de los deberes de este sacerdocio. (D. y G. 107:87-88.)

Después de dar instrucciones concernientes a los deberes del Sacerdocio de Melquisedec y las bendiciones que la Iglesia recibe por medio de su administración, el Señor dice:

De manera que, el oficio de un obispo no es igual, porque el oficio de obispo consiste en administrar todas las cosas temporales;

Sin embargo, debe escogerse al obispo de entre los del Sumo Sacerdocio, a menos que sea un descendiente literal de Aarón;

pues a menos que sea un descendiente literal de Aarón, no puede poseer las llaves de ese sacerdocio.

Sin embargo, se puede apartar a un sumo sacerdote, es decir, según el orden de Melquisedec, para administrar las cosas temporales, las cuales conocerá por el Espíritu de verdad;

y también para ser juez en Israel, para tramitar los asuntos de la iglesia y sentarse a juzgar a los transgresores, según el testimonio que fuere presentado ante él de conformidad con las leyes, con la ayuda de sus consejeros que haya escogido o escogerá de entre los élderes de la iglesia.

Este será el deber de un obispo que no sea un descendiente literal de Aarón, pero al que se haya conferido el Sumo Sacerdocio según el orden de Melquisedec.

Así que, será un juez, sí, un juez común entre los habitantes de Sión, o en una estaca de Sión, o cualquier rama de la iglesia donde sea apartado para este ministerio, hasta que se ensanchen las fronteras de Sión, y se haga necesario tener otros obispos o jueces en Sión o en otras partes.

V si son nombrados otros obispos, éstos han de obrar en el mismo oficio. (D. y C. 107:68-75.)

V al dar de tus bienes a los pobres, a mí lo harás; y se depositarán ante el obispo de mi iglesia y sus consejeros, dos de los élderes o sumos sacerdotes, a quienes él nombre o haya nombrado y apartado para ese propósito. (D. y C. 42:31.)

En las revelaciones modernas el Señor ha dicho más concerniente al llamamiento y deberes de un obispo, pero lo anterior parece ser suficiente para el propósito actual.

Vamos a considerar en seguida lo que la Biblia dice sobre este asunto:

Porque es necesario que el obispo sea irrepreensible, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas;

sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo;

redentor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a tos que contradicen. (Tito 1:7-9.)

Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea.

Pero es necesario que el obispo sea irrepreensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar;

no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro;

que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad

(pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?);

no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo.

También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo. (1 Timoteo 8:1-7.)

Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos tos santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos. (Filipenses 1:1.)

Como se verá por estas referencias, se dice mucho más de las cualidades que precisa tener el obispo que de la naturaleza de sus deberes y ministerio. Todo lo que dice en este respecto es que “pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen”. Pablo da a entender a Timoteo que el deber del obispo es “cuidar de la Iglesia de Dios”, pero no hallamos instrucciones precisas de lo que realmente significa esta exhortación.

Una vez más decimos, si tuviésemos que depender de la información contenida en la Biblia, sabríamos muy poco acerca de este importante oficio. Nos vemos compelidos a recurrir a la revelación moderna si deseamos estar bien informados con respecto al oficio del obispo.

EL PRESBITERO

Hemos indicado previamente que el llamamiento de presbítero es uno de los oficios del Sacerdocio Aarónico; que el obispo preside este sacerdocio, y que él mismo es presidente del quórum de presbíteros, el cual se compone de cuarenta y ocho miembros. (Véase D. y C. 107: 15,87,88.)

El deber del presbítero es predicar, enseñar, exponer, exhortar, bautizar y bendecir la santa cena,

y visitar la casa de cada miembro, y exhortarlos a orar vocalmente, así como en secreto, y a cumplir con todos los deberes familiares.

V también puede ordenar a otros presbíteros, maestros y diáconos.

V ha de hacerse cargo de los servicios cuando no esté presente ningún élder...

En todos estos deberes el presbítero debe ayudar al élder, si la ocasión lo requiere...

Todo élder, presbítero, maestro y diácono será ordenado de acuerdo con los dones y llamamientos de Dios para él; y debe ser ordenado por el poder del Espíritu Santo que está en aquel que lo ordena. (D. y C. 20:46-49, 52, 60.)

V he aquí, los sumos sacerdotes deben viajar, y también los élderes y los presbíteros; mas los diáconos y los maestros deben ser nombrados para velar por la iglesia y para sus ministros residentes. (D. y C. 84 :111.)

El Nuevo Testamento, que emplea el término sacerdote más bien que presbítero, casi nada dice de su llamamiento y deberes.

El padre de Juan el Bautista, Zacarías, era sacerdote de la suerte u orden de Aarón, y desempeñaba el oficio sacerdotal en el templo. (Véase Lucas 1:5-8.)

El profeta Miqueas hace referencia a la época en que los directores espirituales de la gente desviarían al pueblo del Señor, y entonces añade:

Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros. (Miqueas 3:11.)

Juan el Teólogo escribió de aquellos a quienes el Señor había limpiado de sus pecados con su sangre:

“Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.” (Apocalipsis 1:6.)

Tenemos que buscar en otro lugar que no sea la Biblia para enterarnos de los deberes del oficio del presbítero, como se administraba bajo la dirección de Cristo y sus Apóstoles.

Juan el Bautista obró bajo esta autoridad y enseñó a sus discípulos que uno más poderoso que él vendría para bautizarlos con fuego y con Espíritu Santo, ya que el Sacerdocio Aarónico no tenía la potestad para conferir el Espíritu Santo por la imposición de manos, como lo explicó a José Smith y Oliverio Cowdery cuando les apareció. (Véase José Smith—Historia 70.)

Parece que hay justificación para creer que Felipe también obró bajo esta misma autoridad al bautizar a la gente de Samaria, pero se hizo necesario que Pedro y Juan fuesen allá para conferir el Espíritu Santo por la imposición de las manos. (Véase Hechos 8:4-20.) La lectura de estas escrituras antiguas no aclara muy bien el asunto. Tenemos que recurrir a la revelación moderna para obtener esta explicación. Si la suposición anterior no es correcta, ¿cómo se explica el hecho de que Felipe predicó al Cristo entre la gente de Samaria y la bautizó, y sin embargo, no pudo conferirle el don del Espíritu Santo, antes tuvo que mandar llamar a Pedro y a Juan?

EL MAESTRO

Las revelaciones del Señor en estos postreros días realzan la importancia del oficio de maestro en la Iglesia. Obsérvese cómo se detallan sus responsabilidades, la organización de sus

quórumes, los deberes de los miembros y con cuánto cuidado se establece su relación con los otros oficios del sacerdocio:

El deber del maestro es velar siempre por los miembros de la iglesia, y estar con ellos, y fortalecerlos;

y cuidar de que no haya iniquidad en la iglesia, ni aspereza entre uno y otro, ni mentiras, ni calumnias, ni mal decir;

y ver que los miembros de la iglesia se reúnan con frecuencia, y también ver que todos cumplan con sus deberes.

V se hará cargo de las reuniones si está ausente el élder o presbítero,

y los diáconos lo ayudarán siempre en todos sus deberes en la iglesia, si la ocasión lo requiere.

Pero ni los maestros ni los diáconos tienen la autoridad para bautizar, bendecir la santa cena o imponer las manos;

deben, sin embargo, amonestar, exponer, exhortar, enseñar e invitar a todos a venir a Cristo.

Todo élder, presbítero, maestro y diácono será ordenado de acuerdo con los dones y llamamientos de Dios para él; y debe ser ordenado por el poder del Espíritu Santo que está en aquel que lo ordena. (D. y C. 20:53-60.)

V también el deber del presidente del oficio de los maestros es presidir a veinticuatro maestros, y sentarse en concilio con ellos, enseñándoles los deberes de su oficio, cual se indican en los convenios. (D. y C. 107:86.)

V he aquí, los sumos sacerdotes deben viajar, y también los élderes y los presbíteros; mas los diáconos y los maestros deben ser nombrados para velar por la iglesia y para ser sus ministros residentes. (D. y C. 84:111.)

La siguiente referencia servirá para indicar cuán poca información nos da la Biblia con respecto al llamamiento del maestro (conocido como doctor en la Santa Biblia), aunque hay suficiente para indicar que era uno de los oficios que había en la Iglesia primitiva de Cristo:

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros.” (Efesios 4:11.)

Tampoco habríamos conocido los deberes y responsabilidades del maestro si hubiéramos tenido que depender de la Biblia únicamente.

EL DIÁCONO

La naturaleza del llamamiento y las responsabilidades del diácono en igual manera se han dado a conocer por medio de las revelaciones del Señor en esta dispensación:

V además, de cierto os digo, el deber de un presidente del oficio de diácono es presidir a doce diáconos, sentarse en concilio con ellos y enseñarles sus deberes, edificándose el uno al otro conforme a lo indicado en los convenios. (D. y C. 107:85.)

V los diáconos lo ayudarán siempre en todos sus deberes [del maestro] en la iglesia, si la ocasión lo requiere.

Pero ni los maestros ni los diáconos tienen la autoridad para bautizar, bendecir la santa cena o imponer las manos;

deben, sin embargo, amonestar, exponer, exhortar, enseñar e invitar a todos a venir a Cristo.

Todo élder, presbítero, maestro y diácono será ordenado de acuerdo con los dones y llamamientos de Dios para él; y debe ser ordenado por el poder del Espíritu Santo que está en aquel que lo ordena. (D. y C. 20:57-60.)

V además, los oficios de maestro y diácono son dependencias necesarias que pertenecen al sacerdocio menor, sacerdocio que se confirmó sobre Aarón y sus hijos. (D. y C. 84:30.)

Aun cuando en los siguientes pasajes de la Biblia se hace referencia al oficio del diácono, se halla muy poca información directa sobre este llamamiento del Sacerdocio Aarónico:

Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos. (Filipenses 1:1.)

Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas;

que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia.

V éstos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables. (1 Timoteo 3:8-10.)

La información bíblica sobre las responsabilidades y funciones del diácono carece enteramente de detalles. Si no fuera por las escasas referencias que se hacen a este llamamiento, nada habríamos sabido de este oficio en la Iglesia si estuviéramos obligados a depender solamente de la Biblia para orientarnos. Las revelaciones del Señor al profeta José Smith indican inequívocamente su voluntad concerniente al diácono en la Iglesia.

OFICIOS ADICIONALES EN LA IGLESIA

Al paso que la Iglesia ha crecido y se ha desarrollado, y obrando mediante las llaves del sacerdocio y la inspiración del Señor, la Primera Presidencia de la Iglesia y el Quórum de los Doce Apóstoles han agregado los siguientes oficios que no hallamos mencionados en la Biblia:

(1) *El Primer Quórum de los Setenta.* Considerándose cuidadosamente el llamamiento y organización de los setenta, como ya se ha presentado en esta obra y como lo explicó el Señor en una revelación al profeta José Smith (véase D. y C. 107:93-97), queda indicado que debe haber siete presidentes para que presidan a todos los quórums de setenta en la Iglesia, aun hasta que dichos quórums lleguen al número de setenta veces siete, y que estos presidentes han de obrar bajo la dirección de los Doce Apóstoles. El Primer Quórum de los Setenta se organizó el 19 de enero de 1841, de acuerdo con una revelación del Señor dada al profeta José Smith, y siempre ha tenido siete presidentes desde este tiempo. (Véase D. y C. 124:138-139.)

En 1941, cinco hombres recibieron llamamientos para servir como ayudantes del Quórum de los Doce Apóstoles, prestando ayuda a los Doce en la administración de sus muchas responsabilidades. Para 1976, el número de ayudantes se había aumentado hasta veintiuno. Mientras tanto, también crecía el Primer Quórum de los Setenta, empezando con la Conferencia General de octubre de 1975, cuando tres hombres fueron llamados a formar parte de él.

En la Conferencia General de octubre de 1976, el presidente Spencer W. Kimball anunció que los ayudantes de los Doce pasarían a ser miembros del Primer Quórum de los Setenta, para proveer la unión de esfuerzos administrativos a nivel general que hacía falta en la Iglesia durante el período de crecimiento acelerado que experimentaba por todo el mundo. El explicó: “Con este paso, los tres quórums gobernantes de la Iglesia que hemos recibido por revelación —la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Primer Quórum de los Setenta— han sido ordenados de acuerdo con las revelaciones del Señor.” Siete hombres sirven como oficiales mayores, o sea, presidentes, del Primer Quórum de los Setenta.

(2) *El Obispado Presidente.* El Obispado Presidente se compone de tres sumos sacerdotes, escogidos, ordenados y autorizados como obispos para administrar los asuntos temporales de la Iglesia bajo la dirección de la Primera Presidencia.

LOS DERECHOS Y EL EJERCICIO DE LA AUTORIDAD DEL SACERDOCIO

Con esta gloriosa delegación de autoridad que es conferida a los oficiales que funcionan dentro del reino de Dios en estos postreros días, viene una responsabilidad muy grande en lo que respecta al comportamiento del que desempeña estas comisiones divinas. Si la persona que ocupa el oficio desea agradar a Dios y librarse de la condenación, debe forzosamente ejercer esta autoridad con justicia. El Señor comprendió esto y tomó en cuenta la tendencia humana de

ejercer la autoridad injustamente si no se nos explica con cuidado el deber que tenemos de obrar según los requerimientos de su aprobación divina.

Considérense con cuidado las siguientes revelaciones de nuestro Padre Celestial, dadas por medio del profeta José Smith, cuando estableció las normas que deben regir el ejercicio de esta autoridad del sacerdocio. No hemos sabido de cosa alguna que se haya escrito sobre el tema del gobierno en una forma tan impresionante y tan inspiradora como la siguiente:

Porque quienes son fieles hasta obtener estos dos sacerdocios de los cuales he hablado, y magnifican su llamamiento, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos.

Llegan a ser los hijos de Moisés y de Aarón y la descendencia de Abraham, y la iglesia y reino, y los elegidos de Dios.

V también todos los que reciben este sacerdocio, a mí me reciben, dice el Señor;

porque el que recibe a mis siervos, me recibe a mí;

y el que me recibe a mí, recibe a mi Padre;

V el que recibe a mi Padre, recibe el reino de mi Padre; por tanto, todo lo que mi Padre tiene le será dado.

V esto va de acuerdo con el juramento y el convenio que corresponden a este sacerdocio.

Así que, todos los que reciben el sacerdocio reciben este juramento y convenio de mi Padre, que él no puede quebrantar, y que tampoco puede ser traspasado.

Pero el que violare este convenio, después de haberlo recibido, y lo abandonare totalmente, no recibirá el perdón de los pecados en este mundo ni en el venidero. (D. y C. 84:33-41.)

Aprenda, pues, todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado.

El que sea perezoso no será considerado digno de permanecer, y quien no aprenda su deber y no se presente aprobado, no será considerado digno de permanecer.. (D. y C. 107:99-100.)

He aquí, muchos son ¿os llamados, y pocos los escogidos. ¿ V por qué no son escogidos?

Porque a tal grado han puesto su corazón en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres, que no aprenden esta lección única:

Que los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de justicia.

Es cierto que se nos pueden conferir; pero cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, ¿os cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre.

He aquí, antes que se dé cuenta, queda abandonado a sí mismo para dar coques contra el aguijón, para perseguir a los santos y combatir contra Dios.

Hemos aprendido, por funesta experiencia, que la naturaleza y disposición de casi todos los hombres, en cuanto reciben un poco de autoridad, como ellos suponen, es comenzar inmediatamente a ejercer injusto dominio.

Por tanto, muchos son llamados, pero pocos son escogidos.

Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por la persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia;

reprendiendo en la ocasión con severidad, cuando lo induzca

el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo;

para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte.

Deja también que tus entrañas se llenen de caridad para con todos los hombres, y para con los de la familia de la fe, y deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente;

entonces tu confianza se hará fuerte en la presencia de Dios; y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma como rocío del cielo.

El Espíritu Santo será tu compañero constante, y tu cetro, un cetro inmutable de justicia y de verdad; y tu dominio será un dominio eterno, y sin ser compelido fluirá hacia ti para siempre jamás. (D. y C. 121:84-46.)

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1 Pedro 2:9.)

Se podrá buscar en todo el mundo, y no se hallará en la actualidad gente alguna a quien se pueda aplicar esta descripción sino a los Santos de los Últimos Días; porque verdaderamente tienen un “real sacerdocio” en el que todo varón de la Iglesia, mayor de doce años y digno de ello, puede participar como portador del mismo y obrar para la edificación del reino de Dios en la tierra, manifestando de esta manera “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”.

No se puede considerar este asunto sin tener la impresión de que las iglesias actuales del mundo están perdiendo mucho por no tener esta autoridad e información. Ni es posible que la reciban por medio de la Biblia. No debe causarnos sorpresa el que no hay uniformidad de organización entre las iglesias de la época cuando el Señor ha restablecido su sacerdocio en la tierra por conducto de su profeta, José Smith.

Aun cuando la Biblia claramente indica la mayor parte de los oficios que ha de haber en la Iglesia de Cristo, no explica sus deberes correspondientes. Este conocimiento tuvo que venir por medio de las revelaciones del Señor en esta dispensación.

AYUDAS Y ADMINISTRACIÓN EN LA IGLESIA

Es evidente que en la Iglesia que Jesús organizó, mientras estuvo en la tierra, no sólo estableció el Sacerdocio de Aarón y el de Melquisedec, con sus varios oficiales y miembros, como previamente hemos dicho, sino también puso en la Iglesia “ayudas” y “governaciones”, según lo indica el apóstol Pablo, aunque las Escrituras no indican qué eran estas “ayudas” y “governaciones”:

V a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. (1 Corintios 12:28.)

Consideremos brevemente los que “ayudan” y “administran” que el Señor ha puesto en su Iglesia en esta dispensación. Se podrían escribir, y se han escrito muchos libros para explicar la naturaleza de estas “ayudas” y lo que han realizado. Sin embargo, bastará a nuestro propósito solamente hacer mención de ellas.

Los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días están organizados en unidades geográficas llamadas *estacas* y *misiones*. Cada *estaca* es presidida por tres sumos sacerdotes, y tiene entre 2.500 y 5.000 miembros. Las estacas están divididas en barrios (o congregaciones) que consisten por lo general de 300 a 500 miembros. Preside en ellos un obispo con dos consejeros. Congregaciones más pequeñas dentro de una estaca se llaman ramas.

Las misiones también son presididas por un presidente y dos consejeros. Casi siempre, las misiones abarcan un área geográfica más grande que las estacas. Se componen de distritos (similares en su organización a las estacas) y ramas (similares a los barrios). Cuando hay bastantes miembros en la misión, se forma una nueva estaca. Hoy día hay estacas y misiones en casi todas partes del mundo.

Se crean nuevas estacas casi cada semana, o dividen estacas ya existentes o forman nuevas estacas de ramas en las misiones. Se organizan unas cuantas misiones nuevas al año también.

LA CORRELACIÓN DEL SACERDOCIO, LOS REPRESENTANTES REGIONALES Y LAS MESAS DIRECTIVAS

De acuerdo con un programa extensivo de correlación del sacerdocio que se inició en el decenio de 1960, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce dieron principio a cuatro programas para la operación del sacerdocio. Estos programas correlacionados entregaron al sacerdocio la responsabilidad directa de la orientación familiar, la obra misional, la obra genealógica y del templo, y el plan de bienestar.

Para hacer funcionar estos programas, igual que el trabajo de las organizaciones auxiliares, todas las estacas de la Iglesia se han organizado en grupos llamados regiones. Es por medio de estas regiones que la Iglesia da orientación y capacitación a los líderes de estaca y barrio. Se verifica una reunión regional una vez al año en cada región. Se invita a los líderes locales a que asistan y reciban instrucción sobre la operación de los programas del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares.

Se nombran a Representantes Regionales de los Doce para servir en las diferentes regiones, para proporcionar ayuda a las Autoridades Generales en la dirección de los programas de la Iglesia. Estos hermanos representan a las Autoridades Generales y sirven en la Iglesia sin remuneración, tal como lo hacen los presidentes de estaca, ofreciendo todo el tiempo disponible que tienen para trabajar en la Iglesia.

A la cabeza de cada una de las organizaciones auxiliares de la Iglesia hay una mesa directiva que obra bajo la dirección de la Primera Presidencia de la Iglesia y del Quórum de los Doce Apóstoles. Sus deberes y responsabilidades consisten en preparar un programa de actividades y cursos de estudio, que entonces dan a las estacas y misiones, barrios y ramas.

LA ORGANIZACIÓN DE LA ESTACA (Y DE LA MISIÓN)

La organización de la estaca se compone de lo siguiente: Una presidencia de tres sumos sacerdotes; un sumo consejo de doce sumos sacerdotes; a menudo uno o más miembros suplentes del sumo consejo; un secretario de estaca y uno o más secretarios ayudantes; un secretario ejecutivo del sacerdocio de la estaca; un quórum de sumos sacerdotes cuya presidencia viene a ser la presidencia de la estaca; un quórum de los setenta; quórumes de élderes en cada barrio; misioneros de estaca llamados a enseñar el evangelio a los no miembros que viven dentro de la jurisdicción de la estaca; comités para correlacionar la orientación familiar, la genealogía, la obra misional, el plan de bienestar y la música; las actividades de los Jóvenes Adultos (personas solteras de 18 a 25 años de edad) y el grupo de Miras Especiales (personas mayores de 25 años solteras, viudas o divorciadas); las actividades del Sacerdocio Aarónico (varones de 12 a 18 años) y las Mujeres Jóvenes (de 12 a 18 años); y presidencias, secretarios, y mesas directivas de la Sociedad de Socorro, Escuela Dominical y la Asociación Primaria en los barrios y ramas de la estaca.

Los distritos de la misión están organizados de una manera semej ante, aunque a veces no hay tantas personas para formar las mesas directivas y los comités.

LA ORGANIZACIÓN DEL BARRIO (Y DE LA RAMA)

Esta organización es la unidad que se relaciona directamente con los miembros de la Iglesia que residen dentro de los límites del barrio. (El significado de “barrio” —el de una sección o distrito en que se dividen las poblaciones— se aplica por extensión al conjunto de miembros que viven dentro de los límites geográficos de cierta sección de la ciudad.) Lo presiden un obispo y dos consejeros, a quienes ayudan uno o varios secretarios. El obispado dirige la obra de los, quórumes del Sacerdocio Aarónico, procura que estén completamente organizados todos los quórumes y organizaciones auxiliares y ve que todos los miembros tengan la oportunidad de

trabajar en la posición que mejor puedan desempeñar, de acuerdo con sus dones y talentos especiales. El obispado del barrio tiene la responsabilidad del edificio, el terreno y todo asunto temporal, incluso el cuidado de los pobres y necesitados.

Las organizaciones del barrio y las auxiliares siguen casi el mismo modelo que las de la estaca, salvo que en lugar de mesas directivas, las organizaciones auxiliares de los barrios tienen maestros que dirigen las clases semanales. Por lo regular un barrio necesita aproximadamente ochenta y cinco maestros para las organizaciones auxiliares además de las presidencias y superintendencias, maestros orientadores y las maestras visitantes de la Sociedad de Socorro. Estos últimos dos grupos visitan las casas de los miembros por lo menos una vez al mes.

Las ramas en las misiones y estacas están organizadas en forma parecida a los barrios, y preside en cada una de ellas un presidente con dos consejeros. Según el tamaño de la rama, o puede haber sólo unos pocos oficiales y maestros, cada uno desempeñando varias responsabilidades, o puede haber tanta organización como en un barrio.

Como se puede ver, se necesitan cientos de personas para ocupar los puestos que existen en un barrio o estaca, incluyéndose los oficiales presidentes, secretarios, maestros, comités de actividades, maestros orientadores del sacerdocio, maestras visitantes de la Sociedad de Socorro que visitan los hogares, y los encargados de la música, de la biblioteca, y de la manutención del edificio. Se ha calculado que casi el 40% de la población total de la Iglesia tiene oportunidad de crecer y de recibir bendiciones por servir al prójimo. Ninguno de ellos recibe remuneración por los servicios que presta.

OPORTUNIDAD Y TRABAJO PARA TODOS

En vista de que el Señor, como lo explica el apóstol Pablo, estableció la organización de su Iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:12), es difícil entender de qué manera se podría realizar mejor este objeto, que por medio de una organización perfecta como la que El ha mandado que se instituya en su Iglesia en esta dispensación. Tal organización también proporciona a cada miembro de la Iglesia la oportunidad de dedicar su talento a la edificación del reino de Dios sobre la tierra. ¿Por qué no debe disfrutar de este privilegio todo hombre que ama al Señor? ¿De qué otra manera puede uno tan eficazmente desarrollar o aumentar su habilidad? Recordemos la parábola de Jesús acerca del hombre que yéndose a un país lejano, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. (Véase Mateo 25:14-30.) Es claro, pues, que la organización de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días estaría incompleta si no ofreciera a todos sus miembros la oportunidad para desarrollar su aptitud por medio del servicio que se les pide y se les permite rendir.

¿Hay alguna otra organización en todo el mundo que se le puede comparar? ¿Es imposible que sea obra de los hombres: debe ser de Dios!

CAPÍTULO 13

LA MISIÓN DE ELÍAS

SE PREDICE LA MISIÓN DE ELÍAS EL PROFETA

El acontecimiento principal que consideraremos en la “restauración de todas las cosas” (Hechos 3:19-21) será la venida de Elías el Profeta, en cumplimiento de la profecía de Malaquías:

He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible.

El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición. (Malaquías 4:5-6.)

¿A cuál de las iglesias del mundo entero puede uno ir en la actualidad, aparte de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y aprender acerca de la venida de Elías el Profeta para cumplir esta profecía? Su venida es de suma importancia a la vista de Dios, en lo que atañe al cumplimiento de sus propósitos entre los hijos de los hombres y el establecimiento de su reino en los postreros días. Elías tiene que venir a cumplir su misión de tornar o convertir el corazón de los padres a sus hijos y el corazón de los hijos a sus padres, para que el Señor no venga “y hiera la tierra con maldición”.

El Señor prometió enviar a Elías el Profeta “antes que venga el día de Jehová, grande y terrible”, y ¿quién podrá detener su mano e impedirle que lleve a cabo su promesa? Si uno tiene el privilegio de vivir sobre la tierra en la época de la venida de Elías el Profeta, ¿no tendrá deseos de saber de ello, así como del mensaje que ha de traer, mensaje de importancia tal que se hizo necesario enviarlo de las cortes celestiales a fin de que la tierra no fuera herida con maldición?

INTÉNTASE EXPLICAR LA PROFECÍA DE MALAQUÍAS

La siguiente declaración sobre la profecía de Malaquías es interesante:

El libro concluye con una súplica de no olvidar la ley de Moisés (probablemente el libro de Deuteronomio, cuyo ritual y mandamientos éticos habían sido violados), y con la promesa de que volvería Elías el Profeta, que había salido de este mundo unos cuatrocientos años antes: promesa que sugiere que la edad de los profetas, según se creía, ya había terminado; y que cuando aquél viniera, su misión consistiría en restaurar la armonía a los hogares que hubieren sido divididos por el divorcio; de lo contrario, la tierra sería herida con maldición. (The Abingdon Bible Commentary, [New York y Nashville: Abingdon Press, 1929], pág. 836.)

¿Cómo podría Elías el Profeta restaurar la armonía a los hogares divididos por el divorcio? En demasiados casos está implicada una tercera persona en el divorcio, y usualmente sigue otro matrimonio. Esta explicación del comentario es un golpe a ciegas y nada más. Nosotros tampoco sabríamos más acerca de la venida de Elías el Profeta y la naturaleza de su misión si no fuera por el hecho de que vino y visitó a José Smith y Oliverio Cowdery en el Templo de Kirtland, el 3 de abril de 1836.

LA PROFECÍA DE MALAQUÍAS SEGÚN MORONI

Cuando el ángel Moroni visitó a José Smith la noche del 21 de septiembre de 1823, citó muchos pasajes de las Escrituras, los cuales dijo que se cumplirían dentro de poco. Uno de ellos fue el cuarto capítulo de Malaquías, al cual acabamos de referirnos, aunque con una pequeña diferencia de como se encuentra en nuestras Biblias. Repitió los versículos 5 y 6 de esta manera:

He aquí, yo os revelaré el sacerdocio por la mano de Elías el profeta, antes de la venida del grande y terrible día del Señor.

V él plantará en el corazón de tos hijos las promesas hechas a los padres, y el corazón de los hijos se volverá a sus padres. De no ser así, toda la tierra sería total mente asolada en su venida. (P. de G. P., José Smith—Historia 88,89.)

Poco después de la dedicación del Templo de Kirtland, el día 3 de abril de 1836, el Salvador, Elías, Moisés y Elías el Profeta les aparecieron a José Smith y Oliverio Cowdery. Después de referirse a la visita del Salvador y la de Elías y Moisés, José Smith dice lo siguiente acerca de Elías el Profeta:

Se nos desplegó otra visión grande y gloriosa; porque Elías el profeta, que fue llevado al cielo sin gustar la muerte, se apareció ante nosotros, y dijo:

He aquí, ha llegado plenamente el tiempo del cual se habló por boca de Malaquías, testificando que él (Elías) sería enviado antes que viniera el día grande y terrible del Señor, para hacer volver el corazón de los padres a los hijos, y de los hijos a los padres, para que el mundo entero no fuera herido con una maldición.

Por tanto, se entregan en vuestras manos las llaves de esta dispensación; y por esto podréis saber que el día grande y terrible del Señor esta cerca, aun a las puertas. (D. y C. 110:13-1 6.)

Cuando Elías el Profeta puso en manos de José Smith y Oliverio Cowdery las llaves de esta dispensación de convertir el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres, ellos empezaron a declarar la nueva y extraña doctrina del *bautismo por los muertos* a sus compañeros y a los miembros de la Iglesia. Explicaron que los hijos se pueden bautizar aquí en la tierra por sus familiares que murieron sin tener este privilegio. El conocimiento de esta gran verdad ha causado que “el corazón de los hijos” se vuelva “a sus padres”, y que los hijos busquen su genealogía a fin de poder bautizarse por sus parientes muertos. Fue con este propósito que el Señor envió a Elías el Profeta otra vez a la tierra, como lo prometió Malaquías y lo anunció Moroni a José Smith.

HAN DE SER REUNIDAS EN UNA TODAS LAS COSAS

En una revelación dada al profeta José Smith en 1830, el Señor hizo referencia a esta obra de los vivos a favor de los muertos, como parte del evangelio en la última dispensación. Después de explicar que había enviado a Pedro, Santiago y Juan para ordenar a José y Oliverio apóstoles y testigos especiales, y entregarles las llaves de su reino en ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos, el Señor añadió estas palabras:

...en la cual juntaré en una todas las cosas, tanto las que están en el cielo, como las que están en la tierra;

y también con todos aquellos que mi Padre me ha dado de entre el mundo. (D. y C. 27:13-14.)

Es evidente que la dispensación del cumplimiento de los tiempos ha de consistir en una obra que se efectuará en el cielo así como en la tierra, pues el Señor decretó que en esta dispensación El juntaría en una “todas las cosas, tanto las que están en el cielo, como las que están en la tierra”, y también a “todos aquellos que mi Padre me ha dado de entre el mundo”. Esta unión naturalmente exige una organización, un plan, e indica cuán extensa y completa debe ser esta dispensación del evangelio; aclara la razón porque tendría que ser enviado Elías el Profeta a entregar las llaves que él poseía de este importante acontecimiento.

Lo que el Señor tenía pensado hacer al respecto en esta dispensación, también lo hizo saber a Pablo:

Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo,

de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. (Efesios 1:9-10.)

Esta reunión de “todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” es un ministerio muy sagrado y especial que el profeta José Smith presentó detalladamente a la Iglesia:

Y ahora, mis muy queridos hermanos y hermanas, permítaseme asegurarnos que éstos son principios referentes a los muertos y a los vivos que no se pueden desatender, en lo que atañe a nuestra salvación. Porque su salvación es necesaria y esencial para la nuestra, como dice Pablo tocante a los padres: que ellos sin nosotros no pueden ser perfeccionados, ni tampoco podemos nosotros ser perfeccionados sin nuestros muertos.

Ahora, en cuanto al bautismo por los muertos, os citaré otro pasaje de Pablo, 1 Corintios, capítulo 15, versículo 29: De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?

Además, en relación con este pasaje, os citaré las palabras de uno de los profetas que tenía fija su vista en la restauración del sacerdocio, las glorias que se habrían de revelar en los postreros días, y de una manera especial, en este tema, el más glorioso de todos los que pertenecen al evangelio sempiterno, a saber, el bautismo por los muertos; porque dice Malaquías en el último capítulo, versículos cinco y seis: He aquí yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.

Pude haber dado una traducción más clara de esto, pero para mi objeto tiene suficiente claridad tal como está. Basta saber, en este caso, que la tierra será herida con una maldición, a menos que entre los padres y los hijos exista un eslabón conexivo de alguna clase, tocante a algún asunto u otro; y he aquí, ¿cuál es ese asunto? Es el bautismo por los muertos. Pues sin ellos nosotros no podemos perfeccionarnos, ni ellos pueden perfeccionarse sin nosotros. Ni tampoco podemos nosotros ni ellos perfeccionarnos sin los que han fallecido en el evangelio también; porque al iniciarse la dispensación del cumplimiento de los tiempos, dispensación que ya está comenzando, es menester que una unión entera, completa y perfecta, así como un encadenamiento de dispensaciones, llaves, poderes y glorias, se realicen y sean revelados desde los días de Adán hasta el tiempo presente. Y no sólo esto, sino que las cosas que jamás se han revelado desde la fundación del mundo, antes fueron escondidas de los sabios y entendidos, serán reveladas a los niños pequeños y a los de pecho en ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos. (D. y C. 128:15-18.)

SE PREDICA EL EVANGELIO A LOS MUERTOS

Ahora que hemos considerado lo que José Smith pudo anunciar al mundo por motivo de la visita de Elías el Profeta, examinemos los pasajes de la Biblia y observemos lo íntimamente que se relacionan las dos narraciones de la venida de Elías el Profeta y su misión:

De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán...

No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. (Juan 5:25, 28.)

Esta es una promesa bastante precisa, y nadie tiene el derecho de disputar su cumplimiento. Se manifiesta que Jesús había dispuesto que los muertos oyeran su voz cuando El hubiese cumplido su misión sobre la tierra:

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados,

los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.

El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la

carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo. (1 Pedro 3:18-21.)

¿Podría hacerse una declaración más exacta del cumplimiento de esta promesa, que los muertos y los que estuviesen en los sepulcros oirían su voz, que la hecha por Pedro, la cual indica que Jesús predicó a los muertos que habían sido desobedientes en los días de Noé?

Si predicó a aquellos que habían sido desobedientes, se puede lógicamente preguntar: “¿Qué les predicó?” El no tenía sino un mensaje, a saber, su evangelio de fe, arrepentimiento, bautismo por inmersión para la remisión de pecados y la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo.

Consideremos las palabras del apóstol Pedro sobre lo que Cristo predicó a aquellos espíritus que habían sido desobedientes:

Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios. (1 Pedro 4:6.)

¿No está claro? Les fue predicado el evangelio, y van a ser “juzgados en carne según los hombres”. ¿Cómo puede ser esto? ¿De qué manera puede bautizarse un espíritu por inmersión para la remisión de pecados? Esto sólo puede efectuarse por medio de un agente: los vivos por los muertos. Cuando los espíritus de los que han muerto aceptan el evangelio, su corazón se vuelve o se torna a sus hijos aquí en la tierra, los cuales tienen el privilegio de ser bautizados por sus parientes muertos a fin de que éstos puedan seguir adelante y, como lo dice Pedro “vivir en espíritu según Dios”. ¡Qué plan tan hermoso y consistente! ¡Qué demostración tan admirable de la justicia de Dios! Así pues, el evangelio está al alcance de todos sus hijos, sin consideración a que lo hayan oído o no mientras estuvieron en el estado mortal. La gran mayoría de los hijos de nuestro Padre jamás han tenido este privilegio. Pablo entendía este gran principio y por esto fue impulsado a escribir:

“Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.” (1 Corintios 15:19.)

También el profeta Isaías entendía este principio cuando declaró:

Acontecerá en aquel día, que Jehová castigará al ejército de los cielos en lo alto, y a los reyes de la tierra sobre la tierra.

V serán amontonados como se amontona a los encarcelados en mazmorra, y en prisión quedarán encerrados, y serán castigados después de muchos días. (Isaías 24:21-22.)

En otras palabras, Isaías vio que serían visitados, igual que aquellos que fueron desobedientes en los días de Noé; y naturalmente, al ser visitados, sería para ofrecerles otra oportunidad. Jesús también aclaró esto cuando hablaba de la transgresión de su pueblo:

Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.

De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante. (Mateo 5:25-26.)

De lo que se deduce que cuando hayan pagado “el último cuadrante”, se les dará otra oportunidad, como a los que fueron desobedientes en los días de Noé.

El apóstol Pablo hizo esta declaración concerniente al evangelio de Cristo:

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente y también al griego.

Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá. (Romanos 1:16-17.)

El apóstol de referencia, o cualquier otro hombre, bien podría avergonzarse del evangelio de Cristo si señalara para condenación eterna las almas de todos los hijos de nuestro Padre que han vivido sobre la tierra sin tener la oportunidad de haber oído jamás el evangelio o aun el nombre de Cristo, como afirman muchos predicadores y credos formados por los hombres. Gracias a Dios, como lo indica Pablo, que por medio de su evangelio es manifestada la rectitud o justicia de Dios. ¿Qué mejor manera de llevarse a cabo sino por su providencia, de que su evangelio no

sólo sea predicado a los que viven en la tierra, durante el tiempo de sus vidas, sino que también se predique a todos los que están en los sepulcros? Y esta disposición se lleva a cabo mediante el bautismo por los muertos, después que éstos hayan aceptado completamente el evangelio, a fin de que “sean juzgados en carne según los hombres, y vivan en espíritu según Dios”.

Pablo entendía lo universal que sería la predicación del nombre de Cristo, cuando dijo:

Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra;

y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Filipenses 2:10-11.)

Por supuesto, no podrán doblar la rodilla hasta que les sea predicado su nombre. Mediante la restauración del evangelio en esta dispensación del cumplimiento de los tiempos, Dios ha decretado juntar en una, en Cristo, todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra. Sus siervos dignos que han vivido sobre la tierra y recibido su santo sacerdocio tienen la comisión, después de su muerte, de predicar el evangelio en el mundo espiritual como lo hizo Jesús a los que fueron desobedientes en los días de Noé. El evangelio que es predicado a los espíritus de los muertos es el mismo que sus misioneros predicán aquí sobre la tierra.

EL BAUTISMO POR LOS MUERTOS

El bautismo de los vivos a favor de los muertos se efectúa en los templos del Señor, contruidos en su nombre y por su mandato en esta dispensación. Se continuará la edificación de templos según se necesiten, a medida que vaya creciendo el reino, hasta que los vivos se hayan bautizado por todos los muertos dignos que hubieren aceptado el evangelio en el mundo espiritual. Desde luego, esta obra tendrá que continuar durante los mil años que el Salvador va a reinar sobre esta tierra. En la actualidad tenemos que depender de la información y registros existentes. Pero durante el milenio gozaremos de comunicación directa con los cielos, y entonces se revelarán todos los nombres y datos concernientes a aquellos que están preparados para recibir el bautismo y son dignos de ello.

Cuando el apóstol Pablo dijo a los santos de Corinto: “De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?” (1 Corintios 15:29), les estaba hablando de la venida de Cristo para reinar sobre la tierra y del orden en que resucitarían los hombres, después del Señor, ya que El fue “las primicias”:

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.

Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.

Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. (1 Corintios 15:24-26.)

Será entonces cuando cumplirá su obra y pondrá a todos sus enemigos debajo de sus pies y preparará el reino para ser entregado a su Padre; y de este modo se reunirán en Cristo “todas las cosas, tanto las que están en el cielo, como las que están en la tierra”.

Será entonces cuando los que son impuros permanecerán impuros aún. A todos se les habrá dado la oportunidad de arrepentirse, y si lo han hecho, y han pagado hasta “el último cuadrante”, se les dará otra oportunidad. Pero habrá algunos que amarán las tinieblas más que la luz, por lo tanto, permanecerán en tinieblas.

Los profetas Isaías y Miqueas sabían que los templos de Dios, “en lo postrero de los tiempos” se emplearían para este sagrado propósito; y por eso fue que declararon:

Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.

Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios

de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. (Isaías 2:2-3; véase también Miqueas 4:1-2.)

Las palabras de estos profetas se han cumplido literalmente. Los que se han convertido a la Iglesia se están recogiendo de entre todas las naciones con los santos “sobre los collados”, a fin de poder efectuar sus sagradas ordenanzas en los santos templos del Señor.

TEMPLOS DE LOS POSTREROS DÍAS

En una revelación dada al profeta José Smith el 19 de enero de 1841 en que se mandó a los santos edificar el Templo de Nauvoo, en el estado de Illinois, el Señor dijo:

Y edificad una casa a mi nombre, para que en ella more el Altísimo.

Porque no existe lugar sobre la tierra donde él pueda venir a restaurar otra vez lo que se os perdió, o lo que él ha quitado, a saber, la plenitud del sacerdocio.

Porque no hay una pila bautismal sobre la tierra en la que mis santos puedan ser bautizados por los que han muerto,

porque esta ordenanza pertenece a mi casa, y no me puede ser aceptable, sino en los días de vuestra pobreza, durante los cuales no podéis edificarme una casa. (D. y C. 124:27-80.)

Luego el profeta José Smith añadió lo siguiente:

Ofrezcamos, pues, como iglesia y como pueblo, y como Santos de los Ultimos Días, una ofrenda al Señor en justicia; y presentemos en su santo templo, cuando quede terminado, un libro que contenga el registro de nuestros muertos, el cual sea digno de toda aceptación. (D. y C. 128:24.)

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días ha construido y dedicado los siguientes templos sagrados en los Estados Unidos de Norteamérica, en el territorio de Hawai, en Canadá, Suiza, Inglaterra, Nueva Zelanda, Sudamérica y Samoa.

Kirtland, Ohio*

Nauvoo, Illinois**

Saint George, Utah

Logan, Utah

Manti, Utah

Salt Lake City, Utah

Mesa, Arizona

Laie, Oahu, Hawai

Cardston, Alberta, Canadá

Idaho Falls, Idaho

Los Angeles, California

Berna, Suiza

Hamilton, Nueva Zelanda

Londres, Inglaterra

Oakland, California

Ogden, Utah

Atlanta, Georgia

Buenos Aires, Argentina

Santiago, Chile

Ciudad de México, México D.F.

Apia, Samoa Americana

West Jordan, Utah

Provo, Utah

Washington, Washington D. C.

São Paulo, Brasil

Tokio, Japón

Seattle, Washington

*Este templo todavía existe, pero no como recinto sagrado, ya que ha sido profanado por enemigos de la Iglesia.

**Destruído por los populachos.

Deseamos citar las palabras de Brigham Young cuando se efectuó la colocación de la piedra angular del Templo de Salt Lake:

Nos hallamos reunidos esta mañana en una de las ocasiones más solemnes, interesantes, gloriosas y gozosas que se han verificado o se verificarán entre los hijos de los hombres mientras la tierra permanezca en su condición actual y se halle habitada para sus fines presentes. Y felicito a mis hermanos y hermanas por tener este inefable privilegio de estar aquí este día y ejercer nuestro ministerio ante el Señor en esta ocasión que fue la causa de que la boca de los profetas hablara y sus plumas escribieran durante los muchos siglos que han pasado. (Discourses of Brigham Young, pág. 412.)

INTERPRETACIÓN DE LAS PALABRAS DE JESÚS AL LADRÓN SOBRE LA CRUZ

Las palabras de Jesús a uno de los malhechores que fue crucificado con El han sido la causa de que muchos enseñen y crean que la confesión del pecado en el lecho de muerte puede ser aceptable para darle a uno la entrada al reino de Dios. Examinemos dicha afirmación:

Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.

Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?

Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo.

Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.

Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso. (Lucas 23:39-43.)

Tengamos presente la súplica del malhechor:

“Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Jesús no le prometió que lo llevaría consigo a su reino ese día, sino más bien: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Un estudio más detallado nos mostrará que el paraíso *no es* el reino de Dios.

El apóstol Pablo explica esto claramente:

Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo.

Conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar. (2 Corintios 12:2-4.)

De estos pasajes claramente se deduce que el paraíso no es el primero, segundo o tercer cielo. Por tanto, el lugar al que Jesús prometió llevar al malhechor era un sitio distinto de cualquiera de estos tres cielos. Pues si Jesús no llevó al malhechor al cielo, ¿a dónde lo llevó?

El apóstol Pedro responde la pregunta testificando que el Señor, aun cuando “muerto en la carne, pero vivificado en espíritu... fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron... en los días de Noé”. (1 Pedro 3:18-20.) Era el sitio lógico adonde llevar al malhechor, pues aun cuando el pecador admitió su culpabilidad y reconoció la justicia del Salvador, ni entendía el evangelio ni lo había obedecido. De modo que a él, así como a los demás hombres que no habían obedecido el evangelio en la carne, se le tenía que predicar el evangelio. Al entender y aceptar el evangelio en el mundo espiritual o paraíso, alguna persona viva podrá actuar como su agente vicario y efectuar a favor de él la ordenanza del bautismo y la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo.

Para comprobar todavía más el hecho de que Jesús no llevó consigo al malhechor a su reino el día de su crucifixión, nos referiremos a la visita de María Magdalena al sepulcro:

Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro: y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro;

y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto.

V le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.

Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.

Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro).

Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. (Juan 20:11-17.)

Es evidente en extremo que aun cuando Jesús prometió al malhechor: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”, tres días después aún no había ascendido a su Padre Celestial.

Alma, el profeta del Libro de Mormón, aclara más la condición y destino del alma del hombre entre la muerte y la resurrección, y describe, en estas palabras, las condiciones existentes en el paraíso:

Ahora, respecto al estado del alma entre la muerte y la resurrección, he aquí, un ángel me ha hecho saber que los espíritus de todos los hombres, en cuanto se separan de este cuerpo mortal, sí, los espíritus de todos los hombres, sean buenos o malos, son llevados de regreso a ese Dios que les dio la vida.

V sucederá que los espíritus de los que son justos serán recibidos en un estado de felicidad que se llama paraíso: un estado de descanso, un estado de paz, donde descansarán de todas sus aflicciones, y de todo cuidado y pena.

V entonces acontecerá que los espíritus de los malvados, sí, los que son malos - ‘pues he aquí, no tienen parte ni porción del Espíritu del Señor, porque escogieron las malas obras más bien que las buenas; por lo que el espíritu del diablo entró en ellos y se posesionó de su casas— éstos serán echados a las tinieblas de afuera; allí habrá llantos y lamentos y el crujir de dientes; y esto a causa de su propia iniquidad, pues fueron llevados cautivos por la voluntad del diablo.

Así que éste es el estado de las almas de los malvados; sí, en tinieblas y en un estado de terrible y espantosa espera de la ardiente indignación de la ira de Dios sobre ellos; y así permanecen en este estado, como los justos en el paraíso, hasta el tiempo de su resurrección. (Alma 40:11-14.)

EL RICO Y LÁZARO

Con frecuencia se interpreta equívocamente la parábola del rico y Lázaro que se refiere al tema, particularmente este pasaje:

Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. (Lucas 16:26.)

El presidente José Fielding Smith, décimo Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, ha explicado en esta forma el pasaje anterior:

Antes de la crucifixión del Señor había una sima muy grande que separaba a los muertos justos de aquellos que no habían recibido el evangelio. V esta sima nadie la podía salvar. (Lucas 16:26.) Cristo salvó esa sima y así dispuso que el evangelio de salvación fuese llevado a todo rincón del reino de las tinieblas. De esta manera fueron invadidos los poderes del infierno y se preparó a los muertos para las ordenanzas del evangelio que será menester efectuar sobre la tierra, ya que pertenecen a la probación del estado terrenal. (The Way to Perfection, pág. 165.)

EN LA IGLESIA ORIGINAL DE JESUCRISTO SE ADMINISTRABA EL BAUTISMO POR LOS MUERTOS

Epifanio, escritor del cuarto siglo, al hacer referencia a los marcionistas, una secta de cristianos a quienes se oponía, dice lo siguiente:

En este país —me refiero a Asia— y aun en Galacia, su escuela floreció en gran manera; y nos ha llegado un hecho tradicional relacionado con ellos, que cuando uno de su número moría sin el bautismo, solían bautizar a otro en su nombre, no fuese que en la resurrección padeciera un castigo por no haberse bautizado. (Heresies, 28:7.)

La siguiente declaración indica que algunas sectas de los primeros cristianos practicaban el bautismo vicario de los vivos a favor de los muertos:

Pero más definitivo aún es el testimonio de las actas del Concilio de Cartago, celebrado en el año 897, en las cuales claramente se afirma que los cristianos de aquella época practicaban bautismos vicarios por los muertos, porque en el sexto canon de dicho concilio, la iglesia dominante prohíbe que siga administrándose el bautismo por los muertos. ¿Qué objeto tendría que se formulara este canon contra dicha práctica si no existía entre los cristianos de aquellos días? (Mark E. Peterson, Utah Genealogical and Historical Magazine, abril de 1933, pág. 68.)

Este glorioso principio, nuevamente restaurado en estos postreros días con la claridad con que se enseñó en la Iglesia de los días antiguos, no se hallaba en ninguna de las iglesias que existían sobre la tierra en la época en que Elías el Profeta visitó a José Smith y a Oliverio Cowdery. Las iglesias unánimemente relegaban a una condenación eterna a todos los que habían muerto sin aceptar a Cristo, aun cuando jamás hubieran oído su nombre. Las iglesias también proclamaban la condenación de todos los niños pequeños que morían sin recibir las ceremonias de la iglesia, incluso el bautismo, no obstante que los niños no podían obrar por sí mismos. Igual destino se reservaba para las naciones paganas que jamás habían oído el nombre de Cristo.

La señora Pearl S. Buck, autora de *The Good Earth, Sons*, y muchos otros libros, fue llamada a rendir cuentas a la Iglesia Presbiteriana por haberse opuesto a la doctrina de esta iglesia sobre la condenación de las razas paganas si no aceptaran el evangelio cristiano. El siguiente artículo apareció en la prensa:

La señora Pearl S. Buck, a quien su experiencia como misionera presbiteriana en China le sirvió de base para escribir dos novelas que alcanzaron fama mundial, corre peligro de ser excomulgada por haber publicado unas obras recientes que difieren de las doctrinas fundamentales de la iglesia, según se informó en una reunión del presbiterio de New Brunswick. — El doctor J. Gresham Mechen, del Seminario Teológico de Westminster en Filadelfia, preguntó en qué forma iba a proceder contra ella el comité de misiones foráneas. El doctor Robert E. Speer, secretario mayor del comité, contestó que en cuanto a la señora Buck... el caso de ella era uno de dos que se estaban considerando. “La única cosa que está por resolverse es el método cristiano conforme al cual hemos de proceder” —declaró el doctor Speer (Salt Lake Telegram, 12 de abril de 1938.).

La señora Buck posteriormente dejó la obra misional para la Iglesia Presbiteriana, declarando: “Nunca he retractado ninguna de mis convicciones”. (Deseret News, 2 de mayo de 1933.)

Las iglesias han enseñado que todos deben ser miembros del evangelio cristiano, o serán condenados; y sin embargo, ninguna oportunidad se provee para que las razas paganas se hagan miembros. ¿Dónde o cómo se manifiesta la justicia de Dios en semejante doctrina?

SE RECONOCE LA NECESIDAD DE UNA SALVACIÓN PARA LOS MUERTOS

No obstante, algunos ministros han comprendido la necesidad del principio de salvación para los muertos a fin de satisfacer la justicia de Dios.

John Frederick Denison Maurice, profesor de teología en el Colegio del Rey, de Londres, perdió su cátedra por motivo de su así llamada teología falsa concerniente al castigo eterno, publicada en 1853 en su obra *Theological Essays*. (Véase *Encyclopedia Britannica*, ha, edición, tomo 17, página 910.) Enseñó que las revelaciones del amor de Dios por nosotros, manifestado en el evangelio, y el hecho de que permita que una de sus criaturas que ha amado sea condenada a un tormento sin fin, son incompatibles. En 1872, estando en su lecho de muerte, su compañero en el ministerio le comunicó la triste noticia de que ya no predicaría el evangelio. Se dice que con sus últimas energías se incorporó en la cama, y entonces declaró: “Si ya no puedo predicar el evangelio aquí, lo predicaré en otros mundos”.

Henry Ward Beecher (1813-1887), clérigo americano de gran influencia, dio una conferencia en Nashville, Tennessee, sobre el tema, ¿Qué ha hecho el cristianismo para civilizar el mundo?” Entre otras cosas, dijo:

¿Qué ha hecho Africa por el mundo? Jamás ha producido un sabio, un filósofo, un poeta o un profeta, y ¿por qué no? Porque el nombre de Cristo y la influencia del cristianismo apenas se conocen en sus sombrías regiones. Millones de sus hijos han vivido y muerto sin escuchar la verdad. ¿Qué será de ellos? ¿Se condenarán para siempre? No, si mi Dios reina no será así, porque escucharán el evangelio en el mundo de los espíritus.

El élder Matthias F. Cowley, un Apóstol de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, hablando de la conferencia dada por el señor Beecher, dijo:

Entonces mostró con evidencia irrefutable que la salvación de los muertos es doctrina de las Escrituras.

El autor no estuvo presente en la conferencia, pero otro misionero de los Santos de los Últimos Días estuvo allí. Terminada la conferencia, se acercó a la tribuna y dijo: “Señor Beecher, me he interesado muchísimo en su discurso y quisiera hacerle una pregunta. Jesús le dijo a Nicodemo que el hombre que no naciera de agua y del Espíritu no podría entrar en el reino de Dios. Ahora deseo que me diga cómo será posible que un hombre se bautice en el agua cuando ya su cuerpo se ha deshecho en la tierra.” El gran predicador se quedó mirando al otro por un momento, y entonces le preguntó: “Joven, ¿de qué parte es usted?” “Del oeste.” “¿De qué parte del oeste?” “De Salt Lake City.” “Bien, —dijo el señor Beecher— usted puede contestar su propia pregunta. Buenas noches.” Y sin decir más se retiró.

El señor Beecher probablemente había leído lo suficiente sobre el tema del bautismo por los muertos para saber que el principio tenía que estar ligado con el de la predicación a los espíritus de los muertos, pero no quería que lo acusaran de estar enseñando “mormonismo”, de manera que no se extendió más. Sin embargo, dijo lo suficiente para apoyar las palabras de José Smith, y también las del Salvador, cuando dijo que si los hombres ponían vino nuevo en cueros viejos, éstos se harían pedazos: en otras palabras, doctrina nueva en sistemas viejos. (Cowley’s Talks on Doctrine, edición de 1902, págs. 122-123.)

Un escritor alemán, el profesor A. Hinderkaper, en su libro “Discrepancias de la Biblia de Haley” dice: “Durante los siglos segundo y tercero, toda rama y división de la iglesia cristiana, hasta donde sus escritos nos lo permiten saber, creía que Cristo habla predicado a los espíritus de los difuntos.” (Ben E. Rich, Scrapbook of Mormon Literature, págs. 321-322.)

El doctor S. Parkes Cadman, famoso predicador de radio y en otro tiempo presidente del Concilio Federativo de las Iglesias de América, discutió por radio la siguiente pregunta ante millones de oyentes:

Pregunta: —¿Qué, en su opinión, sucede con las almas de aquellos que en esta vida no tuvieron la oportunidad de aceptar o rechazar la verdad que se encuentra en los evangelios?

Respuesta: —Los que nunca oyeron el nombre de Jesús, empezando desde la época en que los seres humanos primero habitaron la tierra, constituyen la gran mayoría de los que han vivido y muerto aquí. Además, miles de millones de los que ahora viven se hallan en la misma condición. La imaginación no puede concebir sus huestes incontables.

Aun en la actualidad existen multitudes en los países cristianos que por motivo de las circunstancias de su nacimiento y crianza no tienen mayor conocimiento de la fe del Nuevo Testamento que el de aquellos antiguos griegos que nunca supieron de Cristo. Pensemos también en las huestes de niños inocentes que mueren antes de llegar a una edad en que pueden responder conscientemente por sus propias vidas.

Aun cuando no se entiende sino muy poco, esta pregunta sería intolerable si nadie más que aquellos que inteligente y voluntariamente han creído en Cristo van a ser admitidos a la Divina Presencia en la otra vida. Si, como se nos enseña a creer, los incalculables millones de seres humanos que han ocupado o que ahora ocupan esta vida existen por la eternidad, y han de pasarla en algún lugar, ¿cómo podemos limitar la eficacia redentora del amor divino a la corta duración de la existencia mortal del hombre en este mundo?

Considérese este asunto en lo que atañe a la suerte de los que uno más ama. Entonces aplíquese este significado a todo el género humano. Es nuestro consuelo y esperanza que, en vista de que Dios es el Padre de todos nosotros, no pasará por alto una sola alma. “Su justicia permanece para siempre.” (Véase 1 Crónicas 16:34.) Los credos o creencias que limitan a esta vida la operación de esa misericordia ofenden su Virtud salvadora y perjudican la causa a favor de la cual fueron establecidos. (Millennial Star, 13 de agosto de 1936, pág. 514.)

No obstante que muchos de estos ministros han sentido la necesidad de que se haga alguna obra a favor de los muertos, ninguno de ellos tiene un programa concreto que proponer; ni tampoco lo tendría La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días sino por el hecho de que Dios reveló esta información enviando al profeta Elías a José Smith. Por tanto, nosotros recibimos este conocimiento por revelación: no por leer la Biblia. La empleamos para mostrar que este principio se enseña en ella.

Hablando de la responsabilidad que el Señor ha puesto sobre nosotros, de ver que nuestros muertos reciban las bendiciones del evangelio, el profeta José Smith dijo:

“La responsabilidad mayor que Dios ha puesto sobre nosotros en este mundo, es procurar por nuestros muertos...”

Los miembros de la Iglesia que desatienden este deber en bien de sus parientes muertos, ponen en peligro su propia salvación. (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 232, 441.)

FRUTOS DE LA MISIÓN Y LA OBRA DE ELÍAS EL PROFETA

¿Qué evidencia tenemos de que se ha cumplido la promesa de Malaquías? Si José Smith y Oliverio Cowdery mintieron al decir que Elías el Profeta vino a ellos, entonces el corazón de los hijos no se habría vuelto a sus padres. Nadie más ha afirmado que Elías el Profeta le haya entregado estas llaves. Antes de la proclamación de José y Oliverio, el corazón de los hijos no se había vuelto a sus padres.

Es cosa bien sabida, en este respecto, que en 1836 no había sociedades genealógicas ni en este país ni en Europa. Con excepción de los árboles genealógicos que guardaban las familias reates y nobles, muy poca atención se daba a los registros de los muertos en los países cristianos. El primer esfuerzo organizado que se hizo para recoger y catalogar las genealogías de la gente común se verificó poco después de la venida de Elías el Profeta. Esto ocurrió al establecerse la Sociedad Histórica y Genealógica de Nueva Inglaterra. En 1844 esta sociedad se incorporó. Su objeto principal es recoger y publicar datos relacionados con las familias norteamericanas. En 1869 se incorporó la Sociedad Genealógica y Biográfica de Nueva York. Después de 1836 se han organizado otras sociedades similares en Pennsylvania, Maine, Maryland, New Hampshire, New Jersey, Rhode Island, Connecticut y casi todos los demás estados de la república norteamericana. También en el continente europeo en Gran Bretaña se han organizado un gran número de sociedades, pero todas ellas se han organizado después que las llaves del sacerdocio volvieron a la tierra, con lo que se plantó en el corazón de los hijos las

promesas que se habían hecho a sus padres. (José Fielding Smith, The Way to Perfection, págs. 168-169.)

Se han recopilado millares y decenas de millares de hojas genealógicas. El espíritu que está haciendo volver el corazón de los hijos a sus padres se ha extendido por toda la tierra desde que Elías el Profeta vino para cumplir con su misión prometida. Aun cuando este espíritu no se puede ver, su influencia ha llegado al corazón de los hombres y mujeres de todo el mundo. No saben por qué están recopilando y recogiendo datos genealógicos; y sin embargo, esta obra ha avanzado rápidamente. En verdad es “una obra maravillosa y un prodigio” en sí misma. Las siguientes historias ilustran la operación de este espíritu:

Mientras el autor servía como presidente de la Misión de los Estados del Sur, un recién convertido fue a la biblioteca de Jacksonville, estado de Florida, en busca de la genealogía de su familia. Hallé un libro preparado por un pariente, un juez de Texas. El prólogo decía más o menos lo siguiente:

Se ha preparado este libro a un costo muy elevado en cuanto a tiempo, esfuerzos y dinero, así por parte mía, como de mi esposa. No sabemos por qué lo hemos hecho, pero confiamos en la providencia de Dios Todopoderoso que se empleará para algún objeto útil.

Mientras era presidente de la Estaca de Hollywood, en Los Angeles, hace ya algunos años, el autor tuvo el privilegio de asistir a una reunión social del comité genealógico de dicha estaca, a la cual también concurrió el presidente del comité encargado de bibliotecas de Los Angeles. Al hablar sobre este tema, dijo que su pasatiempo era la genealogía; que tenía un cofre lleno de documentos y manuscritos que le habían costado miles y miles de dólares. Dijo que no sabía qué beneficio iba a obtener de toda aquella información que había recopilado, pero era como una manía que no podía abandonar.

Hace tiempo, mientras el autor era presidente de la Rama de Portland, Oregon, de la Misión de los Estados del Noroeste, conoció allí a un hombre que tenía algunos meses de andar viajando y recogiendo datos genealógicos de su familia. Vivía en el este de los Estados Unidos, pero en aquella época su búsqueda e investigación lo habían llevado a Portland. Dijo que no podía explicar el interés que tenía en el asunto, pero que le era imposible abandonarlo.

Habría sido tan difícil que estos hombres entendieran que se hallaban bajo la influencia del espíritu que Elías el Profeta trajo a esta tierra, como le hubiera sido a Cristóbal Colón entender que era el Espíritu del Señor quien lo conducía al Nuevo Mundo, como ya hemos indicado. (Véase 1 Nefi 13:12.)

De acuerdo a las palabras del autor William Cowper:

Con maravillas obra Dios,

En la profundidad;

V mécese en temp estad,

V pasa por la mar.

(Himnos de Sión, N^o. 124.)

Maravillosas son las manifestaciones de ayuda divina que han permitido que los Santos de los Últimos Días obtengan los datos genealógicos necesarios para efectuar los bautismos por sus parientes muertos en los templos del Señor. Sin embargo, no trataremos de relatar dichos acontecimientos en este capítulo.

Basta saber que en lo que concierne a la manera de guardar registros, establecer bibliotecas genealógicas y organizaciones familiares, así como en la preparación de libros y datos genealógicos, ha habido un gran cambio en el mundo desde que Elías el Profeta visitó a José Smith y Oliverio Cowdery, y les confirió las llaves de tornar “el corazón de los hijos a sus padres”.

Volvemos a repetir, esto no es algo que el hombre podría haber logrado de sí mismo, ni por haber leído la Biblia. Dios lo llevó a cabo como parte de “la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” (Hechos 3:21.)

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días tiene ahora una de las mejores bibliotecas genealógicas del mundo. Recientemente la Iglesia ha estado microfilmado muchos de los registros genealógicos de muchas naciones del mundo. En la actualidad existe un edificio moderno para archivos en Salt Lake City. También la Iglesia ha excavado en una montaña de granito una serie gigante de cuevas de seguridad donde se guardan microfichas de genealogía. Se puede predecir con bastante confianza que en un futuro no muy distante la biblioteca genealógica de la Iglesia no solamente será la mejor del mundo, sino también un depósito para la mayor parte de las otras bibliotecas genealógicas.

Ciertamente Elías el Profeta ha de estar bien complacido con lo que se ha efectuado en este mundo, porque mediante la revelación, las llaves del sacerdocio o autoridad para hacer la obra que “hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres” les fueron otorgadas a José Smith y Oliverio Cowdery por él, en el Templo de Kirtland, Ohio, el día 3 de abril de 1836.

CAPÍTULO 14

MATRIMONIO POR ESTA VIDA Y POR LA ETERNIDAD

EL MATRIMONIO SEGÚN EL MUNDO ES UNA CARTA DE DIVORCIO AL MORIR

En la época en que se restauró el evangelio por conducto del profeta José Smith, no había una sola iglesia en el mundo, hasta donde nos ha sido posible investigar, que enseñara que el convenio del matrimonio tenía por objeto perdurar después de la muerte. De ahí, las palabras de la ceremonia nupcial que han efectuado todos los ministros desde aquel tiempo hasta el día actual, a saber: “Hasta que la muerte os separe”. Si se analizan cuidadosamente las palabras de este convenio, se descubrirá el hecho de que no sólo es un convenio matrimonial, sino una carta de divorcio a la vez, porque claramente separa al uno del otro al morir cualquiera de los dos. De modo que no conciertan ningún convenio o acuerdo, el uno con el otro, que siga en vigor después de la muerte de una de las partes, ni tampoco intenta el ministro efectuar una unión que los ligue después de la muerte de uno de los contrayentes. Por consiguiente, al morir cualquiera de los dos, quedan terminadas todas las obligaciones que hayan contraído el uno para con el otro.

La intención del Señor fue que el convenio matrimonial tuviera eficacia en esta vida y por toda la eternidad, y la práctica de casarse “hasta que la muerte os separe” no tuvo su origen en el Señor ni en sus siervos, sino en una doctrina hecha por los hombres. De modo que, todos los hombres y mujeres que han muerto sin haber sido ligados el uno al otro por esta vida y por toda la eternidad, por el poder del santo sacerdocio, ningún derecho tienen el uno al otro después de muertos, ni tienen derecho a sus hijos, por no haber nacido éstos bajo el convenio del matrimonio eterno. A fin de que los propósitos del Señor no fuesen frustrados, y para que no tuviese que venir “y con maldición herir la tierra”, se hizo necesario, al restablecerse el evangelio en esta dispensación, restituir las llaves del sacerdocio mediante el cual los hijos vivos, obrando como sus representantes, pueden casarse por sus padres muertos y ser ligados a ellos como hijos, así como pueden bautizarse por ellos. El apóstol Pablo manifestó que ellos no pueden ser “perfeccionados aparte de nosotros”. (Hebreos 11:40.) Esta es una de las grandes verdades que ha sido revelada en estos postreros días, y una que efectivamente transforma su obra en una obra maravillosa y un prodigio.

EL MATRIMONIO ETERNO FUE REVELADO AL PROFETA JOSÉ SMITH

*En la gloria celestial hay tres cielos o grados;
y para alcanzar el más alto, el hombre tiene que entrar en este orden del sacerdocio (es decir, el nuevo y sempiterno convenio de matrimonio);
y si no lo hace, no puede obtenerlo.*

Podrá entrar en el otro, pero ése es el límite de su reino; no puede tener progenie. (D. y C. 131:1-4.)

Porque he aquí, te revelo un nuevo y sempiterno convenio; y si no lo cumples, serás condenado, porque nadie puede rechazar este convenio y entrar en mi gloria. (D. y C. 132:4.)

Cuando el Señor dijo que aquel que no cumple con este nuevo sempiterno convenio del matrimonio “será condenado”, no quiso decir que va a ser sentenciado a quemarse eternamente en un lago de fuego y azufre, como la mayor parte de los cristianos interpretan la condenación. Sencillamente hizo saber a la gente que el progreso de tal persona cesa; que no puede tener aumento eterno y, por tanto, no puede “entrar en mi gloria”.

La siguiente declaración del apóstol Pablo es prueba de que él entendía este principio:

Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón. (1 Corintios 11:11.)

El hombre podrá estar sin la mujer en este mundo, o la mujer sin el hombre; pero si no se tienen el uno al otro, no podrán entrar en su gloria en el mundo venidero:

Y además, de cierto te digo, si un hombre se casa con una mujer por mi palabra, la cual es mi ley, y por el nuevo y sempiterno convenio, y les es sellado por el Santo Espíritu de la promesa, por conducto del que es ungido, a quien he otorgado este poder y las llaves de este sacerdocio, y se les dice: Saldréis en la primera resurrección, y si fuere después de la primera, en la siguiente resurrección, y heredaréis tronos, reinos, principados, potestades y dominios, toda altura y toda profundidad, entonces se escribirá en el Libro de la Vida del Cordero... les será cumplido en todo cuanto mi siervo haya declarado sobre ellos, por tiempo y por toda la eternidad; y estará en pleno vigor cuando ya no estén en el mundo... (D. y C. 182:19.)

Por consiguiente, si un hombre se casa con una mujer en el mundo, y no se casa con ella ni por mí ni por mi palabra, y él hace convenio con ella mientras él esté en el mundo, y ella con él, ninguna validez tendrán su convenio y matrimonio cuando mueran y estén fuera del mundo; por tanto, no están ligados por ninguna ley cuando salen del mundo.

Por tanto, cuando están fuera del mundo ni se casan ni se dan en casamiento, sino que son nombrados ángeles en el cielo, ángeles que son siervos ministrantes para servir a aquellos que son dignos de un peso de gloria, mucho mayor, y predominante, y eterno. (D. y C. 132:15-16.)

Además, de cierto te digo que si un hombre se casa con una mujer, y hace pacto con ella por tiempo y por toda la eternidad, y si ese convenio no se efectúa por mí ni por mi palabra, que es mi ley, ni es sellado por el Santo Espíritu de la promesa, por medio de aquel a quien he ungido y nombrado a este poder, entonces no es válido, ni está en vigor cuando salen del mundo, porque no están ligados por mí ni por mi palabra, dice el Señor. (D. y C. 132:18; véase también los versículos 26 y 48.)

El profeta José Smith no supo de este glorioso principio del matrimonio eterno por lo que leyó en la Biblia, sino por las revelaciones que del Señor recibió. Si los miembros de las iglesias cristianas llegan a ser “nombrados ángeles en el cielo, ángeles que son siervos ministrantes”, como el Señor lo ha indicado, recibirán todo lo que esperan heredar. Mas para aquellos que entran en “mi gloria”, el Señor ha preparado, como ya hemos dicho, una bendición mucho mayor.

Jesús debe haber estado pensando en un principio semejante a éste cuando, después de explicarle a Nicodemo la necesidad de “nacer otra vez” para poder entrar en el reino de los cielos, le declaró:

...¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?

Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? (Juan 3:10, 12.)

EL MATRIMONIO ETERNO SE HA DE SOLEMNIZAR EN TEMPLOS SANTOS

No se han escrito todos los detalles concernientes a “las cosas celestiales”, pero muchos de ellos han sido revelados a sus siervos los profetas. También en esta época el Señor tenía ciertas investiduras y bendiciones que deseaba conferir a sus siervos, para lo cual era menester que le fuera construida una casa. En una revelación dada al profeta José Smith, el Señor dijo:

Sí, de cierto os digo, os mandé edificar una casa, en la cual me propongo invertir con poder de lo alto a los que he escogido;

porque ésta es la promesa del Padre para vosotros; por tanto, os mando quedar, así como mis apóstoles en Jerusalén. (D. y C. 95:8-9.)

Antes que un hombre pueda recibir las bendiciones del matrimonio eterno, debe tener el grado de élder en el Sacerdocio de Melquisedec y recibir otras bendiciones pertenecientes a la casa del Señor, que ya hemos mencionado, todo lo cual el Señor ha indicado que se administrará

en sus santos templos. Al paso que estas bendiciones se ponen al alcance de los vivos, también se ofrecen a los muertos que son dignos.

El 21 de enero de 1836, mientras el profeta José Smith se hallaba en el Templo de Kirtland con sus dos consejeros en la Primera Presidencia y su padre, que era el Patriarca de la Iglesia, el Profeta relató la siguiente visión que le había sido mostrada:

Los cielos nos fueron abiertos, y vi el reino celestial de Dios y su gloria, mas si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no puedo decir. Vi la incomparable belleza de la puerta por la cual entrarán los herederos de ese reino, y era semejante a llamas circundantes de fuego; también vi el refulgente trono de Dios, sobre el cual se hallaban sentados el Padre y el Hijo. Vi las hermosas calles de ese reino, las cuales parecían estar pavimentadas de oro. Vi a Adán y Abraham, nuestros padres, así como a mi padre, mi madre y mi hermano Alvino que había muerto mucho ha; y me maravillé de que hubiese recibido herencia en el reino, en vista de que había salido de esta vida antes que el Señor se dispusiera a juntar a Israel por segunda vez, y no se había bautizado para la remisión de los pecados.

Así me habló la voz del Señor, diciendo:

Todos los que han muerto sin el conocimiento de este evangelio, que lo habrían recibido si se les hubiese permitido quedar, serán herederos del reino celestial de Dios; también todos aquellos que de aquí en adelante murieren sin saber de él, que lo habrían recibido de todo corazón, serán herederos de ese reino; pues yo, el Señor, juzgaré a todos los hombres según sus obras, según el deseo de sus corazones. (Documentary History of the Church 2:880; Enseñanzas del Profeta José Smith, 124, 125.)

De manera que las bendiciones del reino celestial van a ser puestas al alcance de todos los que las habrían aceptado si se les hubiera dado la oportunidad. Nuevamente en esto hallamos evidencia de la justicia de Dios. No obstante, las ordenanzas necesarias para la salvación y la exaltación les tienen que ser administradas por conducto de un representante; es decir, los vivos actúan como agentes de los muertos. Estos gloriosos principios han sido revelados a la tierra en estos días por medio del profeta José Smith. Diariamente se están efectuando santas ordenanzas en los templos del Señor, a fin de que los muertos “sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios”. (1 Pedro 4:6.)

El concepto anterior nos permite entender por qué motivo el corazón de los padres se volverá hacia sus hijos y el de los hijos hacia sus padres, como parte de la grande misión de Elías el Profeta. (Véase Malaquías 4:5-6.) ¿Cómo puede esperarse que uno entienda este tema tan importante con tan sólo leer la Biblia? El Profeta vino para aclararlo y para presentar nuevamente estas grandes verdades a los habitantes de la tierra. Es también uno de los grandes pasos del cumplimiento de la promesa del apóstol Pablo:

De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. (Efesios 1:10.)

NI EL VARÓN SIN LA MUJER, NI LA MUJER SIN EL VARÓN, EN EL SEÑOR

Se hace referencia al matrimonio por primera vez cuando el Señor colocó a Adán en el Jardín de Edén:

Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.

Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban. (Génesis 2:18, 24-25.)

En vista, pues, de que el Señor sabía que “no es bueno que el hombre esté solo”, antes que éste quedara sujeto a la muerte por motivo de su transgresión, no hay razón para que los hombres supongan que ha de ser bueno que el hombre esté solo cuando sea redimido del efecto de la caída mediante la gran expiación del Señor Jesucristo, y su cuerpo resucite de la tumba; “porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.” (1 Corintios 15:22.)

De modo que si el hombre necesitó esta “ayuda idónea” antes de estar sujeto a la muerte que le sobrevino como consecuencia de su transgresión, ha de necesitar “ayuda idónea” cuando su cuerpo sea restaurado a su condición anterior, mediante la resurrección.

Examinemos ahora estas palabras del Señor: “Y serán una sola carne.” (Génesis 2:24.)

Se pone de relieve que en este caso El no estaba pensando en que fuesen uno en propósito y deseo, porque expresa claramente en lo que había de consistir esta unidad, a saber, “una sola carne”. Esto se entiende únicamente cuando consideramos la misión del hombre sobre la tierra. La fuerza o poder más grande que Dios le ha dado al hombre es la facultad para reproducir su especie. Esto es una cosa que el hombre no puede hacer sin la mujer. De ahí, pues, la afirmación del Señor: “Y serán una sola carne”.

A juzgar por la siguiente declaración, Jesús entendía perfectamente este principio:

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno.

Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. (Marcos 10:7-9.)

De modo que Jesús nos dio a entender que el hombre, así como la mujer serían “una carne”. Dice además: “Así que no son ya más dos, sino uno”. ¿Por qué, entonces, quieren los hombres separarlos al morir, cuando sus cuerpos de carne y hueso nuevamente van a salir de la tumba en la resurrección?

Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón. (1 Corintios 11:11.)

En otras palabras, en lo que al Señor concierne, el hombre y la mujer no son “dos, sino uno”.

Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.

Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella. (Efesios 5:22-25.)

Jamás llegará el tiempo en que Cristo cese de ser cabeza de la Iglesia. Recordemos que el esposo es cabeza de la mujer así como Cristo es cabeza de la Iglesia.

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.

Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido. (Efesios 5:31, 33.)

El apóstol Pedro entendía que el esposo y su mujer han de heredar la vida eterna juntos y no separadamente. Refiriéndose a Abraham y Sara, dijo:

Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo. (1 Pedro 3:7. Énfasis agregado.)

El profeta Isaías describió las condiciones que existirán en la tierra cuando sea renovada y reciba su gloria paradisíaca:

Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.

Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor.

No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de cien años, y el pecador de cien años será maldito.

Edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas.

No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos.

No trabajarán en vano, ni darán a luz para maldición; porque son linaje de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos.

V antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído.

El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová. (Isaías 65:17, 19-25.)

Deducimos de esta profecía de Isaías, que cuando el Señor críe nuevos cielos y nueva tierra, entonces los que son “linaje de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos”, “edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas”.

¿Cómo puede uno inferir, otra cosa de estos pasajes, sino la organización de grupos familiares? De qué otro modo se pueden interpretar las palabras, “linaje de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos”? ¿Quién ocupará las casas cuando sean edificadas, sino las familias?

¿Cómo pueden creer los hombres y mujeres rectos que la justicia de Dios hará cesar su asociación y compañerismo, después de haber cooperado para criar a sus hijos y se han sacrificado por ellos, así como el uno por el otro? Esto nunca sucederá si son unidos en matrimonio por las eternidades mediante el sacerdocio de Dios, porque ellos sin nosotros no pueden perfeccionarse, ni nosotros sin ellos. Es el plan del Señor y lo ha dado a sus hijos: es divino.

LA FAMILIA EN EL MILENIO

El Señor ha revelado también, por conducto del profeta José Smith, que en la resurrección nosotros recibiremos a nuestros niños que han muerto en su infancia y tendremos el privilegio de criarlos hasta que crezcan:

V les será dada la tierra por herencia; y se multiplicarán y se harán fuertes, y sus hijos crecerán sin pecado hasta salvarse.

Porque el Señor estará en medio de ellos y su gloria estará sobre ellos, y él será su rey y su legislador. (D. y C. 45:58-59.)

Esto se refiere a las condiciones que existirán durante el reino milenario del Señor que durará mil años sobre esta tierra.

V no habrá pesar, porque no habrá muerte.

En ese día el infante no morirá sino hasta que sea viejo; y su vida será como la edad de un árbol;

y cuando muera, no dormirá, es decir, en la tierra, mas será transformado en un abrir y cerrar de ojos; y será arrebatado, y su reposo será glorioso. (D. y C. 101:29-31.)

De manera que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la única que enseña la doctrina de la duración eterna de los vínculos conyugales y la unidad familiar. ¿Cómo puede aquel, dentro de cuyo corazón arde un amor verdadero por su amada esposa y por sus hijos, hacer otra cosa sino querer aceptar esta doctrina? ¿Qué puede ofrecer la eternidad para interesar a uno si es que no va a poder disfrutarla con los que amó en el estado mortal y con quienes pasó la vida?

A la conclusión de su notable sermón sobre la resurrección, el apóstol Pablo exclamó:

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?

Va que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. (1 Corintios 15:55-56.)

Si no hubiera entendido Pablo que la muerte no es sino una breve separación de aquellos a quienes queremos, y que en la resurrección habrá una reunión con los que amamos, bien podría haber dicho: “El aguijón de la muerte es la separación eterna de los que hemos amado en esta vida”. El Apóstol sabía la verdad, porque había sido arrebatado hasta el tercer cielo y hasta el paraíso de Dios. (Véase 2 Corintios 12.)

A pesar de que las iglesias a las cuales pertenecen enseñan lo contrario, hay muchos que creen que volverán a estar unidos con sus seres amados. Un hombre dedicó un poema a su querida esposa, al cual dio el nombre de “La filosofía de la vida”. En él expresa en hermosas palabras su confianza de que su matrimonio se extenderá más allá de la sepultura.

*Te tomo por esposa para siempre, mi querida,
No sólo por los años fugaces de esta vida;
Allende los confines de esta esfera
Serás aún mi esposa y compañera,
Porque el amor, que no conoce sepultura,
Nos volverá a reunir tras esa noche oscura.*
—Anderson M. Baten

En una entrevista que el autor tuvo con un ministro prominente, este ilustre señor admitió que su iglesia no ofrecía ninguna esperanza de que volvieran a ser restablecidos los lazos familiares después de la muerte, y entonces añadió: “Dentro de mi corazón, sin embargo, existen fuertes objeciones. Consideremos el gatito, por ejemplo. Lo separamos de la gata, y en pocos días la madre se ha olvidado de él. Separamos al becerro de la vaca y a los pocos días ésta lo olvida. Pero cuando separamos a un hijo de su madre, aunque viva cien años, ella jamás se olvida del hijo de su seno. Me es difícil creer que Dios crió semejante amor para que perezca en la tumba.”

FALSA INTERPRETACIÓN DE LOS PASAJES QUE HABLAN SOBRE EL MATRIMONIO

La falta de entendimiento sobre la naturaleza eterna del convenio matrimonial y la unidad familiar se debe principalmente a que los hombres han interpretado equívocamente algunos de los pasajes de las Escrituras. La verdad siempre será la verdad, no importa cuándo ni por quién sea examinada.

Las siguientes palabras de Jesús se han interpretado erróneamente muy a menudo:

Aquel día vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si alguno muriere sin hijos, su hermano se casará con su mujer, y levantará descendencia a su hermano.

Hubo, pues, entre nosotros siete hermanos; el primero se casó, y murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano.

De la misma manera también el segundo, y el tercero, hasta el séptimo.

Y después de todos murió también la mujer.

En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?

Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.

Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo. (Mateo 22:28-30.)

El hoy fallecido James. E. Talmage, del Consejo de los Doce Apóstoles, explicó de esta manera la respuesta del Salvador a la pregunta de los saduceos que negaban la resurrección:

El significado del Señor fue claro. En la resurrección no habrá duda sobre cuál de los siete hermanos tendrá a la mujer como esposa en las eternidades, pues, salvo el primero todos se habían casado con ella solamente por el período de la vida terrenal, y principalmente con el objeto de perpetuar en la carne el nombre y la familia del hermano que había muerto primero. S. Lucas expresa parte de las palabras del Señor en esta forma:

“Mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.” En la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento; porque todo asunto o problema referente al estado casado debe resolverse antes de esa época bajo la autoridad del santo sacerdocio, en el cual está

comprendido el poder para sellar en matrimonio por esta vida así como por la eternidad. (James E. Talmage, Jesús el Cristo, págs. 577-578.)

A esta explicación añadiremos las propias palabras del Señor comunicadas al profeta José Smith en una revelación fechada el 12 de julio de 1843, en Nauvoo, Illinois, la cual se refiere al nuevo y sempiterno convenio del matrimonio:

Por consiguiente, si un hombre se casa con una mujer en el mundo, y no se casa con ella ni por mí ni por mi palabra, y él hace convenio con ella mientras él este en el mundo, y ella con él, ninguna validez tendrán su convenio y matrimonio cuando mueran y estén fuera del mundo; por tanto, no están ligados por ninguna ley cuando salen del mundo.

Por tanto, cuando están fuera del mundo ni se casan ni se dan en casamiento, sino que son nombrados ángeles en el cielo, ángeles que son siervos ministrantes para servir a aquellos que son dignos de un peso de gloria, mucho mayor, y predominante, y eterno.

Porque estos ángeles no se sujetaron a mi ley; por tanto, no se les puede engrandecer, sino que permanecen separada y solitariamente, sin exaltación, en su estado de salvación, por toda la eternidad; y en adelante no son dioses, sino ángeles de Dios, para siempre jamás. (D. y C. 132:15-17.)

Precisamente a esto debe haberse estado refiriendo Jesús cuando respondió a los saduceos que no creían en la resurrección, y cuyos votos conyugales eran válidos solamente en esta vida. Con su respuesta, Jesús “había hecho callar a los saduceos” porque Él sabía que el objeto de su pregunta había sido tentarlos; y cuando les respondió, “ni osó alguno desde aquel día preguntarle más”. (Mateo 22:34, 46.)

Ya hemos dicho que el matrimonio es una ceremonia que pertenece a este mundo, de modo que el Señor ha dispuesto que los vivos efectúen esta ordenanza a favor de los muertos en aquellos casos en que el matrimonio no se ha solemnizado por unio que tiene la autoridad del sacerdocio para ligar no sólo por esta vida, sino por toda la eternidad.

Comparemos la limitada promesa que se extiende a los que contraen matrimonio sólo por esta vida con la promesa que se halla en la misma revelación, para todos los que entran en el convenio de matrimonio por esta vida y por toda la eternidad:

Les será cumplido en todo cuanto mi siervo haya declarado sobre ellos, por tiempo y por toda la eternidad; y estará en pleno vigor cuando ya no estén en el mundo; y pasarán por los ángeles y los dioses que están allí, a su exaltación y gloria en todas las cosas, según lo que ha sido sellado sobre su cabeza, y esta gloria será una plenitud y continuación de las simientes para siempre jamás. (D. y C. 132:19.)

Habiéndose revelado nuevamente esta gloriosa verdad a los hombres sobre la tierra, ahora realmente tienen porqué vivir y porqué morir. Dudamos que jamás se haya comunicado a hombre alguno en esta tierra una verdad de mayor consuelo que esta revelación del Señor dada al profeta José Smith y conocida como el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio. (Véase D. y C. 132:4.)

No debe pasarse por alto que esta gloriosa verdad es parte de la prometida “restauración de todas las cosas, que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”. (Hechos 3:21.)

¿No justifican estas verdades la venida de Elías el Profeta? ¿En qué forma más eficaz podía el corazón de los padres volverse o convertirse “hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres”, que ligándolos con santos vínculos familiares para siempre jamás?

CAPÍTULO 15

EL RECOGIMIENTO DE ISRAEL

La noche del 21 de septiembre de 1823, fecha en que el ángel Moroni visitó a José Smith, el mensajero celestial recitó el capítulo 11 de Isaías e hizo hincapié en el hecho de que pronto se cumpliría. Demos especial consideración a los siguientes pasajes citados por Moroni:

Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isai, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa.

Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo que aún quede en Asiria, Egipto, Patros, Etiopía, Elam, Sinar y Hamat, y en las costas del mar.

V levantará pendón a las naciones, y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra. (Isaías 11:10-12.)

Estos pasajes nos hacen saber que los acontecimientos a que se refieren iban a verificarse en lo futuro: “Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo.” No podría haberlo recobrado “otra vez” a menos que hubiera habido una anterior. La primera ocasión fue cuando el Señor sacó a Israel de la servidumbre y cautiverio de Egipto. ¿Cuándo ha puesto el Señor su mano “otra vez” para recoger el resto de su pueblo? Esto es lo que ahora vamos a examinar. Los pasajes que acabamos de citar nos dan a saber que se llevarán a cabo tres acontecimientos importantes: (1) Jehová levantará pendón a las naciones; (2) juntará a los desterrados de Israel; (3) reunirá a los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra.

Se establece claramente que ha de haber dos lugares o centros de recogimiento: uno para Israel y otro para Judá.

Cuando el ángel Moroni le informó a José Smith que estos acontecimientos iban a verificarse en breve, y que el Señor se valdría de él como instrumento para llevarlos a cabo, fue una empresa grande en extremo para un joven que aún no cumplía dieciocho años.

Nos hemos referido ya a la ocasión en que el Salvador y otros mensajeros celestiales aparecieron a José Smith y Oliverio Cowdery en el Templo de Kirtland, el 3 de abril de 1836, casi trece años después que el ángel Moroni citó a José Smith el undécimo capítulo de la profecía de Isaías, indicándole que estaba a punto de ser cumplida. Leamos la narración de estas visitas:

Después de cerrarse esta visión, los cielos nuevamente nos fueron abiertos; y se apareció Moisés ante nosotros y nos entregó las llaves del recogimiento de Israel de las cuatro partes de la tierra, y de la conducción de las diez tribus desde el país del norte. (D. y C. 110:11.)

En vista de que Moisés fue el profeta que el Señor levantó para conducir a Israel de la tierra de Egipto, y le dio poder para efectuar tan grandes milagros delante de Faraón, al grado de hacer pasar a los hijos de Israel por el Mar Rojo a pie enjuto, parece que lo más propio sería que Moisés tuviese las llaves del recogimiento de Israel cuando el Señor alzara “otra vez su mano para recobrar el remanente”. Estas fueron las llaves que Moisés entregó a José Smith y Oliverio Cowdery.

LA DIVISIÓN Y ESPARCIMIENTO DE ISRAEL

Cuando se habla de Israel, la mayoría de la gente piensa en los judíos, y cuando se hace referencia al recogimiento de Israel, se cree que se trata del regreso de los judíos a la tierra de Jerusalén. Debe tenerse presente que los judíos, que son descendientes de Judá, sólo representan una de las doce tribus de la casa de Israel, la familia de Jacob.

Las doce tribus de Israel se dividieron en dos grupos grandes. El menor tomó el nombre de Judá; el mayor, el nombre de Israel:

V Joab dio el censo del pueblo al rey; y fueron los de Israel ochocientos mil hombres fuertes que sacaban espada, y los de Judá quinientos mil hombres. (2 Samuel 24:9.)

V dijo Jehová: También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel, y desecharé a esta ciudad que había escogido, a Jerusalén, y a la casa de la cual había yo dicho: Mi nombre estará allí. (2 Reyes 23:27.)

Mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice Jehová.

Porque he aquí yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandea el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra. (Amós 9:8-9.)

En los capítulos 7 y 8 de esta obra dijimos que América es la tierra de José y que el Libro de Mormón es la historia de los hechos del Señor con esta rama de la casa de Israel. Vamos ahora a considerar el recogimiento de la casa de Israel en los postreros días.

Debemos tener presentes las palabras de Amós, que acabamos de citar, en las que se dice que el Señor iba a causar “que la casa de Israel sea zarandeada *entre todas las naciones*,” lo cual quiere decir que el recogimiento de Israel ha de efectuarse entre todas las naciones donde el Señor los hubiese zarandeado, pues decreté que no caerá “un granito en tierra”.

ISRAEL HA DE SER RECOGIDO EN ESTA DISPENSACIÓN

El décimo Artículo de Fe en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días dice así:

Creemos en la congregación literal del pueblo de Israel y en la restauración de las Diez Tribus; que Sión será edificada sobre este continente (de América); que Cristo reinará personalmente sobre la tierra, y que la tierra será renovada y recibirá su gloria paradisíaca.

Antes de efectuarse la organización de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, el 6 de abril de 1830, José Smith y Oliverio Cowdery supieron que el recogimiento de Israel habría de efectuarse en el continente de América, en esta dispensación. Se enteraron de esta verdad al hacer la traducción del Libro de Mormón de las planchas de oro.

De esta obra citamos las palabras que el Salvador dirigió a los nefitas en América cuando los visitó después de su resurrección:

V de cierto os digo, os doy una señal para que sepáis la época en que estarán a punto de acontecer estas cosas, cuando recoja a mi pueblo de su larga dispersión, oh casa de Israel, y establezca otra vez entre ellos mi Sión;

y he aquí, esto es lo que os daré por señal, porque en verdad os digo que cuando se den a conocer a los gentiles estas cosas que os declaro, y que más adelante os declararé de mí mismo, y por el poder del Espíritu Santo que os será dado por el Padre, a fin de que ellos sepan acerca de este pueblo que es un resto de la casa de Jacob, y concerniente a este pueblo mío que será esparcido por ellos;

en verdad, en verdad os digo, que cuando el Padre les haga saber estas cosas —y del Padre procederán de ellos a vosotros— porque es según la sabiduría del Padre que sean establecidos

en esta tierra e instituidos como pueblo libre por el poder del Padre, para que estas cosas procedan de ellos a un resto de vuestra posteridad, a fin de que se cumpla el convenio del Padre, el cual ha hecho con su pueblo, oh casa de Israel;

por tanto, cuando estas obras, y las obras que desde ahora en adelante se hagan entre vosotros, procedan de los gentiles a vuestra posteridad, que degenerará en la incredulidad por causa de la maldad,

porque así conviene al Padre que proceda de los gentiles, para que pueda mostrar su poder a los gentiles, a fin de que éstos, si no endurecen sus corazones, puedan arrepentirse y venir a mí y ser bautizados en mi nombre y conocer los verdaderos puntos de mi doctrina, para que puedan ser contados entre los de mi pueblo, oh casa de Israel;

y cuando sucedan estas cosas, de modo que vuestra posteridad empiece a conocerlas, entonces les será por señal, para que sepan que la obra del Padre ha empezado ya, para dar cumplimiento al convenio que ha hecho al pueblo que es de la casa de Israel.

Porque en aquel día hará el Padre, por mi causa, una obra que será una obra grande y maravillosa entre ellos; y habrá entre ellos quienes no lo creerán, aun cuando alguno se lo declare.

Y los de mi pueblo, que son un resto de la casa de Jacob, estarán en medio de los gentiles, sí, en medio de ellos como león entre los animales del bosque, y como cachorro de león entre las manadas de ovejas, el cual, si pasa por en medio, huella y despedaza, y nadie las puede librar.

Pero si se arrepienten y escuchan mis palabras, y no endurecen sus corazones, estableceré mi iglesia entre ellos; y entrarán en el convenio, y serán contados entre este resto de Jacob, al cual he dado esta tierra por herencia.

Y ayudarán a mi pueblo, el resto de Jacob, y también a cuantos de la casa de Israel vengan, a fin de que construyan una ciudad que será llamada la Nueva Jerusalén.

Y entonces ayudarán a mi pueblo que esté disperso sobre toda la faz de la tierra, para que sean congregados en la Nueva Jerusalén.

Y entonces el poder del cielo descenderá entre ellos, y también yo estaré en medio.

Y entonces empezará la obra del Padre en aquel día, sí, cuando sea predicado este evangelio entre el resto de este pueblo. De cierto os digo que en ese día empezará la obra del Padre entre todos los dispersos de mi pueblo, sí, aun las tribus que han estado perdidas, las cuales el Padre ha conducido de Jerusalén.

Sí, empezará por el Padre la obra entre todos los dispersos de mi pueblo, para preparar la vía por la cual puedan venir a mí, a fin de que invoquen al Padre en mi nombre.

Sí, y entonces empezará, por el Padre, la obra de preparar la manera, entre todas las naciones, por la cual su pueblo pueda volver a la tierra de su herencia.

Y saldrán de todas las naciones; y no saldrán de prisa, ni irán huyendo, porque yo iré delante de ellos, dice el Padre, y seré su retaguardia. (3 Nefi 21:1-7, 9, 12, 22-29.)

Al considerar la declaración anterior, se debe recordar que el Libro de Mormón se publicó y se dio al mundo en 1829, un año antes que la Iglesia fuera organizada. José Smith en ese tiempo solamente tenía veinticuatro años de edad. Sin embargo, esta afirmación comprende todos los puntos esenciales que están relacionados con el recogimiento de Israel en estos postreros días, a saber:

1. *Que la nueva Jerusalén sería edificada en el continente americano.*
2. *Que la Iglesia de Jesucristo sería establecida en el continente americano.*
3. *Que se establecería la Iglesia entre los gentiles. (Hemos indicado anteriormente que Israel iba a ser esparcido entre las naciones gentiles.)*
4. *Que cuando su Iglesia quedara establecida entre los gentiles de América, sería una señal de que había llegado el tiempo “cuando recoja a mi pueblo de su larga dispersión, oh casa de Israel, y establezca otra vez entre ellos mi Sión”. (3 Nefi, 21:1.)*
5. *Que el cumplimiento de estas cosas precederá la segunda venida de Jesucristo: “Y también yo estaré en medio”. (3 Nefi, 21:25.)*
6. *Que en esa época el Señor extendería su mano para reunir a su pueblo de entre todas las naciones: “Sí, y entonces empezará, por el Padre, la obra de preparar la manera, entre todas las naciones, por la cual su pueblo pueda volver a la tierra de su herencia”. (3 Nefi, 21:25.)*
7. *Estas declaraciones del Señor confirman las palabras de los profetas, ya citadas, de que Israel sería esparcido entre todas las naciones.*

El profeta Eter entendía claramente el recogimiento de Israel en estos postreros días y el establecimiento de una nueva Jerusalén en América, así como la reedificación de la Jerusalén antigua por parte de los judíos:

Y ahora yo, Moroni, procedo a concluir mi relato concerniente a la destrucción del pueblo del cual he estado escribiendo.

Pues he aquí, menospreciaron todas las palabras de Eter; porque él verdaderamente les habló de todas las cosas, desde el principio del hombre; y que después que se hubieron retirado las aguas de la superficie de esta tierra, llegó a ser una tierra escogida sobre todas las demás, una tierra escogida del Señor; por tanto, el Señor quiere que lo sirvan a él todos los hombres que habiten sobre la faz de ella;

y que era el sitio de la Nueva Jerusalén que descendería del cielo, y el santo santuario del Señor.

He aquí, Eter vio los días de Cristo, y habló de una Nueva Jerusalén sobre esta tierra.

V habló también concerniente a la casa de Israel, y la Jerusalén de donde Lehi habría de venir: que después que fuese destruida, sería reconstruida de nuevo, una ciudad santa para el Señor; por tanto, no podría ser una nueva Jerusalén, porque ya había existido en la antigüedad; pero sería reconstruida, y llegaría a ser una ciudad santa del Señor; y sería edificada para la casa de Israel;

y que sobre esta tierra se edificaría una Nueva Jerusalén al resto de la posteridad de José, para lo cual ha habido un tipo.

Porque así como José llevó a su padre a la tierra de Egipto, de modo que allí murió, el Señor consiguiénte sacó a un resto de la descendencia de José de la tierra de Jerusalén, para ser misericordioso con la posteridad de José, a fin de que no pereciera, tal como fue misericordioso con el padre de José para que no pereciera.

De manera que el resto de los de la casa de José se establecerán sobre esta tierra, y será la tierra de su herencia; y levantarán una ciudad santa para el Señor, semejante a la Jerusalén antigua; y no serán confundidos más, hasta que llegue el fin, cuando la tierra será consumida.

V habrá un cielo nuevo, y una tierra nueva; y serán semejantes a los antiguos, salvo que los antiguos habrán dejado de ser, y todas las cosas se habrán vuelto nuevas.

V entonces viene la Nueva Jerusalén; y benditos son los que moren en ella, porque son aquellos cuyos vestidos son hechos blancos mediante la sangre del Cordero; y son ellos los que están contados entre el resto de los de la posteridad de José, que eran de la casa de Israel.

V entonces viene también la antigua Jerusalén; y benditos son sus habitantes, porque han sido lavados en la sangre del Cordero; y son los que fueron esparcidos y recogidos de las cuatro partes de la tierra y de los países del norte, y participan del cumplimiento del convenio que Dios hizo con Abraham, su padre.

V cuando sucedan estas cosas, se cumplirá la Escritura que dice: Hay quienes fueron los primeros, que serán los postreros; quienes fueron los postreros, que serán los primeros.

V estaba a punto de escribir más, pero me está prohibido; pero grandes y maravillosas fueron las profecías de Eter; mas los del pueblo lo tuvieron en poco y lo echaron fuera; y él se ocultaba en el hueco de una roca durante el día, y salía de noche para ver las cosas que sobrevendrían al pueblo. (Eter 13:1-13.)

El profeta Eter era descendiente de Jared, de hecho, de la vigésima octava generación:

V dicho Jared vino de la gran torre [al país de América unos 1200 años antes de Jesucristo] con su hermano y sus familias, y con algunos otros y sus familias, en la época en que el Señor confundió el lenguaje del pueblo, y juró en su ira que serían dispersados por toda la superficie de la tierra; y conforme a la palabra del Señor fue dispersada la gente. (Eter 1:33.)

Hay muchas otras referencias de valor en el Libro de Mormón. Sin embargo, de las que hemos citado se aclara que por motivo de la traducción del Libro de Mormón, José Smith y Oliverio Cowdery entendieron que el plan del Señor era recoger a Israel esparcido en los postreros días, de los “cuatro confines de la tierra” a donde habían sido dispersados, para establecer por último una Nueva Jerusalén en América.

En septiembre de 1830, cinco meses después de haberse organizado la Iglesia, y cinco años y medio antes que Moisés entregara las llaves del recogimiento de Israel a José Smith y a Oliverio Cowdery, el Señor habló explícitamente de este asunto en una revelación dada al profeta José:

Y sois llamados para efectuar el recogimiento de mis escogidos; porque éstos escuchan mi voz y no endurecen su corazón.

Por lo tanto, del Padre ha salido el decreto de que serán recogidos en un solo lugar sobre la faz de esta tierra, a fin de preparar su corazón, y que se preparen en todas las cosas para el día en que se derramen tribulaciones y desolación sobre los malvados. (D. y C. 29:7-8.)

De modo que los primeros élderes de la Iglesia fueron llamados “para efectuar el recogimiento de mis escogidos”, y desde los comienzos de la Iglesia, los Santos de los Últimos Días se han estado “recogiendo”. El primer lugar donde se congregaron fue en Kirtland, Ohio.

En una revelación concedida al profeta José Smith el 16 de diciembre de 1833, el Señor explicó claramente que su pueblo ha de ser congregado:

He aquí, es mi voluntad que todos los que invoquen mi nombre, y me adoren de acuerdo con mi evangelio eterno, se congreguen y permanezcan en lugares santos,

y se preparen para la revelación que ha de venir, cuando el velo que cubre mi templo, en mi tabernáculo, el cual esconde la tierra, será quitado, y toda carne me verá juntamente.

A fin de que la obra de congregar a mis santos continúe, para que pueda establecerlos en mi nombre en lugares santos; porque ha llegado la hora de la cosecha, y es menester que se cumpla mi palabra.

Por tanto, he de juntar a los de mi pueblo, de acuerdo con la parábola del trigo y la cizaña, a fin de que se guarde el trigo en los graneros para poseer la vida eterna, y ellos sean coronados de gloria celestial, cuando yo venga en el reino de mi Padre para recompensar a cada hombre conforme a sus obras. (D. y C. 101:22-23, 64-65.)

Citamos los siguientes pasajes, tomados de las revelaciones del Señor dadas al profeta José Smith, para confirmar lo que ya hemos dicho:

A fin de que mi pueblo del convenio se congregue como uno en aquel día en que yo venga a mi templo. Y esto lo hago para la salvación de mi pueblo. (D. y C. 42:36.)

Y además, el Señor emitirá su voz desde los cielos, diciendo:

¡Escuchad, oh naciones de la tierra, y oíd las palabras del Dios que os hizo!

¡Oh vosotras, naciones de la tierra, cuántas veces os hubiera juntado como la gallina junta a sus pollos debajo de sus alas, mas no quisisteis! (D. y C. 43:23-24.)

Y acontecerá que los justos serán recogidos de entre todas las naciones, y vendrán a Sión cantando canciones de gozo sempiterno. (D. y C. 45:71.)

Y así reuniré a mis escogidos de los cuatro cabos de la tierra, sí, a cuantos crean en mí y escuchen mi voz. (D. y C. 33:6.)

E Israel será salvo en mi propio y debido tiempo; y será conducido por las llaves que he dado, para nunca más ser confundido. (D. y C. 35:25.)

Y además, os digo que os doy el mandamiento de que todo hombre, tanto el que sea élder, presbítero o maestro, así como también el miembro, se dedique con su fuerza, con el trabajo de sus manos, a preparar y realizar las cosas que he mandado.

Y sea vuestra predicación la voz de amonestación, cada hombre a su vecino, con mansedumbre y humildad.

Y salid de entre los inicuos. Salvaos. Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor. Así sea. Amén. (D. y C. 38:40-42.)

Por tanto, preparaos, preparaos, oh mi pueblo; santificaos, juntaos vosotros, oh pueblo de mi iglesia, sobre la tierra de Sión, todos vosotros a quienes no se ha mandado permanecer.

Salid de Babilonia. Sed limpios los que lleváis los vasos del Señor.

Convocad vuestras asambleas solemnes y comunicaos a menudo los unos con los otros. Invoque todo varón el nombre del Señor.

Sí, de cierto os digo otra vez, el tiempo ha llegado cuando la voz del Señor se dirige a vosotros: Salid de Babilonia; congregaos de entre las naciones, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

Enviad a los élderes de mi iglesia a las naciones que se encuentran lejos; a las islas del mar; enviad a los países extranjeros; llamad a todas las naciones, primeramente a los gentiles y después a los judíos.

V he aquí, éste será su pregón y la voz del Señor a todo pueblo: Id a la tierra de Sión para que se ensanchen los linderos de mi pueblo, y sean fortalecidas sus estacas, y Sión pueda extenderse hasta las regiones inmediatas. (D. y C. 138:4-9.)

Esta última revelación se recibió el 3 de noviembre de 1831, un año y siete meses después de la organización de la Iglesia. No cabe duda, como lo indican tan claramente los pasajes citados, que en el restablecimiento de su Iglesia sobre la tierra en estos postreros días, el Señor había dispuesto firmemente que su pueblo fuese recogido de entre las naciones y se congregara en un lugar.

EL RECOGIMIENTO EN LOS ÚLTIMOS DÍAS DE ISRAEL ESPARCIDO

Aunque el Señor ha indicado que su Sión de los días postreros, en la cual había de ser recogido Israel, se hallaría en las Américas, y que la Nueva Jerusalén sería edificada sobre esta tierra, es palpable que este recogimiento no podría efectuarse en una sola ciudad. Para cumplir el mandamiento del Señor en este respecto, los santos del siglo pasado han edificado muchas ciudades en las cuales se han congregado, los convertidos de muchos países.

En el primer centro de recogimiento que les fue señalado en esta dispensación, en Kirtland, Ohio, los santos erigieron su primer templo al Altísimo.

El segundo recogimiento se verificó en Misuri, donde se colocaron las piedras angulares de dos templos, uno en Independence y el otro en Far West. Pero los santos se vieron obligados a salir de Misuri por motivo de la cruel persecución. Sin embargo, la Iglesia aún espera el tiempo en que sus miembros han de volver para edificar el templo y la ciudad de Sión al Altísimo, en Independence, Misuri.

De Misuri los santos fueron a Nauvoo, Illinois, donde fundaron una ciudad de más o menos veinte mil almas, y edificaron un hermoso templo a su Dios. Fue mientras estaban allí que el profeta José Smith y su hermano, Hyrum, fueron asesinados a sangre fría por un populacho en la cárcel de Carthage, Illinois, el 27 de junio de 1844. Poco después, los santos se vieron obligados a salir de Nauvoo, y sus enemigos destruyeron sus casas e incendiaron su hermoso templo. De allí, se encaminaron hacia los valles de las Montañas Rocosas, deteniéndose en Winter Quarters, Iowa, sólo lo suficiente para hacer los preparativos que exigía el viaje a través de los llanos. La primera compañía llegó a lo que hoy es Salt Lake City, Utah, el 24 de julio de 1847. Desde ese tiempo la cabecera de la Iglesia ha quedado establecida en Salt Lake City.

LA CONDUCCIÓN DE LAS DIEZ TRIBUS DEL PAÍS DEL NORTE

Cuando Moisés entregó las llaves del recogimiento de Israel al profeta José Smith y Oliverio Cowdery, recibieron también las de “la conducción de las diez tribus desde el país del norte”. (D. y C. 110:11.)

Concerniente a este tema, el Señor le reveló al profeta José Smith lo siguiente:

V el Señor, sí, el Salvador, estará en medio de su pueblo y reinará sobre toda carne.

V los que estén en los países del norte serán recordados ante el Señor, y sus profetas oirán su voz, y no se contendrán por más tiempo; y herirán las peñas, y el hielo fluirá ante su presencia.

V se levantará una calzada en medio del gran mar.

Sus enemigos llegarán a serles por presa,

y en los yermos desolados brotarán pozos de aguas vivas; y la tierra reseca no volverá a tener sed.

V traerán sus ricos tesoros a los hijos de Efraín, mis siervos.

V los confines de las cordilleras eternas temblarán ante su presencia.

V allí se postrarán, y serán coronados de gloria, sí, en Sión, por mano de los siervos del Señor, tos hijos de Efraín.

V serán llenos de cantos de gozo sempiterno.

He aquí, ésta es la bendición del Dios eterno sobre las tribus de Israel, y la bendición más rica sobre la cabeza de Efraín y sus compañeros. (D. y C. 183:25-34.)

No sabemos dónde se encuentran estas tribus y sus profetas, sino que el Señor ha dicho que se hallan “en los países del norte”.

EL SEÑOR REUNIRÁ A LOS ESPARCIDOS DE JUDÁ

Hemos hablado del recogimiento de Israel en la Sión del Señor en América en esta dispensación. Ahora consideraremos el asunto del recogimiento de los “esparcidos de Judá” de los cuales habló Isaías (véase Isaías 11:10-12) en los pasajes que el ángel Moroni citó a José Smith cuando lo visitó la noche del 21 de septiembre de 1823. (Véase José Smith—Historia 40.)

En Doctrina y Convenios leemos lo siguiente:

Huyan, pues, a Sión los que se hallan entre los gentiles.

V huyan a Jerusalén los que son de Judá, a los montes de la casa del Señor.

Salid de en medio de las naciones, sí, de Babilonia, de en medio de la iniquidad, que es la Babilonia espiritual. (D. y C. 183:12-14.)

El profeta José Smith afirmó que la oración ofrecida por él en la dedicación del Templo de Kirtland, el 27 de marzo de 1836, le fue dada por revelación. Examinemos algunos pasajes de dicha oración:

Mas tú sabes que sientes un gran amor por todos los hijos de Jacob que han estado esparcidos en las montañas por largo tiempo, en un día de nieblas y de obscuridad.

Te rogamos, por tanto, que tengas misericordia de los hijos de Jacob, para que desde esta misma hora comience Jerusalén a ser redimida;

y empiece a quebrantarse el yugo de servidumbre de sobre la casa de David;

y los hijos de Judá com iencen a volver a las tierras que diste a Abraham su Padre. (D. y C. 109:61-64.)

En marzo de 1832, José recibió una revelación en la que se le explicaba parte del Apocalipsis de San Juan:

P. —¿Qué se da a entender por los dos testigos, en el capítulo 11 del Apocalipsis?

R. —Son dos profetas que le serán levantados a la nación judía en los postreros días, en la época de la restauración, para profetizar a los judíos, después que éstos se hayan congregado y edificado la ciudad de Jerusalén en la tierra de sus padres. (D. y C. 77:15.)

El 7 de marzo de 1831, en Kirtland, Ohio, el Señor declaró en una revelación las cosas que hablan de suceder durante muchas generaciones:

V ahora veis este templo que se halla en Jerusalén, al cual llamáis la casa de Dios, y vuestros enemigos dicen que esta casa jamás caerá.

Mas en verdad os digo, que la desolación vendrá sobre esta generación como ladrón en la noche, y este pueblo será destruido y dispersado entre todas las naciones.

V este templo que ahora veis será derribado, de manera que no quedará una piedra sobre otra.

V acontecerá que esta generación de judíos no pasará sin que se verifique toda la desolación que os he dicho acerca de ellos.

Decís que sabéis que el fin del mundo viene; decís también que sabéis que los cielos y la tierra pasarán;

y en esto decís verdad, porque así es; mas estas cosas que yo os he dicho no pasarán sino hasta que todas se cumplan.

V esto os he dicho acerca de Jerusalén; y cuando venga ese día, será esparcido un resto entre todas las naciones;

mas serán recogidos de nuevo; pero quedarán hasta después del cumplimiento de los tiempos de los gentiles. (D. y C. 45:18-25. Enfasis agregado.)

ORSON HYDE DEDICÓ LA TIERRA SANTA PARA QUE VOLVIERAN LOS JUDÍOS

Con la restauración del evangelio a los gentiles en esta dispensación, se estableció que los “tiempos de los gentiles” pronto se cumplirían. Por tanto, el profeta José Smith y sus consejeros, como presidencia de la Iglesia, enviaron a Orson Hyde, uno de los Doce Apóstoles de la Iglesia, a una misión a Jerusalén: el objeto de la cual fue dedicar la Tierra Santa para que finalmente volvieran allí los remanentes esparcidos de Judá, según las profecías de los antiguos profetas, así como para la reedificación de Jerusalén y la construcción de un templo al Señor en ese lugar.

La mañana del domingo 24 de octubre de 1841, el apóstol Orson Hyde ascendió al Monte de los Olivos y allí efectuó la ceremonia de la dedicación que se le había encargado. Citamos parte de la oración dedicatoria del hermano Hyde:

Tú, Señor, que eres de eternidad en eternidad, el mismo para siempre e inmutable; oh Dios, que reinas arriba en los cielos y riges los destinos de los hombres en la tierra, condesciende, por tu infinita bondad y real favor, a escuchar la oración de tu siervo que este día te ofrece en el nombre de tu Santo Hijo Jesús, aquí sobre esta tierra donde el Sol de Justicia se puso en sangre y tu Ungido murió...

Ahora, oh Señor, tu siervo ha sido obediente a la visión celestial que le concediste en su tierra nativa; y bajo la protección de tu brazo extendido ha llegado a salvo a este lugar para dedicar y consagrar esta tierra para el recogimiento de las reliquias de los esparcidos de Judá, de acuerdo con las profecías de los santos profetas, para la reedificación de Jerusalén, después de haberla hollado los gentiles por tan largo tiempo, y para la construcción de un templo en honor de tu nombre...

Tú, que hiciste convenio con Abraham, tu amigo, y renovaste ese convenio con Isaac y lo confirmaste con Jacob, jurando que no sólo les darías esta tierra por herencia eterna, sino que te acordarías de su descendencia para siempre. Abraham, Isaac y Jacob han muerto mucho ha, y reposan en la tumba. Sus hijos se hallan esparcidos y dispersados entre las naciones de los gentiles como ovejas sin pastor, y aún esperan el cumplimiento de las promesas que Tú has hecho concernientes a ellos; y aun esta tierra, de la que en un tiempo brotaba la más rica abundancia de la naturaleza, y fluía, por decirlo así, leche y miel, ha sido herida, hasta cierto punto con aridez y esterilidad desde que bebió, de manos asesinas, la sangre de aquel que jamás pecó.

Concede, por tanto, oh Señor, en el nombre de tu muy amado Hijo, Jesucristo, que sea quitada la aridez y esterilidad de esta tierra, y permite que broten manantiales de agua viviente para dar de beber a su tierra sedienta. Haz que la vid y el olivo produzcan con su fuerza, y que la higuera florezca y se desarrolle. Concede que la tierra se torne ricamente fructífera, y que la puedan poseer sus herederos legítimos; que de nuevo produzca en abundancia para dar de comer a los hijos pródigos que volvieran a casa con un espíritu de gracia y suplicación. Permite que descendan sobre ella desde las nubes, virtud y riqueza, y que los campos produzcan con gran fertilidad; que los hatos y los rebaños aumenten y se multipliquen grandemente en las montañas y las colinas, y que la incredulidad de tu pueblo sea vencida y reemplazada con gran bondad. Quilates su corazón de piedra, y dates un corazón de carne; y que el sol de tu gracia disipe las frías nubes de obscuridad que han ofuscado su ambiente. Inculca en ellos el deseo de congregarse en esta tierra, de conformidad con tu palabra, y que vengan ellos como nubes y como palomas al palomar. Haz que los grandes barcos de las naciones los traigan desde las islas

lejanas; y que los reyes les sean por ayos, y las reinas con cariño maternal enjuguen sus lágrimas de aflicción.

Oh, Señor, Tú que una vez ablandaste el corazón de Ciro para que se mostrara propicio a Jerusalén y sus hijos, plázcate también hoy inspirar el corazón de los reyes y las potencias de la tierra para que consideren favorablemente este sitio y con el deseo de ver que se lleven a cabo tus justos propósitos relacionados con este lugar. Hazles saber que es tu voluntad restaurar el reino a Israel, establecer a Jerusalén como su capital y hacer de su pueblo una nación y gobierno independiente, con David tu siervo, si, un descendiente de los lomos de David de la antigüedad, como su rey.

Halle gracia a tus ojos aquella nación o pueblo que tome parte activa en bien de los hijos de Abraham y en el establecimiento de Jerusalén. No dejes que sus enemigos prevalezcan contra ellos, ni que la pestilencia ni el hambre los con quiste, sino permite que la gloria de Israel les haga sombra y el poder del Altísimo los proteja; mientras que aquellas naciones o reinos que no te sirvieren en esta obra gloriosa tendrán que perecer, de acuerdo con tu palabra, sí, “del todo serán assoladas”. (History of the Church, vol. 4, págs. 456-57.)

Refiriéndose a su visita a Jerusalén, el hermano Hyde dijo:

He hallado a muchos judíos que escucharon con profundo interés. La idea de reunir a los judíos en Palestina está recibiendo un apoyo cada vez más fuerte en Europa... Muchos de los judíos ancianos vienen a este lugar a morir, y muchos llegan de Europa a esta parte del Oriente. No cabe duda que la rueda ha empezado a girar, y la palabra del Todopoderoso ha declarado que rodará. (Ibid, pág. 459.)

También escribió lo siguiente:

A principios de marzo del año pasado (1840), me acosté una noche, como de costumbre, y mientras meditaba e investigaba, en mi propia mente, la esfera de mi próxima obra en el ministerio, se desplegó ante mí la visión del Señor como nube de luz. Aparecieron sucesivamente delante de mí, las ciudades de Londres, Amsterdam, Constantinopla y Jerusalén; y el Espíritu me dijo: “Aquí se encuentran muchos de los hijos de Abraham que yo recogeré en la tierra que di a sus padres, y aquí también está el campo de tus labores”. (Ibid, págs. 375-76.)

EL ESPÍRITU DEL RECOGIMIENTO SE EXTIENDE POR TODA LA TIERRA

Llamamos la atención al hecho de que por motivo de haber traído Moisés las llaves del recogimiento de Israel otra vez a la tierra, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ha fundado, como ya se indicó, muchas ciudades en la parte occidental de los Estados Unidos en el curso del recogimiento de los descendientes de Israel de entre las naciones gentiles de la tierra. No se les persuadió ni exigió a estos convertidos a la nueva fe a que emigraran a los Estados Unidos, pero ese poder invisible descendió sobre ellos al recibir el don del Espíritu Santo por la imposición de las manos de aquellos que tuvieron la autoridad para conferirlo. Por su propia voluntad desearon unirse con los santos del Señor en su Sión de los postreros días.

Hoy día, a medida que se organizan estacas y misiones por todo el mundo, y se construyen templos en numerosos países, se encarece a los Santos a que permanezcan en sus países a fin de fortalecer a la Iglesia entre sus coterráneos.

Observemos también cómo se está tornando el corazón de los hijos de Judá hacia el país de sus padres. El doctor Chaim Weizmann, entonces Presidente de la Agencia Judía Pro-Palestina y la Organización Mundial de Sionistas, de Jerusalén, contestó, cuando le preguntaron por qué estaban regresando los judíos al país de Israel, que era por su creencia en una “fuerza misteriosa”. (Bartley C. Crum, *Behind the Silken Curtain*, New York., Simon and Schuster, Inc., 1947.)

Esta “fuerza misteriosa” que ha tornado el corazón de los judíos de todo país a la tierra de Israel no vino de los hombres. Después de siglos de haber sido “zarandeados entre todas las gentes”, el Señor envió a Moisés otra vez a la tierra con las llaves del recogimiento de Israel, las

cuales entregó a José Smith y Oliverio Cowdery. De modo que el espíritu de recogimiento se ha derramado sobre las naciones de Israel, y así se ha hecho posible el cumplimiento de la profecía de Isaías que Moroni citó a José Smith:

“Y levantará pendón a las naciones, y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra.” (Isaías 11:12.)

Todo esto justifica la venida del profeta Moisés como parte de la prometida “restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”. (Hechos 3:21.)

El profeta José Smith recibió estas verdades por medio de las revelaciones del Señor en ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos, y mostramos con la Biblia que todo concuerda con su contenido.

CAPÍTULO 16

ISRAEL EN LOS POSTREROS DÍAS

LAS PROFECÍAS DE JEREMÍAS CONCERNIENTES AL RECOGIMIENTO DE ISRAEL

Consideremos ahora lo que la Biblia nos ofrece como confirmación de las verdades reveladas al profeta José Smith, y, por medio de él, al mundo; verdades que se relacionan con el recogimiento de Israel esparcido:

No obstante, he aquí vienen días, dice Jehová, en que no se dirá más: Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de tierra de Egipto;

sino: Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras adonde los había arrojado; y los volveré a su tierra, la cual di a sus padres.

He aquí que yo envío muchos pescadores, dice Jehová, y los pescarán, y después enviaré muchos cazadores, y los cazarán por todo monte y por todo collado, y por las cavernas de los peñascos. (Jeremías 16:14-16.)

Vemos pues que Jeremías tuvo el privilegio de ver lo completo que sería el recogimiento de Israel en las tierras que el Señor había dado “a sus padres”. Ya hemos indicado que América es la tierra de José, y que Judá será recogido de nuevo en la tierra de Palestina. Esta congregación de los postreros días, vista por Jeremías, habría de sobrepujar en magnitud el éxodo de Israel de la tierra de Egipto. Esto se manifiesta palpablemente en el momento de escribirse la presente obra, y aún no ha llegado el fin. El Señor iba a mandar pescadores y cazadores que cazarían a los hijos de Israel “por todo monte y por todo collado, y por las cavernas de los peñascos”, manifestando con ello que ha de cumplir íntegramente su promesa de no permitir que caiga “un granito en la tierra”, después que la casa de Israel fuese “zarandeada entre todas las naciones”. (Véase Amós 9:8, 9.)

Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introducirá en Sión;

y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia. (Jeremías 3:14, 15.)

ISRAEL SERÁ CONGREGADA EN NÚMEROS PEQUEÑOS

En estas profecías se verá que Jeremías comprendió que así como la casa de Israel fue “zarandeada entre todas las naciones”, el Señor volvería a juntar a los esparcidos, no en grandes números, sino “uno de cada ciudad, y dos de cada familia”, y los conduciría a Sión, donde les iba a dar “pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia”. En otras palabras, los llevaría a Sión, donde había establecido su Iglesia y reino, y restaurado su sacerdocio, para que pudiesen ser apacentados con “ciencia y con inteligencia”.

Y con todo, ahora así dice Jehová Dios de Israel a esta ciudad, de la cual decís vosotros: Entregada será en mano del rey de Babilonia a espada, a hambre, y a pestilencia:

He aquí que yo los reuniré de todas las tierras a las cuales los eché con mi furor, y con mi enojo e indignación grande; y los haré volver a este lugar, y los haré habitar seguramente; y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios

Porque así ha dicho Jehová: Como traje sobre este pueblo todo este gran mal, así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo.

Y poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís:

Está desierta, sin hombres y sin animales, es entregada en manos de los caldeos.

Heredades comprarán por dinero, y harán escritura y la sellarán y pondrán testigos, en tierra de Benjamín y en los contornos de Jerusalén, y en las ciudades de Judá; y en las ciudades de las montañas, y en las ciudades de la Sefela, y en las ciudades del Neguev; porque yo haré regresar sus cautivos, dice Jehová. (Jeremías 32:36-38,42-44.)

Unos 640 años antes de J. C., de nuevo se le permitió a Jeremías ver y anunciar proféticamente las mismas cosas que tenemos el privilegio de presenciar como parte de la gran dispensación evangélica de la dispensación del cumplimiento de los tiempos, cual se ha establecido en la tierra por el Dios de Israel y sus santos profetas.

JUDÁ SERÁ RECOGIDA EN JERUSALÉN

Jerusalén iba a ser arrebatada a los judíos, y éstos habrían de ser esparcidos entre todas las naciones, después de lo cual nuevamente serían recogidos: “He aquí que yo los reuniré de todas las tierras. . . y los haré volver a este lugar, y los haré habitar seguramente.” Y entonces añade el Señor: “Así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo.”

Notemos también lo siguiente: “Y poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís: Está desierta, sin hombres y sin animales.” Era tierra desierta cuando el apóstol Orson Hyde fue allí en 1841 y dedicó el país para el recogimiento de los judíos. Ahora sabemos que los judíos están volviendo de todas las naciones, para comprar campos y tierra como Jeremías lo previó tantos siglos antes.

JOSÉ HA DE RECOGERSE EN LA TIERRA DE AMÉRICA

Hemos considerado las profecías de Jeremías referentes al recogimiento de los judíos en el país de su herencia en Palestina. Tornemos ahora nuestra atención a lo que el mismo profeta vio y predijo concerniente al recogimiento de José, y a quien se dio la tierra de América como herencia:

Porque habrá día en que clamarán los guardas en el monte de Efraín: Levantaos, y subamos a Sión, a Jehová nuestro Dios.

Porque así ha dicho Jehová: Regocijaos en Jacob con alegría, y dad voces de júbilo a la cabeza de naciones; haced oír, alabad, y decid: Oh Jehová, salva a tu pueblo, el remanente de Israel.

He aquí yo los hago volver de la tierra del norte, y los reuniré de los fines de la tierra, y entre ellos ciegos y cojos, la mujer que está encinta y la que dio a luz juntamente; en gran compañía volverá acá.

Irán con lloro, mas con misericordia 108 haré volver, y los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán; porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito.

Oíd palabra de Jehová, oh naciones, y hacedlo saber en las costas que están lejos, y decid: El que esparció a Israel los reunirá y guardará, como el pastor a su rebaño.

Porque Jehová redimió a Jacob, lo redimió de mano del más fuerte que él.

Y vendrán con gritos de gozo en lo alto de Sión, y correrán al bien de Jehová, al pan, al vino, al aceite, y al ganado de las ovejas y de las vacas; y su alma será como huerto de riego, y nunca más tendrán dolor.

Entonces la virgen se alegrará en la danza, los jóvenes y los viejos juntamente; y cambiaré su lloro en gozo, y los consolaré, y los alegraré de su dolor.

Y el alma del sacerdote satisfaré con abundancia, y mi pueblo será saciado de mi bien, dice Jehová. (Jeremías 31:6-14.)

Si se entiende debidamente, hallamos que el profeta Jeremías escribió aquí parte de la historia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días aproximadamente 2500 años antes que se verificara; y aun cuando sumamente breve, es exacta.

Habrían de clamar “los guardas en el monte de Efraín: Levantaos y subamos a Sión, a Jehová nuestro Dios”. Esto no tiene que ver con Judá, pues el profeta dice más adelante: “Porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito.”

En el capítulo siete indicamos que se quitó la primogenitura a Rubén, el primero de los doce hijos de Israel, y se dio a José, de quien pasó a su hijo Efraín. (Véase 1 Crónicas 5:1-2.) Por consiguiente, éste iba a ser un recogimiento de los descendientes de José y Efraín “a Sión, a Jehová nuestro Dios”.

“Regocijaos en Jacob con alegría.” ¿Por qué? Porque el día de su redención estaba cerca.

“Dad voces de júbilo a la cabeza de naciones.” En 1846, los élderes de esta Iglesia fueron enviados a la Gran Bretaña, a los países escandinavos, Alemania, etc., las naciones principales o “cabeza de naciones” en esa época, y congregaron a muchos conversos en Nauvoo, Illinois. El profeta Jeremías entendía que se iba a dar a los descendientes de José una tierra nueva en los confines “de los collados eternos”. (Génesis 49:22-26; Deuteronomio 33: 13-17.)

LOS SANTOS DE LOS ULTIMOS DÍAS CUMPLEN LA PROFECÍA DE JEREMÍAS

Una compañía grande iba a venir, y con ella los “ciegos y cojos, la mujer que está encinta y la que dio a luz juntamente”, e “irán con lloro, mas con misericordia los haré volver”. Cerca de veinte mil Santos de los Ultimos Días fueron arrojados de Nauvoo, y con ellos los “ciegos y cojos y la mujer que está encinta”. No abandonaron sus hermosas casas por su propia voluntad, sino que salieron “con lloro”; y el Señor “con misericordia” los guié como había prometido hacerlo.

“Los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán.” En su viaje desde Nauvoo, por el gran desierto americano, hasta el valle del Gran Lago Salado, los santos caminaron cerca de 960 kilómetros a lo largo del río North Platte, “junto a arroyos de aguas”, como Jeremías lo había previsto.

“Y vendrás, y harán alabanzas en lo alto de Sión.” El Coro del Tabernáculo, de 375 voces, se organizó poco después de la llegada de los santos al Valle de Lago Salado.

Este coro transmite un programa semanal por radio, televisión, y grabaciones desde Salt Lake City que se difunden por todo el mundo. También ha dado conciertos en los Estados Unidos y en muchos otros países del orbe.

Y esto representa sólo una parte de las “alabanzas en lo alto de Sión”.

“Y correrán al bien de Jehová, al pan, al vino, al aceite y al ganado de las ovejas y de las vacas.” Comparemos esta promesa con la bendición pronunciada por Moisés sobre la tribu de José, al referirse a la tierra que ésta iba a poseer:

*A José dijo: Bendita de Jehová sea tu tierra, con lo mejor de los cielos, con el rocío,
y con el abismo que está abajo.*

Con los más escogidos frutos del sol,

Con el rico producto de la luna,

Con el fruto más fino de los montes antiguos,

Con la abundancia de los collados eternos,

Y con las mejores dádivas de la tierra y su plenitud... (Deuteronomio 33: 18-16.)

(Véase también la bendición de Jacob a José: Génesis 49:22-26.)

Es fácil creer que la tierra de José habría de ser “escogida sobre todas las demás”, como lo indica el Libro de Mormón si uno se fija en la manera en que Moisés describe la tierra y sus bendiciones. Uno puede ver el cumplimiento literal de estas predicciones al viajar entre los Santos de los Ultimos Días en los valles de las Montañas Rocosas.

Continuemos nuestro análisis de la profecía de Jeremías: “Y nunca más tendrán dolor. Entonces la virgen se alegrará en la danza, los jóvenes y los viejos juntamente; y cambiaré su lloro en gozo, y los consolaré, y los alegraré de su dolor.” Para entender lo pleno que ha sido el cumplimiento de estas palabras, uno sólo tenía que asistir a las reuniones de testimonios de los

santos después de su llegada a los valles de las Montañas Rocosas, y oírlos expresar su gratitud al Señor por haberlos llevado hasta allí, y luego asistir a sus bailes y ver cómo se holgaban en la danza “los jóvenes y los viejos”. Casi sin excepción, todo barrio o rama o congregación de los Santos de los Últimos Días tiene un salón de recreo contigua a la capilla, donde los mozos y los viejos se huelgan juntos en la danza, y donde disfrutaban de otras actividades que se llevan a cabo. Ciertamente el Señor ha tornado su lloro en gozo y los ha consolado y alegrado de su dolor.

“Y el alma del sacerdote satisfará con abundancia, y mi pueblo será saciado de mi bien.” Aun cuando no se paga a los miembros del sacerdocio de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días por sus servicios, y miles de ellos se han despedido de sus familias por dos años o más para obrar como misioneros entre las naciones de la tierra, costeadando sus propios gastos y sin recibir remuneración de la Iglesia, sin embargo, sienten dentro de su corazón que son los sacerdotes mejor pagados de todo el mundo por motivo del gozo y satisfacción que el Señor pone dentro de su alma, los cuales sería imposible comprar con dinero. De modo que El ha saciado el alma del sacerdote con grosura y ha dejado a su pueblo satisfecho con su bien.

¿En qué otra parte del mundo, y en cuál de todos los anales de la historia, se puede hallar el cumplimiento de esta profecía de Jeremías? Quizá vio más, al proclamar su profecía, que todas las cosas que se han cumplido; pero uno difícilmente podría esperar un cumplimiento más literal que en el recogimiento de los Santos de los Últimos Días en los valles de las Montañas Rocosas en estos postreros días.

LAS PROFECÍAS DE ISAÍAS CONCERNIENTES A ISRAEL EN LOS ÚLTIMOS DÍAS

Consideremos en seguida las profecías de Isaías respecto del recogimiento de Israel en los postreros tiempos. Ya nos hemos referido a la visita del ángel Moroni a José Smith, cuando le citó el undécimo capítulo de Isaías, diciendo que estaba a punto de cumplirse:

Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isai, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes...

Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que Jehová alzará otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo.

Y levantará pendón a las naciones, y juntará tos desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra. (Isaías 11:10-12.)

De la lectura de estos pasajes, claramente se desprende que Isaías se estaba refiriendo al recogimiento de la posteridad de José que fue dispersada entre las naciones gentiles, así como el recogimiento de “los esparcidos de Judá.” Y lo que el Señor hiciera en este respecto sería por “pendón a los pueblos”:

Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.

Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. (Isaías 2:2-8.)

LA CASA DEL SEÑOR SE HA ESTABLECIDO EN LO ALTO DE LOS MONTES

Solamente los que se han asociado con la Iglesia en esta dispensación pueden entender lo literalmente que se ha cumplido esta profecía. A fin de poder disfrutar del privilegio de recibir las ordenanzas selladoras que se efectúan en “la casa del Dios de Jacob”, los santos se han congregado de las varias naciones de la tierra a las cuales los misioneros han llevado el mensaje del evangelio revelado del Señor Jesucristo: y ahora vemos que se están edificando templos en muchas de esas naciones. La ley del Señor está saliendo de Sión, así como por último tendrá que salir “de Jerusalén la palabra de Jehová”.

Este establecimiento de “la casa de Jehová” en lo alto o “cabeza de los montes” y este recogimiento de todas las naciones en ella iban a preceder los juicios del Señor, a los cuales seguirá una época en la que “no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra”. (Isaías 2:4.) Todos tenemos la esperanza de que se esté aproximando el día en que se realizará la condición que Isaías predijo. Por lo menos, sabemos que aún no se ha cumplido.

LA INVENCION DE NUEVOS MEDIOS DE TRANSPORTE ACELERA EL RECOGIMIENTO DE ISRAEL

Isaías pareció indicar que el recogimiento se llevaría a cabo en la época del ferrocarril y el aeroplano:

Alzará pendón a naciones lejanas, y silbará al que está en el extremo de la tierra; y he aquí que vendrá pronto y velozmente.

No habrá entre ellos cansado, ni quien tropiece; ninguno se dormirá, ni le tomará sueño; a ninguno se le desatará el cinto de los lomos, ni se le romperá la correa de sus sandalias.

Sus saetas estarán afiladas, y todos sus arcos entesados; los cascos de sus caballos parecerán como de pedernal, y las ruedas de sus carros como torbellino.

Su rugido será como de león; rugirá a manera de leoncillo, crujirá los dientes, y arrebatará la presa; se la llevará con seguridad, y nadie se la quitará. (Isaías 5:26-29.)

Por no conocerse en aquellos días tales cosas como trenes y aeroplanos, Isaías difícilmente pudo haberlas llamado por su nombre, pero parece que las describió en palabras inequívocas. ¿En qué otra manera podían “los cascos de sus caballos” parecer “como de pedernal, y las ruedas de sus carros como torbellino” sino en el tren moderno? ¿En qué mejor manera podía ser “su rugido... como de león”, que en el estruendo del aeroplano? Ni los trenes ni los aeroplanos cesan de andar por causa de la noche. ¿No tuvo, pues, Isaías razón en decir: “No habrá entre ellos cansado, ni quien tropiece; ninguno se dormirá ni le tomará sueño; a ninguno se le desatará el cinto de los lomos, ni se le romperá la correa de sus sandalias”? Por estos medios de transporte, el Señor efectivamente “silbará al que está en el extremo de la tierra; y he aquí que vendrá pronto y velozmente”.

Isaías también entendió que este recogimiento sería en las montañas, y que el Señor causaría que el yermo se alegrara y floreciera como la rosa. Causa admiración, en este respecto, observar el papel que el agua ha desempeñado en el cultivo del desierto, al cual se recogerá Israel en los últimos días, como los profetas lo describieron:

Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa.

Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura de Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro.

Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán.

Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad.

El lugar seco se convertirá en estanque y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos...

V los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido. (Isaías 35:1,2, 5-7, 10.)

Esto se ha cumplido, por lo menos en parte. El yermo se ha gozado y florecido como la rosa. Se han “cavado” aguas “en el desierto” (pozos artesianos) y “torrentes en la soledad” (acequias para el riego); y “los redimidos de Jehová” han vuelto y han venido a Sión “con alegría y gozo perpetuo sobre sus cabezas”.

Isaías continuó su descripción del recogimiento de Israel y del cultivo del desierto, en estos términos:

No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré.

Diré al norte: Da acá; y al sur: No detengas; trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra,

todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice.

He aquí que yo hago cosa nueva: pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad.

Las fieras del campo me honrarán, los chacales y los pollos del avestruz; porque daré aguas en el desierto, ríos en la soledad, para que beba mi pueblo, mi escogido.

Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará. (Isaías 43:5-7, 19-21.)

¿SE HAN CUMPLIDO LAS PROFECÍAS MEDIANTE EL RIEGO ARTIFICIAL?

“He aquí que *yo hago cosa nueva.*” ¿Qué es esta cosa nueva que el Señor anuncia por boca de Isaías?

¿No podría ser una de estas cosas nuevas el importante sistema de riego que, inspirados por el Señor, sus siervos enseñaron a su pueblo al entrar en los valles de las montañas, con lo que pudieron cumplirse sus promesas de hacer que el yermo se gozara y floreciera como la rosa, y fueran “cavadas aguas en el desierto y torrentes en la soledad”? Las grandes acequias de riego que facilitan el cultivo de miles y decenas de miles de hectáreas de terreno que de otro modo sería estéril son mayores que muchos ríos.

Aun las bestias del campo y los chacales y los pollos del avestruz honrarían al Señor “porque daré aguas en el desierto, ríos en la soledad, para que beba mi pueblo, mi escogido”. Así pues, cuando el Señor hiciera esta cosa nueva, sería para el bien de su pueblo, su escogido, porque dijo: “Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará.” Lo que el Señor ha hecho con esta cosa nueva ha bendecido a su pueblo, su escogido, con tanta prosperidad que ha podido mandar a la mayor parte de sus hombres, viejos y jóvenes, a misiones entre la gente de todas las naciones para testificar de la restauración del evangelio en esta dispensación.

Indudablemente esto era lo que el Señor tenía dispuesto que se llevara a cabo cuando declaró: “Este pueblo he creado para mí; *mis alabanzas publicará.*” Son los “pescadores” y “cazadores” mencionados por Jeremías, a quienes el Señor dijo que enviaría para cazar a Israel “por todo monte, y por todo collado, y por las cavernas de los peñascos.” (Jeremías 16:14-16.)

El profeta Isaías dijo además:

En las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de ¿os valles; abriré en el desierto estanques de aguas y manaderos de aguas en la tierra seca.

Daré en el desierto cedros, acacias, arrayanes y olivos; pondré en la soledad cipreses, pinos, y bojes juntamente,

para que vean y conozcan, y adviertan y entiendan todos, que la mano de Jehová hace esto, y que el Santo de Israel lo creó. (Isaías 41:18-20.)

“En las alturas abriré ríos.” Esto tal vez se refiere a las presas que se construyen en los desfiladeros para detener las aguas de la nieve derretida, a fin de poder usarse para regar durante el verano.

“Y fuentes en medio de los valles”. El que ha visto los pozos artesianos que se han perforado en los valles áridos puede entender esta parte de la profecía. Todos estos cumplimientos de las profecías han cambiado en tal forma el desierto, que ha sido posible plantar varias especies de árboles que de lo contrario no podrían crecer.

“Para que vean y conozcan, y adviertan y entiendan todos, que la mano de Jehová hace esto, y que el Santo de Israel lo creó.” De modo que todo esto puede considerarse como la obra del Santo de Israel para el beneficio de su pueblo que sería congregado en los postreros días.

EL DESIERTO HA FLORECIDO COMO LA ROSA

El Señor debe haber intervenido mucho en el desarrollo de esta región occidental, porque cuando Brigham Young y los pioneros se dirigían al Valle del Lago Salado, encontraron a Jim Bridger, cazador y explorador de aquella época, el cual les dijo: “Señor Young, daría mil dólares por saber que puede cultivarse una mazorca de maíz en la Gran Cuenca.” (Véase *Discourses of Brigham Young*, pág. 481.)

Aun en 1843, tres años antes del éxodo de Nauvoo, la opinión de la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos era que todo el territorio de las Montañas Rocosas no valía ni un “polvo de rapé”. Así se expresó el senador George H. McDuffie de la Carolina del Sur, en la cámara del senado ese año. Refiriéndose a la colonización de Oregón, dijo:

¿Quiénes son los que irán allá, siguiendo la línea de puestos militares, para tomar posesión de la única parte del territorio que vale la pena ocupar, esa porción que se encuentra a la orilla del mar, una faja de tierra de menos de ciento sesenta kilómetros de anchura? Decidme, señores, ¿de qué servirá esto para fines agrícolas? Con tal objeto, no daría ni un polvo de rapé por todo el

territorio. Pluguiése a Dios que no fuéramos los dueños. (Congressional Globe, 17º Congreso, 3ª sesión, págs. 198-201.)

Más o menos en la época en que el senador McDuffie se expresó de este modo, el profeta José Smith hizo la siguiente declaración:

Profeticé que los santos seguirían padeciendo mucha aflicción, y que serían expulsados hasta las Montañas Rocosas; que muchos apostatarían, otros morirían a manos de nuestros perseguidores, o por motivo de los rigores de la intemperie o las enfermedades; y que algunos de ellos vivirían para ir y ayudar a establecer colonias y edificar ciudades, y ver a los santos llegar a ser un pueblo fuerte en medio de las Montañas Rocosas. (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 811.)

En vista de que el Señor pudo hacer que tan inservible terreno, como lo describió el senador McDuffie, floreciera como la rosa, y hacer que los santos se convirtieran en un “pueblo fuerte en medio de las Montañas Rocosas”, ciertamente han de considerarse como acontecimientos mayores aún que cuando el Señor partió las aguas del Mar Rojo en la antigüedad e hizo que Israel pasara a pie enjuto.

A la luz de estas profecías bíblicas, parece perfectamente lógico que en “la restauración de todas las cosas” (Hechos 3:12), Moisés fuese enviado por el Padre para restaurar las llaves del recogimiento de Israel, pues ciertamente esto, en sí mismo, constituye una obra maravillosa y un prodigio.

Ahora bien, deseamos preguntar: ¿Por qué hicieron los profetas estas profecías si no hemos de esperar su cumplimiento? ¿Se han cumplido ya? Si se han de cumplir, ¿cuándo y dónde y por cuál pueblo, sino el de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días? Debemos recordar las palabras de Pedro:

Tenernos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien de estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones;

entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo. (2 Pedro 1:19-21.)

De manera que toca a nosotros el privilegio y responsabilidad de anunciar al que sinceramente busca la verdad, que muchas de estas profecías se han cumplido y otras están a punto de cumplirse como parte de la gran dispensación evangélica de los últimos días.

Los profetas del Libro de Mormón entendían el valor de las profecías de Isaías, y sabían que le sería concedido al pueblo del Señor entenderlas el día en que fuesen cumplidas:

Porque los eternos designios del Señor han de seguir adelante, hasta que se cumplan todas sus promesas.

Escudriñad las profecías de Isaías... (Mormón 8:22-23.)

procedo con mi propia profecía, de acuerdo con mi claridad, en la que sé que nadie puede errar; sin embargo, en los días que se cumplan las profecías de Isaías, en la época que se realicen, los hombres sabrán de seguro.

Por tanto, son de valor a los hijos de los hombres; y a los que suponen que no lo son, yo hablaré más particularmente, y limitaré mis palabras a mi propio pueblo; porque sé que serán de gran valor para ellos en los postreros días, porque entonces las entenderán; por consiguiente, es para su bien que las he escrito. (2 Nefi 25: 7-8.)

Una vez más repetimos que el profeta José Smith recibió todo esto de las revelaciones que el Señor le concedió, así como del profeta Moisés que fue enviado a él con las llaves de esta gran dispensación de recogimiento. Tomamos la Biblia para mostrar que concuerdan con ella las verdades que de este modo se han revelado.

Según la afirmación del comentador, al cual nos referimos en el primer capítulo, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, al anunciar que el profeta Moisés ha vuelto con una comunicación de Dios, tiene el mensaje de mayor importancia que puede divulgarse al mundo.

CAPÍTULO 17

LA VENIDA DE ELÍAS

Nos hemos referido anteriormente a la ocasión en que los profetas Moisés y Elías visitaron a José Smith y Oliverio Cowdery en el Templo de Kirtland, el 3 de abril de 1836. Sobre lo que aconteció después de esta visita de Moisés, el profeta José Smith escribió:

Después de esto, apareció Elías y entregó la dispensación del evangelio de Abraham, diciendo que en nosotros y en nuestra descendencia serían bendecidas todas las generaciones después de nosotros. (D. y C. 110:12.)

Por motivo de la fidelidad de Abraham, el Señor le confirió una bendición grande y lo escogió como su representante sobre la tierra. Este convenio fue que todos aquellos que recibieran el evangelio desde esa época en adelante serían llamados su “descendencia”, bien fuesen sus hijos literales o los que hubiesen aceptado la verdad y fueran contados entre sus hijos por adopción. Dicho convenio se halla con mayor claridad en la Perla de Gran Precio que en el Génesis, y dice así:

Jehová es mi nombre, y conozco el fin desde el principio; por lo tanto, te cubriré con mi mano.

V haré de ti una nación grande y te bendeciré sobremanera, y engrandeceré tu nombre entre todas las naciones, y serás una bendición a tu descendencia después de ti, para que en sus manos lleven este ministerio y sacerdocio a todas las naciones.

V las bendeciré mediante tu nombre; pues cuantos reciban este evangelio serán llamados por tu nombre; y serán considerados como tu descendencia, y se levantarán y te bendecirán como padre de ellos;

y bendeciré a los que te bendijeren, y maldeciré a los que te maldijeren; y en ti (es decir, en tu sacerdocio) y en tu descendencia (es decir, tu sacerdocio), pues te prometo que en ti continuará este derecho, y en tu descendencia después de ti (es decir, la descendencia literal, o sea la descendencia corporal) serán bendecidas todas las familias de la tierra, sí, con las bendiciones del evangelio, que son las bendiciones de salvación, sí, de vida eterna. (Abraham 2:8-11.)

De modo que la comisión de “la dispensación del evangelio de Abraham” entregada por el profeta Elías fue de gran importancia en la realización completa de las promesas de Jehová a la posteridad de Abraham y a los que fuesen contados entre sus hijos por adopción, a causa de haber aceptado el evangelio.

ELÍAS Y EL ESPÍRITU DE ELÍAS

Por motivo de lo que dijo Jesús concerniente a Juan el Bautista, cuando éste envió a dos de sus discípulos a preguntar al Cristo: “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperamos a otro?” (Mateo 11:3), algunos han enseñado que Juan y Elías son la misma persona. Analicemos la afirmación de Jesús tocante a este asunto:

Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta.

Porque éste es de quien está escrito:

He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz,

El cual preparará tu camino delante de ti.

V si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir. (Mateo 11:9-10, 14.)

El Señor aclaró este asunto al profeta José Smith cuando le explicó que uno que es enviado a preparar el camino es “un Elías”, no el Profeta Elías, sino un aparejador del camino. Así pues, Juan el Bautista fue, en ese sentido, un Elías, un precursor enviado a “barrer camino a Jehová”. (Isaías 40:3.)

Esta explicación concuerda en todo respecto con la declaración del ángel a Zacarías, cuando le fue prometido que Elisabet, su esposa, daría a luz un hijo que sería llamado Juan: *V tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento...*

V hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos.

E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. (Lucas 1:14, 16-17.)

De manera que el ángel del Señor indicó que Juan iría delante de Jesucristo “con un espíritu y virtud de Elías”, y así lo hizo; mas no fue el profeta de ese nombre que con Moisés y Elías el Profeta les aparecieron a José Smith y Oliverio Cowdery en el Templo de Kirtland el día 3 de abril de 1836. Esto recibe corroboración adicional por el hecho de que Juan el Bautista previamente apareció a José Smith y Oliverio Cowdery el 15 de mayo de 1829, y les confirió el Sacerdocio Aarónico.

En agosto de 1830, casi seis años antes de la visita de Elías al Templo de Kirtland, el Señor, en una revelación dada al profeta José Smith, hizo referencia a la importancia de las llaves que poseía Elías:

He aquí, así me parece sabio; por tanto, no os maravilléis, porque la hora viene cuando beberé del fruto de la vid con vosotros en la tierra; y con Moroni, a quien he enviado para revelaros el Libro de Mormón, que contiene la plenitud de mi evangelio eterno; y a quien he dado las llaves de los anales del palo de Efraín;

y también con Elías, a quien he dado las llaves de llevar a cabo la restauración de todas las cosas concernientes a los últimos días, que se han declarado por boca de todos los santos profetas desde el principio del mundo;

y también con Juan, hijo de Zacarías, a quien él (Elías) visitó y prometió que tendría un hijo cuyo nombre sería Juan, y que éste sería lleno del Espíritu de Elías. (D. y C. 27:5-7.)

ELÍAS EL PROFETA, JUAN Y ELÍAS SON PERSONAS DISTINTAS

Muchos creen que este Elías y Juan el Bautista y Elías el Profeta son la misma persona. Por revelaciones del Señor dadas al profeta José Smith, así como por la aparición personal de estos tres grandes profetas a José Smith y Oliverio Cowdery, ha desaparecido toda incertidumbre y falta de entendimiento, porque ahora sabemos que cada uno es persona separada y distinta, y profeta del Señor.

Por consiguiente, no se obtuvo esta información tan solamente por leer la Biblia, sino mediante la visita de estos tres profetas a la tierra en ésta, la “dispensación del cumplimiento de los tiempos”. Fue otro paso hacia el cumplimiento de las palabras del apóstol Pedro, que el cielo deberá retener a Cristo “hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”. (Hechos 3:21.)

CAPÍTULO 18

LA IGLESIA VERDADERA ES UNA IGLESIA DE MISIONEROS

Las afirmaciones de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días son de naturaleza tal, que se precisa proclamar al mundo las cosas que el Señor mismo ha revelado desde el cielo, así como por medio de profetas antiguos que han venido a esta tierra y entregado las llaves de sus dispensaciones al profeta José Smith. De otra manera, ¿cómo puede el mundo saber estas cosas? ¿Cómo puede Israel esparcido volver a los países de su herencia? ¿Cómo puede predicarse el evangelio a todo el mundo por testimonio antes que venga el fin?

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?

¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! (Romanos 10:14-15.)

Es evidente que Pablo entendía que el Señor iba a enviar “predicadores” o misioneros para enseñar a la gente del mundo las cosas que El quería que supieran. El Apóstol también sabía que estos predicadores no podrían nombrarse a sí mismos, porque pregunta: “¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?”

La magnitud de esta responsabilidad se entenderá un poco mejor si nos referimos nuevamente a la visión de San Juan el Teólogo concerniente al restablecimiento del evangelio en estos postreros días:

Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas.” (Apocalipsis 4:1.)

Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. (Apocalipsis 14:6.)

Cuando le fueron mostradas “las cosas que sucederán después de estas”, Juan vio que “el evangelio eterno” (y no puede haber otro evangelio) sería traído a la tierra por un ángel que volaría por en medio del cielo, y que sería predicado “a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo”. De modo que ni se pasará por alto ni se omitirá a ninguno de los habitantes de la tierra. ¡Qué responsabilidad y tarea tan tremenda! Sin embargo, cuando el Señor tiene una obra que hacer, siempre provee los medios para realizarla. Así los dispuso en el restablecimiento del evangelio en ésta, la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos por conducto del profeta José Smith.

La importante obra misional de esta Iglesia se lleva a cabo, en muchos casos, a costa de grandes sacrificios. Los hombres han dejado a sus esposas e hijos en casa para pasar más de dos años, como promedio, en el campo de la misión, ya en los Estados Unidos, las naciones de la tierra o las islas del mar. Muchos hombres han cumplido tres, cuatro o más misiones. Algunos han permanecido hasta diez años a la vez en la obra de la misión —y han hecho todo esto costeadando sus propios gastos, con la ayuda que pueden recibir de su familia y amigos, pero sin recibir dinero por sus servicios. Los misioneros no escogen la misión en la que han de servir, sino que van dispuestamente adonde se los llame. Hoy en día la mayoría de misioneros sirven de dieciocho meses a dos años. Los que van a lugares donde se hablan idiomas diferentes al del misionero, la misión incluye una “misión de lenguas” que consiste en un período de entrenamiento intensivo de idiomas. Muchos de los misioneros, tanto jóvenes hombres y mujeres así como matrimonios de mayor edad, han abrigado desde niños la aspiración de algún día ser misioneros. A menudo han servido en las fuerzas armadas de su país o asistido a la universidad antes de gustosamente aceptar este llamamiento del Señor. Es el testimonio universal de estos

misioneros, al retornar a sus seres queridos, que el tiempo que pasaron como misioneros,- dando testimonio de la restauración del evangelio en estos últimos días, así como de la veracidad del Libro de Mormón y del llamamiento divino del profeta José Smith, ha sido el más feliz de su vida.

Cuando uno se convierte a la verdad por los esfuerzos de un misionero, el converso, a su vez, desea ser misionero para retribuir, hasta cierto punto, el nuevo gozo que viene a él por haberse convertido a la verdad. De manera que son pocos los hogares de los miembros de esta Iglesia que no han contribuido a la gran causa misional, y muchos de estos hogares tienen la distinción de que el padre, todos sus hijos y con frecuencia sus hijas, han sido misioneros de la Iglesia.

LA VOZ DE AMONESTACIÓN A TODO PUEBLO

El 1 de noviembre de 1831, el Señor dio una revelación especial al profeta José Smith, a la que El mismo dio por título “Mi prefacio al libro de mis mandamientos” (D. y C. 1:6):

Escuchad, oh pueblo de mi iglesia, dice la voz de aquel que mora en las alturas, y cuyos ojos están sobre todos los hombres; sí, de cierto digo: Escuchad, pueblos lejanos; y vosotros los que estáis sobre las islas del mar, oíd juntamente.

Porque, en verdad, la voz del Señor se dirige a todo hombre, y no hay quien escape; ni habrá ojo que no vea, ni oído que no oiga, ni corazón que no sea penetrado...

V la voz de amonestación irá a todo pueblo por boca de mis discípulos, a quienes he escogido en estos últimos días.

E irán y no habrá quien los detenga, porque yo, el Señor, los he mandado.

V de cierto os digo, que a los que salgan para llevar estas nuevas a los habitantes de la tierra, les será dado poder para sellar, tanto en la tierra como en el cielo, al incrédulo y al rebelde;

sí, en verdad, sellarlos para el día en que la ira de Dios será derramada sin medida sobre los malvados;

para el día en que el Señor venga a recompensar a cada hombre según sus obras, y medir a cada cual con la medida con que midió a su prójimo.

Por tanto, ¿a voz del Señor habla hasta los extremos de la tierra, para que oigan todos los que quieran oír:

Preparaos, preparaos para ¿o que ha de venir, porque el Señor está cerca;

y la ira del Señor esta encendida, y su espada se embriaga en el cielo y caerá sobre los habitantes de la tierra.

V será revelado el brazo del Señor; y vendrá el día en que aquellos que no oyeren la voz del Señor, ni la voz de sus siervos, ni prestaren atención a las palabras de los profetas y apóstoles, serán desarraigados de entre el pueblo para que la plenitud de mi evangelio sea proclamada por los débiles y sencillos hasta los cabos de la tierra, y ante reyes y gobernantes. (D. y C. 1:1-2, 4-5, 8-14, 23.)

Se verá pues, que con la restauración del evangelio y el establecimiento de su Iglesia en esta dispensación, el Señor declara que el Evangelio ha de ser llevado al mundo entero, incluso a las islas del mar; que “la voz del Señor se dirige a todo hombre, y no hay quien escape”; que sus siervos, aun cuando salgan en su debilidad, tendrán el poder para “sellar tanto en la tierra como en el cielo”; que han de ser enviados a proclamar: “Preparaos, preparaos para lo que ha de venir, porque el Señor está cerca”. De modo que tenemos el privilegio de vivir en el día de la preparación del reino para el advenimiento del Rey.

En febrero de 1829, antes de la organización de la Iglesia, el Señor, en una revelación dada al profeta José Smith, le hizo saber de la obra maravillosa que estaba a punto de aparecer, y de la preparación que sus siervos necesitarían adquirir a fin de calificarse para la obra:

He aquí, una obra maravillosa está para aparecer entre los hijos de los hombres.

Por tanto, oh vosotros que os embarcáis en el servicio de Dios, mirad que le sirváis con todo vuestro corazón, alma, mente y fuerza, para que aparezcáis sin culpa ante Dios en el último día. De modo que, si tenéis deseos de servir a Dios, sois llamados a la obra; pues mirad el campo, blanco esta ya para la siega; y he aquí, quien mete su hoz con su fuerza atesora para sí, de modo que no perece, sino que trae salvación a su alma;

y fe, esperanza, caridad y amor, con la única mira de glorificar a Dios, lo califican para la obra.

Tened presente la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la bondad fraternal, piedad, caridad, humildad, diligencia.

Pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá. Amén. (D. y C. Sec. 4.)

En otra revelación dada en junio de 1829, el Señor dijo:

Así que, sois llamados a proclamar el arrepentimiento a este pueblo.

V si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis, aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!

Ahora, si vuestro gozo será grande con un alma que me hayáis traído al reino de mi Padre, ¡cuán grande no será vuestro gozo si me trajereis muchas almas! (D. y C. 18:14-16.)

El 9 de febrero de 1831, el Señor dio una revelación sobre la obra misional a algunos de los élderes de la Iglesia por medio del profeta José Smith:

Escuchad, oh él eres de mi iglesia, que os habéis congregado en mi nombre, a saber, Jesucristo el Hijo del Dios viviente, el Salvador del mundo; por cuanto creéis en mi nombre y guardáis mis mandamientos.

De nuevo os digo, estad atentos, y escuchad y obedeced la ley que os daré.

Porque de cierto os digo, que por cuanto os habéis juntado según el mandamiento que os di, y estáis de acuerdo tocante a esta cosa, y habéis pedido al Padre en mi nombre, así también recibiréis.

He aquí, de cierto os digo, que os doy este primer mandamiento de que salgáis en mi nombre, cada uno de vosotros, con excepción de mis siervos José Smith, hijo, y Sidney Rigdon...

V saldréis por el poder de mi Espíritu, de dos en dos, predicando mi evangelio en mi nombre, alzando vuestras voces como si fuera con el son de trompeta, declarando mi palabra cual ángeles de Dios.

V saldréis y bautizaréis con agua, diciendo: Arrepentíos, arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acercado. (D. y C. 42:1-4, 6-7.)

Desde ese día hasta el tiempo actual, los élderes de la Iglesia han salido “de dos en dos” como los mandó el Señor. También aclaré en esta misma revelación que ninguno saldrá a predicar su evangelio a menos que sea ordenado:

Asimismo, os digo que a ninguno le será permitido salir a predicar mi evangelio o edificar mi iglesia, a menos que sea ordenado por alguien que tenga autoridad, y sepa la iglesia que tiene autoridad, y que ha sido debidamente ordenado por las autoridades de la iglesia. (D. y C. 42:11.)

El Señor dio instrucciones de que todo aquel que ha sido amonestado amoneste a su prójimo:

He aquí, os envié para testificar y amonestar al pueblo, y conviene que todo hombre que ha sido amonestado, amoneste a su prójimo.

Por tanto, quedan sin excusa, y sus pecados descansan sobre su propia cabeza. (D. y C. 88:81-82.)

El Señor dio muchas otras instrucciones y enseñanzas (la mayoría de ellas se encuentran en Doctrina y Convenios) a los élderes de su Iglesia con respecto a la gran responsabilidad que yace sobre los hombros de los que llevan el mensaje del evangelio a todos los habitantes de la tierra.

El profeta Nefi, que vivió en el continente americano unos 600 años antes de Cristo, tuvo el privilegio de ver nuestro día y la comunicación de la historia de su pueblo (el Libro de Mormón) a los gentiles en los postreros tiempos:

Y bienaventurados aquellos que procuren establecer a mi Sión en aquel día, porque tendrán el don y el poder del Espíritu Santo; y si perseveran hasta el fin, serán exaltados en el último día y se salvarán en el reino eterno del Cordero; y los que publiquen la paz, sí, nuevas de gran gozo, ¡cuán bellos serán sobre las montañas! (1 Nefi 13:3-7.)

Ninguna otra iglesia, sino la que Jesús estableció en el Meridiano de los Tiempos, ha emprendido jamás una obra misional de tanta responsabilidad, llevando el evangelio de Jesucristo a “toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo”, como lo ha hecho La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Los misioneros de esta Iglesia van de puerta en puerta, de ciudad en ciudad y de nación en nación, cumpliendo con las instrucciones que han recibido del Señor mediante el restablecimiento del evangelio. Lo han estado haciendo desde la organización de la Iglesia. Continuarán en ello hasta que Jesucristo, que es el cabeza de la Iglesia, venga en las nubes del cielo para reclamar su reino.

SE PREDICA EL REINO DE DIOS

Jesús dio a sus discípulos las señales de su segunda venida y del fin del mundo:

“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.” (Mateo 24:14.)

Entendía claramente la necesidad de predicar el evangelio a todas las naciones, y también sabía que sólo a base de grandes sacrificios se lograría, pues así lo indican sus propias palabras:

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

Porque todo el que quiera salvar su vida, ¿a perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. (Lucas 9:28-24.)

Leemos más adelante en el mismo capítulo:

Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas.

Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. (Lucas 9:57-58.)

En otras palabras, parece que Jesús deseaba aclarar a este hombre y a todos los que quisieran seguirlo en el ministerio en el futuro (y concluimos que por tal razón esta palabra llegó a ser escritura), que no tenía nada que ofrecerles en lo que concernía a compensación monetaria, ni siquiera un lugar donde reclinar la cabeza.

Y dijo a otro: Sígueme. El le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre.

Jesús te dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de Dios.

Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa.

Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios. (Lucas 9:59-62.)

Es decir, Jesús quería que entendiesen que nada debía estorbar la predicación del reino de Dios, ni el ir a sepultar uno a sus muertos, ni las despedidas.

Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir.

Y les decía: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. (Lucas 10:1-2.)

Por lo anterior nos enteramos cuán grande es la cosecha y cuán pocos los obreros. No obstante, los hombres deben ser “designados” y “enviados”: no pueden designarse y enviarse a sí

mismos. El los envió de “dos en dos”. Esta es la manera en que los misioneros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días han obrado desde la organización de la misma.

Entonces Jesús impartió instrucciones a los setenta concernientes a su obra como misioneros: cómo habían de viajar, lo que debían llevar consigo, lo que habían de decir, indicándoles lo que debían de hacer al entrar en una casa sobre la cual “su paz” reposara:

Y posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den; porque el obrero es digno de su salario. No os paséis de casa en casa.

En cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios. (Lucas 10:7-9.)

De estas palabras del Maestro se han valido los ministros de las iglesias para justificarse a sí mismos por predicar por dinero, “porque el obrero es digno de su salario”. Pero debe observarse que Jesús explica claramente que este salario consiste en aceptar alimento y hospedaje de aquellos a quienes se predica el evangelio del reino, mientras se va de casa en casa como misionero.

Jesús continuó:

El que a vosotros Oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió.

Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. (Lucas 10:16-17.)

Se observará que “volvieron los setenta con gozo”, y lo mismo se puede decir de los cientos de miles de misioneros de esta dispensación que han sido “designados” y “enviados” con el mensaje del evangelio restaurado a las naciones de la tierra.

Consideremos ahora por un momento la organización de las iglesias de nuestros días. ¿Qué disposiciones han tomado para que sea “predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones”? (Mateo 24:14.) Si alguna secta tiene la verdad, no sólo es necesario que enseñe esa verdad a las naciones paganas, como algunas intentan hacer de un modo sumamente débil, sino que debe enseñar esa verdad a los miembros de otras sectas también, porque todos debemos llegar “a la unidad de la fe.

para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.” (Efesios 4: 13-14.)

Todo hombre verídico debe admitir que el cristianismo así llamado de la actualidad no ha llegado “a la unidad de la fe”. ¿Ha fracasado Cristo? ¿Ha cambiado sus doctrinas? ¡No! Antes han sido los hombres quienes las han cambiado.

Aún llegará el día que el Señor recomendó a sus discípulos que pidieran en oración: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (véase Mateo 6:10). Pero tal día no podría venir sin que el Señor enviara a sus siervos por todo el mundo a predicar el evangelio eterno “a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo”. (Apocalipsis 14:6.)

Consideremos cuál sería la influencia ejercida en el mundo por las iglesias que profesan ser cristianas si todos sus ministros fuesen debidamente llamados de Dios y estuviesen enseñando las mismas doctrinas y trabajando en unión para establecer su reino.

En sus instrucciones a los miembros de la Iglesia en Corinto, el apóstol Pablo dijo:

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. (1 Corintios 1:10.)

Es evidente que los ministros cristianos, así llamados, de esta época se han apartado muy lejos de las enseñanzas de Pablo en este respecto. No es extraño pues, que se confundan las naciones paganas cuando se les ofrece el cristianismo.

En vista de que la administración del sacerdocio parece pertenecer a José, hijo de Jacob, y su descendencia, no fue sino propio que el evangelio, incluso el sacerdocio, fuese restaurado en estos postreros días a uno de los descendientes de José. Hagamos referencia a la profecía de Moisés sobre José:

*Como el primogénito de su toro es su gloria, Y sus astas como astas de búfalo;
Con ellas acorneará a los pueblos juntos hasta los fines de la tierra;
Ellos son los diez millares de Efraín,
Y ellos son los millares de Manasés. (Deuteronomio 33:17.)*

La promesa de Moisés se ha estado cumpliendo por más de ciento cincuenta años. La posteridad de José, bajo una nueva dispensación del sacerdocio de Dios, ha estado recogiendo o trayendo a “los pueblos juntos hasta los fines de la tierra; ellos son los diez millares de Efraín, y ellos son los millares de Manasés”. Se notará, por tanto, que para esto se precisa un extenso programa misional. Nos preguntamos si al tiempo en que Moisés hizo esta profecía había algún lugar en todo el mundo que pareciera estar más cerca de “los fines de la tierra” que los montes de Efraín: los valles de las Montañas Rocosas.

En nuestro estudio del recogimiento de Israel se hizo referencia a la profecía de Jeremías, en la que éste indicó que el recogimiento de Israel en los postreros tiempos sobrepujaría en gran manera la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, y que esto se efectuaría únicamente por medio de un extenso programa misional:

He aquí que yo envío muchos pescadores, dice Jehová, y los pescarán, y después enviaré muchos cazadores, y los cazarán por todo monte y por todo collado, y por las cavernas de los peñascos. (Jeremías 16:16.)

Cuando el Señor llama a sus siervos y los hace sus “pescadores” y “cazadores”, verdaderamente hace algo por ellos que ningún ser mortal puede llevar a cabo por su propio poder. Son llamados para ir “con el espíritu y virtud de Elías”, como Juan el Bautista en la antigüedad, porque son enviados a preparar el camino para la venida del Señor.

TODA NACIÓN OIRÁ LA PALABRA DEL SEÑOR

Después de la crucifixión y resurrección de Jesús, y poco antes de su ascensión, la última comisión que dio a sus discípulos fue:

*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;
enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén. (Mateo 28:19-20.)*

Jesús nunca ha abrogado esta instrucción ni su promesa. De modo que cuando la Iglesia de Jesucristo está sobre la tierra, con la autoridad para officiar en su nombre, esta promesa acompañará a los que son enviados a doctrinar a todas las gentes. Nadie está mejor capacitado para testificar de la verdad de este hecho que los misioneros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Podría escribirse muchos libros sobre la asombrosa manera en que los misioneros han sido sostenidos durante su ministerio. En su obra de reunir a los esparcidos de Israel, les ha sido preparado el camino para que puedan ser dirigidos a los investigadores sinceros de la verdad, porque efectivamente han sido enviados a “pescarlos” y “cazarlos” de todo monte, y “por todo collado, y por las cavernas de los peñascos”. (Jeremías 16:16.)

Para ilustrar la manera en que el Salvador ha cumplido su promesa, “he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”, citarnos de una visión que el profeta José Smith recibió en el Templo de Kirtland el jueves 21 de enero de 1836:

Vi a los Doce Apóstoles del Cordero, que en la actualidad se hallan sobre la tierra y tienen las llaves de este último ministerio. Estaban en países extranjeros y los vi juntos en un círculo, muy fatigados, sus vestidos hechos pedazos, sus pies hinchados y la mirada fija en el suelo; y Jesús estaba en medio de ellos, mas no lo vieron. El Salvador los miró y lloró.

También vi al hermano McLellin en el sur, de pie sobre un monte, rodeado de una multitud grande a la que estaba predicando. Uno que estaba cojo se hallaba delante de él, sosteniéndose sobre sus muletas. Las arrojó de sí a su palabra, y saltó como corzo por el gran poder de Dios. También vi al hermano Brigham Young en un sitio desconocido, muy lejos al sur y al oeste, en un lugar desértico, sobre una roca en medio de unos doce hombres de color cobrizo y de aspecto hostil. Les estaba predicando en su propio idioma, y el ángel de Dios se hallaba arriba de su cabeza con una espada desenvainada en la mano para protegerlo, mas él no lo vio. (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 125.)

Al amparo de esta eficaz promesa, la gran obra misional de esta Iglesia se va realizando en la tierra con un ímpetu cada vez mayor. El número de misioneros va en aumento, y continuará aumentando hasta que los reinos de este mundo lleguen a ser el reino de nuestro Dios, y Cristo venga para tomar posesión de su reino como lo han declarado los profetas.

El programa misional de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es uno de los movimientos y empresas espirituales más grandes que este mundo jamás ha conocido. El profeta José Smith no recibió esta grande comisión por leer las Escrituras, sino por las revelaciones del Señor en ésta, la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos.

Por consiguiente, a los que son enviados en su nombre en esta dispensación se extiende la misma promesa que Jesús declaró a los setenta en la antigüedad:

El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió. (Lucas 10:16.)

CAPÍTULO 19

DIFERENCIAS FUNDAMENTALES ENTRE LA SALVACIÓN Y LA EXALTACIÓN

UN CIELO Y UN INFIERNO

Uno de los errores más grandes que encontramos en las enseñanzas de las religiones cristianas es la doctrina de un cielo y un infierno. Esto quiere decir que todos los que van al cielo reciben igual gloria, y los que son consignados al infierno, la misma condenación.

Este concepto ha causado que muchos opinen que aun cuando sus vidas no son todo lo que deberían ser, son tan buenos como los demás, o mejores, y por tanto, creen que les irá bien. Si esta doctrina es verdadera, es obvio que debería establecerse una línea, y cuanto más se acercaran a ella, sería tanto menor la diferencia o distinción entre aquellos que podrían cruzar la línea y entrar en el cielo, y los que, apartándose un poco, tendrían que ser enviados al infierno. Esta doctrina carece de la fuerza para impulsar o alentar a los hombres a hacer lo mejor que puedan, antes les enseña a satisfacerse haciendo lo que hacen los demás. No estima de mayor valía a aquello que sobrepuja una devoción y obediencia medianas a los mandamientos del Señor, ni tampoco al desarrollo del talento de la persona y su útil dedicación al servicio de El.

EN EL CIELO HAY MUCHAS MANSIONES O GRADOS

Jesús enseñó a sus discípulos:

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.” (Juan 14:2.)

Si no hubiera más que un cielo, y todos los que entraran allí recibiesen la misma gloria, cuán inconsecuente sería que Jesús mencionara ir a preparar un lugar para sus discípulos, y luego añadiera: “En la casa de mi Padre *muchas* moradas hay.”

En vista, pues, de que hay muchas mansiones o moradas en la casa de su Padre, conviene que les demos alguna consideración.

El apóstol Pablo nos informa que conoció a un hombre en Cristo que fue arrebatado hasta el *tercer cielo*. Leyendo cuidadosamente estos pasajes, se aclara el hecho de que Pablo mismo fue ese hombre:

Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo.

V conozco al tal hombre, (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar. (2 Corintios 12:2-4.)

Por supuesto, no puede haber un tercer cielo, a menos que haya un primero y un segundo. Tenemos, pues, estos tres cielos, un paraíso y un infierno, de que tanto se habla en las Escrituras, con lo cual son cinco lugares, por lo menos donde podemos ir después de la muerte.

El apóstol Pablo hace una descripción sumamente notable de la resurrección:

V hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales.

Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria.

Así también es la resurrección de los muertos... (1 Corintios 15:40-42.)

¿Puede ser más claro? Hay una gloria como el sol, o la gloria celestial; otra gloria como la luna, o la gloria terrestre; y otra gloria semejante a las estrellas o, según veremos, la gloria

telestial; y como una estrella es diferente de otra en gloria, “así también es la resurrección de los muertos”. Esto nos hace saber que en la resurrección las multitudes más numerosas serán semejantes a las estrellas de los cielos; y así como sus obras han sido diferentes en cuanto a importancia y fidelidad aquí en la tierra, así también diferirá su condición en la resurrección, en igual manera en que las estrellas del cielo difieren en gloria.

LA GLORIA CELESTIAL

Cuando Pablo vio esta visión del tercer cielo y del paraíso, declaró que “oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar”. No hallamos dónde él haya descrito detalladamente lo que vio en esta visión, porque no le fue permitido “expresar” lo que vio. Esta visión de Pablo tampoco nos hace saber las cualidades necesarias para darle a uno el derecho de obtener o alcanzar los varios cielos o el paraíso. Sin embargo, se revelaron estas condiciones a José Smith el Profeta y a Sidney Rigdon, en Hiram, Estado de Ohio, el 16 de febrero de 1832. Al Profeta le fue permitido escribir mucho de lo que vio. Recomendamos la lectura de esta revelación entera conocida como “La Visión”, contenida en la sección 76 de Doctrina y Convenios, de la que citamos lo siguiente:

Nosotros, José Smith, hijo, y Sidney Rigdon, estando en el Espíritu el día dieciséis de febrero, del año mil ochocientos treinta y dos, fueron abiertos nuestros ojos e iluminados nuestros entendimientos por el poder del Espíritu, al grado de poder ver y comprender las cosas de Dios, aun aquellas cosas que existieron desde el principio, antes que el mundo fuese, las cuales el Padre decretó por medio de su Hijo Unigénito, que estaba en el seno del Padre aun desde el principio,

de quien damos testimonio, y el testimonio que damos es la plenitud del evangelio de Jesucristo, que es el Hijo, a quien vimos y con el cual conversamos en la visión celestial...

V otra vez testificamos, porque vimos y oímos, y éste es el testimonio del evangelio de Cristo concerniente a los que saldrán en la resurrección de los justos:

Estos son los que recibieron el testimonio de Jesús, y creyeron en su nombre, y fueron bautizados según la manera de su sepultura, siendo se 'pultados en el agua en su nombre; y esto de acuerdo con el mandamiento que él ha dado,

de que por guardar los mandamientos pudiesen ser lavados y limpiados de todos sus pecados, y recibir el Espíritu Santo por la imposición de las manos del que es ordenado y sellado para ejercer este poder;

y son quienes vencen por ¿a fe, y son sellados por el Santo Espíritu de la promesa, que el Padre derrama sobre todos los que son justos y fieles.

Estos son los que constituyen la iglesia del Primogénito.

Son aquellos en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas;

son sacerdotes y reyes que han recibido de su plenitud y de su gloria;

y son sacerdotes del Altísimo, según el orden de Melquisedec, que fue según el orden de Enoc, que fue según el orden del Hijo Unigénito.

De modo que, como esta escrito, son dioses, sí, los hijos de Dios.

Por consiguiente, todas las cosas son suyas, sea vida o muerte, o cosas presentes o cosas futuras, todas son suyas, y ellos son de Cristo y Cristo es de Dios.

V vencerán todas las cosas.

Por tanto, nadie se gloríe en el hombre, más bien gloríese en Dios, el cual subyugará a todo enemigo debajo de sus pies.

Estos morarán en la presencia de Dios y su Cristo para siempre jamás.

Estos son los que él traerá consigo cuando venga en las nubes del cielo para reinar en la tierra sobre su pueblo.

Son los que tendrán parte en la primera resurrección.

Son quienes saldrán en la resurrección de los justos.

Son los que han venido al monte de Sión y a la ciudad del Dios viviente, el lugar celestial, el más santo de todos.

Son los que se han allegado a una hueste innumerable de ángeles, a la asamblea general e iglesia de Enoc y del Primogénito.

Son aquellos cuyos nombres están escritos en el cielo, donde Dios y Cristo son los jueces de todo.

Son hombres justos hechos perfectos mediante Jesús, el mediador del nuevo convenio, que obró esta perfecta expiación derramando su propia sangre.

Estos son aquellos cuyos cuerpos son celestiales, cuya gloria es la del sol, sí, la gloria de Dios, el más alto de todos, de cuya gloria está escrito que tiene como tipo el sol del firmamento. (D. y C. 76:11-14; 50-70.)

LA GLORIA TERRESTRE

V además, vimos el mundo terrestre, y he aquí, éstos son los de lo terrestre, cuya gloria se distingue de la gloria de los de la iglesia del Primogénito que han recibido la plenitud del Padre, así como la de la luna difiere del sol en el firmamento.

He aquí, éstos son los que murieron sin ley;

y también los que son los espíritus de los hombres encerrados en prisión, a quienes el Hijo visitó y predicó el evangelio, para que pudieran ser juzgados según los hombres en la carne; quienes no recibieron el testimonio de Jesús en la carne, mas después lo recibieron.

Estos son los hombres honorables de la tierra que fueron cegados por las artimañas de los hombres.

Son los que reciben de su gloria, mas no de su plenitud.

Son los que reciben de la presencia del Hijo, mas no de la plenitud del Padre.

Por consiguiente, son cuerpos terrestres y no son cuerpos celestiales, y difieren en gloria como la luna difiere del sol.

Estos son aquellos que no son valientes en el testimonio de Jesús; así que, no obtienen la corona en el reino de nuestro Dios.

V éste es el fin de la visión que vimos de lo terrestre, que el Señor nos mandó escribir mientras todavía estábamos en el Espíritu. (D. y C. 76:71 -80.)

LA GLORIA TELESTIAL

V además, vimos la gloria de lo telestial, la gloria de lo menor, así como la gloria de las estrellas difiere de la gloria de la luna en el firmamento.

Estos son los que no recibieron el evangelio de Cristo ni el testimonio de Jesús.

Son los que no niegan al Espíritu Santo.

Son aquellos que son arrojados al infierno.

Son éstos los que no serán redimidos del diablo sino hasta la última resurrección, hasta que el Señor, Cristo el Cordero, haya cumplido su obra.

Son los que no reciben de su plenitud en el mundo eterno, sino del Espíritu Santo por medio de la ministración de lo terrestre;

y lo terrestre, por la ministración de lo celestial.

V lo telestial también lo recibe por el ministerio de ángeles que son designados para ministrar por ellos, o que son nombrados para ser sus espíritus ministrantes; porque serán herederos de la salvación.

V así vimos en la visión celestial la gloria de lo telestial, que sobrepaja toda comprensión; y ningún hombre la conoce sino aquel a quien Dios la ha revelado. (D. y C. 76:11-14, 50-90.)

DEFINICIÓN DE LOS VARIOS GRADOS DE GLORIA

Se observará que *todos* los que heredaren *cualquiera de las glorias* que acabamos de describir “serán herederos de la salvación”. Así lo expresa el versículo 88. Pero qué diferencia tan grande como la que hay entre la gloria o luz del sol y la luna, o entre la luna y las estrellas.

Sin embargo, debemos recordar que solamente aquellos que “son los que constituyen la iglesia del Primogénito” son herederos del reino celestial, según el versículo 54; y son los “que él traerá consigo cuando venga en las nubes de los cielos para reinar en la tierra sobre su pueblo” (versículo 63), y “los que tendrán parte en la primera resurrección” (versículo 64; véase también D. y C. 45:54).

De modo que el evangelio va a ser predicado a toda criatura a fin de que todo aquel que quiera pueda obtener la gloria celestial.

El Profeta continúa describiendo la diferencia que hay en estas glorias:

Y así vimos la gloria de lo terrestre que excede la gloria de lo telestial en todas las cosas, sí, en gloria, en poder, en fuerza y en dominio.

Y así vimos la gloria de lo celestial que sobrepuja todas las cosas; donde Dios, el Padre, reina en su trono para siempre jamás;

ante cuyo trono todas las cosas se inclinan en humilde reverencia, y te rinden gloria para siempre jamás.

Los que moran en su presencia son la iglesia del Primogénito; y ven como son vistos, y conocen como son conocidos, habiendo recibido de su plenitud y de su gracia;

y él los hace iguales en poder, en fuerza y en dominio.

Y la gloria de lo celestial es una, así como la gloria del sol es una.

Y la gloria de lo terrestre es una, así como es una la gloria de la luna.

Y la gloria de lo telestiale8 una, (I,8í como la gloria de las estrellas es una; porque como una estrella es diferente de otra en gloria, así difieren uno y otro en gloria en el mundo telestial;

porque éstos son los que dicen ser de Pablo, y de Apolos, y de Cefas.

Son los que declaran ser unos de uno y otros de otro, unos de Cristo y otros de Juan, algunos de Moisés y otros de Elías, unos de Esaías y otros de Isaías y otros de Enoc;

mas no recibieron el evangelio, ni el testimonio de Jesús, ni a los profetas, ni el convenio sempiterno.

En fin, todos éstos son los que no serán reunidos con los santos para ser arrebatados con la iglesia del Primogénito y recibidos en la nube.

Estos son los mentirosos y los hechiceros, adúlteros y fornicarios, y quienquiera que ama y obra mentira.

Son los que padecen la ira de Dios en la tierra.

Son los que padecen la venganza del fuego eterno.

Son aquellos que son arrojados al infierno, y padecen la ira de Dios Todopoderoso hasta el cumplimiento de los tiempos, cuando Cristo haya subyugado a todo enemigo debajo de sus pies y haya perfeccionado su obra;

cuando entregue el reino y lo presente sin mancha al Padre, diciendo: He vencido y pisado, yo solo, el lagar, sí, el lagar del furor de la ira del Dios Omnipotente.

Entonces será coronado con la corona de su gloria, para sentarse sobre el trono de su potencia y reinar para siempre jamás.

Mas he aquí, vimos la gloria y los habitantes del mundo telestial, y eran tan innumerables como las estrellas en el firmamento del cielo, o como las arenas en las playas del mar;

y oímos la voz del Señor decir: Todos éstos doblarán la rodilla, y toda lengua confesará al que se sienta sobre el trono para siempre jamás;

*porque serán juzgados de acuerdo con sus obras, y cada hombre recibirá, conforme a sus propias obras, su dominio correspondiente en las mansiones que están preparadas;
y serán siervos del Altísimo; mas a donde Dios y Cristo moran no podrán venir, por los siglos de los siglos.*

Este es el fin de la visión que vimos, que se nos mandó escribir mientras estábamos aún en el Espíritu.

Pero grandes y maravillosas son las obras del Señor y los misterios de su reino que él nos enseñó, los cuales sobrepujan toda comprensión en gloria, en poder y en dominio,

los cuales nos mandó no escribir mientras estábamos aún en el Espíritu, y no es lícito que el hombre los declare;

ni tampoco es el hombre capaz de darlos a conocer, porque sólo se ven y se comprenden por el poder del Espíritu Santo que Dios confiere a ¿os que lo aman y se purifican ante él; a quienes concede este privilegio de ver y conocer por sí mismos,

para que por el poder y la manifestación del Espíritu, mientras estén en la carne, puedan aguantar su presencia en el mundo de gloria.

V a Dios y al Cordero sean la gloria, la honra y el dominio para siempre jamás. Amén. (D. y C. 76:91-119.)

LOS HIJOS DE PERDICIÓN

En esta visión el Señor también indicó quiénes son los hijos de Perdición:

V esto también vimos, de lo cual damos testimonio, que un ángel de Dios, que tenía autoridad delante de Dios, el cual se rebeló en contra del Hijo Unigénito, a quien el Padre amaba y el cual estaba en el seno del Padre, fue arrojado de la presencia de Dios y del Hijo, y fue llamado Perdición, porque los cielos lloraron por él; y era Lucifer, un hijo de la mañana.

V vimos; y he aquí, ¡ha caído, un hijo de la mañana ha caído!

V mientras nos hallábamos aún en el Espíritu, el Señor nos mandó que escribiésemos la visión; porque vimos a Satanás, la serpiente antigua, sí, el diablo, que se rebeló contra Dios y procuró usurpar el reino de nuestro Dios y su Cristo;

por tanto, les hace la guerra a los santos de Dios, y los rodea por todos lados.

V vimos una visión de los sufrimientos de aquellos a quienes hizo ¿a guerra y venció, porque la voz del Señor vino a nosotros en estas palabras:

Así dice el Señor concerniente a todos los que conocen mi poder, y del cual han participado, a causa del poder del diablo se dejaron vencer, y niegan la verdad y desafían mi poder.

Estos son los hijos de perdición, de quienes digo que mejor hubiera sido para ellos no haber nacido;

porque son vasos de ira, condenados a padecer la ira de Dios con el diablo y sus ángeles en la eternidad;

concerniente a los cuales he dicho que no hay perdón en este mundo ni en el venidero, habiendo negado al Espíritu Santo después de haberle recibido, y habiendo negado al Unigénito del Padre, crucificándolo para sí mismos y exponiéndolo a vituperio.

Estos son los que irán al lago de fuego y azufre, con el diablo y sus ángeles,

y los únicos sobre quienes tendrá poder alguno la segunda muerte;

sí, en verdad, los únicos que no serán redimidos en el debido tiempo del Señor, después de padecer su ira. (D. y C. 76:25-38.)

Comentando esta visión gloriosa, una de las de mayor inspiración y luz jamás reveladas por el Señor a sus profetas con su permiso para escribirla, el profeta José Smith declara:

Nada podría dar mayor gozo a los santos, tratándose del orden del reino del Señor, que la luz que bañó al mundo por medio de la visión anterior. Toda ley, todo mandamiento, toda promesa, toda verdad y todo punto relacionado con el destino del hombre, desde el Génesis

hasta el Apocalipsis, donde la pureza de las Escrituras no ha sido manchada por la insensatez de los hombres, manifiestan la perfección de la teoría (de los diferentes grados de gloria en la vida futura), y dan testimonio del hecho de que ese documento es una transcripción de los anales del mundo eterno. La sublimidad de las ideas; la pureza del lenguaje; el campo de acción; la duración continua para la consumación, a fin de que los herederos de la salvación confiesen al Señor y doblen la rodilla; los premios por la obediencia y los castigos por los pecados sobrepujan de tal manera los estrechos pensamientos de los humanos, que todo hombre justo se ve constreñido a exclamar: “Vino de Dios.” (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 6.)

TODOS SON HEREDEROS DE LA SALVACIÓN

Cuando por medio de esta visión se entiende que aquellos que hereden aun cuando fuere la gloria telectual “serán herederos de la salvación”, es fácil entender este axioma de los Santos de los Últimos Días: “Salvación sin exaltación es condenación.” No obstante, el profeta José Smith dice de las glorias del mundo telectual: “Y así vimos en la visión celestial la gloria de lo telectual, que sobrepuja toda comprensión; y ningún hombre la conoce sino aquel a quien Dios la ha revelado.” (D. y C. 76:89-90.) ¡Cómo será, entonces, la gloria y la salvación ‘del reino celestial! Se ha dado el evangelio de Jesucristo a fin de preparar a los hombres para la gloria celestial.

La información comprendida en esta visión aclara estos pasajes de la Biblia:

Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. (Apocalipsis 20:12-13.)

En vista pues, de que todo hombre va a ser juzgado según sus obras, aun los que están en el infierno, nos es más fácil entender la “justicia” de Dios, porque de otra manera no podría ser justo. También nos permite entender cómo puede una persona recibir una gloria como la del sol mientras que otra recibe una gloria como la de la luna, y muchas otras, una gloria como la de las estrellas, y sin embargo, reconocer que Dios es justo. También entendemos con mayor facilidad estas palabras de Jesús:

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella;

porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan. (Mateo 7:13-14.)

El apóstol Pablo entendía que todo hombre ha de recibir de acuerdo con sus obras:

No os engaños: Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.

Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.

No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. (Gálatas 6:7-9.)

El mismo escritor también explica lo que es “justo juicio de Dios”:

Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios;

el cual pagará a cada uno conforme a sus obras:

vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia;

tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente, y también el griego,

pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego;

porque no hay acepción de personas para con Dios. (Romanos 2:5-11.)

Ninguna otra manera de juzgar podría ser justa. Ciertamente Dios “pagará a cada uno conforme a sus obras”. Ni aun Dios puede recompensar a un hombre por lo que no hace.

SALVACIÓN POR LA GRACIA

A muchos les es muy difícil entender algunas de las enseñanzas del apóstol Pablo, pues como Pedro lo dice:

V tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. (2 Pedro 3:15-16.)

Teniendo presente, pues, la advertencia de Pedro de que algunos de los escritos de Pablo son “difíciles de entender”, pasemos a lo que éste enseña sobre la “gracia”:

Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),

y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús,

para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:5-9.)

Es obvio que ninguna de nuestras obras o cosa que hagamos puede afectar la gracia de Dios, que es un don gratuito. Esto, sin embargo, no altera el hecho de que, como acabamos de citar de las epístolas de Pablo, “el justo juicio de Dios... pagará a cada uno conforme a sus obras”.

¿Qué, pues, es esta “gracia” por la que somos salvos, según el apóstol Pablo; salvos “no por obras, para que nadie se gloríe”?

La gracia representa lo que Jesús hizo por nosotros, cosas que de ninguna manera podríamos haber hecho por nosotros mismos, entre las cuales están comprendidas:

1. El creó esta tierra sobre la cual tenemos el privilegio de vivir y adquirir experiencia. (Véase Juan 1:1-14.)

2. Expió la transgresión de nuestros primeros padres, por causa de la cual vino la muerte al mundo, y de este modo trajo la resurrección de la tumba o la reunión de nuestro cuerpo y espíritu mediante la resurrección. (Véase 1 Corintios 15:22.)

3. Por habernos dado su evangelio eterno, “vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9).

Todos estos dones gloriosos, y muchos más que se podrían mencionar, recibimos por su “gracia” como dones gratuitos, “no por obras para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9).

No obstante, para obtener estas “gracias”, y el don de “eterna salvación”, debemos recordar que este don es únicamente para “todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9).

La conclusión del apóstol Pablo sobre este asunto es terminante:

No os engañéis: Dios no puede ser burlado: que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. (Gálatas 6:7.)

Por ejemplo, tomemos al agricultor. No importa cuánto terreno sea de él, no puede esperar recoger una cosecha sin plantar. Sin embargo, cuando el agricultor ha preparado su tierra, sembrado su semilla, cultivado y regado la tierra y ha recogido la cosecha, ¿merece él todo el crédito? Hizo todo el trabajo y tiene el derecho de segar lo que sembró; y el resultado de sus esfuerzos será su galardón. No obstante, por mucho que haya trabajado el agricultor, no pudo

haber segado su cosecha únicamente como el resultado de sus propios esfuerzos, pues hay que tomar en consideración otros factores:

1. ¿Quién le proveyó el suelo fértil?
2. ¿Quién puso el germen de vida en las semillas que plantó?
3. ¿Quién hizo que el sol calentara la tierra, y que las semillas germinaran y crecieran?
4. ¿Quién causó que cayera la lluvia y regara las plantas que estaban creciendo?

El agricultor no podría haber hecho ninguna de estas cosas o haberse proveído de ellas.

Representan el don gratuito de la gracia, y sin embargo, el agricultor segará como sembró.

Tanto los ministros como los legos han interpretado en forma muy errada las palabras de Pablo. Los predicadores han enseñado sin reparo que la salvación es tan fácil de obtener “como coser y cantar” (frase con que se expresó un ministro prominente al autor), y que la salvación viene por confesar oralmente que se cree en Cristo, aun cuando esta creencia no vaya acompañada de la obediencia a sus mandamientos ni de obras de justicia. Desde luego, esta doctrina no concuerda con la verdad.

Fue contra tal interpretación de las Escrituras que Pedro amonestaba cuando dijo: “. . . las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición”. (2 Pedro 3:16.)

Muchos son los que de esta manera han sido desviados, y se han conformado con hacer una confesión oral de fe, “para su propia perdición”.

El enemigo de toda justicia no podría frustrar más eficazmente los propósitos del Maestro y su evangelio que por persuadir a todos los hombres a creer que todas las bendiciones que el Señor, mediante su gracia, ha preparado para sus hijos, pueden obtenerse por confesar verbalmente que El es el Cristo. Hemos indicado que aquellos cuya gloria será de lo telestial, o semejante a la de las estrellas, serán herederos de la salvación. No obstante, debemos tener presente que el evangelio de Jesucristo no se ha dado únicamente para la salvación de los hombres, sino también para su exaltación. Esa gloria que se ha comparado con la gloria del sol es a la que deben aspirar todos los que aman la verdad.

LA EXALTACIÓN DEPENDE DE LAS BUENAS OBRAS

La explicación anterior de la gracia, como don gratuito de Dios que no se obtiene por obras, contrapuesta a la obediencia al evangelio, nos ayudará a entender debidamente los siguientes pasajes:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. (Mateo 7:21.)

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.

Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.

Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;

y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina. (Mateo 7:24-27.)

Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. (Mateo 16:27.)

El apóstol Santiago explica la importancia de ser “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores”:

Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?

V si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día,

y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?

Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.

Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.

¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? (Santiago 1:22; 2:14-20.)

Santiago enseña claramente que no es suficiente creer en Dios, pues aun los diablos creen, y añade “que la fe sin obras es muerta”. Bien podría el agricultor creer que puede recoger una cosecha sin sembrar. Esta clase de fe es muerta: no se puede producir una cosecha si no hay obras.

Recordemos la parábola del sembrador propuesta por Jesús:

“Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno.” (Mateo 13:8.)

También esta otra parábola:

Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.

A uno dio cinco talentos, y al otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. (Mateo 25:14-15.)

Cuando el señor de aquellos siervos volvió para hacer cuentas con ellos, el que recibió cinco talentos había ganado otros cinco; y el que recibió dos talentos también había ganado otros dos. A éstos su señor les dijo:

“Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.” (Mateo 25:21.)

Mas al que no había recibido sino un talento y fue y lo escondió, su señor le dijo:

Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí.

Por tanto, debías haber dado mi dinero a los ban queros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses.

Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos.

Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.

V al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. (Mateo 25:26-30.)

Cuán inútil es la fe de uno sin sus obras. ¡Qué recompensa tan gloriosa está reservada para aquellos que ponen a trabajar los talentos que reciben!

Cuán inconsecuente es el concepto de que todos los que hacen bien reciben el mismo galardón, y todos los que hacen mal son castigados en la misma forma. Sería sumamente difícil establecer la línea de demarcación entre uno y otro. De ahí, la necesidad de “muchas moradas” en el reino de nuestro Padre, donde cada uno recibirá según sus obras.

SE DEFINE LA SALVACIÓN

Un ministro del evangelio le hizo esta pregunta al autor: “¿Puede un hombre ser salvo antes que muera, o ha de morir para poder ser salvo?”

La respuesta fue: “Si me explica qué entiende por salvación, procuraré contestar su pregunta.”

La experiencia ha mostrado al autor que muy pocos cristianos tienen un concepto preciso de lo que es la salvación, aparte de librarse del fuego eterno; y este ministro parecía estar completamente incapacitado para explicar qué cosa es salvación.

El autor le hizo ver que si no nos hubiésemos hecho dignos de venir a esta tierra antes de haber nacido, y de este modo poder tomar cuerpos sobre nosotros, habríamos sido desterrados del cielo con Satanás, pues él se llevó consigo a una tercera parte de los espíritus. (Véanse Judas, versículo 6; Apocalipsis 12:7-12; 12:4.)

También indicó que nos vamos salvando cada día de nuestras vidas, porque a medida que aprendamos las leyes de Dios y las obedezcamos, hasta ese grado nos libraremos de las consecuencias de la ley violada, y esto nos da el derecho de recibir las bendiciones que dependen de la obediencia a la ley divina. Citaremos los siguientes pasajes de las Escrituras modernas para establecer esta verdad:

Hay una ley, irrevocablemente decretada en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre la cual todas las bendiciones se basan;

y cuando recibimos una bendición de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa. (D. y C. 130:20-21.)

V a cada reino se ha dado una ley; y para cada ley también hay ciertos límites y condiciones.

Todos los seres que no se sujetan a esas condiciones no son justificados. (D. y C. 88:38-39.)

Porque todos los que quieran recibir una bendición de mi mano han de obedecer la ley que fue decretada para tal bendición, así como con sus condiciones, según fueron instituidas desde antes de la fundación del mundo. (D. y C. 132:5.)

“Es imposible que el hombre se salve en la ignorancia.” (D. y C. 131:6.) Así puede uno ver, que aun cuando “donde no hay ley, tampoco hay transgresión” (Romanos 4:15), es a la vez “imposible que el hombre se salve en la ignorancia”. Por consiguiente, uno debe conocer la ley a fin de hacerse digno de recibir un galardón por obedecerla y poder librarse de las consecuencias de una ley violada, a pesar de que puede ser perdonado por transgredir, cuando no se le ha dado ninguna ley. De manera que según continuamos nuestra investigación a fin de conocer y entender las leyes de Dios y obedecerlas, aumentamos con ello la medida de nuestra salvación o exaltación.

El autor explicó también al reverendo caballero que en vista de nuestra creencia en el progreso eterno, y en que el hombre no puede ser salvo sino al paso que adquiere conocimiento, la salvación para los Santos de los Últimos Días no es un fin en sí misma sino una manera de proceder, ya que jamás cesaremos de ganar conocimiento.

El ministro de referencia contestó que jamás había oído una explicación tan razonable. Nosotros tenemos este conocimiento mediante las revelaciones que el Señor dio al profeta José Smith en ésta, la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos.

Todos serán juzgados “según sus obras” (Apocalipsis 20:12), por lo cual será menester que se preparen lugares adecuados para las almas de todos los hombres. De ahí, la afirmación de Jesús: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay.” (Juan 14:2.) El evangelio de Jesucristo provee un plan por medio del cual los hombres no sólo pueden salvarse, sino también ganar su exaltación en el reino celestial “en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio”. (Romanos 2:16.)

CAPÍTULO 20

¿DE DÓNDE VIENE EL HOMBRE?

EL HOMBRE EN EL MUNDO ESPIRITUAL

Una de las verdades más hermosas que se han revelado al hombre mediante la restauración del evangelio en esta dispensación, y que arroja mucha luz sobre una multitud de asuntos, es el conocimiento de que todos los hombres vivieron con Dios y su Hijo Jesucristo en el mundo espiritual antes de venir aquí a la tierra.

Esta doctrina nueva, y a la vez antigua, se describe hermosamente en uno de los himnos de los Santos de los Últimos Días que lleva por título “Oh mi Padre” (Himno N° 208), cuya letra es composición de Eliza R. Snow:

Oh mi Padre, Tú que moras en el celestial lugar, ¿cuándo volveré a verte y tu santa faz mirar?

¿Tu morada antes era, de mi alma el hogar?

¿En mi juventud primera, fue tu lado mi altar?

Pues por tu gloriosa mira me hiciste renacer, olvidando los recuerdos de mi vida anterior.

Pero algo a menudo dijo: “Tú errante vas”. Y sentí que peregrino soy de donde Tú estás.

Antes te llamaba Padre sin saber por qué lo fue, mas la luz del evangelio aclaróme el porqué.

¿Hay en cielos Padres solos? Niega la razón así; la verdad eterna muestra Madre hay también allí.

Cuando yo me desvanezca, cuando salga del mortal, Padre, Madre, ¿puedo veros en la corte celestial?

Sí, después que ya acabe cuanto haya que hacer, dad me vuestra santa venia con vosotros a morar.

El 6 de mayo de 1833, en una revelación dada por medio del profeta José Smith, el Señor dijo:

“También el hombre fue en el principio con Dios. La inteligencia, o la luz de verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser.” (D. y C. 93:29.)

Para ilustrar más claramente esta verdad mientras enseñaba a los miembros de la Iglesia, el profeta José Smith tomó un anillo y explicó que si partimos el anillo, tiene un principio y un fin; pero si no se parte, no tiene principio y consiguientemente tampoco puede tener fin. (Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 438.) Asimismo, como la inteligencia del hombre no tuvo principio, tampoco puede tener fin.

UN CONCILIO EN LOS CIELOS

El profeta José Smith nos dio la traducción de unos anales antiguos, ciertos escritos de Abraham mientras éste se hallaba en Egipto, los cuales llegaron a manos de José después de haberse descubierto en las catacumbas de Egipto. El Señor le reveló a Abraham que las inteligencias o espíritus de los hombres existieron con Dios antes que el mundo fuese creado. Se verificó un concilio en los cielos, en el cual se forjó un plan para la creación de la tierra, sobre la cual las inteligencias o espíritus pudieran morar. Este plan también proveía su redención:

Y el Señor me había mostrado a mí, Abraham, las inteligencias que fueron organizadas ante que existiera el mundo; y entre todas éstas había muchas de las nobles y grandes;

y vio Dios que estas almas eran buenas, y estaba en medio de ellas, y dijo: A éstos haré mis gobernantes; pues estaba de pie entre aquellos que eran espíritus, y vio que eran buenos; y me dijo: Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer.

Y estaba entre ellos uno que era semejante a Dios, y dijo a los que se hallaban con él: Descenderemos, pues hay espacio allá, y tomaremos de estos materiales y haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar;

y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare;

y a los que guarden su primer estado les será añadido; y aquellos que no guarden su primer estado no tendrán gloria en el mismo reino con los que guarden su primer estado; y a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás.

V el Señor dijo: ¿A quién enviaré? V respondió uno semejante al Hijo del Hombre: Heme aquí; envíame. V otro contestó, y dijo: Heme aquí, envíame a mí. V el Señor dijo: Enviaré al primero.

V el segundo se enojó, y no guardó su primer estado; y muchos ¿o siguieron ese día. (Abraham 3:22-28.)

Por esto se verá que los espíritus de todos los hombres existieron en el principio con Dios; que algunos se habían distinguido a tal grado que el Señor, al hallarse entre muchos que eran nobles y grandes, dijo: “A éstos haré mis gobernantes”; y a Abraham:

“Tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer.”

Tomemos nota de la promesa del Señor, que “a los que guarden su primer estado les será añadido”. Este primer estado es la vida que tuvimos en el mundo espiritual antes que naciósemos. Abraham fue escogido antes de nacer y, como veremos más adelante, otros también lo han sido.

Reparemos también en sus otras palabras: “Aquellos que no guarden su primer estado no tendrán gloria en el mismo reino con los que guarden su primer estado.” Cuando Dios aceptó la oferta de su Hijo Jesús, “el segundo se enojó, y no guardó su primer estado; y muchos lo siguieron ese día”.

De modo que Satanás y la tercera parte de las huestes del cielo no guardaron su primer estado. Por tanto, fueron lanzados a la tierra y privados de la oportunidad de tomar sobre sí cuerpos terrenales; y así permanecen cuerpos de espíritu únicamente, y así “no tendrán gloria en el mismo reino con los que guarden su primer estado”. El Señor así lo declaró en una revelación que le comunicó al profeta José Smith en septiembre de 1830:

V aconteció que Adán, habiendo sido tentado por el diablo— pues, he aquí, éste existió antes que Adán, porque se rebeló contra mí, diciendo: Dame tu honra, la cual es mi poder; y también alejó de mí a la tercera parte de las huestes del cielo, a causa de su albedrío;

y fueron arrojados abajo, y así llegaron a ser el diablo y sus ángeles. (D. y C. 29:3 6-3 7.)

Es evidente, pues, que los espíritus de todos los hombres existieron en la presencia de Dios antes que este mundo fuese creado, y se consultaron los unos con los otros con respecto a la creación de la tierra sobre la cual ellos iban a morar. Por haberse aceptado el plan de Jesucristo, dándole al hombre su libre albedrío, y por haberse rechazado el plan de Lucifer, éste se rebeló y fue expulsado de los cielos. La tercera parte de los espíritus le siguieron y fueron echados con él, como lo atestiguan las Escrituras.

Es razonable suponer que entre aquellos que permanecieron, había tanta diferencia, con respecto a su fidelidad y diligencia, como la que hallamos entre estos mismos espíritus después que vienen a la tierra. Esto concuerda con la afirmación de Abraham, que Dios estuvo en medio de ellos y dijo:

A éstos haré mis gobernantes; pues estaba de pie entre aquellos que eran espíritus, y vio que eran buenos; y me dijo:

Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer. (Abraham 3:23.)

SATANÁS Y SUS ÁNGELES

Consideremos ahora lo que la Biblia dice concerniente a Satanás y sus ángeles o la tercera parte de los espíritus que fueron echados de los cielos con él:

Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles;

pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo.

Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. (Apocalipsis 12: 7-9.)

Y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó en tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. (Apocalipsis 12:4.)

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día. (Judas, versículo 6.)

¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones...

Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos. (Isaías 14:12, 16.)

Por lo anterior podemos ver que Satanás y sus huestes fueron arrojados a la tierra; que en otro tiempo fueron ángeles, pero por no haber guardado “su primer estado”, llegaron a ser demonios; que Satanás fue *un ser personal* en el mundo espiritual, tan real como cualquiera de los espíritus que han recibido cuerpos por medio de su nacimiento en este mundo.

También el apóstol Pedro conocía esta grande verdad:

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio... (2 Pedro 2:4.)

LOS HIJOS DE DIOS SE REGOCIJARON

El Señor le dio a entender a Job que “se regocijaban todos los hijos de Dios”, mientras se fundaba la tierra. (Job 3 8:7.) De modo que deben haber tenido la habilidad para entender y regocijarse, aun cuando no conocían sino una existencia espiritual:

Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo:

¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?

Ahora ciñe como varón tus lomos; yo te preguntaré, y tú me contestarás.

¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia.

¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel?

¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular,

cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios? (Job 38:1-7.)

El apóstol Pablo entendía este principio, así como el hecho de que el Señor conocía a todos los espíritus de los hombres antes que vivieran sobre la tierra. Por tanto, con toda razón podía hablar de “los límites de su habitación” aquí en la tierra:

Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación. (Hechos 17:26.)

LOS PROFETAS FUERON ESCOGIDOS ANTES DE NACER

Este concepto le señala un propósito a la vida y muestra, por lo menos, quiénes fueron los espíritus “nobles y grandes”, incluso el de Abraham, entre los cuales el Señor estuvo, y a los que también escogió para que fuesen sus príncipes. Indica que pudo haberseles designado a los profetas un tiempo para venir a la tierra a fin de cumplir con la obra que les fue señalada o la misión a la cual se les llamó en el mundo de los espíritus. Nos puede servir como ejemplo el caso del profeta Jeremías, que fue escogido antes de nacer:

Vino pues palabra de Jehová a mí, diciendo:

Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. (Jeremías 1 :4-5.)

El espíritu de José Smith, igual que el de Jeremías, también fue uno de los “nobles y grandes”. El Señor le designó su obra, y lo reservó para que viniera en esta dispensación y fuera por profeta y vidente a las naciones. Por eso es que el Señor llamó a José Smith mientras todavía era joven, porque lo conocía y sabía de su integridad y nobleza.

El profeta Lehi, que vino de Jerusalén a América unos seiscientos años antes de Cristo, explicó esto a José, su hijo:

Ahora te hablo a ti, José, mi postrer hijo. Tú naciste en el desierto de mis aflicciones; sí, tu madre te dio a luz en la época de mis mayores angustias.

Y el Señor te consagre también a ti esta tierra, la cual es una tierra tan preciosa, por herencia tuya y la herencia de tu posteridad con tus hermanos, para vuestra seguridad perpetua, si es que guardáis los mandamientos del Santo de Israel.

Y ahora, José, mi último hijo, a quien he traído del desierto de mis aflicciones, el Señor te bendiga para siempre, porque tu posteridad no será enteramente destruida.

Porque he aquí, tú eres el fruto de mis lomos; y yo soy descendiente de José que fue llevado cautivo a Egipto. Y grandes fueron los convenios que el Señor hizo con José.

Por lo tanto, José realmente vio nuestro día. Y recibió del Señor la promesa de que del fruto de sus lomos Dios el Señor levantaría una rama justa a la casa de Israel; no el Mesías, sino una rama que iba a ser desgajada, mas no obstante, sería recordada en los convenios del Señor de que el Mesías sería manifestado a ellos en los últimos días, con el espíritu de poder, para sacarlos de las tinieblas a la luz; Sí, de la obscuridad oculta y del cautiverio a la libertad.

Porque José en verdad testificó diciendo: El Señor mi Dios levantará a un vidente, el cual será un vidente escogido para los del fruto de mis lomos.

Sí, José verdaderamente dijo: Así me dice el Señor: Levantaré a un vidente escogido del fruto de tus lomos, y será altamente estimado entre los de tu simiente. Y a él daré el mandamiento de que efectúe una obra para el fruto de tus lomos, sus hermanos, la cual será de mucho valor para ellos, aun para llevarlos al conocimiento de los convenios que yo he hecho con tus padres.

Y le daré el mandamiento de que no haga ninguna otra obra, sino la que yo le mande. Y lo haré grande en mis ojos, porque ejecutará mi obra.

Y será grande como Moisés, a quien dije que os levantaría para librar a mi pueblo, ¡oh casa de Israel!

Y levantaré a Moisés para librar a tu pueblo de la tierra de Egipto.

Pero del fruto de tus lomos levantaré a un vidente, y a él daré poder para llevar mi palabra a los de tu descendencia; y no solamente para divulgar mi palabra, dice el Señor, sino para convencerlos de mi palabra que ya se habrá declarado entre ellos.

Por lo tanto, el fruto de tus lomos escribirá, y el fruto de los lomos de Judá escribirá; y lo que escriba el fruto de tus lomos, y también lo que escriba el fruto de los lomos de Judá, crecerán juntamente para confundir las falsas doctrinas, y poner fin a las contenciones, y establecer la paz entre los del fruto de tus lomos, y llevarlos al conocimiento de sus padres en los postreros días, y también al conocimiento de mis convenios, dice el Señor.

Y de la debilidad será hecho fuerte, el día en que mi obra empiece entre todo mi pueblo para restaurarte, oh casa de Israel, dice el Señor.

Y así profetizó José, diciendo: He aquí, el Señor bendecirá a ese vidente, y tos que traten de destruirlo serán confundidos; porque se cumplirá esta promesa que he recibido del Señor tocante al fruto de mis lomos. He aquí, estoy seguro del cumplimiento de esta promesa;

y su nombre será igual que el mío; y será igual que el nombre de su padre. Y será semejante a mí, porque aquello que el Señor lleve a efecto por su mano, por el poder del Señor, guiará a mi pueblo a la salvación. (2 Nefi 3:1-15.)

EL LLAMAMIENTO Y PREORDENACIÓN DE JESÚS

En lo que respecta al llamamiento y nombramiento de Abraham, Jeremías, José Smith e indudablemente muchos otros, el Señor no hizo más que seguir el modelo que había adoptado para su Unigénito Hijo, Jesucristo. Leamos la explicación de Pedro:

Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata,

sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros. (1 Pedro 1 :18-20.)

De manera que Jesús fue llamado y ordenado antes de la fundación del mundo. Fue entonces cuando se preparó y se aceptó el evangelio: aun antes que el hombre fuese puesto sobre la tierra: “En la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos.” (Tito 1:2.)

Aquí tenemos la razón por qué se dice que el evangelio es “el evangelio eterno” (Apocalipsis 14:6), porque fue preparado desde “antes de la fundación del mundo”.

Es también la razón por la cual leemos acerca del “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). No es que Jesús literalmente fue “inmolado desde el principio del mundo”, sino que era parte del plan del evangelio que entonces se preparó; y cuando su plan fue aceptado, y rechazado el de Lucifer, libremente se ofreció para ser muerto.

JESÚS FUE EL CREADOR ANTES DE NACER

Consideremos en seguida a Cristo como el Creador de este mundo antes que naciera en la carne:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Este era en el principio con Dios.

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella...

Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.

En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habito entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. (Juan 1:1-5, 9-10, 14.)

Nos es difícil comprender que cuando el Unigénito del Padre tomó sobre sí un cuerpo de carne y huesos, a pesar del hecho de haber sido el Creador de este mundo, tuvo que aprender a andar y hablar como los otros niños que nacen en este mundo. Indudablemente a esto se estaba refiriendo el apóstol Pablo cuando dijo:

Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos;

mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.

Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. (1 Corintios 13:9-12.)

Cuando nacemos en este mundo, no tenemos sino un vago recuerdo de nuestra vida preexistente. Mediante la inspiración del Espíritu, “vemos por espejo, oscuramente” y “en parte conocemos”; pero al fin nos será restaurado nuestro conocimiento anterior, “cuando venga lo perfecto”, y entonces conoceremos como somos conocidos. En esto está comprendida la razón por qué el mundo no reconoció a nuestro Salvador cuando vino en la carne:

“En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció.” (Juan 1:10.)

Sin embargo, por fin será quitado el velo de tinieblas, o el olvido, que nos priva del recuerdo de nuestra preexistencia en el mundo espiritual antes de ser hecha esta tierra, así como de las amistades que allá tuvimos. Entonces veremos cómo somos vistos y conoceremos cómo somos conocidos y cómo fuimos conocidos antes de la vida terrenal. Así pasó con Jesús mientras todavía estaba en la carne. A la edad de doce años estaba razonando con los doctores en el templo cuando José y María lo hallaron.

Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

Y Jesús crecía en sabiduría y en edad y en gracia para con Dios y los hombres. (Lucas 2:51-52.)

Debemos recordar que antes de nacer en la carne, Jesús hizo este mundo. Si hubiese traído consigo el conocimiento y sabiduría que tenía entonces, habría sido imposible que creciera “en sabiduría”. No obstante, el Padre lo iba desarrollando al paso que aumentaba en edad, y le fue quitando el velo de tinieblas que le ocultaba el recuerdo de su vida en el mundo espiritual:

Yo te he glorificado en la tierra: he acabado la obra que me diste que hiciese.

Ahora pues, Padre, glorifícame tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. (Juan 1 7:4-5.)

Como galardón por su obra en este mundo, no buscó sino la gloria que había tenido con el Padre “antes que el mundo fuese”:

“Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.” (Juan 16:28.)

¿Puede cosa alguna escribirse con mayor claridad?

“¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?” (Juan 6:62.)

Habiéndosele restaurado este conocimiento, Jesús se acordó de haber visto “a Satanás caer del cielo como un rayo”. (Lucas 10:18.)

SATANÁS Y SUS ÁNGELES RETIENEN EL CONOCIMIENTO QUE TUVIERON EN EL MUNDO ESPIRITUAL

Debe tenerse presente que cuando el diablo y sus ángeles fueron arrojados a la tierra (véase Apocalipsis 12:9), no fueron privados del conocimiento que tuvieron en el mundo espiritual, porque no tomaron sobre sí cuerpos de carne y sangre. Por lo tanto, quieren posesionarse de los cuerpos de aquellos que guardaron “su primer estado” y tienen el privilegio de venir a la tierra y poseer cuerpos.

Consideremos el caso de Jesús y el hombre poseído de los espíritus inmundos, al cual no podían sujetar ni aun con cadenas:

Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrodilló ante él.

Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Je8á8, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes.

Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo.

Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo:

Legión me llamo; porque somos muchos. (Marcos 5: 6-9.)

Esto nos hace saber que los espíritus inmundos ya conocían a Jesús. Lo llamaron por su nombre: “Jesús, Hijo del Dios Altísimo”.

Era por motivo de que los espíritus arrojados del cielo con Satanás habían retenido su conocimiento y memoria de lo que sucedió antes que fuesen expulsados, que conocían a Jesús y el poder que le fue dado. Por tanto, no sólo obedecen sus mandatos, sino los mandatos de aquellos a quienes El envía con su sacerdocio; por ejemplo, los setenta que Jesús envió a todo lugar a donde El mismo habría de venir:

“Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre.” (Lucas 10:17.)

Fue también por razón de este conocimiento que los espíritus retuvieron al ser expulsados, que incitaron a Herodes a decretar la muerte de todos los niños “menores de dos años”. (Mateo 2:16.) Jesús aún no había hecho nada que justificara la expedición de tal decreto, ya que no era más que un infante en la carne; pero Satanás sabía cuál iba a ser su misión, y desde el día de su nacimiento procuró en toda forma posible impedirle que la llevara a cabo.

Lo mismo se puede decir de la misión de José Smith. Ya hemos citado de su propia historia, donde mostramos que Satanás quiso destruirlo cuando no tenía más que catorce años, en la ocasión en que fue al bosque a orar. Muchos otros jóvenes de esa edad habían orado sin que Satanás los molestara. José todavía no había recibido ninguna manifestación del Señor. Por tanto, de no haber sido por el conocimiento que Satanás trajo consigo del mundo espiritual, no habría entendido que José Smith no era como cualquier otro muchacho; pero él sabía quiénes eran los espíritus “nobles y grandes”. Recordemos que “fue hecha una grande batalla en el cielo”, y como Satanás había sido el jefe de un partido, él conocía a los directores principales de la oposición.

Por motivo de que el Señor sabía que Satanás intentaría destruir a José Smith y estorbar su misión, le encargó a Moroni que instruyera a José Smith, el cual ha narrado dichas instrucciones en la siguiente manera:

Me llamó por mi nombre, y me dijo que era un mensajero enviado de la presencia de Dios, y que se llamaba Moroni; que Dios tenía una obra para mí, y que entre todas las naciones, tribus y lenguas se tomaría mi nombre para bien o mal, o que se iba a hablar bien y mal de mí entre todo pueblo. (José Smith—Historia 33.)

Para los que conocen la gran obra que José Smith efectuó, las maravillosas verdades que enseñó, y la nobleza de su carácter, es fácil entender que la única razón porque hablarían “mal” de él entre todas las naciones sería por causa de la determinación de Satanás de destruir la obra del Señor. En este respecto José Smith padeció una suerte parecida a la de su gran Maestro, así como a la de varios de los Apóstoles de la antigüedad, y por último sacrificó su vida por el testimonio que dio al mundo.

EL HERMANO DE JARED VIO A JESÚS ANTES QUE ÉSTE NACIERA

Existe mucha especulación en las mentes de los hombres respecto a lo que el espíritu verdaderamente es y qué forma tiene. Ya hemos indicado en este capítulo que “el hombre fue en el principio con Dios. La inteligencia, o la luz de la verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser” (D. y C. 93:29).

También se nos enseña que se han dado cuerpos espirituales a estas inteligencias, de las cuales Dios es la mayor, (véase Abraham 3:18-19), y subsiguientemente han recibido cuerpos terrenales según la misma forma y modelo del cuerpo de su espíritu.

Jesús explicó estas grandes verdades al hermano de Jared cuando se le apareció, estando aún en el espíritu:

V sucedió que cuando el hermano de Jared hubo dicho estas palabras, he aquí, el Señor extendió su mano y tocó las piedras, una por una, con su dedo. V fue quitado el velo de ante los ojos del hermano de Jared, y vio el dedo del Señor; y era como el dedo de un hombre, a

semejanza de carne y sangre; y el hermano de Jared cayó delante del Señor, porque fue herido de temor.

Y el Señor vio que el hermano de Jared había caído al suelo, y le dijo el Señor: Levántate, ¿por qué has caído?

Y dijo al Señor: Vi el dedo del Señor, y tuve miedo de que me hiriese; porque no sabía que el Señor tuviese carne y sangre.

Y el Señor le dijo: A causa de tu fe has visto que tomaré sobre mí carne y sangre; y jamás ha venido a mí un hombre con tan grande fe como la que tú tienes; porque de no haber sido así, no hubieras podido ver mi dedo. ¿Viste más que esto?

Y él contestó: No; Señor, muéstrate a mí.

Y le dijo el Señor: ¿Crearás las palabras que hable?

Y él le respondió: Sí, Señor, sé que hablas la verdad, porque eres un Dios de verdad, y no puedes mentir.

Y cuando hubo dicho estas palabras, he aquí, el Señor se le mostró, y dijo: Porque sabes estas cosas, eres redimido de la caída; por tanto, eres traído de nuevo a mi presencia; por consiguiente yo me manifiesto a ti.

He aquí, yo soy el que fui preparado desde la fundación del mundo para redimir a mi pueblo. He aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo En mí tendrá luz, y esto eternamente, todo el género humano, sí, aun cuantos crean en mi nombre; y llegarán a ser mis hijos y mis hijas.*

* Franklin D. Richards, en un tiempo presidente del Consejo de los Doce Apóstoles, explicó esta afirmación del Salvador, y se imprime aquí para aquellos que deseen más información sobre el asunto:

Jesucristo no es conocido sólo por ese nombre, sino que tiene muchos títulos. Al escudriñar las Escrituras, hallamos veinte o treinta. Algunos son: “Dios Todopoderoso, Jehová, el Hijo de Dios, el Cristo”. Isaías dijo respecto de El: “Y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz”. El Apóstol Juan lo llama:

“Verbo de Dios, Rey de Reyes, Señor de Señores”.

Este nombre de Padre es una designación hermosa. Generalmente entendemos que significa uno que llega a ser padre de hijos. La paternidad tiene un comienzo. La creación de la tierra tuvo un principio, y también lo tiene la creación de la familia de un hombre: pero éste no es el único significado con que se usa la palabra padre. En las Escrituras se emplea a menudo con una acepción más general. Por ejemplo, José dijo a sus hermanos: “Dios. . . me ha puesto por padre de Faraón.” ¿Por qué? Porque le habla dado el poder, la sabiduría y el entendimiento para almacenar alimentos durante los siete años de hartura, en cantidad suficiente para salvar no sólo a Egipto, sino a las naciones circunvecinas en la época de su terrible necesidad. En las Escrituras, Satanás, frecuentemente es llamado el padre de las mentiras, el padre de los engaños, de las calumnias, de las contiendas y las riñas. De varios patriotas se dice que son los padres de su patria. De esta manera el profesor Morse es considerado como el padre de la telegrafía, y el Sr. Watt como padre del desarrollo de la fuerza de vapor. Vemos pues, por lo anterior, que el significado de padre en este sentido general y extenso es el de creador, gobernador, manejador.

El profeta Abinadí nos ha dicho que por causa del Espíritu, Cristo es el Padre; y por haber nacido en la carne es el Hijo; y consiguientemente es llamado “el Padre Eterno del cielo y de la tierra”, que en realidad significa que es efectivamente el Eterno Creador de los cielos y de la tierra. En el principio El creó los cielos y la tierra.

Si leemos el primer capítulo del Apocalipsis de Juan, hallamos que a El se rendirá grande gloria y dominio porque “nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre”. Vemos, pues, que no pretende ser el Padre de todo, pero sí es el Padre de los cielos y de la tierra, y que tiene como misión hacer a los hombres reyes y sacerdotes para El y su Padre, entendiéndose que El y su Padre son dos personas, como claramente se afirma en todas las Escrituras. Franklin L. West, *Lije of Franklin D. Richards*, págs. 185-187.)

Y nunca me he mostrado. al hombre que he creado, porque jamás ha. creído en mí el hombre como tú lo has hecho. ¿Ves que eres creado a mi propia imagen? Sí, en el principio todos los hombres fueron creados a mi propia imagen.

He aquí, este cuerpo que ves ahora es el cuerpo de mi espíritu; y he creado al hombre a semejanza del cuerpo de mi espíritu; y así como me aparezco a ti en el espíritu, apareceré a mi pueblo en la carne. (Eter 3:6-16.)

Después de hacer esta narración, Moroni añadió:

Y ahora, dado que yo, Moroni, dije que no podía hacer una relación completa de estas cosas que están escritas, bástame, por tanto, decir que Jesús se mostró a este hombre en el espíritu, según la manera y a semejanza del mismo cuerpo con que se mostró a los nefitas. (Eter 3:17.)

TODOS LOS DEL GÉNERO HUMANO SON HIJOS E HIJAS ENGENDRADOS PARA DIOS

De modo que si pudieran ser abiertos nuestros ojos como lo fueron los del hermano de Jared, al grado de poder ver a los espíritus de aquellos con quienes nos asociamos en el mundo preexistente antes que tomásemos cuerpos terrenales, descubriríamos que tienen la misma forma y semejanza del cuerpo terrenal y que el espíritu posee todos los atributos del hombre, es decir, el poder de hablar, la facultad de pensar, la libertad de escoger, la habilidad para regocijarse, etc. Veríamos también que el cuerpo mortal es solamente la casa en donde vive el espíritu, y que los cuerpos espirituales “son engendrados hijos e hijas para Dios”, porque leemos:

Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!

Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre;

que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios. (D. y C. 76:22-24.)

En esta maravillosa visión, dada por revelación a José Smith y a Sidney Rigdon, el 16 de febrero de 1832, se nos enseña que todos somos “engendrados hijos e hijas para Dios”. Este es un concepto glorioso, porque entonces tenemos razón para suponer que, siendo literalmente sus hijos e hijas, estamos dotados de las posibilidades de llegar a ser como El.

TODOS LOS DEL GÉNERO HUMANO SON HERMANOS Y HERMANAS EN EL ESPÍRITU

El apóstol Pablo entendió y enseñó que Dios es el Padre de nuestros espíritus, así como nosotros somos hijos de nuestros padres terrenales en la carne:

Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaron, y los venerábamos. ¿Por qué no obedecemos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? (Hebreos 12:9.) Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos.

Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. (Hechos 17:28-29.)

Pablo también sabía que Cristo no sólo era el Unigénito en la carne, sino el Primogénito en el espíritu:

En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. (Colosenses 1:14-15.)

Esto nos da a entender el maravilloso parentesco de ser literalmente hermanos y hermanas, en el espíritu, de Jesucristo, nuestro hermano mayor. El mismo afirmó este parentesco cuando dijo a María Magdalena, después que ésta fue a visitar el sepulcro y halló quitada la piedra:

“No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” (Juan 20:17.)

Este concepto le da un significado verdadero a la primera frase de Jesús, cuando enseñó a sus discípulos a orar: “Padre nuestro que estás en los cielos...” (Mateo 6:9.)

Jesús no deseaba ser el único en reconocer a Dios como su Padre, antes quería que todos los hombres entendieran su relación o parentesco con El, y por eso decía: “Padre nuestro”. Para recalcar todavía más esta verdad, declaró:

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” (Mateo 5:48.)

En el octavo capítulo de los Proverbios, parece ser la Inteligencia la que está hablando, y expresa que antes de existir el mundo, se holgaba en las partes habitables de la tierra del Señor, o sea la morada de los espíritus, y que sus delicias eran con los hijos de los hombres. Por tanto, debe haber habido allí hijos de los hombres antes que existiera esta tierra:

Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras.

Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra.

Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas.

Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrado:

No había aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo.

Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo;

Cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo;

Cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasan su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra;

Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo.

Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres. (Proverbio 8:22-31.)

LA MUERTE SEÑALA EL REGRESO DEL HOMBRE AL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

Cuando entendemos la verdad de estos pasajes, que antes de existir la tierra, nosotros éramos “su delicia de día a día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo... en la parte habitable de su tierra”, o sea el mundo de espíritus, se añade un verdadero consuelo y significado al concepto de volver uno a casa cuando la muerte separa a nuestro espíritu de nuestro cuerpo:

“Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.” (Eclesiastés 12:7.)

De modo que el espíritu se volverá a Dios, algo que no podría ser a menos que hubiese estado con El antes, así como el cuerpo volverá a la tierra, lo cual no podría ser si no hubiese sido tomado de ella.

Aunque las iglesias no han enseñado esta hermosa verdad, algunos de nuestros poetas la han vislumbrado, como se ve por lo siguiente:

*Un sueño y un olvido sólo es el nacimiento.
El alma nuestra, la estrella de la vida,
en otra esfera ha sido constituida
y procede de un lejano firmamento.
No viene el alma en completo olvido
ni de todas las cosas despojada;
pues al salir de Dios, que fue nuestra morada,
con destellos celestiales se ha vestido.*

*La madre tierra se esfuerza afanosa
porque el hombre, su criatura, su inquilino,
olvide que nació en hogar divino
y ha venido de una esfera más gloriosa.
—William Wordsworth*

Una vez más repetimos que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la única que está habilitada para explicar: *¿De dónde viene el hombre?*

¿Qué cosa más gloriosa puede haber que el conocimiento de que una vez vivimos en la presencia de Dios, “nuestro Padre”; que efectivamente somos sus hijos espirituales; que podremos lograr algunos de sus atributos y realizaciones y por último disfrutar de su compañerismo y asociación eternos dentro del hermoso vínculo de un Padre con sus hijos e hijas?

CAPÍTULO 21

¿POR QUÉ ESTÁ AQUÍ EL HOMBRE?

EL PROPÓSITO DE LA CREACIÓN DE LA TIERRA

Cuando miramos un edificio, entendemos que no se hizo sin algún propósito. Todo edificio ha sido proyectado y construido con algún propósito especial. En igual manera, cuando contemplamos esta hermosa tierra sobre la cual tenemos el privilegio de vivir, comprendemos que no llegó a existir sin algún objeto.

En el capítulo anterior mostramos cómo “se regocijaban todos los hijos de Dios” (Job 38:7), cuando se establecieron los fundamentos de la tierra, porque mediante el plan del evangelio que en ese tiempo se preparó, se dieron cuenta del progreso que estaría a su alcance al permitirles venir a la tierra, tomar sobre sí cuerpos y prepararse para “la inmortalidad y la vida eterna” mediante su obediencia al evangelio. (Moisés 1:39.)

Después que Dios le hubo mostrado los espíritus que fueron organizados “antes que existiera el mundo”, Abraham dice:

V estaba entre ellos uno que era semejante a Dios, y dijo a los que se hallaban con él: Descenderemos, pues hay espacio allá, y tomaremos de estos materiales y haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar;

y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare;

y a los que guarden su primer estado les será añadido; y aquellos que no guarden su primer estado no tendrán gloria en el mismo reino con los que guarden su primer estado; y a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás. (Abraham 3:24-26.)

De modo que el objeto para el cual se creó la tierra fue preparar un lugar donde pudiesen morar los espíritus que Dios había engendrado, con objeto de probarlos, “para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios los mandare”.

CONDICIÓN DE LOS QUE NO FUERON FIELES EN SU PRIMER ESTADO

Ya hemos considerado la situación de los espíritus que no guardaron “su primer estado”, y fueron arrojados del cielo con Satanás. Estos constituyen la tercera parte de las huestes del cielo, expulsados con él en su condición de espíritus; por lo que son privados del privilegio de tomar sobre sí cuerpos de carne y sangre. Por tanto, “no tendrán gloria en el mismo reino” con los que lo hayan guardado, refiriéndose a su primer estado. Probablemente en esta vida nunca llegaremos a entender lo que significa estar vedados del derecho y privilegio de recibir un cuerpo.

Cuando Jesús echó fuera el espíritu malo del hombre que nadie podía sujetar ni aun con cadenas, le preguntó cómo se llamaba, y el hombre respondió:

“Legión me llamo; porque somos muchos” (Marcos 5:2-9). Cuando les fue mandado que salieran del cuerpo del endemoniado, solicitaron el privilegio de entrar en los cuerpos de una manada de cerdos que pacía cerca de allí, y al concedérseles el permiso, “el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron” (Marcos 5:13). Se verá, entonces, que por haber perdido estos espíritus malos el derecho de tener cuerpos propios, era tal su deseo de tener cuerpos que estaban dispuestos a entrar aun en el de un animal.

Si podemos entender el significado de este acontecimiento y la lección que enseña, ¿cómo podremos agradecerle suficientemente a nuestro Padre Celestial el habernos concedido nuestro cuerpo, y la seguridad de que después que lo depositemos en la tumba, volveremos a tenerlo en la resurrección, mediante la expiación de nuestro Señor Jesucristo?

En una revelación dada al profeta José Smith, el Señor enseñó:

“Porque el hombre es espíritu. Los elementos son eternos, y espíritu y elemento, inseparablemente unidos, reciben una plenitud de gozo; y cuando están separados, el hombre no puede recibir una plenitud de gozo.” (D. y C. 93:33-34.)

De modo que el primer objeto de la vida terrenal es obtener un cuerpo, sin el cual “el hombre no puede recibir una plenitud de gozo”.

El profeta Lehi también explicó el objeto de la existencia del hombre:

“Adán cayó para que los hombres existiesen; y existen los hombres para que tengan gozo.” (2 Nefi 2:25.)

LA IMPORTANCIA DE NUESTRO SEGUNDO ESTADO

Ahora consideraremos la importancia de ser fieles en nuestro segundo estado, o sea, la vida terrenal. Lo que hemos aprendido concierne al destino de aquellos espíritus que no guardaron su primer estado debería inspirar en nosotros el deseo y la disposición de guardar nuestro segundo estado, a fin de que seamos coronados con un aumento de gloria para siempre jamás.

Debemos tener presente que nos hallamos aquí sobre esta tierra con nuestro libre albedrío, a fin de ser probados para ver si haremos todas las cosas que el Señor nuestro Dios nos mandare. Fue para darnos esta oportunidad que el Señor creó la tierra. A Moisés El declaró:

“Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria:

Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.” (Moisés 1:39.)

Al profeta José Smith el Señor dijo:

V si guardas mis mandamientos y perseveras hasta el fin, tendrás la vida eterna, que es el máximo de todos los dones de Dios. (D. y C. 14:7.)

El que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz aumenta más y más en resplandor hasta el día perfecto. (D. y C. 50:24.)

Por tanto, a fin de que el hombre pueda probarse a sí mismo, debe obtener un conocimiento y entendimiento de los mandamientos de Dios que se hallan comprendidos en su evangelio. Y como la obra y la gloria del Señor consiste en “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”, debemos estar empleados en la obra del Señor, porque El debe tener instrumentos con que realizar sus propósitos:

Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios.

¡V cuán grande es su gozo por el alma que se arrepiente!

Así que, sois llamados a proclamar el arrepentimiento a este pueblo.

V si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis, aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!

Ahora, si vuestro gozo será grande con un alma que me hayáis traído al reino de mi Padre, ¡cuán grande no será vuestro gozo si me trajereis muchas almas! (D. y C. 18:10, 13-16.)

En febrero de 1829, más de un año antes que se organizara la Iglesia, el Señor dio una revelación al profeta José Smith, de la cual citamos lo siguiente:

He aquí, una obra maravillosa está para aparecer entre los hijos de los hombres.

Por tanto, oh vosotros que os embarcáis en el servicio de Dios, mirad que le sirváis con todo vuestro corazón, alma, mente, y fuerza, para que aparezcáis sin culpa ante Dios en el último día.

De modo que, si tenéis deseos de servir a Dios, sois llamados a la obra;

pues mirad el campo, blanco está ya para la siega; y he aquí, quien mete su hoz con su fuerza atesora para sí, de modo que no perece, sino que trae salvación a su alma. (D. y C. 4:1-4.)

EL CUERPO DE CRISTO

El apóstol Pablo explicó que todos somos miembros del cuerpo de Cristo, mediante nuestra aceptación del evangelio; que todos recibimos dones que, aun cuando diferentes, vienen del mismo espíritu; y que cada uno tiene la responsabilidad de ver que el cuerpo funcione debidamente:

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo.

Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo.

Y hay diversidad de operaciones, pero Dios que hace todas las cosas en todos, es el mismo.

Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.

Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu;

a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu.

A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.

Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.

Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.

Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.

Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.

Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?

Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?

Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato?

Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso.

Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo.

Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros.

Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios. .

Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.

Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas.

¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿son todos maestros? ¿hacen todos milagros?

¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?

Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente. (1 Corintios 12:4-22, 27-31.)

Esta epístola de Pablo nos demuestra que todos somos bautizados en un cuerpo, seamos judíos o gentiles, esclavos o libres, y que todos hemos bebido de un mismo espíritu. Explica ampliamente la forma en que cada miembro del cuerpo recibe un don especial espiritual, y que todos los miembros son necesarios para el funcionamiento perfecto del cuerpo, pues un miembro no puede decir al otro, “no te necesito”.

Vemos que hay trabajo para todos los miembros de la Iglesia de Jesucristo. Cada uno tiene que desarrollar el don o talento que el Señor le ha conferido. El Apóstol también indica que aun los miembros más débiles son necesarios.

EL HOMBRE TIENE LA OBLIGACIÓN DE DESARROLLAR SUS TALENTOS

Pueden compararse las palabras de Pablo con la parábola que Jesús declaró acerca del hombre que salió a un país lejano, el cual antes de partir entregó sus bienes a sus siervos:

Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.

A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos.

Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos.

Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos.

Pero el que había recibido uno fue y cayó en la tierra, y escondió el dinero de su señor.

Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos.

Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos.

Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.

Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo:

Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos.

Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.

Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo:

Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste;

por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.

Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí.

Por tanto, debías haber dado mi dinero a los ban queros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses.

Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos.

Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.

Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.
(Mateo 25:14-80.)

Jesús explicó con claridad que a cada uno le será requerido rendir cuentas por los talentos o dones que haya recibido: “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lucas 12:48). Ningún hombre puede decir que no ha recibido nada. Aun cuando no fuere más que un talento, le será exigido que desarrolle ese talento para que cuando su Señor venga, pueda devolvérselo con interés. También se observará que “al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera: allí será el lloro y el crujir de dientes”.

¿Podemos imaginar otra razón más fuerte para este “lloro y crujir de dientes”, que oír decir a nuestro Señor, cuando seamos llamados a hacer cuentas por lo que hicimos durante nuestra vida sobre esta tierra, que aun cuando fuimos fieles en la existencia espiritual y guardamos nuestro primer estado, al llegar a nuestro segundo estado fracasamos, y que al ser probados para ver si haríamos todas las cosas que el Señor nuestro Dios nos mandara, habíamos fallado? (Ver Abraham 3:25.) Recordemos que el Señor dijo de éstos: “Y al siervo inútil, echadle en las tinieblas de afuera” (Mateo 25:30).

Ya hemos considerado el destino de los espíritus que no guardaron su primer estado, pero todavía no hemos hablado del fin de aquellos que no guardan su segundo estado. La trascendencia de nuestro fracaso será manifestada “cuando venga lo perfecto” (1 Corintios

13:10), y nos sea restaurado el recuerdo de nuestra existencia previa: cuando nos veamos como somos vistos y conozcamos como somos conocidos. (D. y C. 76:94.)

Jesús enseñó a sus discípulos que el camino que conduce a la grandeza consiste en prestar servicio a otros:

*El que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor,
y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo. (Mateo 20:26-27.)*

Refiriéndose a la Iglesia de Cristo en su tiempo, Pedro dijo:

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1 Pedro 2:9.)

Es palpable, por lo anterior, que el apóstol Pedro entendía la grande responsabilidad que descansaría sobre los miembros de la Iglesia, ese “real sacerdocio” del cual hemos hablado previamente, cuya misión consiste en anunciar a todos los hombres en todas partes “las virtudes de aquel que [los] llamó de las tinieblas a su luz admirable”.

HEREDEROS DE LA GLORIA CELESTIAL

En la revelación o visión sobre los tres grados de gloria que fue concedida a José Smith y Sidney Rigdon en Hiram, estado de Ohio, el 16 de febrero de 1832, el Señor indicó quiénes han de heredar el reino celestial:

Estos son los que constituyen la iglesia del Primogénito.

Son aquellos en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas;

son sacerdotes y reyes que han recibido de su plenitud y de su gloria;

y son sacerdotes del Altísimo, según el orden de Melquisedec, que fue según el orden de Enoc, que fue según el orden del Hijo Unigénito.

De modo que, como está escrito, son dioses, sí, los hijos de Dios.

Por consiguiente, todas las cosas son suyas, sea vida o muerte, o cosas presentes o cosas futuras, todas son suyas, y ellos son de Cristo y Cristo es de Dios. (D. y C. 76:54 -59.)

Por tanto, es evidente que el hombre debe recibir el sacerdocio según el orden de Melquisedec a fin de ser apto para la exaltación en el reino celestial.

Además, en una revelación dada al profeta José Smith en septiembre de 1832, sobre el tema del sacerdocio, el Señor dijo:

Porque quienes son fieles hasta obtener estos dos sacerdocios de los cuales he hablado, y magnifican su llamamiento, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos.

Llegan a ser los hijos de Moisés y de Aarón, y la descendencia de Abraham, y la iglesia y reino, y los elegidos de Dios.

Y también todos los que reciben este sacerdocio, a mí me reciben, dice el Señor. (D. y C. 84:33-35.)

EL MATRIMONIO Y LA RELACIÓN FAMILIAR EN EL PLAN ETERNO

En nuestro estudio sobre el asunto del matrimonio, llamamos la atención al hecho de que el hombre sin la mujer no puede cumplir con la medida completa de su creación:

Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne: ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.

Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. (Génesis 2:18,23,24.)

Debemos recordar que fue antes de la caída de Adán y Eva cuando “dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo”. Si fue cierto antes de la caída —y en vista de que Dios considera

al hombre y la mujer como “una carne”— cuanto más importante es que esta relación exista después que el hombre sea redimido de los efectos de la caída, cuando ha de vivir para siempre.

El apóstol Pablo entendía la importancia de este asunto: “Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón.” (1 Corintios 11:11.)

Este principio fue revelado con mucha claridad al profeta José Smith:

*En la gloria celestial hay tres cielos o grados;
y para alcanzar el más alto, el hombre tiene que entrar en este orden del sacerdocio [es decir, el nuevo y sempiterno convenio de matrimonio];
y si no lo hace, no puede obtenerlo.*

Podrá entrar en el otro, pero ése es el límite de su reino; no puede tener progenie. (D. y C. 131:1-4; cursiva agregada.)

Porque he aquí, te revelo un nuevo y sempiterno convenio; y si no lo cumples, serás condenado, porque nadie puede rechazar este convenio y entrar en mi gloria.

Porque todos los que quieran recibir una bendición de mi mano han de obedecer la ley que fue decretada para tal bendición, así como sus condiciones, según fueron instituidas desde antes de la fundación del mundo.

V en cuanto al nuevo y sempiterno convenio, se instituyó para la plenitud de mi gloria; y el que reciba la plenitud de ella deberá cumplir, y cumplirá la ley, o será condenado, dice Dios el Señor...

Por consiguiente, si un hombre se casa con una mujer en el mundo, y no se casa con ella ni por mí ni por mi palabra, y él hace convenio con ella mientras él esté en el mundo, y ella con él, ninguna validez tendrán su convenio y matrimonio cuando mueran y estén fuera del mundo; por tanto, no están ligados por ninguna ley cuando salen del mundo.

Por tanto cuando están fuera del mundo ni se casan ni se dan en casamiento, sino que son nombrados ángeles en el cielo, ángeles que son siervos ministrantes para servir a aquellos que son dignos de un peso de gloria, mucho mayor, y predominante, y eterno.

Porque estos ángeles no se sujetaron a mi ley; por tanto, no se les puede engrandecer, sino que permanecen separada y solitariamente, sin exaltación, en su estado de salvación, por toda la eternidad; y en adelante no son dioses, sino ángeles de Dios para siempre jamás.

V además, de cierto te digo, si un hombre se casa con una mujer por mi palabra, la cual es mi ley, y por el nuevo y sempiterno convenio, y les es sellado por el Santo Espíritu de la promesa, por conducto del que es ungido, a quien he otorgado este poder y las llaves de este sacerdocio, y se les dice: Saldréis en la primera resurrección, y si fuere después de la primera, en la siguiente resurrección, y heredaréis tronos, reinos, principados, potestades y dominios, toda altura y toda profundidad... les será cumplido en todo cuanto mi siervo haya declarado sobre ellos, por tiempo y por toda la eternidad; y estará en pleno vigor cuando ya no estén en el mundo; y pasarán por los ángeles y los dioses que están allí, a su exaltación y gloria en todas las cosas, según lo que ha sido sellado sobre su cabeza, y esta gloria será una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás.

Entonces serán dioses, porque no tienen fin; por consiguiente, existirán de eternidad en eternidad, porque continúan; entonces estarán sobre todo, porque todas las cosas les están sujetas. Entonces serán dioses, porque tienen todo poder, y los ángeles están sujetos a ellos.

De cierto, de cierto te digo, a menos que te rijas por mi ley, no puedes alcanzar esta gloria. (D. y C. 132:4-6, 15-17, 19-21; énfasis agregado.)

Por esta revelación se verá que los hombres pueden llegar a ser Dioses y disfrutar de “la plenitud y continuación de las simientes para siempre jamás” sólo cuando obedecen el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio, y que sin ese matrimonio solamente llegan a ser “siervos ministrantes para servir a aquellos que son dignos de un peso de gloria, mucho mayor, y predominante, y eterno”.

Cuando el Señor, refiriéndose al nuevo y sempiterno convenio de matrimonio, dijo: “Y si no lo cumples, serás condenado”, no empleó la palabra “condenado” con el significado que

usualmente le aplica el mundo cristiano moderno, pues debe tomarse en cuenta su afirmación de que aquellos que no lo obedecen “son nombrados ángeles del cielo, siervos ministrantes para servir a aquellos que son dignos de un peso de gloria, mucho mayor, predominante, y eterno”. En el versículo diecisiete de la sección citada, el Señor dice que “permanecen separada y solitariamente, sin exaltación, en su *estado de salvación*”. De manera que alcanzarán la *salvación* pero no la exaltación. Por tanto, la palabra “condenado” se usa para significar que el progreso de éstos es impedido, es decir, “no se les puede engrandecer”. (D. y C. 131:4; 132:17.)

Cuando consideramos la misión de Elías el Profeta, relacionada con el asunto del matrimonio, explicamos que el Señor ha dispuesto los medios para que “el nuevo y sempiterno convenio de matrimonio” pueda efectuarse en forma vicaria, en los templos del Señor, a favor de aquellos que no han tenido tal privilegio en el estado terrenal.

LOS HIJOS SON HEREDAD DEL SEÑOR

En este estudio de la importancia del matrimonio, como un paso hacia nuestro progreso eterno, hemos dicho que esta gloria será la “plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás”. (D. y C. 132:19.)

El salmista entendió el lugar que ocupaban los niños en la providencia del Señor:

He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre.

Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud.

Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; no será avergonzado cuando hablare con los enemigos en la puerta. (Salmo 127:3-5.)

Entre los israelitas antiguos era considerado un oprobio el hecho de que una mujer fuese estéril. Reparemos en las palabras de Raquel a su esposo Jacob:

Viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tuvo envidia de su hermana, y decía a Jacob: Dame hijos, o si no, me muero...

Y se acordó Dios de Raquel, y la oyó Dios, y le concedió hijos.

Y concibió, y dio a luz un hijo, y dijo: Dios ha quitado mi afrenta. (Génesis 80:1,22-23.)

Consideremos lo que se prometió a Abraham y Sara, cuando aquél tenía cien años de edad y su esposa noventa años. A ésta le fue dicho que tendría un hijo y que su nombre habría de ser Isaac:

Y la bendeciré, y también te daré de ella hijo; sí, la bendeciré, y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella. (Génesis 17:16.)

Se notará que esta bendición particular pronunciada por el Señor sobre Abraham y Sara, su esposa, posibilitó el cumplimiento de esta otra promesa:

Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra? (Génesis 18:17-18.)

De modo que sin posteridad, no se habrían realizado en forma completa las bendiciones que el Señor tenía reservadas para Abraham, a saber, que habían “de ser benditas en él todas las naciones de la tierra”, y que Sara, por su parte, sería “madre de naciones”, y “reyes de pueblos vendrán de ella”. (Génesis 18:17-18.)

Así como todas las naciones de la tierra iban a ser bendecidas en Abraham y su posteridad, y así como Sara iba a ser madre de naciones y de reyes, en igual forma el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio es necesario a fin de que todo hombre fiel ponga los cimientos de su reino por medio de su esposa y posteridad.

A muchas personas fieles, después de haber hecho cuanto han podido por mostrarse dignos de las ricas bendiciones del Señor, les ha sido negado el privilegio de tener hijos en esta vida, sin ninguna culpa suya. Por otra parte, hay muchos que han tenido hijos, pero sus vidas han sido tales que no serán considerados dignos de tenerlos en los mundos eternos. El Señor ha dispuesto un milenio, e indudablemente durante este tiempo se harán las modificaciones necesarias.

EL PROPÓSITO DE LA EXISTENCIA DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA

Por consiguiente, se puede hacer el siguiente resumen del objeto de la existencia de los hombres aquí sobre la tierra:

1. Ser probados por Dios, “para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare”. (Abraham 3:25.)
2. Recibir un cuerpo de carne y huesos; porque el cuerpo y el espíritu, cuando están separados, “no pueden recibir una plenitud de gozo”. (D. y C. 93:33-34.)
3. Mostrar que pueden guardar su segundo estado, así como han guardado su primer estado, a fin de que les sea “aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás”. (Abraham 3:26.)
4. Desarrollar los dones y talentos que reciben al nacer, con objeto de que puedan rendir cuentas de su mayordomía debidamente; y que el Señor pueda decirles: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”. (Mateo 25:21.)
5. Cumplir con los requisitos necesarios a fin de llegar a ser herederos de la gloria celestial, al ser hechos “sacerdotes del Altísimo, según el orden de Melquisedec”. (D. y C. 76:57.)
6. Ser ligados a un compañero o compañera por esta vida y por toda la eternidad por uno que tenga la autoridad del Señor mediante el Santo Sacerdocio, pues, “en el Señor ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón” (1 Corintios 11:11). Sin esta ordenanza selladora del matrimonio, no se puede obtener el grado más alto de la gloria celestial (véase D. y C. 131:1-4), siendo “esta gloria... una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás”. (D. y C. 132: 19.)
7. Tener hijos, porque “he aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre. .

Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos”. (Salmo 127:3, 5.)

Una vez más debemos reconocer nuestra obligación de gratitud a las revelaciones del Señor dadas al profeta José Smith en la restauración del evangelio en esta, la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos, por medio de las cuales se ha aclarado el propósito de la existencia del hombre aquí sobre la tierra.

CAPÍTULO 22

¿A DÓNDE VA EL HOMBRE?

EL HOMBRE SE HALLA CONFUSO

No hay cosa más conducente a llegar a ninguna parte, que no estar yendo a ningún lugar. Es allí, donde sin necesidad de señales y con poca urgencia, uno indispensablemente llega. (Anónimo.)

¿Qué constituye el fin de la jornada? Muchas y contradictorias son las filosofías y explicaciones que se dan como respuesta a esta pregunta. A la Iglesia le corresponde explicar, ya que ella tiene como objeto traernos la palabra del Señor y revelar el propósito de la vida. La Iglesia debe estar en posición de hablar en términos precisos.

¿Por qué no ha de saber un hijo de Dios los propósitos y planes de su Padre Celestial? Sin este conocimiento, la religión se hallaría muy incompleta. A la falta de esta información debe atribuirse mucha de la incredulidad que actualmente existe en el mundo y mucha de la inactividad en cuanto a asuntos religiosos.

Que nosotros sepamos, jamás se ha descubierto una tribu tan ignorante, tan baja, tan sin cultura, que no sostenga en alguna forma la creencia de que hay en el hombre algo que la muerte no puede destruir. ¿Es esto una ilusión, o es el susurro del Espíritu Eterno que habla de la inmortalidad del hombre? (Autor desconocido.)

Sin embargo, la gran controversia surge en torno a esa parte del hombre que la muerte no puede destruir, y de la condición de esa vida después de la muerte.

La salvación, para la mayoría de los cristianos, significa el escapar el castigo de los fuegos eternos, de lo cual nace la expresión que se oye tanto entre ellos:

“Soy salvo”. Un ministro muy conocido dijo que una persona se puede salvar “así de simple”, con lo que hizo tronar los dedos. Así que, tales personas no esperan más al final de la jornada de la vida que el evitar el castigo sin fin. No proponen ninguna idea constructiva de cómo vamos a pasar el tiempo en la vida venidera.

Si hay alguna otra iglesia, aparte de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que cree y enseña que la unidad familiar del esposo, la esposa y los hijos continuará en forma organizada más allá de la tumba, el autor no sabe de ella. Durante una conversación con un ministro prominente en el campo de la misión, dicho señor admitió que su iglesia ni prometía ni aseguraba la continuación del vínculo conyugal o la unidad familiar, pero añadió: “En mi propia mente existen fuertes objeciones a la posición que mi iglesia sostiene en el asunto.”

Otro ministro preguntó: “¿Puede una persona salvarse mientras vive, o debe morir antes de ser salvo?” A esta pregunta el autor respondió: “Si me puede ‘definir lo que entiende con decir ‘salvarse’, le daré respuesta.” Al observar que el ministro estaba confuso, el autor le explicó que los Santos de los Últimos Días creen que la salvación no es un fin, sino un proceso, y que el profeta José Smith enseñó que nos salvamos sólo al paso que adquirimos conocimiento. También le dijo que hemos recibido nuestros cuerpos por causa de nuestra obediencia (véase *Enseñanza del Profeta José Smith*, pág. 264) en la vida preterrenal, y que a los que no fueron obedientes en esa vida se les negó este privilegio. Ellos son Satanás y sus ángeles.

Así que, por haber sido obedientes antes, recibimos la bendición de venir a la tierra y gozar de la vida vestidos de un cuerpo físico. Satanás y sus ángeles no fueron obedientes, y fueron arrojados del cielo. (Véanse Apocalipsis 12 e Isaías 14.) Los únicos cuerpos que pueden tener son los de sus hermanos fieles, si pueden posesionarse de ellos. Es un consuelo saber que hemos guardado nuestro primer estado y, sobre todo, debemos ahora querer conocer el camino que nos llevará por la vida de manera que no perdamos las bendiciones que nos sean posibles alcanzar.

Por medio de la restauración del evangelio y las nuevas revelaciones del Señor al profeta José Smith, ha desaparecido toda duda sobre estos asuntos importantes: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.” (1 Corintios 15:22.)

Perderemos nuestros cuerpos brevemente por motivo de la muerte, pero nos serán devueltos más hermosos de lo que jamás los conocimos, y serán tan verdaderos y tangibles como lo son ahora:

Cuando se manifieste el Salvador, lo veremos como es. Veremos que es un varón como nosotros.

Y la misma sociabilidad que existe entre nosotros aquí, existirá entre nosotros allá; pero la acompañará una gloria eterna que ahora no conocemos. (D. y C. 130:1-2.)

El alma será restaurada al cuerpo, y el cuerpo al alma; sí, y todo miembro y coyuntura serán restablecidos a su cuerpo; sí, ni un cabello de la cabeza se perderá, sino que todo será restablecido a su propia y perfecta forma. (Alma 40:23.)

LA DESCRIPCIÓN DEL ÁNGEL MORONI

Nosotros jamás hemos visto a una persona revestida de “gloria eterna”, pero el profeta José Smith nos describe a tal hombre, Moroni, cuando se le apareció:

Encontrándome así, en el acto de suplicar a Dios, vi que se aparecía una luz en mi cuarto, y que siguió aumentando hasta que la pieza quedó más iluminada que al mediodía; cuando repentinamente se apareció un personaje al lado de mi cama, de pie en el aire, porque sus pies no tocaban el suelo.

Llevaba puesta una túnica suelta de una blancura exquisita. Era una blancura que excedía cuanta cosa terrenal jamás había visto yo; ni creo que exista objeto alguno en el mundo que pudiera presentar tan extraordinario brillo y blancura. Sus manos estaban desnudas, y también sus brazos, un poco más arriba de las muñecas; y en igual manera sus pies, así como sus piernas, poco más arriba de los tobillos. También tenía descubiertos la cabeza y el cuello, y pude darme cuenta de que no llevaba puesta más ropa que esta túnica, porque estaba abierta de tal manera que podía verle el pecho.

No sólo tenía su túnica esta blancura singular, sino que toda su persona brillaba más de lo que se puede describir, y su faz era como un vivo relámpago. (José Smith—Historia 30-32.)

La descripción anterior corresponde a un profeta que vivió en el continente americano unos cuatrocientos años después de la resurrección de Cristo, profeta que había sido resucitado a fin de efectuar la obra que el Señor tenía para él. No se trataba de algo místico. Era un hombre resucitado, revestido de “gloria eterna” que aún no conocemos, gloria que se ha prometido a todos los fieles discípulos de Cristo, y debido a la cual fue imposible describir su propia persona y semblante. Es fácil entender, por tanto, cómo existirá la “misma sociabilidad” de que disfrutamos ahora, entre aquellos que han sido investidos con “gloria eterna”.

JUAN VE AL ÁNGEL DEL SEÑOR

Cuando el ángel del Señor fue enviado a Juan el Teólogo en la Isla de Patmos, éste quedó tan impresionado por su persona que se postró para adorar a los pies del ángel que le mostraba aquellas cosas:

Pero él me dijo: Mira no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios. (Apocalipsis 22:9; énfasis agregado.)

De manera que el ángel no era sino uno de los hermanos, un hombre real y verdadero, pero a la vez tan glorioso que Juan gustosamente se habría arrodillado para adorarlo si el ángel no se lo hubiese prohibido. La “misma sociabilidad” que poseemos aquí, poseeremos allá; y nos conoceremos el uno al otro como nos hemos conocido aquí.

EL CUERPO DE JESÚS RESUCITÓ

La resurrección de Jesús fue real. Su cuerpo y su espíritu efectivamente se reunieron, como las mujeres lo entendieron en forma tan clara al ir al sepulcro el primer día de la semana:

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas.

V hallaron removida la piedra del sepulcro;

y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes;

y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día.

Entonces ellas se acordaron de sus palabras,

y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás.

Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles.

Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían.

Pero levantándose Pedro, corrió al sepulcro; y cuando miró dentro, vio los lienzos solos, y se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido.

Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros.

Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu.

Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?

Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

V diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

V como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?

Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel.

V él lo tomó, y comió delante de ellos. (Lucas 24:1-12, 36-43.)

Este es sin duda el acontecimiento más notable que se conoce en la historia. Con razón a los Apóstoles “les parecían como locura las palabras de ellas, y no las creyeron”. Si Jesús no les hubiese permitido ver su cuerpo y palpar las heridas, podrían haber seguido creyendo que habían visto un espíritu. Pero Jesús tuvo que asegurarles “que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo”. Para reiterar aún más el hecho de que tenía el mismo cuerpo que había sido puesto en el sepulcro, Jesús les dijo: “¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces ellos le presentaron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él tomó, y comió delante de ellos”.

Con este mismo cuerpo Jesús ejerció su ministerio entre sus discípulos, después de su resurrección; y fue el mismo con el que apareció a los nefitas (véase 3 Nefi, capítulo 11); y con el cual le apareció a José Smith en su juventud, mientras oraba dentro de la arboleda en la granja de su padre en Palmyra, Nueva York; y con el que de nuevo aparecerá con todos sus santos ángeles, cuando venga a tomar posesión de su reino, como lo ha prometido.

Jesús fue solamente las “primicias” de la resurrección:

Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. (1 Corintios 15:23.)

Después de la resurrección de Jesús se abrieron los sepulcros de otros, y salieron:

V se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron;

y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. (Mateo 27:52-53.)

¡Qué testimonio debe haber sido éste para los miembros de la Iglesia que vivían en esa época, ver abrirse los sepulcros y levantarse los santos que habían muerto y en su forma resucitada aparecer a muchos en la Ciudad Santa! ¡Quién puede seguir negando la realidad de la resurrección y el hecho de que es la reunión del espíritu y el cuerpo?

RESUCITAN LOS CUERPOS DE LOS SANTOS

Según el Libro de Mormón, los nefitas recibieron un testimonio parecido:

En verdad os digo que yo mandé a mi siervo, Samuel el Lamanita, que testificara a este pueblo, que el día en que el Padre glorificara su nombre en mí, habría muchos santos que se levantarían de entre los muertos, y aparecerían a muchos, y ministrarían en bien de ellos. Y les dijo: j, No fue así?

Y sus discípulos le contestaron, y dijeron: Sí, Señor, Samuel profetizó según tus palabras, y todas se cumplieron.

Y Jesús les dijo: j, Cómo es que no habéis escrito esto, que muchos santos se levantaron, y se aparecieron a muchos, y los ministraron?

Y sucedió que Nefi se acordó de que aquello no se había escrito.

Y acaeció que Jesús mandó que se escribiera; de modo que se escribió, de acuerdo con lo que él mandó. (3 Nefi 23:9-13.)

De modo que, mediante la expiación de Cristo, la resurrección del cuerpo vendrá a todos los que hayan vivido sobre la tierra en la carne:

Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.

Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida.

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.

Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.

Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.

Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas.

Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos. (1 Corintios 15:22-28.)

LA PRIMERA Y SEGUNDA RESURRECCIONES

Cuando Cristo venga otra vez, traerá consigo a los que son suyos, y reinarán con Él mil años hasta que haya subyugado y puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies, y el postrero de éstos será la muerte. Entonces no habrá más muerte. Los que no hayan muerto en Cristo no tendrán parte en la primera resurrección, mas saldrán de sus sepulcros al terminar los mil años o el reinado milenarío de Cristo, para ser juzgados según sus hechos en la carne:

Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano.

Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, las que no habían

adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años.

Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.

Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años...

Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. (Apocalipsis 20:1-6, 12-13.)

Muchos creen que el día de juicio del Señor viene cuando uno muere. Aun cuando es cierto que hay una especie de juicio y consignación al tiempo de morir, no debe confundirse con el juicio final:

Ahora, respecto al estado del alma entre la muerte y la resurrección, he aquí, un ángel me ha hecho saber que los espíritus de todos los hombres, en cuanto se separan de este cuerpo mortal, sí, los espíritus de todos los hombres, sean buenos o malos, son llevados de regreso a ese Dios que les dio la vida.

Y sucederá que los espíritus de los que son justos serán recibidos en un estado de felicidad que se llama paraíso: un estado de descanso, un estado de paz, donde descansarán de todas sus aflicciones, y de todo cuidado y pena.

Y entonces acontecerá que los espíritus de los malvados, sí, los que son malos —pues he aquí, no tienen parte ni porción del Espíritu del Señor, porque escogieron las malas obras más bien que las buenas; por lo que el espíritu del diablo entró en ellos y se posesionó de su casa,— éstos serán echados a las tinieblas de afuera; allí habrá llantos y lamentos y el crujir de dientes; y esto a causa de su propia iniquidad, pues fueron llevados cautivos por la voluntad del diablo.

Así que éste es el estado de las almas de los malvados; sí, en tinieblas y en un estado de terrible y espantosa espera de la ardiente indignación de la ira de Dios sobre ellos; y así permanecen en este estado, como los justos en el paraíso, hasta el tiempo de su resurrección. (Alma 40:11-14.)

El día del juicio final, cuando los hombres van a ser consignados al reino de gloria que heredarán, no vendrá sino hasta el fin de los mil años, después que Satanás haya sido puesto en libertad por un corto tiempo, a fin de tentar a los habitantes de la tierra por la última vez.

Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.

Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.

Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. (Apocalipsis 20:7-11.)

AL PROFETA JOSÉ SMITH EL SEÑOR REVELÓ LO SIGUIENTE:

Y además, de cierto, de cierto os digo, que cuando hayan terminado los mil años y los hombres de nuevo empiecen a negar a su Dios, entonces perdonaré la tierra solamente por un corto tiempo;

y vendrá el fin, y el cielo y la tierra serán consumidos y pasarán, y habrá un cielo nuevo y una tierra nueva.

Porque todas las cosas viejas pasarán, y todo será hecho nuevo, el cielo y la tierra, y toda la plenitud de ellos, tanto hombres como bestias, las aves del aire, y los peces del mar; y ni un cabello ni una mota se perderán, porque es la obra de mis manos. (D. y C. 29:22-25.)

LA EDIFICACIÓN DEL REINO DE DIOS SOBRE LA TIERRA DESPUÉS DE LA PRIMERA RESURRECCIÓN

¿Es alguien capaz de entender lo que significará ser llamado en la mañana de la primera resurrección para reinar mil años con Cristo y ayudarlo a establecer su reino en la tierra y vencer o subyugar a todos sus enemigos, hasta que sea conquistado el último enemigo, que será la muerte? Indudablemente llamará sólo a aquellos que son dignos y tienen la experiencia e instrucción necesarias, pues necesitará únicamente a los “obreros” y no a los “zánganos”. A esto se debe la declaración de Pablo, que Cristo traerá consigo a los que son de El en su venida. (Véase 1 Corintios 15:23.)

Al profeta José Smith, el Señor le reveló quiénes han de ser éstos:

V otra vez testificamos, porque vimos y oímos, y éste es el testimonio del evangelio de Cristo concerniente a los que saldrán en la resurrección de los justos:

Estos son los que recibieron el testimonio de Jesús, y creyeron en su nombre, y fueron bautizados según la manera de su sepultura, siendo sepultados en el agua en su nombre; y esto de acuerdo con el mandamiento que él ha dado,

de que por guardar los mandamientos pudiesen ser lavados y limpiados de todos sus pecados, y recibir el Espíritu Santo por la imposición de las manos del que es ordenado y sellado para ejercer este poder;

y son quienes vencen por la fe, y son sellados por el Santo Espíritu de la promesa, que el Padre derrama sobre todos los que son justos y fieles.

Estos son los que constituyen la iglesia del Primogénito.

Son aquellos en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas;

son sacerdotes y reyes que han recibido de su plenitud y de su gloria;

y son sacerdotes del Altísimo, según el orden de Melquisedec, que fue según el orden de Enoc, que fue según el orden del Hijo Unigénito.

De modo que, como está escrito, son dioses, sí, los hijos de Dios.

Por consiguiente, todas las cosas son suyas, sea vida o muerte, o cosas presentes o cosas futuras, todas son suyas, y ellos son de Cristo y Cristo es de Dios.

V vencerán todas las cosas.

Por tanto, nadie se gloríe en el hombre, más bien gloríese en Dios, el cual subyugará a todo enemigo debajo de sus pies.

Estos morarán en la presencia de Dios y su Cristo para siempre jamás.

Estos son los que él traerá consigo cuando venga en las nubes del cielo para reinar en la tierra sobre su pueblo.

Son los que tendrán parte en la primera resurrección. (D. y C. 76:50-64.)

Vemos, pues, que son “sacerdotes del Altísimo, según el orden de Melquisedec”, y ya hemos indicado cómo puede obtener este sacerdocio todo fiel miembro varón de la Iglesia, mayor de doce años de edad. En vista de que únicamente los hombres pueden poseer el sacerdocio, estas revelaciones nos ayudan a entender por qué el esposo y su mujer llegan a ser “una sola carne” (Génesis 2:24) para poder disfrutar juntos de los beneficios del sacerdocio. A esto el apóstol Pablo se estaba refiriendo cuando dijo:

“Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón.” (1 Corintios 11:11.)

Pedro debe haber estado pensando en la misma cosa: “Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.” (1 Pedro 3:7.)

Por lo anterior se ve claramente que los esposos y sus mujeres serán “coherederas” de las bendiciones que el Señor ha preparado para el hombre.

Otro hecho consolador es el conocimiento de que nosotros vamos a morar sobre esta tierra. Cuando Jesús estaba enseñando a sus discípulos a orar, la primera cosa que les enseñó a decir, después de honrar debidamente a su Padre Celestial, fue ésta: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” (Mateo 6:10.) Aunque la mayor parte de los cristianos han estado repitiendo esta oración por muchos años, dudamos que muchos realmente hayan creído en un cumplimiento cabal. Sin embargo, acabamos de referirnos a las palabras del apóstol Pablo con que describe la obra misional del Salvador durante el milenio, cuando pondrá “a todos sus enemigos debajo de sus pies” como preparación para entregar el reino al Padre. La oración será contestada:

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, autoridad y potencia.

Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.

Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. (1 Corintios 15:24-26.)

El profeta Isaías también vio la tierra y sus habitantes durante este período, y lo describe en estas palabras:

Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.

Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo.

Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor.

No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de cien años, y el pecador de cien años será maldito.

Edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas.

No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos.

No trabajarán en vano, ni darán a luz para maldición; porque son linaje de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos.

Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído.

El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová. (Isaías 65:17-25; véase también Isaías 11:6-9.)

¿Será posible describir con mayor claridad las condiciones que existirán cuando la tierra sea renovada y el lobo y el cordero pascan juntos? Obsérvese cómo Isaías dice claramente que “edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas”. ¿Quién hará todo esto? Las familias, por supuesto, tal como lo hacen en la actualidad. También dijo Isaías: “Porque son linaje de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos.” (Isaías 65:23.)

En una revelación dada al profeta José Smith, el Señor revela otros detalles de esta condición:

Y en ese día la enemistad del hombre y de las bestias, sí, la enemistad de toda carne, cesará de ante mi faz.

Y en ese día se le concederá a cualquier hombre cuanto pidiere;

y en ese día Satanás no tendrá poder de tentar a ningún hombre;

y no habrá pesar, porque no habrá muerte.

En ese día el infante no morirá sino hasta que sea viejo; y su vida será como la edad de un árbol;

y cuando muera, no dormirá, es decir, en la tierra, mas será transformado en un abrir y cerrar de ojos; y será arrebatado, y su reposo será glorioso. (D. y C. 101:26-31.)

Por tanto, se observará que no habrá más muerte; que el infante no morirá sino hasta que sea viejo, y que entonces “no dormirá”, es decir, no será sepultado en la tierra, “mas será transformado en un abrir y cerrar de ojos”.

El Señor también reveló al profeta José Smith lo siguiente:

V en aquel día, cuando yo venga en mi gloria, se cumplirá la parábola que hablé acerca de las diez vírgenes.

Porque aquellos que son prudentes y han recibido la verdad, y han tomado al Espíritu Santo por guía, y no han sido engañados, de cierto os digo que éstos no serán talados, ni echados al fuego, sino que aguantarán el día.

V les será dada la tierra por herencia; y se multiplicarán y se harán fuertes, y sus hijos crecerán sin pecado hasta salvarse.

Porque el Señor estará en medio de ellos y su gloria estará sobre ellos, y él será su rey y su legislador. (D. y C. 45:56-59.)

En esta promesa no hay cosa mística o difícil de entender; viviremos sobre esta tierra, nos multiplicaremos y nuestros hijos “crecerán sin pecado hasta salvarse”.

Daniel vio la venida de este reino de Dios en los postreros días:

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí en las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él.

V le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido...

Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre...

hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino.

y que el reino, y el dominio, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán. (Daniel 7:13-14, 18, 22, 27.)

¡Qué día tan trascendental será en la historia del mundo cuando se cumplan estas cosas! La oración que Jesús enseñó a sus discípulos se habrá contestado:

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” (Mateo 6:10.)

LA OBRA QUE SE EFECTUARÁ DURANTE EL MILENIO

Ya se ha hecho referencia a la naturaleza de la obra que se llevará a cabo entre los miembros de la Iglesia que vivan en la tierra y los santos resucitados, pues en estos mil años del reinado personal del Salvador del mundo sobre el pueblo, habrá libre comunicación entre ellos. También se mencionó brevemente cuando hablamos de las llaves que Ellas el Profeta trajo a fin de llevar a cabo la obra vicaria de los vivos a favor de los muertos en los templos del Señor, en lo que respecta al bautismo, la imposición de manos para comunicar el Espíritu Santo, recibir el sacerdocio por ordenación, las investiduras, y ligar o sellar a los padres con sus esposas por esta vida y por toda la eternidad, y ligar sus hijos a ellos.

El presidente Brigham Young describe en esta forma la obra que se llevará a cabo durante el reinado milenar:

En el milenio, cuando se establezca el reino de Dios sobre la tierra con poder, gloria y perfección, y sea vencido el reino de iniquidad que por tanto tiempo ha prevalecido, los Santos de Dios tendrán el privilegio de edificar sus templos y de entrar en ellos, llegando a ser, por decirlo así, pilares de los templos de Dios, y entonces oficiarán en bien de sus muertos. En ese tiempo veremos a nuestros amigos, y quizá a algunos que hayamos conocido aquí. Si preguntamos quién estará a la cabeza de la resurrección en esta última dispensación, la

respuesta es: José Smith, hijo, el profeta de Dios. El es el que resucitará y recibirá las llaves de la resurrección, y él conferirá esta autoridad a otros y buscarán a sus amigos y los resucitarán, cuando se haya hecho la obra por ellos, y los levantarán. Y recibiremos revelaciones para saber quiénes fueron nuestros antepasados hasta nuestro padre Adán y nuestra madre Eva, y entraremos en los templos de Dios y obraremos por ellos. Entonces los hombres serán ligados unos a otros hasta que la cadena quede completa y perfecta hasta Adán, y así habrá una cadena perfecta del sacerdocio desde Adán hasta la última escena.

Esta será la obra de los Santos de los Últimos Días durante el Milenio. (Discourses of Brigham Young, pág. 116.)

SE PREDICARÁ EL EVANGELIO DURANTE EL MILENIO

El milenio también será la época más grande para la predicación del evangelio que este mundo jamás ha conocido. Consideremos estas palabras de Jesucristo a su siervo, José Smith, dadas en febrero de 1831:

De nuevo digo, escuchad, élderes de mi iglesia, a quienes he nombrado: No sois enviados para que se os instruya, sino para enseñar a los hijos de los hombres las cosas que yo he puesto en vuestras manos por el poder de mi Espíritu;

y a vosotros se os enseñará de lo alto. Santificaos y seréis investidos con poder, para que podáis impartir como yo he hablado.

Escuchad, pues he aquí, el gran día del Señor está cerca.

Porque viene el día en que el Señor hará resonar su voz desde el cielo; los cielos se estremecerán y la tierra temblará, y la trompeta de Dios sonará larga y fuertemente, y dirá a las naciones dormidas: ¡Levantaos, santos, y vivid; quedaos, pecadores, y dormid hasta que llame otra vez!

Por lo tanto, ceñid vuestros lomos, no sea que se os halle entre los inicuos.

Levantad vuestras voces sin cesar. Llamad a las naciones a que se arrepientan, tanto jóvenes como ancianos, ora esclavos o libres, diciendo: Preparaos para el gran día del Señor;

porque si yo, que soy hombre, alzo mi voz y os llamo al arrepentimiento, y me aborrecéis, ¿qué diréis cuando venga el día en que los truenos hagan oír sus voces desde los extremos de la tierra, hablando a los oídos de todos los vivientes, diciendo:

Arrepentíos y preparaos para el gran día del Señor?

Sí, ¿y cuando los relámpagos resplandezcan desde el este hasta el oeste, y llegue el clamor de sus voces a todos los vivientes, haciendo zumbir los oídos de todos los que oigan, diciendo: Arrepentíos, porque el gran día del Señor es venido?

Y además, el Señor emitirá su voz desde los cielos, diciendo:

¡Escuchad, oh naciones de la tierra, y oíd las palabras del Dios que os hizo!

¡Oh vosotras, naciones de la tierra, cuántas veces os hubiera juntado como la gallina junta a sus pollos debajo de sus alas, mas no quisisteis!

¡Cuántas veces os he llamado por la boca de mis siervos y por el ministerio de ángeles, y por mi propia voz y por la de los truenos y los relámpagos y tempestades; y por la voz de terremotos y fuertes granizadas, y la de hambres y pestilencias de todas clases; y por el gran sonido de una trompeta, y por la voz del juicio y de la misericordia todo el día; y por la voz de gloria y honra y las riquezas de la vida eterna, y os hubiera salvado con una salvación sempiterna, mas no quisisteis!

He aquí, ha llegado el día en que la copa de la ira de mi indignación está llena.

He aquí, en verdad os digo, que éstas son las palabras del Señor vuestro Dios.

Por tanto, trabajad, trabajad en mi viña por la última vez; por vez postrera llamad a los habitantes de la tierra.

Porque en mi propio y debido tiempo vendré sobre la tierra en juicio, y mi pueblo será redimido y reinará conmigo sobre la tierra.

Porque vendrá el gran Milenio, del cual he hablado por boca de mis siervos.

Porque Satanás será atado; y cuando de nuevo quede libre, reinará solamente una corta temporada, y entonces vendrá el fin de la tierra.

Y el que viviere en rectitud será cambiado en un abrir y cerrar de ojos, y la tierra pasará como si fuera por fuego.

Y los inicuos irán al fuego inextinguible, y ningún hombre en la tierra sabe su fin, ni lo sabrá jamás, sino hasta que comparezcan delante de mí en juicio.

Escuchad estas palabras. He aquí, soy Jesucristo, el Salvador del mundo. Atesorad estas cosas en vuestro corazón, y reposen en vuestra mente las solemnidades de la eternidad.

Sed juiciosos. Guardad todos mis mandamientos. Así sea. Amén. (D. y C. 48:15-85.)

Cuando uno se pone a pensar en el establecimiento prometido del reino de Dios sobre esta tierra, a lo cual ya nos hemos referido, se destaca la promesa de nuestro Señor en el Sermón del Monte: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.” (Mateo 5:5.) No debemos suponer que la muerte robará esta promesa a los mansos, porque será de ellos para siempre jamás.

EL HOMBRE Y LA TIERRA DESPUÉS DEL MILENIO

En seguida consideremos brevemente la condición de la tierra después del reinado milenario de Cristo. Al profeta José Smith el Señor reveló lo siguiente:

El lugar donde Dios reside es un gran Urim y Tumim.

Esta tierra, en su estado santificado e inmortal, llegará a ser semejante al cristal, y será un Urim y Tumim para los habitantes que moren en ella, mediante el cual todas las cosas pertenecientes a un reino inferior, o todos los reinos de un orden menor, serán manifestados a los que la habiten; y esta tierra será de Cristo. (D. y C. 130:8-9.)

Juan el Teólogo también habló de esta época en su revelación:

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.

Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.

Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.

Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.

El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.

Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios,

teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. (Apocalipsis 21:1-7, 10-11.)

Debemos observar que en el versículo 2 Juan vio “la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios”. En el versículo 10, vio “la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”. La primera, “la nueva Jerusalén”, es la que se edificará en América como parte del recogimiento de Israel en los postreros días, y “la gran ciudad santa de Jerusalén” es la que Jesús amó durante su vida terrenal.

Al profeta Eter de los Jareditas, en América, según leemos en el Libro de Mormón, se dio a entender la diferencia entre las dos ciudades de Jerusalén:

V ahora yo, Moroni, procedo a concluir mi relato concerniente a la destrucción del pueblo del cual he estado escribiendo.

Pues he aquí, menospreciaron todas las palabras de Eter; porque él verdaderamente les habló de todas las cosas, desde el principio del hombre; y que después que se hubieron retirado las aguas de la superficie de esta tierra, llegó a ser una tierra escogida sobre todas las demás, una tierra escogida del Señor; por tanto, el Señor quiere que lo sirvan a él todos los hombres que habiten sobre la faz de ella;

y que era el sitio de la Nueva Jerusalén que descendería del cielo, y el santo santuario del Señor.

He aquí, Eter vio los días de Cristo, y habló de una Nueva Jerusalén sobre esta tierra.

V habló también concerniente a la casa de Israel, y la Jerusalén de donde Lehi habría de venir: que después que fuese destruida, sería reconstruida de nuevo, una ciudad santa para el Señor; por tanto, no podría ser una nueva Jerusalén, porque ya había existido en la antigüedad; pero sería reconstruida, y llegaría a ser una ciudad santa del Señor; y sería edificada para la casa de Israel;

y que sobre esta tierra se edificaría una Nueva Jerusalén al resto de la posteridad de José, para lo cual ha habido un tipo.

Porque así como José llevó a su padre a la tierra de Egipto, de modo que allí murió, el Señor consiguientemente sacó a un resto de la descendencia de José de la tierra de Jerusalén, para ser misericordioso con la posteridad de José, a fin de que no pereciera, tal como fue misericordioso con el padre de José para que no pereciera.

De manera que el resto de los de la casa de José se establecerán sobre esta tierra, y será la tierra de su herencia; y levantarán una ciudad santa para el Señor, semejante a la Jerusalén antigua; y no serán confundidos más, hasta que llegue el fin, cuando la tierra será consumida.

V habrá un cielo nuevo, y una tierra nueva; y serán semejantes a los antiguos, salvo que los antiguos habrán dejado de ser, y todas las cosas se habrán vuelto nuevas.

V entonces viene la Nueva Jerusalén; y benditos son los que moren en ella, porque son aquellos cuyos vestidos son hechos blancos mediante la sangre del Cordero; y son ellos los que están contados entre el resto de los de la posteridad de José, que eran de la casa de Israel.

V entonces viene también la antigua Jerusalén; y benditos son sus habitantes, porque han sido lavados en la sangre del Cordero; y son los que fueron esparcidos y recogidos de las cuatro partes de la tierra y de los países del norte, y participan del cumplimiento del convenio que Dios hizo con Abraham, su padre.

V cuando sucedan estas cosas, se cumplirá la Escritura que dice: Hay quienes fueron los primeros, que serán los postreros; y quienes fueron los postreros, que serán los primeros. (Eter 18:1-12.)

También conviene referirnos a los siguientes pasajes:

V no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero.

La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. (Apocalipsis 21:22-28.)

Hay algunos que no entienden por qué no habrá templo en esta “ciudad santa de Jerusalén”. El hecho es que para cuando se cumplan los mil años, se habrá efectuado toda la obra del templo, y por consiguiente no tendremos más necesidad de templos, así como el versículo 23 nos hace saber que ni el sol ni la luna serán menester, “porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”.

EL HOGAR CELESTIAL Y ETERNO DEL HOMBRE

De modo que la tierra en su estado celestial será la morada de aquellos que sean dignos de la gloria celestial, cuyos nombres estén escritos en el libro de la vida del Cordero:

No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero. (Apocalipsis 21:27.)

El Señor dio esta luz adicional al profeta José Smith por revelación:

Sin embargo, el que persevere con fe y haga mi voluntad, vencerá; y recibirá una herencia sobre la tierra cuando venga el día de la transfiguración;

cuando la tierra será transfigurada según el modelo que les fue mostrado a mis apóstoles sobre el monte, relato cuya plenitud todavía no habéis recibido. (D. y C. 63:20-21.)

V además, de cierto os digo, que la tierra soporta la ley de un reino celestial, porque cumple la medida de su creación y no traspasa la ley;

así que, será santificada; sí, a pesar de que morirá, será vivificada de nuevo; y soportará el poder que la vivifica, y los justos la heredarán. (D. y C. 88:25-26.)

Pero benditos los pobres que son puros de corazón, cuyos corazones están quebrantados y cuyos espíritus son contritos, porque verán el reino de Dios que viene en poder y gran gloria para libertarios; porque la grosura de la tierra será suya.

Porque he aquí, el Señor vendrá, y con él su galardón; y los pobres se regocijarán; y su posteridad heredará la tierra de generación en generación, perpetuamente... (D. y C. 56:18-20.)

De modo que, acompañados de nuestros amigos y nuestras familias, con nuestros cuerpos resucitados, podremos heredar esta tierra “de generación en generación, perpetuamente”, mediante nuestra fidelidad.

Juan el Teólogo también vio en visión este acontecimiento glorioso:

V oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron...

El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. (Apocalipsis 21:3-4, 7.)

Se notará que en esta discusión sólo se ha procurado mostrar lo que será de aquellos que vencen todas las cosas y de este modo se hacen dignos de una gloria celestial, esa gloria de la cual se dice que es semejante al sol; y también, que el Señor claramente ha dicho que heredarán esta tierra “de generación en generación, para siempre jamás”.

De los que no son dignos de heredar la gloria celestial, el Señor declaró en una revelación dada al profeta José Smith:

V aquellos que no son santificados por la ley que os he dado, a saber, la ley de Cristo, deberán heredar otro reino, ya sea un reino terrestre, o un reino telestial.

Porque el que no es capaz de soportar la ley de un reino celestial, no puede soportar una gloria celestial.

V el que no puede soportar la ley de un reino terrestre, no puede soportar una gloria terrestre.

V el que no puede soportar la ley de un reino telestial, no puede soportar una gloria telestial, por tanto, no es digno de un reino de gloria. Por consiguiente, deberá soportar un reino que no es de gloria. (D. y C. 88:21-24.)

Y de los hijos de perdición, dijo:

Por tanto, a todos salva él menos a ellos; éstos irán al castigo perpetuo, que es castigo sin fin, castigo eterno, para reinar con el diablo y sus ángeles por la eternidad, donde su gusano no muere y el fuego no se apaga, lo cual es su tormento;

y ni el fin de ello, ni el lugar, ni su tormento, ningún hombre lo sabe;

ni tampoco fue, ni es, ni será revelado al hombre, salvo a quienes se hacen participantes de ello. (D. y C. 76:44-46.)

El evangelio del Señor Jesucristo es dado al hombre con objeto de prepararlo para la gloria celestial. Hablando de los que no están dispuestos a recibir el evangelio cuando se les ofrece, el Señor asegura:

V los que queden serán vivificados también; sin embargo, volverán otra vez a su propio lugar para gozar de lo que están dispuestos a recibir, porque no quisieron gozar de lo que pudieron haber recibido.

Porque, ¿en qué se beneficia un hombre a quien se confiere un don, si no lo recibe? He aquí, ni se regocija con lo que le es dado, ni se regocija en aquel que es el donador. (D. y C. 88:32-33.)

CAPÍTULO 23

EL DÍA DE REPOSO

En vista de que es algo sensible la variedad de opiniones que existen entre los cristianos al respecto de que si deben adorar durante el séptimo día de la semana, el sábado de los judíos, o el primer día de la semana (domingo), que fue cuando Cristo resucitó de la tumba, llamado el Día del Señor en las Santas Escrituras, no fue sino propio que con la restauración de su Iglesia en esta dispensación, el Señor hablara sobre el asunto. Por consiguiente, así lo hizo en una revelación que concedió al profeta José Smith en Sión, Distrito de Jackson, estado de Misuri, el día 7 de agosto de 1831, de la cual citamos estos versículos:

V para que más íntegramente puedas conservarte sin mancha del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo;

porque, en verdad, éste es un día que se te ha señalado para descansar de todas tus obras y rendir tus devociones al Altísimo;

sin embargo, tus votos se ofrecerán en justicia todos los días y a todo tiempo;

pero recuerda que en éste, el día del Señor, ofrecerás tus ofrendas y tus sacramentos al Altísimo, confesando tus pecados a tus hermanos, y ante el Señor. (D. y C. 59:9-12.)

Esta revelación nos hace saber que el “día del Señor” es llamado por El “mi día santo”. Una vez más es por medio de la revelación del Señor a su profeta de esta dispensación que se aclara esta verdad, más bien que por medio del estudio de las Escrituras o historias antiguas. No obstante, conviene referirnos a las Escrituras antiguas para demostrar que esta revelación, dada por el Señor en el restablecimiento de su Iglesia en la tierra en esta dispensación, en ninguna manera contradice las instrucciones y revelaciones comunicadas por El mediante sus profetas en los días pasados.

LA HISTORIA DEL DÍA DEL SÁBADO

La palabra sábado deriva del latín *sabbatum*, y ésta del griego *sabbaton*, que a su vez viene del hebreo *shabbath*, cuya raíz *sha bath* significa reposar o descansar.

Consideremos brevemente la historia del día del sábado:

V acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo.

V bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación. (Génesis 2:2-3.)

Según esta narración, se establece claramente que “bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra”. Sin embargo, el estudio de las Escrituras parece indicar que el primer mandamiento dado por medio de cualquiera de sus profetas sobre la observancia de este día como uno de adoración por parte del pueblo fue proclamado por Moisés unos dos mil quinientos años después de la creación. En el libro de Deuteronomio leemos la razón por qué Dios estableció este mandamiento entre los hijos de Israel en esa época:

Jehová nuestro Dios hizo pacto con nosotros en Horeb.

No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos.

Guardarás el día de reposo para santificarlo, como Jehová tu Dios te ha mandado...

Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo. (Deuteronomio 5:2-3, 12, 15.)

Según estos pasajes, es evidente que fue un convenio nuevo que hizo el Señor con Israel en Horeb, que no hizo este pacto con sus Padres, que lo estableció a fin de que se acordaran que

fueron siervos en la tierra de Egipto, y que el Señor su Dios los había sacado con mano fuerte y brazo extendido; por tanto, el Señor su Dios les mandaba que observaran el día del sábado.

Este mandamiento de observar el día del sábado quedó incorporado en la ley de Moisés, como también lo fueron el año sabático y el jubileo cada cuarenta y nueve y cincuenta años.

Refiriéndose a la ley de Moisés, el apóstol Pablo dijo: “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.” (Gálatas 3:24.)

De manera que si la ley de Moisés fue nuestro ayo para llevarnos a Cristo, nos parece perfectamente razonable suponer que cuando Cristo viniera, no habría más necesidad del ayo.

EL SÁBADO ISRAELITA HABRÍA DE TERMINAR

Si entendemos que la ley de Moisés, incluso sus sábados, era un ayo para llevarnos a Cristo, podemos con mayor facilidad entender por qué el Señor permitió que su profeta Oseas declarase que haría cesar los sábados de Israel: “Haré cesar todo su gozo, sus fiestas, sus nuevas lunas y sus días de reposo, y todas sus festividades.” (Oseas 2:11.)

¿Podemos aceptar las Escrituras como la palabra de Dios y dudar de que esta profecía de Oseas se cumpliría y que el Señor en verdad haría cesar los sábados de Israel? Al cumplirse la profecía de Oseas, es obvio que se abrió la puerta para la introducción de un sábado nuevo.

EL DÍA DEL SEÑOR ES EL SÁBADO NUEVO

El Salvador sabía que se habría de efectuar un cambio en el sábado:

También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo.

Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo. (Marcos 2:2 7-28.)

No vino para violar la ley, sino para cumplirla. De modo que en El se cumplió el sábado judío así como el resto de la ley de Moisés, que “ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo”. Por tanto, cuando Cristo vino, también fue Señor del sábado. El mismo declaró que había venido para cumplir la ley: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.” (Mateo 5:17.)

Si Jesús vino para cumplir la ley, ¿por qué, pues, querrán algunos retenerla todavía? ¿Por qué no pueden aceptar lo que Jesús trajo para reemplazar la ley, incluso el sábado nuevo, el primer día de la semana o domingo, que fue cuando Jesús se levantó de la tumba? “El día del Señor” es el que El señaló a sus santos en esta dispensación para que lo adorasen. (Véase D. y C. 59:12.)

Mientras Juan, el discípulo amado del Señor, se hallaba desterrado en la Isla de Patmos “por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”, escribió: “Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y o! detrás de mí una gran voz como de trompeta.” (Apocalipsis 1:10.)

¿Por qué habría de llamarse “el día del Señor” si no era un día sagrado? Tengamos presente “que el Hijo del Hombre es Señor aun el día de reposo”. (Marcos 2:28.)

Por haber sido cambiado el día del sábado, Pablo comprendió que los santos serían criticados por esta práctica y otras con las cuales los judíos no estaban de acuerdo:

“Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo.” (Colosenses 2:16.)

Ningún objeto habría tenido esta amonestación del Apóstol si los santos hubiesen estado adorando el sábado judío, porque entonces los judíos no habrían tenido ocasión para juzgarlos en este respecto.

LOS SANTOS ADORARON EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA

En ninguna parte de la Biblia dice que los santos observaban el sábado judío como día de adoración después de la resurrección del Salvador. Sin embargo, los Apóstoles se reunían con los

judíos en sus sinagogas el día del sábado para enseñarles el evangelio. (Véanse Hechos 13:13-44; 17:1-2.)

Por otra parte, la historia sagrada indica que los santos se reunían a menudo el primer día de la semana (domingo), el día del Señor o el día en que Jesús se levantó de la tumba:

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros...

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. (Juan 20:19, 26.)

El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche. (Hechos 20: 7.)

En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia.

Cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas. (1 Corintios 16:1-2.)

Los siguientes pasajes de las Escrituras son de significado particular, en vista de que “los días de Pentecostés” comenzaban “el siguiente día del séptimo día de reposo” (véase Levítico 23:15, 16):

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.

V de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados;

y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.

V fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. (Hechos 2:1-4.)

¿Qué otra explicación se puede hacer del hecho de que el primer día de la semana (domingo), el día del Señor, el día en que el Señor se levantó de la tumba, los santos se reunían para adorar, en lugar del sábado judío, sino que el Señor realmente causó que cesaran los sábados judíos, como lo había anunciado el profeta Oseas? Jesús instituyó un sábado nuevo, “el día del Señor”, y así pudo ser “Señor aun del día de reposo”.

LOS ORIGINALES GRIEGO Y LATÍN LLAMAN SÁBADO AL PRIMER DÍA DE LA SEMANA

Esta conclusión recibe apoyo adicional del hecho de que al primer día de la semana (domingo) se le llama sábado ocho veces en el griego, idioma original en que fue escrito el Nuevo Testamento. La versión latina, tomada del griego, dice la misma cosa. De modo que si se hubiera traducido correctamente la Biblia, habríase eliminado mucha de la confusión actual sobre este asunto. ¿Qué objeto habría en que la Biblia llamase sábado al primer día de la semana, a menos que fuese el día de reposo? ¿Y cómo llegó a ser el día del reposo o del sábado, sino en la manera en que hemos explicado? “Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana...” (Mateo 28:1).

Al leer este pasaje debe tenerse presente el hecho de que el sábado cristiano (que es el primer día de la semana) sigue inmediatamente al sábado judío (el séptimo día de la semana). De ahí, pues, la referencia a dos sábados en el pasaje anterior y en los siguientes:

V muy de mañana, el primer día de la semana... (Marcos 1 6:2; en griego y latín, “sábado”, en lugar de “el primer día de la semana”.)

Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana... (Marcos 16:9; en griego y latín, “sábado”, en lugar de “el primer día de la semana”.)

El primer día de la semana... (Lucas 24:1; en griego y latín “sábado”, en lugar de “el primer día de la semana”.)

El primer día de la semana... (Juan 20:1; en griego y latín “sábado”, en lugar de “el primer día de la semana”).

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana. . . (Juan 20:19; en griego y latín, “sábado”, en lugar de “el primero de la semana”).

El primer día de la semana... (Hechos 20: 7; en griego y latín “sábado”, en lugar de “el día primero de la semana”).

Cada primer día de la semana... (1 Corintios 1 6:2; en griego y latín “sábado”, en lugar de “primer día de la semana”).

Por lo anterior se puede establecer claramente que los escritores del Nuevo Testamento entendían perfectamente bien que el primer día de la semana (domingo) era el día del reposo, y el día en que los santos se reunían para adorar.

LOS CRISTIANOS ANTIGUOS SE REUNÍAN EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA PARA ADORAR

Los primeros cronistas de la Iglesia cristiana nos dicen que el primer día de la semana, el día en que el Señor se levantó de la tumba, era el que los cristianos tenían por sagrado y en el que solían adorar. Esto, junto con la evidencia presentada, refuta las afirmaciones de algunos, que el cambio de sábado a domingo fue instituido por Constantino, emperador de Roma.

Es muy cierto que la vida de Constantino no fue lo que exigían los preceptos del cristianismo; y también es cierto que permaneció o fue catecúmeno (cristiano sin bautizar) toda su vida, y fue recibido como miembro de la Iglesia por el bautismo unos pocos días antes de su muerte.

Nota 25: Es casi seguro que Constantino, mucho antes de su muerte en el año 324 de nuestra era, se declaró cristiano y así era reconocido por las iglesias. También es cierto que por mucho tiempo había cumplido con los actos religiosos de un cristiano y los aniversarios de los mártires, y velaba las viglias de la Pascua, etc. (Mosheim’s Church History, Tomo 2, Siglo 4, Parte 1, capítulo 1 :8.)

Los cristianos de este siglo se reunían piadosamente para adorar a Dios y para su propio desarrollo el primer día de la semana, el día en que Cristo reasumió su vida, porque los apóstoles mismos apartaron este día para la adoración religiosa, y tenemos testimonio incontrovertible de que se observaba generalmente, siguiendo el ejemplo de la iglesia de Jerusalén. (Mosheim’s Church History, Tomo 1, Siglo 1, Parte 2, capítulo 4:4.)

Los que fueron criados según el orden antiguo de las cosas han llegado a poseer una esperanza nueva, no observando por más tiempo el sábado (el séptimo día de los judíos), sino viviendo en la observancia del día del Señor (el primer día) en el cual también nuestra vida surge de El y de su muerte. (Epístola de Ignacio a los Magnecios, año 101 de Cristo, capítulo 9.)

Un día, el primero de la semana, nos reuníamos. (Bardereven, año 180 de Cristo.)

V en el día que es llamado domingo, se verifica una reunión de todos los que viven en las ciudades o en el campo en el mismo sitio; y se leen los anales de los Apóstoles o los escritos de los Profetas mientras hay tiempo... el domingo es el día en que todos celebramos nuestras reuniones comunes, porque es el primer día en que Dios, al transformar las tinieblas y la materia, hizo el mundo; y es el mismo día en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de los muertos... (Apologías de Justino Mártir, Tomo 1:67, año 140 de Cristo.)

El, en cumplimiento del precepto que concuerda con el evangelio observa el día del Señor. (Clemente de Alejandría, Tomo 7, capítulo 12, año 198 de Cristo.)

No concordamos con los judíos ni en sus peculiaridades concernientes a la comida, ni en sus días sagrados. (Apologías, Sección 21, año 200 de Cristo.)

Nosotros estamos acostumbrados a observar ciertos días, como por ejemplo, el día del Señor. (Orígenes, Libro 8, capítulo 23, año 201 de Cristo.)

Pero preguntáis, ¿Por qué es que nos reunimos el día del Señor para celebrar nuestras solemnidades? Porque así era como los Apóstoles también lo hacían. (De Fuga, XIV:ii, 141, año 200 de Cristo.)

Se verá, pues, que mediante las revelaciones del Señor dadas al profeta José Smith en las que instruyó a sus santos de esta dispensación a que observaran el día del Señor (el domingo), el primer día de la semana, como el día en que habían de adorar, no hizo más que confirmar su aprobación de la práctica de los santos de los días anteriores, como ampliamente lo sostienen las Santas Escrituras y los primeros cronistas eclesiásticos. Si cometieron un error al abandonar el día séptimo (sábado), el sábado judío, por el día del Señor (domingo), el primero de la semana, el Señor ciertamente lo habría indicado; porque en la restauración del evangelio no vaciló en corregir los errores cometidos a través de los siglos por los que pretendían ser directores de la Iglesia.

CAPÍTULO 24

PREDESTINACIÓN Y PREORDENACIÓN

TODOS VIVIMOS EN EL MUNDO ESPIRITUAL

Una de las enseñanzas de las Santas Escrituras que muy a menudo se interpreta incorrectamente es el principio de la predestinación, en la forma en que la enseñó Calvino, uno de los primeros reformadores. Si él hubiese entendido el principio de la preexistencia, es decir, que todos vivimos en el mundo espiritual antes de nacer aquí sobre la tierra, habría podido entender cómo pueden ser los hombres *preordenados*, llamados y escogidos antes de nacer, para llevar a cabo cierta obra en el mundo, sin necesidad de ser predestinados. También habría entendido que por el hecho de haber conocido el Señor a los espíritus de todos sus hijos, El sabía anticipadamente lo que harían en determinadas circunstancias y condiciones, así como los padres terrenales pueden generalmente saber cómo reaccionarán sus hijos en determinadas situaciones.

Sin embargo, las Santas Escrituras no apoyan la posición extrema que muchos sostienen, de que algunos son predestinados a la vida eterna, la cual lograrán pese a lo que hagan; que otros son predestinados a la condenación eterna, y de ser así, no hay nada que puedan hacer para evitarlo; que todo hecho de nuestras vidas se ha predeterminado antes de nacer, y no podemos desviarnos de lo señalado; y que todo lo que nos sucede en esta vida es la voluntad del Señor.

Esta creencia haría al Señor responsable de toda la maldad, desobediencia e injusticia que hay en el mundo. Si el hombre carece del libre albedrío y la facultad para escoger, entonces Dios, que lo creó, debe ser el que hizo la elección, y por tanto, El, no el hombre, es responsable de la vida de éste.

La explicación que se hace es que todos los hombres están sujetos a la condenación eterna al nacer, pero mediante el principio de la gracia, aquellos a quienes el Señor elige para predestinar pueden obtener la salvación, y ningún otro. Este punto de vista por lo general se llama fatalismo.

ESCRITURAS DIFÍCILES DE ENTENDER

La siguiente explicación puede ser útil para ayudarnos a entender algunos de los pasajes de las Escrituras que se refieren a la doctrina de la predestinación.

Pedro advirtió que el apóstol Pablo había dicho algunas cosas sobre este asunto que les son muy difíciles de entender a los que no tienen el espíritu de la profecía así como a los que no estudian profundamente:

V tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. (2 Pedro 3:15-16.)

Consideremos ahora algunas de las palabras de Pablo:

Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo.

V no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama),

se le dijo: El mayor servirá al menor.

Como esta escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.

j,Qué, pues, diremos? j,Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. (Romanos 9:9-14.)

Al leer ligeramente este pasaje, uno podría suponer que fue antes del nacimiento de Jacob y Esaú, cuando el Señor dijo: “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”. Veamos qué fue lo que el Señor dijo antes que naciesen:

Y le respondió Jehová (a Rebeca): Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; el un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor. (Génesis 25:23.)

De modo que antes de nacer estos gemelos, el Señor sabía qué clase de espíritus iba a enviar para ser los hijos de Rebeca, así como el carácter de los espíritus que vendrían por medio de ellos como posteridad, y sabía también cuál de los dos habría de nacer primero.

Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación. (Hechos 17:26.)

Según esto, el Señor determinó que en aquella época y lugar habían de nacer Esaú y Jacob; y conocía a los dos y la naturaleza de sus vidas y sabía cómo obrarían en las circunstancias y condiciones en que se hallarían. Por tanto, el Señor pudo decir, aun antes que nacieran: “El mayor servirá al menor”.

Ahora bien, ¿cuándo fue que el Señor dijo: “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”?

Citamos las palabras del Señor a su profeta Malaquías, que éste declaró aproximadamente mil trescientos años después que Jacob y Esaú nacieron:

Profecía de la palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías.

Yo os he amado, dice Jehová; y dijisteis: ¿En qué nos amaste? ¿No era Esaú hermano de Jacob? dice Jehová. Y amé a Jacob,

y a Esaú aborrecí, y convertí sus montes en desolación, y abandoné su heredad para los chacales del desierto. (Malaquías 1:1-3.)

De modo que mil trescientos años después de su nacimiento, el Señor tuvo razón para decir lo que dijo.

No tomaremos el tiempo para repasar la vida de Jacob, sino únicamente recordar al lector que el Señor le cambió el nombre a Israel por causa de su fidelidad, y que ahora se halla a la cabeza de la casa de Israel. Por otra parte, el apóstol Pablo nos dice de la rebeldía de Esaú: “No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura.” (Hebreos 12:16.)

Consideremos en seguida otras de las palabras de Pablo, que con frecuencia se interpretan erróneamente. Los que defienden el principio de la predestinación suelen llamar el capítulo nueve de Romanos “una Biblia dentro de la Biblia”:

Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?

¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?

¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción,

y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria? (Romanos 9:20-28.)

Según estos pasajes, se pretende que el Señor (el alfarero) tiene potestad para hacer del mismo pedazo de barro un vaso para honra, y otro para deshonra: y que la cosa labrada no puede decir al que la formó:

“¿Por qué me has hecho así?” En relación con los pasajes anteriores, examinemos otra de las afirmaciones de Pablo sobre el mismo asunto:

Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles.

Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra. (2 Timoteo 2:20-21.)

Es evidente, pues, que de acuerdo con estas palabras de Pablo y Timoteo, no importa qué

desventajas o limitaciones tenga una persona en la vida, si se limpia, puede llegar a ser “vaso para honra, santificado, y útil al Señor, dispuesto para toda buena obra”.

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

Esta no es sino otra forma de enseñar lo que Jesús mostró por medio de la parábola del hombre que llamó a sus siervos y les entregó sus bienes, cuando estaba para salir a un país lejano: “A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos.” (Mateo 25:15.)

Entonces volvió e hizo cuentas con ellos. El que había recibido cinco talentos le devolvió diez; el que habla recibido dos le devolvió cuatro; y ambos fueron recompensados como siervos fieles; pero al llegar al que había recibido solamente un talento y fue y lo escondió en la tierra, su Señor dijo: “Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos.” (Mateo 25:28.)

De modo que, como lo declara Pablo, la cosa hecha no puede decir al que la formó: “¿Por qué me has hecho tal?”

Uno podrá recibir cinco talentos, otro dos y otro solamente uno, mas a la vista del Señor, no es tan importante lo que uno haya recibido, sino lo que hace con aquello que se le ha dado.

BARRO EN LA MANO DEL ALFARERO

El profeta Jeremías habló de la obra del alfarero en estos términos:

Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo:

Levántate y vete a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras.

V descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda.

V la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla.

Entonces vino a mi palabra de Jehová, diciendo:

¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel.

En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir.

Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles,

y en un instante hablaré de la gente y del reino, para edificar y para plantar.

Pero si hiciere lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerle. (Jeremías 18:1-10.)

Se aclara, pues, que no importa cuáles sean las características de una nación, si sus habitantes se vuelven de su maldad, el Señor “se arrepentirá del mal que había pensado hacerles”, y viceversa; y de esta manera queda demostrado que todas las naciones y gentes tienen su libre albedrío, y el Señor las recompensará según lo que escojan.

PABLO HABLA DE FARAÓN

Por las palabras de este Apóstol respecto de Faraón, quizás nos parezca que el rey no tuvo libre albedrío, sino que fue levantado para cierto objeto, y que ninguna oportunidad tuvo de escoger:

Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.

De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece. (Romanos 9:17-18; véase también Exodo 9:16.)

Para entender estas palabras se debe tener presente la doctrina de la preexistencia, a saber,

que los espíritus de todos los hombres vivieron con Dios en el mundo de los espíritus antes que nacieran en la carne, y que el Señor envió a algunos de los espíritus grandes y nobles en determinadas épocas para llevar a cabo cierta obra. Para ilustrar esto, consideremos la vocación del profeta Jeremías:

Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo:

Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. (Jeremías 1:4-5.)

En igual manera el Señor conoció a Faraón antes que naciera, y conoció su carácter y sabía cómo se conduciría en determinadas circunstancias y situaciones. De ahí, que, como queda indicado en las Escrituras, el Señor lo levantó para el propósito particular de manifestar su poder en él. Sin embargo, esto no obligó a Faraón en ningún sentido a hacer las cosas que hizo, así como nadie obliga a una nación a hacer lo que hace. Faraón, tras mucha irresolución, decidió librar a los hijos de Israel:

Entonces vinieron Moisés y Aarón a Faraón, y le dijeron:

Jehová el Dios de los hebreos ha dicho así: ¿Hasta cuándo no querrás humillarte delante de mí? Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. (Exodo 10:8.)

Así que el Señor escogió a Faraón y lo envió al mundo en esa época particular porque lo conocía y sabía cómo iba a reaccionar ante la situación en que se encontraría. No obstante, tuvo el derecho de ejercer su libre albedrío.

LA SALVACIÓN ESTÁ AL ALCANCE DE TODOS

Otra de las declaraciones de Pablo que a veces se interpreta mal es la que se halla en la epístola a los efesios:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:8-9.)

Claro está que somos salvos por gracia, porque Jesús hizo por nosotros lo que nos habría sido imposible hacer por nosotros mismos; y, por consiguiente, no es por nuestras obras, sino por su gracia que surte sus efectos en aquellos que aceptan su evangelio y viven de acuerdo con sus enseñanzas. Sin embargo, el Apóstol entendía la diferencia entre la salvación universal e individual. Esto confunde a muchos, por lo cual resulta que a algunos les es difícil entender ciertos pasajes. Por ejemplo, dijo así: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.” (1 Corintios 15:22.)

Por tanto, pese a lo que hagamos, todos seremos vivificados en la resurrección por causa de la expiación de Cristo; y sin embargo, podremos resucitar y no ser salvos en el sentido que se aplica tan frecuentemente a esta palabra en las Escrituras. Esta afirmación de Pablo a Tito comprueba que el Apóstol entendía esto claramente: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres.” (Tito 2:11.)

Vemos, entonces, que si todos los hombres no se salvan, será porque ellos, ejerciendo su libre albedrío, no aceptan su don de gracia.

Por lo que escribió a Timoteo, también se manifiesta que Pablo entendía que la salvación era para todos los hombres:

Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. (1 Timoteo 2:3-4.)

En vista, pues, de que “Dios nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”, no hay sino una razón por la cual no todos los hombres serán salvos, y es que por tener ellos el derecho de escoger por sí mismos, pueden escoger lo malo en lugar de lo bueno. De manera que, no hay ningún grupo que haya sido predestinado para

salvarse, porque si Dios “quiere que todos los hombres sean salvos”, ¿cómo puede haber un

grupo predestinado?

En su epístola a los hebreos, Pablo aclara un poco más que la salvación es para todo el que obedece al Cristo:

*V aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia;
y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen. (Hebreos 5:8-9.)*

De modo que si Cristo aprendió la obediencia por las cosas que padeció, así también todos los hombres deben obedecerlo si desean obtener la salvación eterna.

Es evidente que Pablo sabía que la “gracia” era para “todos los hombres”. Por consiguiente, no sólo unos pocos que han sido predestinados van a recibir según sus obras, sino todos:

Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. (Romanos 5:18.)

Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. (2 Corintios 5:10.)

El mismo escritor nos informa, además, qué es “el justo juicio de Dios”, y dice que para El “no hay acepción de personas”:

*Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios,
el cual pagará a cada uno conforme a sus obras:*

vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia;

tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego,

pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego;

porque no hay acepción de personas para con Dios. (Romanos 2:5-11.)

Durante su ministerio, Jesús explicó claramente que su evangelio de salvación era para todos:

Entonces él les refirió esta parábola, diciendo:

¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?

V cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso;

y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles:

Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.

Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento.

¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla?

V cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido.

Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente. (Lucas 15:3-10.)

Después que Jesús hubo orado a su Padre por sus Apóstoles, dijo:

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,

para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. (Juan 17:20-21.)

LOS APÓSTOLES INVITARON A TODOS A PARTICIPAR DE LA SALVACIÓN

Jesús envió sus Apóstoles a todo el mundo, con instrucciones de invitar a todas las naciones a que aceptasen su evangelio:

V les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.

El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.
(Marcos 1 6:15-1 6.)

Si únicamente un número determinado está predestinado a ser salvo, cuán irrazonable fue que Jesús instruyera a sus Apóstoles a que predicaran “el evangelio a toda criatura”.

Juan el Teólogo vio la potencia que se daría al Cordero de Dios para combatir contra los reyes de este mundo, y los que acompañarán al Cordero serán los *llamados*, y *elegidos*, y *fieles*:

Pelearán (los reyes de este mundo) contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles.
(Apocalipsis 17:14; énfasis agregado.)

De modo que el evangelio de salvación ha sido puesto al alcance de todos los hijos de nuestro Padre, y a cada cual se concede el derecho de escoger por sí mismo, como se expresa en las palabras del poeta:

*El hombre tiene libertad
de escoger lo que será;
mas Dios la ley eterna da,
que El a nadie forzará.*

*El con cariño llamará,
y luz en abundancia da;
diversos dones mostrará,
mas fuerza nunca usará.*

—William C. Gregg.

Himnos de Sión, N° 92.

CAPÍTULO 25

LA PALABRA DE SABIDURÍA

LA LEY DE SALUBRIDAD DEL SEÑOR

Es imposible calcular el beneficio que resultaría si el mundo aceptase la revelación dada por el Señor a su Iglesia en esta dispensación, mediante su Profeta, José Smith, en Kirtland, estado de Ohio, el 27 de febrero de 1833, la cual es conocida como la Palabra de Sabiduría:

Una Palabra de Sabiduría para el beneficio del consejo de sumos sacerdotes reunido en Kirtland, y la iglesia, y también los santos en Sión,

—para ser enviada por vía de salutación; no por mandamiento ni restricción, sino por revelación y la palabra de sabiduría, demostrando el orden y la voluntad de Dios en la salvación temporal de todos los santos en los últimos días—

dada como un principio con promesa, adaptada a la capacidad del débil y del más débil de todos los santos, que son o que pueden ser llamados santos.

He aquí, de cierto, así os dice el Señor: Por motivo de las maldades y designios que existen y que existirán en el corazón de hombres conspiradores en los últimos días, os he amonestado y os prevengo, dándoos esta palabra de sabiduría por revelación:

Que si entre vosotros hay quien beba vino o bebidas alcohólicas, he aquí, no es bueno ni propio a tos ojos de vuestro Padre, sino cuando os reunís para ofrecerle vuestros sacramentos.

V he aquí, éste debe ser vino, sí, vino puro de la uva de la vid, de vuestra propia hechura.

V además, los licores no son para el vientre, sino para el lavamiento de vuestros cuerpos.

V además, el tabaco no es para el cuerpo ni para el vientre, y no es bueno para el hombre, sino es una hierba para magulladuras y para todo ganado enfermo, que se ha de usar con juicio y destreza.

V además, las bebidas calientes no son para el cuerpo ni para el vientre.

V además, de cierto os digo que Dios ha dispuesto toda hierba saludable para la constitución, naturaleza y uso del hombre:

Cada hierba en su sazón y cada fruta en su sazón; todas éstas para usarse con prudencia y acción de gracias.

Sí, también la carne de las bestias y de las aves del cielo, yo, el Señor, he dispuesto para el uso del hombre, con acción de gracias; sin embargo, deben usarse limitadamente;

y a mí me complace que no se usen, sino en temporadas de invierno, o de frío, o hambre.

Se ha dispuesto todo grano para el uso del hombre y de las bestias, como el sostén de la vida; no solamente para el hombre, sino para las bestias del campo, las aves del cielo y todo animal silvestre que corre o se arrastra sobre la tierra;

y éstos Dios tos ha hecho para el uso del hombre, sólo en tiempo de carestía y hambre extremada.

Todo grano es bueno para alimentar al hombre, así como también el fruto de la vid; lo que produce fruto, ya sea dentro de la tierra, ya arriba de la tierra;

sin embargo, el trigo para el hombre, el maíz para el buey, la avena para el caballo, el centeno para las aves, los puercos y toda bestia del campo, y la cebada para todo animal útil y para bebidas moderadas, así como también otros granos.

V todos tos santos que se acuerden de guardar y hacer estas cosas, rindiendo obediencia a los mandamientos, recibirán salud en su ombligo y médula en sus huesos;

y hallarán sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos;

y correrán sin fatigarse, y andarán sin desmayar.

V yo, el Señor, les prometo que el ángel destructor pasará de ellos, como de tos hijos de Israel, y no los matará. Amén. (D. y C., Sec. 89.)

UN MANDAMIENTO TEMPORAL Y ESPIRITUAL

Tal como el Señor lo dijo, se dio a los santos el mandamiento conocido como la Palabra de Sabiduría “por revelación... demostrando el orden y la voluntad de Dios en la salvación temporal de todos los santos en los últimos días”.

Sin embargo, es un mandamiento temporal que tiene muchas implicaciones espirituales. En una revelación anterior, dada a través del profeta José Smith el 26 de septiembre de 1830, el Señor dijo:

Por tanto, de cierto os digo que para mí todas las cosas son espirituales; y en ningún tiempo os he dado una ley que fuese temporal, ni a ningún hombre, ni a tos hijos de los hombres, ni a Adán, vuestro padre, a quien yo creé.

He aquí, yo le concedí que fuese su propio agente; y le di mandamientos; pero ningún mandamiento temporal le di, porque mis mandamientos son espirituales... (D. y C. 29:34-35.)

El presidente Joseph F. Smith, sexto Presidente de la Iglesia en esta dispensación, declaró:

Debéis continuar teniendo presente que lo temporal y lo espiritual están entrelazados; no existen separadamente. Lo uno no puede llevarse a cabo sin lo otro mientras estemos aquí en la carne... La obra que estamos desempeñando no tiene por objeto limitarse únicamente a las necesidades espirituales de la gente. En la restauración del evangelio y del Santo Sacerdocio, Dios tiene por objeto no sólo beneficiar al género humano espiritualmente, sino beneficiarlo temporalmente también. (Doctrina del Evangelio, pág. 202.)

El Señor ha dejado muy en claro el hecho de que nuestros cuerpos son los tabernáculos de nuestros espíritus. No podemos ni abusar ni ofender el cuerpo sin ofender al Creador.

LAS MALDADES Y DESIGNIOS DE CONSPIRADORES

El Señor declaró que dio esta revelación a su Iglesia “por motivo de las maldades y designios que existen y que existirán en el corazón de hombres conspiradores en los últimos días”.

¿Cuáles son estas maldades y designios que existen y existirán en el corazón de hombres conspiradores? Debe ser la fabulosa cantidad de dinero que el Señor previó que se gastaría en los últimos días en propaganda y anuncios, con objeto de persuadir a sus hijos a usar estas cosas que no son buenas para el hombre. Anualmente se gastan muchos millones de dólares en la publicidad de bebidas alcohólicas, el tabaco, el café y el té; y se ha comprobado que todas estas substancias son dañinas al cuerpo, y el Señor ha indicado que no son buenas para el uso del hombre.

Debe recordarse que el Señor, quien todo lo sabe, ha indicado “que si entre vosotros hay quien beba vino o bebidas alcohólicas, he aquí, no es bueno”; que el alcohol “no es para el vientre, sino para el lavamiento de vuestros cuerpos”; que “el tabaco no es para el cuerpo ni para el vientre, y no es bueno para el hombre, sino es una hierba para magulladuras y para todo ganado enfermo, que se ha de usar con juicio y destreza”; que “las bebidas calientes [café y té] no son para el cuerpo ni para el vientre”. Todas estas substancias no son más que narcóticos que debilitan más bien que fortalecen el cuerpo —no son más que estimulantes y sedantes. Sin embargo, se gastan muchos millones en su publicidad y otros tantos miles de millones se gastan adquiriendo estas substancias nocivas.

Por cierto la sabiduría de Dios al dar esta revelación a su Iglesia es incuestionable. La obediencia a la Palabra de Sabiduría lleva a todos aquellos que cumplen con esta ley del Señor a una salvación temporal.

EL VINO Y LAS BEBIDAS ALCOHÓLICAS

La ciencia médica y las investigaciones modernas confirman la declaración del Señor que dice que el “vino o (las) bebidas alcohólicas... no son buenas”.

Un famoso doctor, Marvin A. Block, en estudios acerca del alcoholismo ha dicho:

Por motivo de su aceptación en los círculos sociales, ya no se considera al alcohol como una droga; sin embargo, lo es y se ubica bajo la categoría de los anestésicos con las mismas peligrosas consecuencias que se obtienen con las otras drogas cuando se abusa de él...

Nuestra sociedad está grandemente influenciada por el uso de las drogas, por motivo del alcohol...

En pequeñas dosis, el alcohol actúa como sedante; por su acción en el cerebro, mitiga el dolor y el malestar, apacigua los temores, calma el desasosiego y modifica la percepción. En dosis más grandes sus características anestésicas se manifiestan a través de un sueño profundo y eventualmente la pérdida del conocimiento. Si se prolonga su administración, puede resultar en una parálisis de los centros respiratorio y circulatorio y finalmente, la muerte como último resultado...

A pesar de la gran variedad en apariencia, gusto y contenido de alcohol en las bebidas que se consumen en la actualidad, éstas continúan siendo drogas y no varía su efecto en el cuerpo humano. Lo que a menudo se olvida o ignora es que todas tienen un común denominador, una substancia química orgánica inmutable; y no importando la concentración en que se presente, tiene las mismas consecuencias por la acción de la droga...

El alcohol en sí intoxica el organismo, y esto es lo que indefectiblemente hará, en proporción a la cantidad ingerida, ya sea en cantidades limitadas de licores, en grandes cantidades de vino o incluso cerveza. (Alcohol, Man and Science, Un folleto por Marvin A. Block, págs. 10-11, 2- 4.)

Quizás los efectos más desbastadores del alcohol se manifiestan en la sociedad en general y en aquellos que se relacionan directamente con la persona que bebe. En 1942, la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días declaró lo siguiente en una conferencia general:

El alcohol trae crueldad a los hogares; camina mano a mano con la pobreza; sus compañeros constantes son las enfermedades y las plagas; tiene a la castidad en menos; no conoce ni la honestidad ni la justicia; rechaza la verdad; ahoga la conciencia; es el guardaespaldas de la maldad; maldice todo lo que toca.

El alcohol ha causado más sufrimiento y miseria, ha roto más corazones, destruido más hogares, cometido más crímenes, llenado más ataúdes, que todas las guerras que este mundo haya tenido. (Conference Report, octubre de 1942, pág. 8.)

La declaración termina con estas palabras:

“...tan grandes es la maldición del alcohol que no se nos tendrá por inocentes si no amonestamos a los santos a que se abstengan de usarlo y lo eliminen de sus vidas.”

EL TABACO NO ES PARA EL CUERPO

En estos últimos años, se han hecho muchos estudios de los efectos del tabaco en el cuerpo, y los resultados de estos estudios apoyan en forma completa la declaración del Señor cuando dijo: “El tabaco no es para el cuerpo... y no es bueno para el hombre”. Consideremos las siguientes palabras:

Una multitud de organizaciones de salud (gubernamentales y voluntarias, tanto aquí como en el extranjero) han considerado la evidencia, y en muchos casos han producido evidencia en los laboratorios, y están convencidos de que el cigarrillo es una clara amenaza a la salud y la

vida misma. La Asociación Médica de América (A.M.A.) ha indicado que el fumar cigarrillos es “un perjuicio muy serio a la salud...”

A pesar de la propaganda de la industria tabaquera, se ha afirmado que el fumar cigarrillos es muy peligroso.

Cada persona que fuma en forma regular se perjudica, aunque no todos al mismo grado: el fumar mata a unos, hace que otros sufran en forma crónica de los pulmones y causa muchas enfermedades no necesarias así como la pérdida de muchas horas de trabajo. El fumar no es un juego de azar, pues se comprobó al realizar las autopsias en cuerpos de fumadores que todos mostraron los efectos del tabaco. (“Boletín médico sobre el tabaco”, publicado por varias organizaciones norteamericanas de salud, en abril de 1968, págs. 2-8.)

Durante el decenio 1950, en varias fechas, se emitieron declaraciones basadas en evidencias acumuladas. Estas declaraciones provinieron del Concilio Británico de Estudios Médicos, las sociedades para cáncer de Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, Holanda y los Estados Unidos, la Asociación Americana del Corazón (American Heart Association), el Concilio Colectivo de Tuberculosis de Gran Bretaña y el Departamento Nacional de Salud y Bienestar del Canadá. El consenso, declarado públicamente, fue que el fumar representa un perjuicio notable a la salud, particularmente en lo que se relaciona con las enfermedades del corazón y el cáncer a los pulmones. (“El fumar y la salud: Informe del Comité Consultivo al Cirujano General del Servicio Público de Salud”, enero de 1964, pág. 6.)

Seis veces desde 1964, el Servicio de Salud Pública ha publicado boletines formales para dar a conocer la evidencia científica que liga el fumar a la enfermedad y la muerte prematura. Cada boletín sucesivo, incluso éste, ha servido para reafirmar la conclusión del Informe de 1964, que los cigarrillos representan una causa notable de muerte y enfermedad. (Los efectos del fumar en la salud, un informe del Cirujano General, 1972 ,prefacio.)

Nuevamente, tal como se mencioné con relación al uso de bebidas alcohólicas, los efectos del tabaco no solamente lo sufren los que lo consumen, sino también aquellos que les rodean. En una de las secciones de un renombrado periódico de Salt Lake City, Utah, en los Estados Unidos apareció publicado el siguiente editorial el 12 de julio de 1975:

El equipo de investigación de Adame y Williams de la Universidad Columbia llegó a interesantes conclusiones luego de hacer una investigación en la relación que existe entre los accidentados de tráfico y el fumar tabaco.

Descubrieron que tanto para el grupo de los que sufrían muchos accidentes como para los de la categoría mediana en cuanto al número de accidentes sufridos, la mayoría de los conductores eran fumadores. En contraste, descubrieron que la mayoría de aquellos de los grupos que no sufrían accidentes no fumaban. Su informe dice que:

Los datos se obtuvieron de los registros de accidentes automovilísticos y violaciones a las leyes de tránsito de 1.025 hombre entre las edades de 18 a 25 años que solicitaron seguros en contra de accidentes. La mayoría de estos jóvenes eran estudiantes.

En base a estos registros, los sujetos fueron divididos en tres grupos según la cantidad de los accidentes: a) un grupo pequeño que no habían tenido accidentes ni violaciones de leyes de tránsito, b) un grupo mediano que tenían accidentes y violaciones, pero que no eran suficientes como para suspenderles sus licencias y c) un grupo de personas con muchos accidentes cuyas licencias de conducir habían sido suspendidas o canceladas.

La investigación fue dividida en subcategorías iguales en tamaño para ver si los resultados de una subcategoría se confirmarían en la segunda. Cuando se compararon los tres grupos con respecto a la proporción de fumadores, se llegó a la siguiente conclusión:

Subcategoría 1: grupo a (ningún accidente o violación), 18.6% de fumadores; grupo b (número mediano de accidentes o violaciones), 32.9% de fumadores; grupo c (muchos accidentes y violaciones), 54.3% de fumadores.

En la subcategoría 2: grupo a (ningún accidente o violación), 15.9% de fumadores; grupo b (número mediano de accidentes y violaciones), 25.8% de fumadores; grupo c (muchos accidentes y violaciones), 37.5% de fumadores.

La alta proporción de fumadores en la categoría que tuvo más accidentes y violaciones es estadísticamente significativa. Una explicación sugerida que se asocia a las causas de esto es que la nicotina, tal como el alcohol, es una droga que forma hábito.

El fumador o bebedor habitual depende de un agente externo, la droga, para alcanzar un nivel psicológico deseado. ‘La dependencia psicogénica es el común denominador de todos los hábitos causados por las drogas...’

Una gran dependencia de las drogas puede ser indicativo de un enviciamiento. Esto se relaciona con los accidentes, ya que una persona enviciada con las drogas muestra una falta de responsabilidad, la cual es la base de la conciencia de los principios de seguridad.

Con esta evidencia, algunas compañías de seguros han comparado los registros de conducir de un grupo de poseedores de seguros de vida que no fuman, y un grupo comparable de fumadores, y han descubierto que los resultados son similares a los obtenidos por el grupo de la Universidad Columbia.

En base a los resultados, ellos llevaron a cabo otras pruebas en dos estados que apoyaron sus averiguaciones y conclusiones anteriores. Actualmente, ofrecen una póliza de seguros en todos los estados favoreciendo a las personas que no fuman.

LAS BEBIDAS CALIENTES (TÉ Y CAFÉ) NO SON PARA EL CUERPO

La Palabra de Sabiduría declara: “Y además, las bebidas calientes no son para el cuerpo ni para el vientre.” El término “bebidas calientes” ha sido usado por los profetas modernos de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, para referirse al café y al té. Los efectos dañinos de estas sustancias han sido confirmados en los últimos años a través de numerosos estudios, tal como se indica a continuación:

La revista Town and Country Magazine publicó un importante artículo con respecto a los efectos dañinos del café. La conclusión del estudio tal como se explicó en el artículo fue: Se recomienda no beberlo.

Luego de explicar que el café es la causa de un nivel bajo de azúcar en la sangre, la pérdida de vitamina B, problemas de la piel, úlceras, dolores de cabeza, algunos problemas del corazón, trastornos en el mecanismo de la insulina, y que va de la mano con el tabaco y sus peligros, el artículo concluye:

“Posiblemente el efecto peor del café y que se puede deducir de varias fuentes, desde los expertos en nutrición hasta los especialistas cardiólogos, es que tal como la mayoría de los estimulantes, el café también forma hábito.

Se requiere cada vez más y más para lograr el efecto estimulante diario, y es aquí en donde el hábito se vuelve pernicioso, ya que brinda un sentimiento de bienestar falso excitando las glándulas endocrinas (usualmente la glándula suprarrenal) ocultando la fatiga y una serie de problemas que pueden ir desde la deficiencia vitamínica, problemas con el metabolismo y hasta depresiones emocionales.”

El doctor Oglesby Paul, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Northwestern, refiriéndose al café en su libro, Postgraduate Medicine, dice:

“En un estudio efectuado entre 1.718 hombres, personas que habían bebido cinco o más tazas de café al día, mostró que estos hombres tenían un notorio aumento de angina pectoral e infarto al miocardio.”

El doctor Paul indicó que la cafeína tiene un importante efecto en los lípidos de la sangre (sustancias grasas que normalmente se presentan en el organismo) y en el metabolismo de 108 hidratos de carbono. Varios estudios demostraron que existe una relación entre el hábito del café y el aumento de las enfermedades coronarias. (Church News, 14 de abril de 1973, pág. 16.)

Un ataque al corazón es una obstrucción aguda del suministro de sangre al corazón. A finales del año pasado, el doctor Hershel Jick, junto con sus colegas del Centro Médico de la Universidad de Boston informaron que 276 pacientes, que habían tenido graves ataques al corazón, habían bebido más café que otros 1.104 pacientes con otras enfermedades que estaban bajo control. (Science News, 6 de enero de 1973, pág. 10.)

Cuando se recibió la Palabra de Sabiduría se sabía muy poco acerca de la composición del té o el café. Tanto el estudio de los ingredientes de los productos naturales así como la ciencia de la química estaban aún en sus primeros comienzos. Por lo tanto, se dio por sentado que estas bebidas contenían algún “principio activo”, ya que surtían diversos efectos en el organismo.

En 1921, se extrajo una sustancia blanca, sedosa, inodora y amarga del café a la cual se le denominó cafeína. Seis años más tarde, se encontró esta misma sustancia en el té. Durante el siglo pasado se ha sometido al té y al café a miles de análisis químicos. El café contiene pequeñas cantidades de muchas sustancias de valor dudoso para la salud del hombre... El té contiene, junto a muchas otras sustancias dañinas, un tres a un seis por ciento de cafeína y sobre un diez por ciento (a veces hasta un 25%) de teína. La teína también se encuentra en pequeñas cantidades en el café. Una taza de café o té contiene alrededor de 5 a 7,5 centigramos de cafeína.

La cafeína es una droga, un alcaloide, vinculado a algunos de los venenos más poderosos; cuando se administra al organismo, primeramente produce un sentimiento de estímulo, seguido por un período de depresiones, las cuales pueden aliviarse con el uso de más cafeína. Por lo tanto es una sustancia que forma hábito y que doblega la voluntad de la persona. (John A. y Leah D. Widtsoe, The Word of Wisdom: A Modern Interpretation, Salt Lake City: Deseret Book, 1950, págs. 79-80.)

RECOMENDACIONES DE LA PALABRA DE SABIDURÍA

Se ha hecho mucho hincapié, y con razón, en las cosas de las que no debemos participar por motivo de la ley de salud del Señor o la Palabra de Sabiduría. La obediencia a las prohibiciones de este mandamiento nos ayuda a evitar participar de sustancias dañinas para nuestro cuerpo. Sin embargo, a partir del versículo 10 hasta el 16 de esta revelación se dan algunas pautas positivas para mantener un cuerpo fuerte y saludable. Examinemos ahora algunas cosas de las que sí podemos participar:

V además, de cierto os digo que Dios ha dispuesto toda hierba saludable para la constitución, naturaleza y uso del hombre:

Cada hierba en su sazón y cada fruta en su sazón; todas éstas para usarse con prudencia y acción de gracias.

Sí, también la carne de las bestias y de las aves del cielo, yo, el Señor, he dispuesto para el uso del hombre, con acción de gracias; sin embargo, deben usarse limitadamente;

y a mí me complace que no se usen, sino en temporadas de invierno, o de frío, o hambre.

Se ha dispuesto todo grano para el uso del hombre y de las bestias, como el sostén de la vida; no solamente para el hombre, sino para las bestias del campo, las aves del cielo y todo animal silvestre que corre o se arrastra sobre la tierra;

y éstos Dios los ha hecho para el uso del hombre, sólo en tiempo de carestía y hambre extremada.

Todo grano es bueno para alimentar al hombre, así como también el fruto de la vid; lo que produce fruto, ya sea dentro de la tierra, ya arriba de la tierra;

sin embargo, el trigo para el hombre...

Al hacer un resumen de estos versículos vemos que se recomienda el uso de: hierbas (verduras), frutas, carne, y todo grano, especialmente el trigo. Los expertos en nutrición modernos recomiendan los cuatro grupos de alimentos básicos como parte esencial de una dieta bien balanceada: frutas y verduras, carne, pan y cereales, y leche, de esta manera confirmando la

palabra del Señor al respecto. Advertimos también que el Señor nos recomienda el uso limitado de la carne, una admonición que actualmente se confirma con los descubrimientos de la ciencia, ya que un exceso de consumo de carne puede contribuir a la aparición de enfermedades cardiovasculares. Sin embargo, El nunca dice que el hombre se debe abstener totalmente del uso de la carne. En una revelación anterior El declara:

“Y quien ordena abstenerse de la carne, para que el hombre no la coma, no es ordenado de Dios; porque he aquí, las bestias del campo, las aves del cielo... se han ordenado para el uso del hombre.” (D. y C. 49:18-19.) La clave de esto se encuentra en la palabra “limitadamente”. Joseph Fielding Smith, décimo Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, declaró:

Rara vez oímos hablar de las cosas que son “ordenadas para la constitución, naturaleza y uso del hombre”. El Señor nos ha dado todas las buenas hierbas, frutas y granos y éstos deben ser los principales alimentos del hombre, bestias, y aves; sin embargo, no debemos pasar por alto el consejo de que deben usarse con “prudencia y acción de gracias”. En otra revelación (Sec. 59), se nos recomienda que no deban usarse “en exceso, ni por extorsión”. El problema de la gran mayoría de la familia humana es que come demasiado y no escucha este consejo; habría menos enfermedades y la raza humana tendría una vida más larga si tan sólo se escuchara el consejo del Señor. Muchos hombres piensan que guardan la Palabra de Sabiduría porque saben de qué cosas no deben participar; sin embargo, éstas son tan solamente parte de su gran significado. (Church History and Modern Revelation, Salt Lake City: Deseret News Press, vol. 1, 1949, pág. 885.)

LO QUE EL SEÑOR PROMETE POR GUARDAR LA PALABRA DE SABIDURÍA

Y todos los santos que se acuerden de guardar y hacer estas cosas, rindiendo obediencia a los mandamientos, recibirán salud en su ombligo y médula en sus huesos... y correrán sin fatigarse, y andarán sin desmayar. (D. y C. 89:18, 20.)

Los Santos de los Ultimos Días, en todas partes, pueden testificar del cumplimiento de esta promesa, ¡y efectivamente es una promesa grande! ¿Hay persona alguna en el mundo, que se haga llamar padre, que no quiera ver cumplida en él y en sus hijos esta promesa? Aquellos de nosotros que reconocemos su valor estamos humildemente agradecidos al Señor por haber revelado estas verdades tan gloriosas para la orientación y bendición de su pueblo.

Ya que la evidencia del cumplimiento de esta promesa debe proceder de aquellos que la han puesto a prueba, nos referiremos a Paul C. Kimball, joven Santo de los Ultimos Días, a quien se había otorgado una beca para asistir a la Universidad de Oxford en Inglaterra.

El joven descubrió que todos jugaban o participaban en algún deporte, de modo que decidió ensayarse con los remos. En la primavera fue el remero número cinco en una de las lanchas colegiales más rápidas que se habían conocido en Oxford: un bote que participó en seis carreras y las ganó todas. Cuando volvió a la universidad el otoño siguiente, varios grupos lo invitaron a que fuera su entrenador. A continuación citamos fragmentos de un discurso de Paul C. Kimball, en el cual relató su experiencia:

Unos jóvenes vinieron a mí, y dijeron: “Quisiéramos que usted entrenara a nuestro equipo para competir en las regatas. Ninguno de nosotros hemos remado antes; creemos que usted puede enseñarnos los fundamentos.” La verdad es que me sentí incapaz de aceptar tal oferta; nunca jamás había adiestrado a nadie. Sin embargo, acepté su invitación, pero les dije: “Si voy a ser su entrenador, voy a insistir en que se ajusten a mis reglamentos. No quiero tener nada que ver con ustedes, a menos que me prometan obedecer sin reserva.” La respuesta fue: “Está bien con nosotros; ¿cuáles son sus reglamentos?” Yo dije: “En primer lugar, deben dejar de fumar.” Hubo algunas protestas, y me hicieron ver que acababan de salir de las escuelas públicas, y aparentemente creían que serían considerados como “hombres” si podían fumar. Entonces dije: “En segundo lugar, van a tener que abstenerse del uso de bebidas alcohólicas de todas clases.”

Habiéndose graduado de la secundaria y entrado en la universidad, opinaban que tenían el derecho de beberse su litro de cerveza con sus comidas. Yo les contesté: “Van a tener que dejar de hacerlo. También deben dejar de beber té.”

Por último les dije: “También tendrán que dejar de beber café.” Esto no los molestó tanto, porque dijeron que el café inglés era más parecido a lodo que a cualquier otra cosa.

Después que los muchachos aceptaron mis reglamentos (y tardaron una semana para llegar a una resolución), empecé a trabajar con ellos a mediados de octubre. Practiqué con ellos por tres horas todas las tardes hasta febrero cuando les tocó competir con otros grupos de todos los demás colegios de Oxford. Había aproximadamente cincuenta grupos que iban a participar en las carreras. Mis muchachos iban a competir contra equipos de hombres que habían estado remando desde pequeños. El grupo que yo guiaba se componía de jóvenes sin experiencia. Desde octubre hasta febrero estos muchachos estuvieron adiestrándose; ninguno de ellos, hasta donde yo supe, fumó un cigarrillo durante tal período; ninguno de ellos bebió té o café o alguna bebida alcohólica. Entonces llegó el día de la primera carrera. Nadie creía que teníamos la posibilidad más remota de triunfar.

La carrera se efectuó en el río Támesis en Oxford, y la distancia era de unos dos kilómetros. Se dispararon dos cañones para dar principio a la carrera. Todos los equipos remaron con cuanta rapidez les fue posible. Como entrenador, yo tenía que correr por la orilla y gritar palabras de ánimo a mi equipo con la ayuda de un megáfono. Para cuando habíamos recorrido la mitad de la distancia, me hallaba tan cansado que no podía seguir corriendo. Mi equipo no había ganado ninguna ventaja particular, pero tampoco se había quedado atrás hasta ese punto de la carrera; iba a la par de sus competidores.

Pensé dentro de mí: “Pues vamos bien hasta aquí; les comunicaré mi último consejo, entonces me sentaré a descansar.” De modo que les grité con la ayuda del megáfono: “¡A toda prisa!” Apretaron el paso admirablemente y en menos de un minuto se habían adelantado unos treinta metros de su competidor más cercano. Ganaron la carrera por cien metros, y con facilidad. Todos dijeron que al día siguiente serían derrotados.

Al otro día empleamos la misma táctica y ganamos la carrera sin dificultad. Todos los seis días —pues se había fijado una carrera para cada día— ganaron fácilmente, pero no porque eran expertos. Carecían de la pulidez que tenían casi todos los demás, y su ejecución no era perfecta; pero lo mejor que tenían era la resistencia. Les quedaba vigor, aun después de la carrera más reñida.

Estos muchachos ganaron las carreras fácilmente. La gente me preguntaba después: “Señor Kimball, ¿cómo logró tan notable éxito con ese equipo? No eran sino principiantes, y sin embargo, se burlaron de los mejores equipos.” Yo contesté: “Hice que esos muchachos vivieran sanamente. Los hice abstenerse del tabaco, el alcohol, el té y el café. Cuando llegó el momento de remar a toda prisa, tenían sus pulmones limpios, su sistema estaba puro, su sangre estaba sana, y sus nervios se hallaban fuertes.”

Paul tomó otro grupo al año siguiente y obtuvo los mismos resultados. Luego tuvo la oportunidad de ayudar a entrenar el equipo de natación de la Universidad de Oxford durante dos años y vio a los participantes salir vencedores en ambos años. Entonces añadió:

“Fueron tantas las ocasiones en que vi logrado el éxito por vivir de acuerdo con la Palabra de Sabiduría, que nada puede cambiar mi creencia en su valor.” (Discurso pronunciado desde el Tabernáculo Mormón en Salt Lake City, el 24 de mayo de 1931.)

De cierto dijo el Señor: “Y correrán sin fatigarse, y andarán sin desmayar.” (D. y C. 89:20.)

He observado por experiencia que el tabaco entorpece los reflejos de los atletas, tiende a desanimarlos y en nada los beneficia. Los atletas que fuman son negligentes y no toman en consideración el éxito del equipo. (Knute Rockne, notable entrenador de football americano de la Universidad Notre Dame.)

Durante los veinte años que pasé en las ligas de béisbol de los Estados Unidos, vi cómo el tabaco arruinó la carrera de varios jóvenes jugadores que parecían tener la aptitud necesaria.

Los cigarros hacen muy mal, y mi consejo es abstenerse de ellos. (Walter Johnson, famoso “jugador” de las ligas mayores de béisbol de los Estados Unidos.)

Ningún joven puede llegar a ser un atleta de primera y usar el tabaco, en la forma que sea, porque le afecta la respiración y le daña el corazón. (Charles Paddock, destacado corredor.)

En toda comunidad de los Santos de los Últimos Días se pueden hallar testimonios parecidos, así como en los hogares de todos los miembros que observan esta ley de salud.

SABIDURÍA Y GRANDES TESOROS DE CONOCIMIENTO

La Palabra de Sabiduría contiene dos promesas adicionales:

“Y hallarán sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos.” (D. y C. 89:19.)

Entremos en las comunidades de los Santos de los Últimos Días, y veamos cuántos de ellos tienen un testimonio personal de que Dios vive; que Jesús es el Cristo, el Redentor del mundo; que Dios escucha y contesta las oraciones; y que José Smith fue el Profeta del Señor en esta dispensación —y llegaremos a la conclusión de que el Señor les ha dado “sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos”. Estos tesoros escondidos de conocimiento son la causa de que decenas de millares de Santos de los Últimos Días salgan como misioneros de la Iglesia por un período cuyo promedio es de dos años, durante el cual pagan sus propios gastos sin recibir ninguna remuneración. El hombre es incapaz de implantar este amor hacia el Señor y su obra en el corazón humano: debe venir de Dios.

Las estadísticas de salubridad, en lo que concierne a los Santos de los Últimos Días, y de las cuales trataremos en el capítulo 27 de esta obra, constituyen evidencia de que el Señor está cumpliendo la siguiente promesa en bien de su pueblo:

“Y yo, el Señor, les prometo que el ángel destructor pasará de ellos, como de los hijos de Israel, y no los matará.” (D. y C. 89:21.)

EL CUERPO HUMANO ES EL TEMPLO DE DIOS

El apóstol Pablo entendía lo importante que es conservar limpio nuestro cuerpo, en vista de que es el templo del Espíritu Santo:

¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?

Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios. (1 Corintios 6:19-20.)

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es. (1 Corintios 3:16-17.)

Muchos piensan que su cuerpo les pertenece y pueden hacer con él cómo les parezca, pero Pablo declara que no es así, pues son comprados por precio, y que si “alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”.

En vista de la tremenda cantidad de dinero que se derrocha en estos narcóticos, de los perjuicios que causan al cuerpo humano al usarse, y del ennoblecimiento espiritual que viene a aquellos que conservan limpio su cuerpo absteniéndose de dichas cosas, ¿cómo puede uno dudar de la fuente de donde provino esta revelación, la Palabra de Sabiduría? Sobrepujaba todo concepto científico de su época. Debe haber venido, y efectivamente vino, de Dios.

Las cosas que el Señor reveló al profeta José Smith en la Palabra de Sabiduría como nocivas para el hombre, es decir, el vino y las bebidas alcohólicas, el tabaco y las bebidas calientes (té y café) tienden a formar hábitos en la persona; y muchos hombres y mujeres son peores esclavos de estas substancias que los israelitas lo fueron de los egipcios. Nada de lo que el Señor nos ha dado para nutrir nuestro cuerpo crea hábitos. Por tanto, al dárseos esta Palabra de Sabiduría, se ha dado énfasis a las palabras de Jesús:

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” (Juan 8:32.)

CAPÍTULO 26

LA LEY DE LOS DIEZMOS

LA LEY ECONÓMICA DEL SEÑOR

Parece que el Señor tenía por objeto llevar a cabo dos propósitos mayores cuando dio la ley de los diezmos a su Iglesia en estos últimos días:

Primero: es la manera más equitativa de sostener su Iglesia; pues la carga se distribuye de acuerdo con la habilidad que cada cual tiene para contribuir, y el centavo de la viuda es considerado de tanto valor como la pieza de oro del rico.

Segundo: pone a prueba la fe de su pueblo; pues la obediencia a la ley de los diezmos viene acompañada de una bendición prometida. Por consiguiente, es la ley del Señor para bendecir a su pueblo.

Como respuesta a su plegaria, “Oh, Señor, indica a tus siervos cuánto requieres de las propiedades de tu pueblo como diezmo”, el Señor dio esta revelación al profeta José Smith en Far West, Misuri, el 8 de julio de 1838:

De cierto, así dice el Señor, requiero que todos sus bienes sobrantes se pongan en manos del obispo de mi iglesia en Sión,

para la construcción de mi casa, para poner el fundamento de Sión, para el sacerdocio y para las deudas de la Presidencia de mi iglesia.

Y esto será el principio del diezmo de mi pueblo.

Y después de esto, todos aquellos que hayan entregado este diezmo pagarán la décima parte de todo su interés anualmente; y ésta les será por ley fija perpetuamente, para mi santo sacerdocio, dice el Señor.

De cierto os digo, acontecerá que todos los que se reúnan en la tierra de Sión serán diezmos de todas sus propiedades sobrantes y observarán esta ley, o no serán considerados dignos de permanecer entre vosotros.

Y os digo que si mi pueblo no observa esta ley para guardarla santa, ni me santifica la tierra de Sión por esta ley, a fin de que en ella se guarden mis estatutos y juicios, para que sea la más santa, he aquí, de cierto os digo, no será para vosotros una tierra de Sión.

Y esto servirá de modelo a todas las estacas de Sión. Así sea. Amén. (D. y C., Sec. 119.)

EL PROPÓSITO Y USO DE LOS DIEZMOS

Mientras los Santos de los Últimos Días se esforzaban por establecer a Sión en la tierra de Misuri, cumplieron con este requerimiento dado del Señor y entregaron toda su propiedad sobrante al obispo de Su Iglesia en Sión. Desde esa época han tratado de cumplir con esta “ley fija” que les fue dada como perpetua:

Y después de esto, todos aquellos que hayan entregado este diezmo pagarán la décima parte de todo su interés anualmente; y ésta les será por ley fija perpetuamente, para mi santo sacerdocio, dice el Señor. (D. y C. 119:4.)

En esta revelación el Señor indicó el objeto para el cual se han de utilizar los diezmos:

Para la construcción de mi casa, para poner el fundamento de Sión, para el sacerdocio y para las deudas de la Presidencia de mi Iglesia. (D. y C. 119:2.)

El Señor también designó quién o quiénes serán responsables del desembolso de los diezmos:

Disponga de ellos un consejo integrado por la Primera Presidencia de mi Iglesia, por el obispo y su consejo, y por mi sumo consejo, así como por mi propia voz dirigida a ellos, dice el Señor. (D. y C. Sec. 120.)

En una revelación dada al profeta José Smith en Kirtland, Ohio, el 11 de septiembre de 1831, el Señor explicó claramente la importancia de observar la ley de los diezmos:

He aquí, el tiempo presente es llamado hoy hasta la venida del Hijo del Hombre; y en verdad, es un día de sacrificio y de requerir el diezmo de mi pueblo, porque el que es diezclado no será quemado en su venida. (D. y C. 64:23.)

¿Cómo podremos evitar que arda nuestra conciencia dentro de nosotros, a la “venida del Hijo del Hombre”, al darnos cuenta de que no contribuimos ni con un centavo para el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra? Y con mayor particularidad, al comprender que todo lo que poseemos el Señor nos lo ha dado, porque El creó la tierra y su plenitud, y nos dio nuestra vida y nuestra existencia sobre la tierra, y prometió que podríamos heredar la tierra eternamente si éramos fieles. ¿No debemos, pues, estar dispuestos a pagar algo por esta herencia? Es la cosa más común que un hombre pague, en esta vida, una cantidad de dinero durante un período de diez hasta veinticinco años, a fin de comprar una pequeña porción de terreno para su uso mientras viva sobre la tierra. ¿Debe ser menos su interés en adquirir una herencia eterna?

EL PAGO DE LOS DIEZMOS DESARROLLA LA FE

El Señor siempre ha entendido que al pedirle a uno que entregue, como evidencia de su fe religiosa, parte de los bienes que haya ganado en este mundo, se requiere en el cumplidor una medida considerable de fe y obediencia. Por tanto, a fin de desarrollar y probar la fe de sus hijos, se les dio la ley del sacrificio, aun cuando el Señor no necesitaba su don para el sostenimiento de su Iglesia.

Tenemos, por ejemplo, el caso de Caín y Abel, a quienes se dio la ley de sacrificio:

Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová.

V Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. V miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda;

pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. V se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante.

Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante?

Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta...

(Génesis 4:3-7.)

El Señor no necesitaba el fruto de la tierra que trajo Caín, ni las primicias de los rebaños de Abel, pues eran ofrecidos en holocausto al Señor; mas era preciso que Caín y Abel hicieran este sacrificio para demostrar su amor hacia Dios y su fe en El.

Si se leen cuidadosamente estos pasajes, se verá que el corazón de Abel era recto, de modo que trajo “de los primogénitos de sus ovejas, y de lo más gordo de ellas”, mientras que la ofrenda de Caín fue hecha a instancias de Satanás. (Véase Moisés 5:18.) De ahí, que “miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante”, y se le llenó el corazón de tinieblas, y mató a su hermano Abel.

Ahora consideremos la conversación que Jesús sostuvo con el joven rico:

Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?

El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

V dijo: ¿Cuáles?... (Mateo 19:16-18.)

Jesús entonces le enumeró la mayor parte de los Diez Mandamientos, a lo cual el joven contestó:

Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?

Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.”

Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. (Mateo 19:20-22.)

Conviene notar que el joven rico preguntó: “¿Qué bien haré para tener la vida eterna?” Fue entonces cuando Jesús le respondió que guardara los mandamientos. Al informarle el joven que había hecho eso desde su juventud, “Entonces (según el evangelio de Marcos) Jesús, mirándole, le amó”. (Marcos. 10:21.) ¡Qué admirable! Jesús ama a todo hombre que guarda los mandamientos, pero al mismo tiempo quiso enseñarle la ley de la perfección, por lo que, contestando la siguiente pregunta del joven: ¿Qué más me falta?”:

Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.

Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. (Mateo 19:21-22.)

En este caso, el Salvador enseñó al joven rico que debería estar dispuesto a sacrificar todo lo que tenía, incluso su tiempo, y seguir a Jesús para poder lograr la perfección. El evangelio de Jesucristo, cual ha sido restaurado a la tierra en estos últimos días, no sería perfecto si no estipulase todos los requerimientos que deben cumplir los hijos de nuestro Padre para alcanzar la perfección, porque esto fue lo que Jesús enseñó:

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” (Mateo 5:48.)

Esta consideración del caso del joven rico nos habilitará para entender mejor otra enseñanza del Maestro:

Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. (Mateo 6:24.)

Abel prefirió servir al Señor, “y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda”. Aparentemente, Caín sentía en su corazón más cariño por las riquezas, y su ofrenda no fue aceptada. El joven rico no pudo separarse de sus posesiones terrenales y, ejerciendo de esta manera su libre albedrío, “se fue triste, porque tenía muchas posesiones”; y con ello manifestó que preferiría servir a las riquezas más bien que a Dios, demostrando de esa manera que no podía vivir de acuerdo con la ley de perfección que Jesús quiso enseñarle.

La Iglesia de Jesucristo provee la oportunidad a todos los hombres de indicar lo que prefieren. Jesús lo explicó claramente:

No os afanáis pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?

Porque ¿os gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre Celestial sabe que tenéis necesidad de todas esas cosas.

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. (Mateo 6:31-38.)

LA LEY DE LOS DIEZMOS EN ISRAEL ANTIGUO

Los profetas de Israel observaron la ley de los diezmos. Abraham pagó diezmos a Melquisedec.

Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz...

Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín. (Hebreos 7:1, 2,4.)

El Señor dio este mandamiento a los hijos de Israel en el Monte de Sinaí:

V el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová es; es cosa dedicada a Jehová. (Levítico 27:30.)

Indefectiblemente diezmarás todo el producto del grano que rindiere tu campo cada año.

Y comerás delante de Jehová tu Dios en el hogar que él escogiere para poner allí su nombre, el diezmo de tu grano, de tu vino y de tu aceite, y las primicias de tus manadas y de tus ganados, para que aprendas a temer a Jehová tu Dios todos los días. (Deuteronomio 14:22-23.)

De modo que el objeto que se procuraba en aquella época era, como lo es en la actualidad: “Para que aprendas a temer a Jehová tu Dios todos los días”.

V cuando este edicto fue divulgado, los hijos de Israel dieron muchas primicias de grano, vino, aceite, miel, y de todos los frutos de la tierra; trajeron asimismo en abundancia los diezmos de todas las cosas. (2 Crónicas 31:5.)

Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos. (Proverbios 3:9.)

Jacob prometió devolver al Señor la décima parte de cuanto le diera:

V esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti. (Génesis 28:22.)

Se designó a los hijos de Leví para recibir los diezmos:

Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque éstos también hayan salido de los lomos de Abraham. (Hebreos 7:5.)

OPOSICIÓN A LA LEY DE LOS DIEZMOS EN TIEMPOS MODERNOS

Cuando los Santos de los Últimos Días primeramente enseñaron la ley de los diezmos como parte del evangelio de Jesucristo, se les opusieron clérigos y seglares, diciendo que los diezmos pertenecían a la ley de Moisés, la cual se había cumplido en Cristo, y no era parte de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Sin embargo, Jesús amonestó a no descuidar el pago de los diezmos:

Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. (Mateo 23:23; véase también Lucas 11:42.)

Mas la oposición ha cesado ya, y muchas de las iglesias han intentado adoptar la ley de los diezmos.

Nosotros sabemos que el diezmo pertenece al evangelio de Jesucristo, pues, como ya hemos indicado, el Señor dio este principio por revelación a su Iglesia mediante su profeta de esta dispensación, y lo dio “por ley fija perpetuamente”. (D. y C. 119:4.)

ISRAEL VOLVERÁ A LA LEY DE LOS DIEZMOS

Además, entendemos el tercer capítulo de Malaquías (dado también a los nefitas, 3 Nefi, capítulo 24), el cual vamos a considerar en seguida:

He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos.

¿V quien podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores.

V se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a tos hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda con justicia.

V será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, y como en los días pasados, y como en los años antiguos.

V vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra tos que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos.

Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos. (Malaquías 3: 1-6.)

Estos pasajes encierran una promesa bastante clara de que el Señor ha de enviar a su mensajero para preparar el camino delante de El, y que entonces vendrá luego o repentinamente a su templo. Esto no pudo referirse a su primera venida, porque no vino repentinamente a su templo en esa época.

Mas el Señor ha enviado a su mensajero en estos últimos días, como hemos indicado ya. Cuando Jesús venga por segunda vez a reinar sobre la tierra por mil años, como ha prometido, vendrá repentinamente a su templo.

Todos pudieron sufrir el tiempo de su primera venida, pero cuando vuelva a aparecer, su juicio estará en sus manos, y los inicuos temerán su venida y clamarán a las piedras que los escondan, como lo declara Juan el Teólogo:

Y decían a tos montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero;

porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie? (Apocalipsis 6:16-17.)

Malaquías también nos dice que el Señor llegará para hacer juicio (versículo 5), y todo esto se refiere no a su primer advenimiento, sino al segundo.

El Señor, por boca del mismo profeta, ha indicado que El, es decir, el Señor, no se muda; y da a entender que por esa razón no habían sido consumidos los hijos de Jacob (vers. 6). (No debemos olvidar las promesas del Señor hechas a Jacob y su posteridad, como lo hemos discutido previamente.)

De modo que nos hallamos en mejor posición de entender por qué el Señor insta a los hombres a que se arrepientan:

Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mas dijisteis: ¿En qué hemos de volvernos?

¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas.

Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. (Malaquías 3:7-9.)

Así fue como el Señor, al hablar a Israel o a los descendientes de Jacob, los acusó de haberse desviado de sus ordenanzas y de no haberlas obedecido. Entonces los invitó a que se tornasen a El, y a su vez prometió tornarse a ellos. No se trata de una promesa vana. ¿Cómo podía resistir Israel? En seguida, el Señor acusa a toda la nación de Israel de haberlo robado. También les indica en qué lo han robado: “*En vuestros diezmos y ofrendas*”.

Toda la nación de Jacob o Israel, hasta donde sabemos, se había apartado de la observancia de este principio cuando el Señor envió a su mensajero a restaurar el evangelio en los últimos días. Sin embargo, uno de los pasos de este restablecimiento es la invitación que el Señor extiende a Israel de tornarse a El en el pago de sus diezmos y ofrendas. Leamos esta promesa:

Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.

Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos. (Malaquías 8:10, 11.)

¡Qué promesa tan maravillosa! ¿Cómo puede persona o pueblo alguno, que tenga fe en Dios, rechazar o negarse a aceptar esta invitación?

Los Santos de los Últimos Días, que son contados entre los descendientes de Jacob, han aceptado esta invitación. El Señor ha cumplido con sus promesas y ha hecho que el desierto y los lugares secos sean fértiles y florezcan como la rosa. Y por motivo de estas bendiciones que ha recibido del Señor, la gente ha podido contribuir liberalmente con sus recursos y sus talentos

para llevar a cabo la grande obra de la Iglesia y enviar misioneros a las naciones de la tierra para que proclamen las buenas nuevas de la restauración del evangelio a aquellos hijos de nuestro Padre Celestial que no han tenido el privilegio de escucharlo.

Cuando Malaquías declaró esta promesa del Señor a aquellos a quienes El iba a enviar su mensajero para preparar el camino delante de El, pareció ver que aceptarían la invitación del Señor de tornarse a El, y nos describe el cumplimiento de la promesa en ellos:

“Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos.” (Malaquías 3:12.)

UNA OBSERVACIÓN DE UN MINISTRO EN CUANTO A LOS DIEZMOS

Hace unos años, mientras obraba en el campo de la misión, el autor asistió a una reunión celebrada en una de las ciudades principales de los Estados Unidos. Un ministro ambulante, que viajaba de ciudad en ciudad para este objeto, habló sobre la ley de los diezmos a esta congregación particular con objeto de desembarazar a su iglesia de sus deudas. Tomó por texto este tercer capítulo de Malaquías y explicó a la gente que el diezmo era la ley del Señor para bendecir a su pueblo. Les aseguró que si pagaban sus diezmos solamente por diez meses, lograrían liquidar todas las deudas de su iglesia, y el Señor los bendeciría como había prometido.

Al concluir la reunión, el autor tuvo el privilegio de ser presentado a este ministro y aprovechó la oportunidad para hacerle la observación de que se estaba aproximando a la verdad; que los Santos de los Últimos Días habían estado practicando el principio de los diezmos por más de cien años con mucho éxito; pero que no pudo entender una parte de su sermón: si el diezmo era el plan del Señor para bendecir a su pueblo, por qué no les aconsejó que pagaran sus diezmos toda la vida; pues si tenía la virtud para traerles las bendiciones del Señor durante diez meses, cuánto mejor sería recibir las por toda la vida. A esto el ministro contestó: “No podemos llegar hasta ese extremo todavía; quedaremos satisfechos si logramos que paguen sus diezmos durante diez meses.”

De nuevo, la manera del Señor es mejor que la del hombre, y no obtuvimos los detalles y aplicación de esta verdad por la lectura de las Escrituras, sino por medio de las revelaciones del Señor a su profeta de esta dispensación.

BENDICIONES PROMETIDAS MEDIANTE EL PAGO DE LOS DIEZMOS

Refirámonos una vez más al tercer capítulo de Malaquías. Aun cuando el Señor invita a los descendientes de Jacob a que se tornen a El en el pago de sus diezmos y ofrendas, asegurándoles que si lo prueban con hacerlo, El abrirá las ventanas de los cielos y derramará bendiciones sobre ellos, es razonable suponer que si el Señor fuera a recompensar a cada uno inmediatamente por su obediencia, o lo castigara inmediatamente por su desobediencia, todos guardarían sus mandamientos, aunque solamente fuese por la esperanza de recibir algo o por el temor de ser castigados. El Señor sabía que podría ocurrir tal situación. Por consiguiente, causó que Malaquías amonestara en contra de ello en estos términos:

Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti?

Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?

Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no sólo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon.

Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre.

Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve.

Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. (Malaquías 3:13-18.)

De manera que al querer razonar el asunto, indicaron que los impíos o los soberbios eran bienaventurados, y posiblemente prosperaban más que aquellos que servían al Señor. (Suponemos que Malaquías está refiriéndose aún al pago de los diezmos, pues todo este capítulo parece hablar de este tema y su importancia.)

Por tanto, parece que el deseo final del Señor es que ninguno se inquiete por causa de argumentaciones actuales, sino que mediante su fidelidad quede inscrito su nombre en su “libro de memoria”, a fin de que sea suyo cuando venga a reclamar su especial tesoro; y asegura que entonces podrán conocer la diferencia “entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve”.

Estamos convencidos, de que el que acepta la invitación del Señor de volver a El no se sacrifica más con pagar sus diezmos que el agricultor cuando siembra su semilla en la tierra. Ambos actos requieren fe; y tanto el uno como el otro traerán su recompensa.

CAPÍTULO 27

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

Nuestra afirmación de la visita del Padre y del Hijo, así como de otros mensajeros celestiales para restablecer todas las cosas, incluso la restauración del Santo Sacerdocio, lo cual nos permite tener una filosofía mejor de la vida y un entendimiento más amplio de las Escrituras, sería de poco valor y consecuencia si los frutos de la Iglesia no testificaran de la verdad de estas afirmaciones. Jesús dijo:

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.

Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.

No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.

Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis. (Mateo 7:15-20.)

Toda iglesia y pueblo deben estar dispuestos a someterse a esta prueba.

IDEALES Y FINES DE LA IGLESIA

En los siguientes pasajes se hallan expresados algunos de los altos ideales y fines que persigue La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días:

...existen los hombres para que tengan gozo. (2 Nefi 2:25.) La gloria de Dios es la inteligencia. (D. y C. 98:86.)

Como Dios es, el hombre puede llegar a ser. (Eliza R. Snow, Biography and Family Record of Lorenzo Snow, pág. 46.)

Cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección;

y si en esta vida una persona logra más conocimiento e inteligencia que otra, por medio de su diligencia y obediencia,

hasta ese grado le llevará la ventaja en el mundo venidero. (D. y C. 130:18-19.)

Es imposible que el hombre se salve en la ignorancia. (D. y C. 131:6.)

buscad diligentemente y enseñaos el uno al otro palabras de sabiduría; sí, buscad palabras de sabiduría de los mejores libros; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe. (D. y C. 88:118.)

LA IGLESIA Y LA EDUCACIÓN

Guiada e inspirada por estos preceptos divinos, no es sino natural que la Iglesia realice muchas cosas en cuanto al establecimiento de escuelas y la búsqueda de la educación. Los ya difuntos John A. Widtsoe, y Richard L. Evans, ambos del Consejo de los Doce, escribieron algo sobre las enseñanzas y realizaciones de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días:

En 1831, antes que cumpliera un año la organización de la Iglesia, se tomaron las disposiciones para adquirirse escuelas, maestros y libros de texto. Poco más tarde, en 1833, se impartió instrucción a los hombres ya maduros en lo que era conocida como la Escuela de los Profetas. Esto fue antes que comenzara el actual movimiento mundial en apoyo de la educación de los adultos. En 1842, cuando los refugiados de Misuri estaban fundando la ciudad de Nauvoo, se estableció una universidad.

Durante el viaje hacia el oeste, después de la expulsión de Nauvoo, se daban clases en los campamentos ambulantes. Pocas semanas después de haber llegado al Valle del Lago Salado, se dio principio a la instrucción escolástica en las cabañas de troncos de los pioneros. Uno de los primeros actos legislativos, después de haber dispuesto lo necesario para construir caminos en el desierto, fue la autorización, en 1850, de una universidad, la primera al oeste del río Misuri.

Desde esa época, no obstante la afanosa tarea de vencer un desierto rebelde para que sirviera al hombre civilizado, la gente ha fomentado la educación de la mente, con todas las consiguientes artes y culturas.

Los Santos de los Ultimos Días nunca se han olvidado de la necesidad y el valor de la educación, pese al costo material.

¿Cuáles son los resultados de este siglo de apoyo que se ha dado a la educación?

Los Santos de los Ultimos Días siempre han sido un pueblo instruido. El séptimo censo de los Estados Unidos se llevó a cabo en 1850. En ese año el promedio de analfabetismo en los Estados Unidos era 4.92 por ciento. En Utah el porcentaje era únicamente .025 por ciento, el más bajo de los Estados y territorios citados.

Tras un detenido estudio educacional de las estacas de Sión, hecho en 1923, quedó indicado que el noventa y siete por ciento de los miembros de la Iglesia sabían leer y escribir. Se descubrió que de cada mil Santos de los Ultimos Días, sesenta de ellos asistían a la escuela preparatoria (más de tres veces el promedio estadounidense en esa época); y que nueve de cada mil estaban matriculados en universidades casi el doble del promedio de los Estados Unidos. El estudio también mostró un número muy superior de graduados de universidades, personas que habían recibido títulos postgraduados o su doctorado, al de cualquier otro grupo de igual número en América o el mundo...

En Utah se graduaron más estudiantes de los colegios y universidades en proporción a la población del estado, que en cualquier otro. (John A. Widtsoe y Richard L. Evans, The Improvement Era, julio de 1947, págs. 444,445.)

Hoy la Iglesia opera la Universidad Brigham Young en Provo, Utah, la institución universitaria privada más grande de los Estados Unidos, con sucursales en Lale, Hawai (The Church College of Hawaii) y en Rexburg, Idaho (Ricks College). La Iglesia también tiene universidades menores y colegios secundarios y primarios en Nueva Zelanda, en algunas islas del Pacífico, en México y en América del Sur. Además, cientos de miles de estudiantes están matriculados en los seminarios e institutos de religión de la Iglesia por todo el mundo, donde se estudian las Escrituras, cursos de historia de la Iglesia y otros temas religiosos como equilibrio a su educación secular.

Aunque no están disponibles los resultados estadísticos del énfasis que la Iglesia pone en la educación a nivel mundial, se han realizado estudios en los que se comparan los logros académicos de la población del estado de Utah, predominantemente mormona, con la de otros estados de los Estados Unidos. El Dr. Clark Kerr, Director de la Mesa Directiva del Concilio de Carnegie de Estudios Avanzados, hizo las siguientes observaciones durante la ceremonia de graduación de la Universidad de Utah en junio de 1974:

Utah es primero en el porcentaje de la población total de 8 a 84 años de edad que esta matriculada en escuelas, colegios y universidades...

Utah es primero en el promedio de años de educación completados por todos sus ciudadanos de 25 años o más.

Utah es uno de los primeros estados en porcentaje de alumnos que reciben más títulos universitarios.

Utah es primero en gastos de programas para escuelas médicas en toda la nación.

La Comisión Carnegie de Instituciones Universitarias llevó a cabo una investigación de estas instituciones en los 50 estados de la nación. Su veredicto: Utah, a diferencia de otros estados, no tenía deficiencias de importancia.

¿Por qué se distingue Utah tan bien? No es el estado más rico ni el más antiguo, ni esta

situado en el mejor lugar del país. Si hay algún secreto, quizás se lo pueda exportar. Pero no es posible, porque, en mi opinión, su secreto yace en su historia. Sus primeros líderes pusieron gran hincapié en la educación.

Brigham Young dijo: “La educación es algo bueno, y bendito es el hombre que la posee y puede utilizarla... La educación es el poder de pensar claramente, de actuar bien en el mundo del trabajo, y el poder de apreciar la vida.”

Apenas los pioneros llegaron a Utah, establecieron escuelas en tiendas y aun al aire libre. Una de las primeras leyes que se apro baron en 1847 proveyó el establecimiento de una universidad, y la Universidad de Utah fue fundada en 1850. Fue la primera universidad coeducativa al oeste del río Misisipi. Comenzó el primer programa de entrenamiento de maestros del Oeste de los Estados Unidos. Esta gran tradición histórica ha ayudado a Utah a ocupar el primer puesto en esta categoría. Se la puede envidiar, pero no duplicar. Utah puede ahora esperar que otros estados lo alcancen, o puede continuar siendo el primero.

SALUBRIDAD Y OTRAS ESTADÍSTICAS VITALES

La importancia que la Iglesia pone en el cumplimiento de la Palabra de Sabiduría (capítulo 25) ha resultado en datos estadísticos de sabiduría impresionantes. A continuación se da información con datos indicativos que se dan en el *Cancer Bulletin*, publicación de la división médica de la Universidad de California en Los Angeles, con fecha de mayo de 1974:

Los mormones son de interés desde el punto de vista epidemiológico debido a que su ‘Palabra de Sabiduría’ les prohíbe el uso del tabaco, alcohol, café, té y drogas nocivas. Su religión también recalca dietas equilibradas, especialmente el uso de granos y frutas y la moderación en comer carne. Se puede razonablemente esperar que el nivel de muertes causadas por toda clase de cánceres entre los mormones sea tan bajo como el de los Adventistas del Séptimo Día.

Cierta indicación de su nivel de cáncer puede obtenerse estudiando el estado de Utah, con su preponderante población mormona caucásica. Los datos necrológicos más recientes, compilados en 1970, muestran que el promedio de mortalidad debido al cáncer en Utah es el más bajo de los Estados Unidos. Asimismo, el consumo promedio de cigarrillos, licor, vino y cerveza por persona en Utah es aproximadamente el 50% del correspondiente consumo en el resto de los Estados Unidos, o sea el más bajo en todo el país. Puede que este hecho explique la baja mortalidad que existe en Utah.

Hay disponibles datos más precisos sobre la mortalidad y costumbres de los mormones. Se ha calculado la tasa de mortalidad para las poblaciones mormonas y para las que no son miembros de la Iglesia. Los datos se basan en registros de defunciones, la población de los estados, e información sobre la mortalidad.

La tasa de defunción de 1970 para cuatro estados con extensas poblaciones mormonas demuestra que la proporción de mortalidad para mormones es 62 por ciento menos en Utah, 61 por ciento menos en Idaho, 52 por ciento menos en California, y 47 por ciento menos en Nevada.

La diferencia en la distribución de edades entre mormones y los que no son miembros de la Iglesia podría influir algo en los resultados, mas difícilmente alcanzaría un factor de 2.

Otros datos sobre los mormones provienen de los resultados de una investigación concerniente a ‘La salud y manera de vivir’ de 6,928 residentes adultos del condado de Alameda, California, llevada a cabo en 1965 por el Departamento de Salubridad del Estado de California. En este grupo estaban incluidos 111 miembros de la Iglesia a quienes se les comparó con quienes no eran miembros. Los resultados muestran que en el Condado de Alameda, los miembros de la Iglesia tuvieron un nivel de mortalidad equivalente al 55% del grupo de quienes no eran mormones durante los 6 años y medio que duró el estudio.

La diferencia más grande en los hábitos de los mormones y del grupo total ocurrió entre los

que asisten a la Iglesia regularmente, donde esencialmente 100% de los mormones no fuman ni toman. Resultados adicionales de este estudio muestran que los miembros de la Iglesia son similares al grupo de quienes no lo son en muchos otros aspectos, incluyendo nivel socio económico y atención médica.

EL PROGRAMA DE BIENESTAR DE LA IGLESIA

Una de las empresas más importantes que ha desarrollado la Iglesia es su programa de bienestar, un plan que tiene por meta sacar a los miembros de la Iglesia de las listas de los servicios de bienestar del gobierno. Los periódicos y otras formas de propaganda han hecho comentarios muy favorables con respecto a este programa. El *Herald-Tribune* de Nueva York publicó un artículo bajo el título “Los mormones salen adelante”, y sugirió que otras iglesias siguieran su ejemplo.

El señor J. Beherrell, periodista de Londres, Inglaterra, visitó Salt Lake City, Utah, e hizo un estudio del programa de bienestar. Más tarde escribió:

“La asunción de esta responsabilidad, por parte del programa de la Iglesia Mormona es una lección que todo país del mundo puede emular benéficamente.”

Los que visitan la Manzana de Bienestar en Salt Lake City (un conjunto de talleres y bodegas que es similar a otros proyectos y actividades de bienestar de la Iglesia en otras partes) han comentado: “Es un ejemplo que nuestro gobierno federal haría bien en emular.” “Es la cosa más maravillosa que jamás he visto, y espero volver.” “Esto, a mi modo de pensar, es la verdadera religión.” “Creemos que su iglesia y sus miembros están efectuando las grandes obras que en algún día futuro puedan lograr la verdadera hermandad entre los hombres.”

Un famoso discursante que estaba en Salt Lake City para dar una conferencia en un club declaró, después de haber visto algunas de las actividades de bienestar de la Iglesia: “Su plan de bienestar debería esparcirse por todo el mundo; y después de haberlo visto funcionar, no me cabe ninguna duda de que un día será el plan magistral para toda la vida cristiana.”

Por medio del programa de bienestar, la Iglesia no sólo satisface las necesidades de sus miembros que residen en los Estados Unidos y Canadá, sino que ha mandado por avión, y en camión, tren y barco, muchos miles de toneladas de comida y ropa a los miembros en todo el mundo que se encuentren en circunstancias de peligro o necesidad. La Iglesia ha prestado ayuda a miles de personas, víctimas de guerras, diluvios, terremotos y otros desastres en todas partes del mundo. Los que reciben esta ayuda no son siempre los Santos de los Últimos Días: pueden ser de cualquier fe. Es, en verdad, un programa de hermandad.

Los miembros de la Iglesia, han contribuido millones de dólares así como muchos millones de horas de trabajo, para socorrer a los necesitados y desafortunados a través del mundo. Los miembros también contribuyen directamente, en forma financiera, al programa de bienestar. Además, un día de cada mes es día de ayuno; en él, los miembros se abstienen de dos comidas, y contribuyen el dinero así ahorrado a la Iglesia en forma de ofrendas de ayuno. De esta manera, se extiende a toda familia mormona la oportunidad de participar en la obra de ayudar a los que se encuentran en apuros.

COMENTARIOS SOBRE LA IGLESIA Y SUS LOGROS

Muchas personas distinguidas han visitado y observado las actividades de la Iglesia en Salt Lake City y en otras partes del mundo. Siguen algunos de sus comentarios:

El estado de Utah sobrepasa en el número de Boy Scouts en proporción al número de habitantes. Allí el escultismo se ha desarrollado y avanzado más que en cualquier otra sección de los Estados Unidos. Utah da el ejemplo a todo el país. La Iglesia Mormona ha sido el

elemento principal en esta notable realización. (Dr. George J. Fisher, Administrador General de los Boy Scouts.)

Deseo manifestar mis impresiones de Utah como sociólogo. En primer lugar me dejó muy favorablemente impresionado la Iglesia Mormona. No conozco ningún otro lugar donde se provea tanta facilidad a los jóvenes como en el estado de Utah. No entiendo cómo a la gente “mormona” le vino la idea de proveer y satisfacer las necesidades recreativas y sociales de la gente mucho antes de que esta idea se nos ocurriera a nosotros los sociólogos. La Iglesia se adelantó muchísimo en lo que respecta a este descubrimiento.

Nunca había visto a tantos jóvenes tan espléndidos como los que he conocido aquí en Utah. No cabe duda que la gente “mormona” ha sido muy mal entendida en el Este. (Dr. E. A. Ross, sociólogo, Universidad de Wisconsin.)

Hace dos años, una congregación en el Este del país me pidió que les relatara mis observaciones durante mis viajes por el país, cuál era el grupo de ciudadanos que estaban contribuyendo más al progreso de la civilización. Les contesté que era una pregunta algo difícil de contestar.

Declaré que si veintiún años antes, cuando todavía no empezaba a viajar y mi mente estaba muy cerrada y llena de prejuicios, me hubiesen preguntado ¿qué clase de gente es la más indeseable?, yo habría dicho sin titubear, “los mormones”.

Pero habiendo viajado durante dieciséis años, casi anualmente, y habiendo aprendido a conocer a esta gente, me he formado la opinión de que el pueblo más deseable, con las normas más elevadas de moralidad y virtud, es la gente “mormona”. (Doctor Charles E. Barker, representante de jóvenes, Club Rotarios Internacionales.)

Muy poco se sabe acerca de la admirable civilización surgida en el estado de Utah.

Gracias al uso de un sistema de irrigación, el primero en los Estados Unidos, los mormones han convertido el desierto en un paraíso agrícola.

Se planeó inteligentemente el trazado de las ciudades en una época en que el resto de las comunidades del país se establecían más o menos “al azar”. Actualmente se evidencian los frutos de tal sistema en la belleza y prosperidad de las ciudades de Utah.

Los mormones establecieron ¿a primera universidad y el primer periódico en aquel territorio al oeste del río Misuri.

Su sistema educacional, establecido en los comienzos de la historia de Utah, abarca escuelas de gran reputación, sociedades literarias, teatros y bibliotecas.

Los niveles de cultura y prosperidad sobrepasan a algunos de los otros estados del país; además es inherente al mormonismo, ya que tal religión está entrelazada íntimamente con la vida del estado.

Si hemos de aceptar el fallo de Jesús: “Por sus frutos los conoceréis”, tenemos que tener en gran estima a los mormones. (Charles Francis Potter, The Story of Religion, pág. 527.)

Un rector de universidad quien hace algunos años enseñé en la Universidad Brigham Young, declaró en su discurso de despedida: “No me extrañaría que el pueblo mormón tenga la clave para salvar a este país en el futuro”.

A continuación citamos algunos comentarios hechos por algunos visitantes a la Feria Mundial de Nueva York realizada en 1964-65: “Con gente como este pueblo el mundo aún tiene esperanzas.” “Sin ninguna duda, esto es lo que puede salvar el mundo.” “En cuanto a religión se refiere, hasta el momento no he visto algo que se iguale.” “Estoy leyendo el Libro de Mormón, y sé que es revelación. Sé que es la verdad.”

Como resumen a este análisis de los frutos del mormonismo, leamos ahora un discurso presentado en una conferencia general de la Iglesia por el élder Mark E. Petersen del Consejo de los Doce, en el cual se repasan algunos de los logros de la Iglesia:

Nosotros, los Santos de los Ultimos Días, tenemos un mensaje para el mundo. Es un mensaje divino y declara a toda la humanidad que Dios ha hablado nuevamente desde los cielos en estos

tiempos modernos. El punto esencial de nuestro mensaje es que Jesús de Nazaret es Cristo el Señor, el Redentor de toda la humanidad, el Salvador de los cristianos y el Mesías de los judíos.

Somos un pueblo dedicado a la moderación y el buen carácter, a la honradez y la vida recta; enseñamos la virtud y la castidad como principios cardinales, básicos de nuestra fe; abogamos por la estabilidad y la preservación del hogar. Para nosotros la familia es la piedra angular de la civilización y así debe continuar por siempre; es el fundamento de las debidas relaciones humanas.

Enseñamos a nuestros hombres y mujeres la fidelidad en su significado más elevado. Creemos que cada uno de nosotros es un hijo espiritual de Dios y que el Señor tiene el propósito de que vivamos de tal manera que finalmente podamos llegar a ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto. (Véase Mateo 5:48.)

Creemos que la familia se estableció con el propósito de que fuese una unidad eterna que se proyectaría más allá de la muerte y la resurrección, en una vida sempiterna e inmortal. Es con el fin de prepararnos dignamente para tal destino que enseñamos que esta elevada norma de fidelidad debe ser practicada por los cónyuges. Sólo “una” norma de moralidad tenemos para ambos; nuestra constante amonestación es: “Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor” (D. y C. 38:42).

Generalmente somos un pueblo saludable. El Dr. James E. Enstrom de la facultad de Salud Pública de la Universidad de California en Los Angeles informó en el periódico de Pasadena, Star News, el pasado 9 de abril (1975), que el promedio de cáncer entre los mormones, es de un 50% menor que el promedio nacional. En Utah, el porcentaje de muerte por cáncer es el más bajo de todos los Estados Unidos.

Con respecto al cáncer del pulmón, las mujeres mormonas ocupan únicamente el 81% del promedio nacional y los hombres únicamente el 88%. El cáncer del esófago ocasionado por el uso del alcohol ocupa únicamente el 11% del promedio nacional para mujeres y el 84% para los hombres entre los Santos de los Ultimos Días. Estas cifras las proporcionó el Dr. Joseph F. Lyon, director del Registro del Cáncer en el Estado de Utah.

El Registro de Estadísticas de los Estados Unidos en 1971, presenta ciertas cifras interesantes, donde se comparó al Estado de Utah con el resto de la nación.

Todos los cincuenta estados de la Unión se encuentran enumerados por los casos de enfermedades que mencionaré, siendo los estados que se encuentran al final de la lista los que tienen el más bajo porcentaje.

En enfermedades del corazón, Utah ocupa el 46° lugar; en influenza (gripe) y pulmonía, el 49° lugar; en enfermedades cerebrovasculares, el 46° lugar; en arteriosclerosis, el 49° lugar; cirrosis del hígado, el 45° lugar; bronquitis, enfisema y asma, el 30° lugar; tuberculosis, el 50° lugar; enfermedades cardiovasculares, el 50° lugar; lesiones vasculares afectando el sistema nervioso, el 50° lugar; enfermedades del corazón, el 48° lugar; enfermedades infecciosas, el 50° lugar; complicaciones de embarazo, el 46° lugar; mortalidad infantil, el 50° lugar.

Cuando se habla de estas cifras para el estado de Utah, deberá tenerse presente que aproximadamente el 80% del total de la población no pertenece a nuestra Iglesia, pero está incluida en las estadísticas del estado.

Nuestra Iglesia ha encabezado la promoción del desarrollo juvenil a través del programa de escultismo, el cual consideramos de lo más eficaz para capacitar a los niños de todas las naciones, credos y razas. En los Estados Unidos únicamente el 28% de los niños disponibles en edad de escultismo están inscritos como Boy Scouts. Pero entre los Santos de los Ultimos Días, el porcentaje es de 85%. En 1974, nuestra Iglesia obtuvo el segundo lugar en número de unidades de Scouts que auspicia, habiendo sido la Sociedad de Padres y Maestros la que obtuvo el primer lugar. Esta sociedad auspició 20.800 unidades, nosotros 14.784 unidades.

En esta época de delincuencia juvenil, es muy reconfortante saber que de los 256.000 varones adolescentes de nuestra Iglesia, el 70° participa activamente; y de las 288.000 señoritas de la misma edad, el 73° son activas. ¿Creéis que alguna otra institución podría igualar estas

cifras? Pensadlo. Medio millón de adolescentes consagrados a una Iglesia que prohíbe el licor, el tabaco y las relaciones sexuales premaritales. Tratad si podéis, de encontrar algo similar en cualquier otro lado.

Os interesará conocer la asistencia que tenemos en la Escuela Dominical. Cincuenta y nueve por ciento de todos nuestros pequeños se encuentran en nuestras Escuelas Dominicales cada domingo, y el 60% de nuestros jóvenes se encuentran presentes en sus clases.

Estos antecedentes educacionales se reflejan en el número de personas de nuestra Iglesia que han alcanzado lugares prominentes en los Estados Unidos, Canadá y el mundo entero. Mark W. Cannon, en una discusión titulada “Los mormones en cargos ejecutivos”, dijo que un estudio reciente demuestra que entre las 471 principales instituciones de negocios de los Estados Unidos, había un mayor número de presidentes nacidos en Utah, en proporción a su población, que en cualquier otro estado de la Unión. Utah produjo uno de estos presidentes por cada 62.000 personas de población, comparado con uno por cada 205.000 en la nación. Actualmente, cincuenta y cinco hombres Santos de los Últimos Días ocupan cargos, ya sea como presidentes, administradores o vice presidentes en compañías norteamericanas con un capital mayor de 75 millones de dólares.

Los Santos de los Últimos Días han desempeñado cargos en las secretarías de gobierno de los Estados Unidos, así como en otros nombramientos prominentes en Canadá. Contamos con generales y almirantes en las fuerzas militares. Nuestra gente ha servido regularmente en el Senado, así como en cuerpos gubernamentales en Canadá. Por ejemplo, en 1952 había quince miembros de la Iglesia en el Senado de los Estados Unidos.

Ahora hay veintiocho.

Los Santos de los Últimos Días han servido igualmente en cargos importantes en la Reserva Federal, el Tribunal de Derechos de Aduana, la Comisión de Impuestos y Vivienda Federal.

El Dr. Harvey Fletcher, un sumo sacerdote mormón, fue quien desarrolló el sonido estereofónico; otro mormón, Philo Farnsworth, desarrolló el principio de la televisión.

Los mormones han sido presidentes internacionales del Club de Rotarios y el Club de Leones. Han encabezado la Asociación Médica Americana y varias sociedades científicas. Han desempeñado también muchos otros cargos de importancia en la investigación científica, el mundo de los negocios y las finanzas.

Nuestro mensaje es solemne y verdadero. Nuestro pueblo esta integrado por ciudadanos honorables, obedientes de la ley, inteligentes y progresistas, como lo podrán testificar aquellos que nos conocen. Nuestro patrón de vida, como podréis ver, es evidencia adecuada y amplia del crédito que merece la divinidad de nuestra misión y mensaje. Por medio de antecedentes como los que he descrito, es que proclamamos nuestro gran mensaje religioso al mundo. (“A El Oíd”, Liahona de febrero de 1976, págs. 51-58.)

Con las palabras de Jesús, decimos al mundo de hoy, lo que El declaró cuando procuraba establecer su Iglesia en el meridiano de los tiempos:

“Si no hago las cosas de mi Padre, no me creáis.

Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras...” (Juan 10:37-38).

CAPÍTULO 28

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

(CONCLUSIÓN)

LOS DISCÍPULOS DE CRISTO HAN DE SER PERSEGUIDOS

Considerando la vida y realizaciones superiores de los fieles miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, de lo cual sólo se pudo hablar brevemente en el capítulo anterior, el que no entiende que los discípulos de Cristo tienen por patrimonio el ser perseguidos y calumniados, no podrá acertar la causa de la persecución casi sin paralelo que han sufrido los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Desde el primer momento en que José Smith, a la edad de catorce años, anuncié que había visto a Dios el Padre y a su Hijo Jesucristo en una visión sagrada, las fuerzas de la maldad se combinaron en contra de él y de aquellos cuya fe los hizo abrazar la verdad restaurada. Por qué tenía que ser perseguido y calumniado en tal forma era algo que el propio joven José Smith no podía entender. Citamos sus propias palabras concernientes al asunto:

Sin embargo, no tardé en descubrir que mi relato había despertado mucho prejuicio en contra de mí entre los profesores de religión, y fue la causa de una fuerte persecución, cada vez mayor; y aunque no era yo sino un muchacho desconocido, apenas entre los catorce y quince años de edad, y tal mi posición en la vida que no era un joven de importancia alguna en el mundo, sin embargo, tos hombres en altas posiciones se fijaban en mí lo suficiente para agitar el sentimiento público en mí contra y provocar con ello una amarga persecución; y esto fue general entre todas las sectas: todas se unieron para perseguirme.

En aquel tiempo me fue motivo de seria reflexión, y frecuentemente lo ha sido desde entonces, cuán extraño que un muchacho desconocido de poco más de catorce años, y además, uno que estaba bajo la necesidad de ganarse un escaso sostén con su trabajo diario, fuese considerado persona de importancia suficiente para llamar la atención de los grandes personajes de las sectas más populares del día; y a tal grado, que suscitaba en ellos un espíritu de la más rencorosa persecución y vilipendio. Pero, extraño o no, así aconteció; y a menudo fue motivo de mucha tristeza para mí. (José Smith—Historia 22-23.)

Esta persecución y escarnio han sido la herencia de todos aquellos que han creído y aceptado el testimonio de José Smith.

Nos hemos referido al espíritu invisible que ha obrado en el corazón de los hijos de los hombres después de la venida de Elías el Profeta, Moisés y Elías, mediante el cual se ha hecho posible la gran obra de redención que los vivos efectúan a favor de los muertos, el recogimiento de Israel en los últimos días y la predicación del evangelio en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, por vía de preparación para la venida de Cristo en gloria con todos los santos ángeles, de conformidad con lo que se ha prometido.

No debemos pasar por alto el hecho de que también en el mundo está obrando un poder maligno. Cuando Satanás fue echado a la tierra, llevó tras sí a la tercera parte de los espíritus del cielo, cuya misión especial consiste en destruir la obra del Señor e impedir que los que vengan a la tierra se muestren dignos de volver a la presencia del Señor. Notemos las siguientes declaraciones de las Escrituras:

¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo. (Apocalipsis 12:12.)

V su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. V el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. (Apocalipsis 12:4.)

Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles;

pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo.

Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. (Apocalipsis 12:7-9.)

Es evidente, pues, que la influencia de Satanás en el mundo de los espíritus fue tan grande que llevó tras sí a “la tercera parte” de los espíritus que lo siguieron, “y Satanás, el cual engaña al mundo entero, fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”. Juan el Apóstol, autor de estas palabras, entendía claramente que Satanás tendría poder para engañar a todo el mundo.

También el profeta Isaías testificó de la ambición de Satanás de querer engañar a todo el género humano:

¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones.

Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a tos lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo.

Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.

Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos;

que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos nunca abrió la cárcel? (Isaías 14:12-17.)

¡Imaginemos la historia que se podría escribir acerca de las actividades de Satanás con objeto de llevar a cabo precisamente las cosas que Isaías profetizó! Lucifer ha caído de los cielos; ha debilitado las naciones; ha decretado ensalzar su trono junto a las estrellas de Dios y ser semejante al Altísimo; ha puesto el mundo como un desierto y asolado sus ciudades.

Juan el Teólogo declaró que el dominio de Satanás en la tierra sería casi universal.

Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. (Apocalipsis 18:7.)

Para poder tener dominio sobre los reinos del mundo, el plan de Satanás consiste en destruir a todos aquellos que en alguna manera pueden resistir su poder. De ahí, que ha incitado el corazón de los hombres a que destruyan a los profetas y siervos de Dios, cuyos mandamientos él tendrá que obedecer. Queriendo destruir a Jesús e impedir el establecimiento de su reino sobre la tierra, instigó el corazón de Herodes para que mandara matar a todos los niños menores de dos años. Habiéndose malogrado su intención, continuó influyendo en hombres perversos para que persiguieran a Jesús hasta que por fin fue muerto: no porque hubiese cometido alguna maldad, sino porque estorbaba la supremacía continua de Satanás sobre los reinos de este mundo. Los Apóstoles sufrieron una suerte igual, con excepción de Juan el Amado, al cual su Maestro le prometió que podría permanecer hasta que volviese en su gloria. Igual destino sobrevino a los santos que eran quemados como antorchas y echados a las fieras salvajes por los romanos. Ninguno de éstos había hecho mal; no había en su corazón sino bendiciones para todos sus semejantes. Sin embargo, eran enemigos peligrosos de Satanás y de la continuación de su poder en la tierra. Jesús sabía que así iban a sufrir aquellos que estuviesen dispuestos a tomar sobre sí su nombre y seguirlo:

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.

Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra;

y los enemigos del hombre serán los de su casa. (Mateo 10:84-36.)

En la restauración de su evangelio en estos postreros días, esta afirmación del Salvador ha resultado igualmente cierta, como lo pueden testificar muchos Santos de los Últimos Días. Un gran número de ellos han sido despedidos de sus propios hogares por sus padres, sin más razón que por el hecho de haberse unido a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Sin entender cómo obra Satanás en los pensamientos de los hombres para realizar sus propósitos y destruir la obra del Señor, sería difícil comprender estos acontecimientos. Los padres siguen a sus hijos aun hasta el patíbulo, y sin embargo, les vuelven la espalda cuando aceptan la verdad. Una madre, terriblemente perturbada porque su hija quería unirse a la Iglesia, expresó al autor: “No puedo comprenderlo; siempre ha sido nuestra hija más buena.”

LOS FIELES HABRÍAN DE SER AFLIGIDOS, MUERTOS Y ODIADOS POR CAUSA DE SU NOMBRE

Cuando Jesús se apartó del templo, declaró a sus discípulos que no quedaría una piedra sobre la otra que no fuese derribada:

V estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo? (Mateo 24:8.)

Se notará que se hacen tres preguntas en el pasaje anterior: (1) ¿Cuándo será destruido el templo?; (2) ¿qué señal habrá de su venida?; (3) ¿cuál será la señal que indique el fin del mundo? Entonces Jesús se pone a contestar estas preguntas. Al darles las señales de su segunda venida, les dice que habrá guerras y rumores de guerra; que “se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes y hambres, y terremotos en diferentes lugares”. (Mateo 24:6-7.) Luego añade:

V todo esto será principio de dolores.

Entonces os entregarán a ser tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. (Mateo 24:8-9.)

Por tanto, si uno cree las palabras de Jesús, también debe creer que sus discípulos, que se enviarán para preparar el camino de su segunda venida, serán entregados para recibir tribulación, serán muertos y serán aborrecidos de todas las gentes por causa de su nombre. En este respecto La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días comparte la misma suerte que La Iglesia de Jesucristo de los santos de antaño, según el testimonio del apóstol Pablo; pues cuando era llevado preso a Roma, convocó a los príncipes de los judíos, los cuales dijeron; “Pero querríamos oír de ti lo que piensas; porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella.” (Hechos 28:22.)

Jesús bien sabía que la guerra iniciada en el cielo, donde Satanás había acaudillado las fuerzas que se opusieron a la verdad, continuaría aquí sobre la tierra. Por tanto, dijo a sus discípulos:

Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.

Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.

Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán: si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra.

Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. (Juan 15:18-21.)

Por la manera en que hoy podemos juzgar las cosas, sin que en esta consideración entre el asunto de personalidades, parece increíble que Jesús, “el cual anduvo haciendo bienes” (véase Hechos 10:38) y bendiciendo a la gente, se viera sujeto a tal persecución, y por último padeciera la crucifixión de manos de aquellos que deberían haber sido sus amigos. En el advenimiento de Jesús, Satanás vio la fundación de un movimiento que por último significaría la destrucción de su

dominio en la tierra. Por tanto, en el corazón egoísta de los maestros espirituales de la gente, a quienes el pueblo estaba presto para seguir, él hizo nacer el deseo de oponerse a Jesús y sus discípulos. De modo que Satanás impulsó la oposición contra Jesús y sus discípulos, obrando por conducto de los príncipes espirituales de la gente de aquella época. Lo mismo sucedió en el asunto de la oposición contra el profeta José Smith y la obra que el Señor estableció en la tierra en esta última dispensación, como también contra aquellos que han aceptado su mensaje. Estas persecuciones, expulsiones y asesinatos han tenido pocos paralelos en la historia del mundo. Jesús debe haber estado pensando en todo esto cuando dijo:

Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas: y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad. (Mateo 23:34.)

Entonces el Señor, condoliéndose de su pueblo, se expresó en estos términos:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!

He aquí vuestra casa os es dejada desierta.

Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor. (Mateo 23:37-39.)

Se verá, pues, que en las persecuciones sufridas por los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, la historia no está sino repitiéndose. Las palabras de Jesús se están cumpliendo; todos los que buscan la verdad deben prestar atención a sus palabras amonestadoras: “Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.” Nuestro testimonio es que El nuevamente ha enviado a sus siervos en su nombre en esta dispensación y que éstos tienen el mismo mensaje de vida eterna para ofrecer a todos los hombres dondequiera que estén.

De manera que nuestro conocimiento del decreto de Satanás de querer ser “semejante ante al Altísimo” y ensalzar su trono “junto a las estrellas de Dios”, engañando a todo el mundo y matando a los profetas y hombres sabios que son enviados a la gente, nos permite entender las persecuciones que han padecido los profetas y santos de Dios de esta dispensación así como los del Meridiano de los Tiempos; y esto a pesar de los sacrificios que han hecho para mostrarse dignos de la gran confianza que se ha depositado en ellos al entregárseles el evangelio en esta dispensación para que lleven este mensaje a todas las naciones de la tierra. Su corazón ha estado lleno de amor y bendiciones hacia todos los hombres: no han hecho mal a nadie. Juzgando únicamente según el razonamiento humano, no ha habido ninguna justificación para las persecuciones que han tenido que padecer, ni la actitud hostil del mundo hacia ellos. No puede haber sino una respuesta, y ésta es la que Jesús expuso cuando afirmó:

Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. (Juan 15:19.)

De manera que una de las señales por las cuales se puede reconocer a los verdaderos discípulos de Cristo es, como El enseñó: “Seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.” (Mateo 24:9.)

LA PERSECUCIÓN POR CAUSA DEL MATRIMONIO PLURAL

Puede haber quienes crean que la causa de la actitud desfavorable del mundo hacia La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se debe a su creencia en el matrimonio plural y su práctica en los primeros días de la Iglesia. Sin embargo, esto no puede ser cierto, ya que José Smith fue perseguido desde la época en que tenía catorce años de edad, cuando relaté a algunos de los ministros, que él consideraba sus más caros amigos, la visión que había recibido, en la que el Padre y el Hijo le aparecieron. Desde ese día fue ridiculizado y escarnecido; fue encarcelado una vez tras otra sin causa; fue cubierto de brea y emplumado. El y los que creyeron en su

testimonio fueron expulsados de Ohio, después de Misurí y por último de Nauvoo, Illinois. Todas estas pruebas y persecuciones ocurrieron antes que se diera a saber la revelación del Señor sobre el tema del matrimonio plural, aun a los miembros de la Iglesia. Fue el 6 de abril de 1830 cuando se organizó la Iglesia, y la fecha que el profeta José Smith dio la revelación que recibió del Señor sobre el asunto de la eternidad del convenio del matrimonio y la pluralidad de esposas fue la del 12 de julio de 1843, en Nauvoo, Illinois (D. y C. Sección 132), poco menos de un año antes de su martirio el 27 de junio de 1844. De manera que la actitud de la Iglesia hacia este principio apenas se conocía públicamente, y esto no fue sino hasta que los santos fueron arrojados de Nauvoo, Illinois, y se establecieron en las Montañas Rocosas.

¿Qué dirá la gente del mundo cuando se manifiesten todas las cosas en su aspecto verdadero y se dé a saber cómo se relacionan con el Señor y su gran obra, y cuando sepan que fue El quien enseñó este principio al profeta José Smith, y que encierra un aspecto y propósito sagrados y religiosos, más bien que servir para satisfacer las concupiscencias de los hombres? Sólo unos pocos de los miembros de la Iglesia vivieron de acuerdo con el principio del matrimonio plural:

nunca fue más del tres por ciento. Grande debe haber sido la convicción del noventa y siete por ciento de los miembros de la Iglesia que los conservó firmes en su testimonio de la divinidad de las enseñanzas del profeta José Smith, aun cuando veían que algunos de los miembros estaban viviendo de acuerdo con este principio. Para ellos era evidente que los que lo estaban practicando eran de la gente más fina de la comunidad, y que sus hijos y los de los matrimonios monógamos eran iguales en todo respecto. Los miembros de la Iglesia que estaban más familiarizados con este principio eran los que menos se ofendían porque se practicaba.

Bajo la dirección inspirada de Wilford Woodruff, en esa época Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, se expidió el “Manifiesto” el 24 de septiembre de 1890, en el cual se amonestaba a los miembros de la Iglesia a refrenarse “de contraer matrimonios prohibidos por la ley del país”. Ante una conferencia general de la Iglesia, celebrada el día 6 de octubre de 1890, el presidente Lorenzo Snow ofreció la siguiente proposición:

Propongo que, reconociendo a Wilford Woodruff como Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, y el único hombre sobre la tierra que actualmente tiene las llaves de las ordenanzas para sellar, lo consideremos plenamente autorizado, en virtud de su posición, para expedir el Manifiesto que se nos ha leído, el cual lleva la fecha del 24 de septiembre de 1890; y que como Iglesia, reunida en conferencia general, aceptemos su declaración en cuanto a los matrimonios polígamos como autorizada y obligatoria. (The Deseret Weekly, 11 de octubre de 1890.)

El voto a favor de la proposición anterior fue unánime.

El año siguiente, en un discurso pronunciado ante los miembros de la Iglesia en Logan, Utah, el 1 de noviembre de 1891, el presidente Wilford Woodruff hizo una relación notable de la “visión y revelación” que lo condujeron a preparar la declaración oficial conocida como el “Manifiesto”:

El Señor me manifestó por visión y revelación precisamente lo que iba a suceder si no cesábamos esta práctica...

Sé que en esta Iglesia hay muchos hombres buenos, y probablemente algunos de ellos en posiciones elevadas, que han pasado por esta prueba y opinan que el presidente Woodruff ha perdido el Espíritu de Dios y está a punto de apostatar. Pues deseo que entendáis que no ha perdido el Espíritu, ni está por apostatar. El Señor está con él y con este pueblo. Me ha dicho exactamente lo que se ha de hacer, y lo que resultaría de no hacerlo... Deseo manifestar lo siguiente: Habría permitido que todos los templos pasaran de nuestras manos; yo mismo habría sido encarcelado y habría sido la causa de que todos los demás hombres también lo fuesen, si el Dios de los cielos no me hubiese mandado hacer ¿o que hice; y cuando llegó la hora en que se me mandó hacerlo, lo entendí claramente. (Deseret Weekly, 14 de noviembre de 1891.)

Desde el día en que se expidió el Manifiesto y los miembros lo aceptaron mediante su voto, la Iglesia se ha opuesto en forma definitiva a la práctica del matrimonio plural, al grado de excomulgar a los miembros que han sido culpables de violar las instrucciones respecto a este asunto.

CAPÍTULO 29

UN RESUMEN

LO QUE JOSÉ SMITH CONTRIBUYÓ A LAS SANTAS ESCRITURAS

Después de considerar cuidadosamente los capítulos anteriores, uno podría preguntar qué más, aparte de lo que llevó a cabo el profeta José Smith, puede exigirse de un profeta verdadero de Dios. Aclaré verdades preciosas referidas en la Biblia, pero perdidas para el mundo como consecuencia, indudablemente en muchos casos, de la brevedad de las explicaciones, la incapacidad de legos y clero para entender, o porque el Señor las escondió, como Jesús lo expresa:

Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.

Sí, Padre, porque así te agradó. (Mateo 11:25-26.)

José Smith contribuyó tres tomos de Escrituras que son uno con la Biblia: (1) el Libro de Mormón, del cual ya hemos hablado, que es una traducción de las planchas de oro que le entregó el ángel Moroni, en las cuales estaba comprendida una historia de los antiguos habitantes del continente americano; (2) Doctrina y Convenios, que contiene las revelaciones del Señor a sus profetas, las cuales están relacionadas con la restauración del evangelio y la organización de su Iglesia en su plenitud, en esta Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos; (3) la Perla de Gran Precio.*

* Se presenta aquí una breve historia del libro, la Perla de Gran Precio, para la información del lector.

Parece que en el año 1828, un explorador francés llamado Antonio Sebolo obtuvo permiso de Mehemit Ali, virrey de Egipto, para hacer algunas exploraciones en busca de antigüedades. Tres años después, en 1831, Sebolo entró en ciertas catacumbas cerca del sitio que en otro tiempo ocupaba la antigua ciudad de Tebas. Partió para París con once momias que se hallaban en un estado perfecto de preservación. Sin embargo, mientras se dirigía a la capital de Francia, el Sr. Sebolo hizo escala en Trieste, donde murió después de una enfermedad de varios días. Las momias entonces fueron enviadas a un sobrino llamado Chandler. El Sr. Chandler vivía en Irlanda. Después de algunos rodeos las momias por fin llegaron a Nueva York, dirigidas a Michael H. Chandler. Allí por primera vez se abrieron los sarcófagos y se examinó el contenido. “Al abrir los ataúdes”, nos dice el Profeta, “descubrió (el Sr. Chandler) que junto con dos de los cuerpos habla algo enrollado en la misma clase de lienzo, y saturado en el mismo betún, los cuales, al examinarse, resultaron ser dos rollos de papiro.” Sobre estos rollos de papiro había jeroglíficos hermosamente escritos “con tinta o pintura negra y unos pocos con tinta roja, en perfecto estado de preservación”.

Un desconocido que se hallaba cerca de allí al tiempo del descubrimiento recomendó al Sr. Chandler que buscara al profeta mormón, José Smith, pues probablemente sería el único hombre que podría darle una traducción correcta de los manuscritos antiguos. El Sr. Chandler, sin embargo, empezó a exhibir las momias en las ciudades principales de los Estados Unidos. Pronto se convirtieron en objetos de singular interés. Los hombres letrados del país le aseguraron al Sr. Chandler que las momias, así como los papiros, eran genuinos. Por cierto, recibió certificados de algunos de ellos en los que atestiguaban el carácter genuino de su exhibición y de los caracteres que había sobre los papiros. No fue sino hasta el 3 de julio de 1835 que el Sr. Chandler llegó a Kirtland con las momias egipcias. Parece que inmediatamente se puso a buscar al profeta José Smith. “Había cuatro figuras humanas”, escribe éste en su historia, “junto con... figuras y símbolos jeroglíficos. En vista de que se le había informado al Sr. Chandler que yo podía traducirlos, me trajo algunos caracteres y yo le di la interpretación, y él, como todo un caballero, me expidió el siguiente certificado:

‘Kirtland, 6 de julio de 1835

Por la presente se hace constar a todos los interesados, concerniente al conocimiento del Sr. José Smith, hijo, para descifrar los antiguos caracteres jeroglíficos egipcios que se hallan en mi posesión, los

cuales he mostrado a los hombres más eminentes en muchas de las ciudades principales. Y de acuerdo con la información que he podido obtener o se me ha comunicado, encuentro que la del Sr. Smith, hijo, concuerda en los detalles más pequeños.

Michael H. Chandler, expositor y propietario de las momias egipcias' ”

Poco después de haber recibido este certificado del Sr. Chandler, algunos de los miembros de la Iglesia en Kirtland le compraron las momias y los papiros. En seguida, el Profeta, con la ayuda de William W. Phelps y Oliverio Cowdery como escribientes, empezó a traducir los jeroglíficos extraños. Con gozo infinito descubrieron que uno de los rollos contenía algunos de los escritos de Abraham, mientras que el otro contenía escritos de José que fue vendido en Egipto. El Profeta tradujo el primero de éstos, en parte. Es una relación de las aflicciones de Abraham en el hogar idólatra de sus padres, y su rescate milagroso. También habla de la creación del mundo y de los espíritus que existieron antes, y también revela el sistema astronómico que este patriarca antiguo conocía.

Parece que nunca se tradujo el rollo de papiro que contenía los escritos de José. Los santos retuvieron las momias y las llevaron consigo en sus peregrinaciones hasta que se establecieron en su nuevo hogar, Nauvoo, la Hermosa. Allí se exhibieron las momias en la Mansión de Nauvoo construida por el Profeta. Después de su muerte, sin embargo, las momias y los rollos de papiro pasaron a manos de la familia del Profeta y se vendieron. Por algún tiempo los estuvo exhibiendo una corporación de Saint Louis. Entonces se vendieron a un museo de Chicago. Cuando el terrible incendio arrasó a Chicago en 1870, fue destruido el museo, y se supone que con él las momias históricas y los anales sagrados de la antigüedad. De modo que todo lo que se ha preservado para nosotros de esta interesante historia escrita sobre papiro se halla en la Perla de Gran Precio. (Osborne J. P. Widtsoe, *The Restoration of the Gospel*, págs. 114-117.)

LA RESTAURACIÓN DE LAS LLAVES DEL SACERDOCIO

José Smith recibió el Sacerdocio Aarónico de las manos de Juan el Bautista.

Recibió el Sacerdocio de Melquisedec de las manos de Pedro, Santiago y Juan.

Recibió las llaves para volver “el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres”, de las manos de Elías el Profeta.

De Moisés, recibió las llaves para el recogimiento de Israel.

De Elías, recibió las llaves del evangelio de la dispensación de Abraham.

En virtud de las llaves y ordenaciones que recibió, estableció la Iglesia de Jesucristo nuevamente sobre la tierra, con la misma organización que existió en la Iglesia Primitiva, a saber: apóstoles, profetas, pastores, maestros, evangelistas, etc.

Enseñó los principios de verdad eterna tal como los recibió del Señor, y corrigió las doctrinas y prácticas falsas que existían en las iglesias.

LA NECESIDAD DE UN PROFETA

Desde mucho antes, se había sentido la necesidad de un profeta que efectuase precisamente esas cosas. Un escritor del diario *The New York Herald*, que había visitado al profeta José Smith en 1842, escribió la siguiente narración del acontecimiento, la cual se publicó originalmente en dicho periódico:

José Smith indudablemente es uno de los grandes personajes de la época. Manifiesta el mismo talento, originalidad y valor moral que Mahoma, Odín o cualquiera de los otros espíritus grandes que hasta hoy han motivado las revoluciones en las edades pasadas. En esta época actual del mundo, incrédula, irreligiosa, idealista, geológica y propensa a lo animal, hace falta algún profeta singular como José Smith para preservar el principio de la fe y sembrar los gérmenes nuevos de una civilización que puede alcanzar la madurez en mil años. Mientras la filosofía moderna, que no cree en nada sino en lo que uno puede palpar, se extiende por los estados del litoral atlántico, José Smith está creando un sistema espiritual, combinado también con la moralidad y la industria, que puede llegar a cambiar el destino de la raza humana... Ciertamente a nosotros nos complacería ver que un profeta de esta categoría se levantara, captase el sentimiento público y pusiera fin al torrente de materialismo que está arrastrando al

mundo hacia la incredulidad, la inmoralidad, el libertinaje y el crimen. (George Q. Cannon, Life of Joseph Smith, Juvenile Instructor, 1888, pág. 324.)

Josiah Quincy, en otro tiempo alcalde de Boston, conoció al profeta José Smith, y quedó impresionado por el hecho de que algún día el mundo tendría que explicar su afirmación de que era un profeta enviado de Dios:

No es del todo improbable que en algún libro futuro, escrito para las generaciones que aún están por venir, se halle una pregunta más o menos como ésta: ¿Qué americano histórico del siglo XIX ha ejercido la influencia más potente en los destinos de sus compatriotas? Y no es del todo imposible que la respuesta a esa interrogación sea la siguiente: José Smith, el Profeta mormón. Y la contestación, por absurda que indudablemente ha de parecer a la mayor parte de los que hoy viven, podrá ser verdad obvia para sus descendientes. La historia contiene sorpresas y paradojas tan extraordinarias como ésta. Con lanzar epítetos injuriosos contra la memoria del hombre que estableció una religión en esta época de debates libres, que fue y es hoy aceptado por decenas de millares como emisario directo del Altísimo, no va uno a desembarazarse de tan extraordinario ser humano... (Josiah Quincy, Figures of the Past, pág. 866.)

Si el profeta José Smith no fue llamado de Dios, determine el lector para sí mismo la fuente de estas grandes realizaciones.

Recordemos que hubo quienes lo acompañaron cuando le fueron manifestadas las visiones celestiales; que, junto con él, recibieron el sacerdocio y llamamientos especiales; vieron las planchas de oro de las cuales se tradujo el Libro de Mormón; y oyeron la voz del ángel declarar que habían sido traducidas por el don y el poder de Dios. Todos estos testigos especiales permanecieron firmes en sus testimonios durante su vida.

VERDADES REVELADAS Y PROFECÍAS CUMPLIDAS EN ESTA DISPENSACIÓN

A fin de proporcionar un breve resumen, mencionaremos algunas de las verdades importantes sobre las que el Señor ha derramado su luz divina por conducto del profeta José Smith:

1. *La personalidad verdadera de Dios.*
2. *La verdadera relación entre el hombre y Dios.*
8. *El fundamento correcto del evangelio:*
 - (a) *Fe en el Señor Jesucristo,*
 - (b) *Arrepentimiento,*
 - (c) *Bautismo por inmersión para la remisión de pecados,*
 - (d) *Imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo.*
4. *El conocimiento de la diferencia entre el Sacerdocio de Aarón y el de Melquisedec. (Hebreos 7:11, 12.)*
5. *El entendimiento de los distintos oficios de estos dos sacerdocios, los deberes de cada cual, el número de miembros que se requiere para formar un quórum, etc.*
6. *La debida organización de la Iglesia y su propósito.*
7. *El nombre correcto que debe llevar la Iglesia de Jesucristo.*
8. *Los discípulos de la Iglesia de Cristo fueron y deben ser llamados “santos”.*
9. *De dónde vinimos: nuestra existencia antes que naciésemos.*
10. *Por qué estamos aquí sobre la tierra.*
11. *Los tres grados de gloria y lo que uno debe hacer a fin de prepararse para la gloria celestial.*
12. *Quiénes saldrán en la Primera Resurrección y quiénes no han de salir sino hasta el fin de los mil años, que será el gran día del juicio.*

18. *Que la obediencia a las ordenanzas del evangelio es tan esencial, que en el plan perfecto de Dios se ha dispuesto una obra vicaria de los vivos a favor de los muertos para el beneficio de aquellos a quienes no se ha predicado el evangelio, o no lo han aceptado en esta vida.*

14. *La predicación del evangelio a los muertos y el objeto que se persigue con ello.*

15. *Que se ha proveído un espacio de mil años (un milenio) para completar esta obra, sin la cual el día del juicio final vendría al principio y no al fin de este período.*

16. *Que la condición y duración de la vida de uno aquí sobre la tierra es principalmente el resultado de la vida que llevó en la preexistencia, así como la vida venidera será el resultado de la manera en que vivamos y lo que hagamos aquí en esta vida.*

17. *Que la Iglesia establecida por Cristo en el Meridiano de los Tiempos cayó en un estado de apostasía, y tanto los profetas antiguos como los Apóstoles del Maestro testimoniaron abundantemente de este hecho.*

18. *Que los profetas del Antiguo Testamento y los Apóstoles del Nuevo predijeron una restauración completa “de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 8:21), más bien que una reforma para corregir las falsas enseñanzas de las iglesias.*

19. *El significado y cumplimiento de las siguientes profecías:*

(a) *“Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.” (Apocalipsis 14:6-7.)*

(b) *“Y él envíe a Jesucristo... a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta 108 tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” (Hechos 8:20-21.)*

(c) *“He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos.” (Malaquías 3:1.)*

(d) *“Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado;*

por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos.” (Isaías 29:13-14.)

(e) *“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre.” (Daniel 2:44.)*

20. *La vuelta de Elías el Profeta a la tierra, y porqué lo hizo. (Malaquías 4:5, 6.)*

21. *La razón del maravilloso cambio en el mundo en lo que respecta a la preservación de datos genealógicos y organizaciones, sociedades, bibliotecas, y estudios e investigaciones genealógicas.*

22. *Que el matrimonio, según las Escrituras, tiene por objeto ser eterno.*

23. *Que la unidad familiar ha de continuar más allá del sepulcro.*

24. *La razón por qué se le edifican templos al Altísimo, y para qué se usan.*

25. *El sitio del templo que Isaías vio edificar en las cabezas de los montes en los últimos días. (Isaías 2:2, 3.)*

26. *Que en caso de enfermedad debemos llamar a los ancianos o élderes de la Iglesia para que unjan a los enfermos con aceite. (Santiago 5:14-16.)*

27. *El mandamiento de Dios dado a Ezequiel de que se escribiesen dos palos (o historias), una de Judá y sus compañeros y otra de José y sus compañeros, y cuáles son estos dos anales. (Ezequiel 37:15-19.)*

28. *El pueblo que hablaría desde la tierra como si fuera con voz de pitón. (Isaías 29:1-4; 2 Nefi 25:7, 9; 2 Nefi 26:15-17.)*
29. *Cuál es el “libro sellado” al cual se refiere Isaías. (Isaías 29:11, 12; 2 Nefi 27:5-26.)*
30. *El pueblo al cual se estaba refiriendo Jesús cuando dijo: “También tengo otras ovejas que no son de este redil.” (Juan 10:16; 3 Nefi 15:11-21.)*
31. *Las declaraciones hechas a José por su padre Jacob, repetidas por Moisés, en las que le fue prometida una tierra nueva en los “términos de los collados eternos” (Génesis 49:22-26; Deuteronomio 88:13-18), y dónde se hallan este país nuevo y collados eternos a los cuales se hace referencia.*
32. *Cuándo y por qué fueron sepultadas en las profundidades de la tierra las ciudades que se están excavando en Centro y Sudamérica. (8 Nefi, capítulo 8.)*
33. *De dónde vinieron y quiénes fueron las naciones civilizadas que en otro tiempo habitaron este hemisferio americano, en vista de las grandes ciudades y edificios que se están excavando.*
34. *Que habría dos centros de recogimiento, no uno, en los últimos días; uno para la tribu de Judá en Jerusalén, y otro en América para los israelitas de la descendencia de José. (Eter, capítulo 18.)*
35. *La diferencia entre las bendiciones de Judá y José en lo que respecta al sacerdocio. (Hebreos 7:4; 1 Crónicas 5:1, 2.)*
36. *Que los israelitas de la posteridad de José serían recogidos en los últimos días en esa parte de las Américas designada en las Escrituras como desierto y tierra sedienta de agua. (Jeremías 81:6-18; Isaías 2:2,3; capítulo 35; 41:18-28; 48:18-21.)*
37. *El llamamiento de patriarca, o evangelista, como suele llamársele. (Génesis capítulo 49; Deuteronomio capítulo 83; Hechos 2:29; 7:8-9; Hebreos 7:4; D. y C. 124:91-93.)*
38. *Que Jesús nunca bautizó a los niños pequeños, ni tampoco sus Apóstoles, antes “tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía”. (Mar. 10:16)*
39. *Lo que es el Urim y Tumim, y para qué lo usaban los profetas de la antigüedad, y qué fue de él. (1 Samuel 28: 6; Esdras 2: 62-63; Levítico 8:8; Deuteronomio 88:8; Exodo 28:30; Números 27:21.)*
40. *Que la ley de los diezmos es el plan del Señor para sostener su reino en la tierra.*
41. *Que el Señor dio la Palabra de Sabiduría como revelación para la salvación temporal de su pueblo en los últimos días, y que antecedió a la ciencia en cuanto a la declaración de las cosas que no son buenas para el cuerpo.*
42. *Que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días mantiene un sistema misional como lo instituyó el Salvador, en el cual los misioneros trabajan sin recibir remuneración por sus servicios.*

UNA OBRA MARAVILLOSA Y UN PRODIGIO

Ni José Smith ni hombre alguno podría haber obtenido toda esta información por leer la Biblia o estudiar los libros que se han escrito. Vino de Dios. Es precisamente lo que Isaías prometió que el Señor haría cuando las condiciones sobre la tierra llegasen al estado en que José Smith las encontró cuando salió al bosque a orar en busca de entendimiento para saber a cuál de las iglesias debería unirse.

Consideremos una vez más lo que el Señor prometió por medio de Isaías:

Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado;

por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos. (Isaías 29:13-14.)

Ciertamente es un prodigio grande y una obra maravillosa. ¿Se puede concebir algo más prodigioso o maravilloso?

Ante todo esto, efectivamente parece la sabiduría de los sabios. El mundo no puede encontrar una explicación satisfactoria. En la oficina del Historiador de la Iglesia, en Salt Lake City, se hallan más de veinte mil libros, grandes y pequeños, en cada uno de los cuales se dice algo del profeta José Smith. También se hallan archivados aproximadamente dos mil folletos sobre el asunto. Muchos de éstos representan los esfuerzos de escritores no mormones de tratar de explicar el enigma de José Smith y la obra que él estableció, pero no lo han logrado. Todas estas obras se han ido acumulando desde el nacimiento de José Smith en 1805.

Bien predijo Isaías:

“Porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos.” (Isaías 29:14.)

¿En qué otra forma podría cumplirse más literalmente esta profecía, de no haber sido por la intervención de José Smith y la obra que el Señor estableció por conducto de él?

Llamamos la atención a un artículo publicado en *The New York Herald*, del cual citamos en este capítulo: “José Smith está creando un sistema espiritual, combinado también con la moralidad y la industria, que puede llegar a cambiar el destino de la raza humana.” Se hizo esta afirmación en 1842; y al tiempo en que se escribe esta obra, siglo y medio más tarde, en vista de todas las realizaciones que ha logrado la Iglesia fundada bajo su dirección, es evidente que este pronunciamiento alcanzará un cumplimiento cabal.

Es igualmente seguro que tendrá cumplimiento la predicción de Josiah Quincy hecha en 1844, a saber:

No es del todo improbable que en algún libro futuro, escrito para las generaciones que aún están por nacer, se halle una pregunta más o menos como ésta: ¿Qué americano histórico del siglo XIX ha ejercido la influencia más potente en los destinos de sus compatriotas? Y no es del todo imposible que la respuesta a esa interrogación sea la siguiente: “José Smith, el Profeta mormón”.

UNA RELIGION “AMERICANA” MUNDIAL

El conde León Tolstoi, distinguido autor, estadista y filósofo ruso, tenía una opinión semejante en cuanto al futuro destino probable de la “religión americana” fundada por conducto del profeta José Smith.

Thomas J. Yates relata un incidente que ocurrió mientras asistía a la Universidad Corneil en 1900. Tuvo el privilegio de ser presentado al Dr. Andrew D. White, en otro tiempo presidente de la Universidad Corneil y por esa época Embajador Norteamericano en Alemania. Al enterarse de que el Sr. Yates era mormón, el Dr. White lo invitó a que pasara una tarde con él, y en esa ocasión le informó de un acontecimiento relacionado con el conde Tolstoi que ocurrió mientras aquél servía como Ministro Norteamericano en Rusia, en 1892. El Dr. White solía visitar al conde

Tolstoi, y en una de las ocasiones sostuvieron una conversación sobre la religión. Citamos la relación que el hermano Yates hizo de la conversación anterior, según le fue repetida por el Dr. White:

—Dr. White —dijo el conde Tolstoi— deseo que me informe de su religión americana.

—No tenemos religión de estado en América —fue la respuesta.

Lo sé; pero deseo saber acerca de su religión americana.

Entonces el Dr. White pacientemente le explicó al conde que en América había muchas religiones y que toda persona estaba en libertad de pertenecer a la iglesia particular en que estuviere interesada.

Tolstoi contestó con impaciencia:

-Sé todo esto, pero lo que deseo saber es acerca de la religión americana. El catolicismo se originó en Roma; la Iglesia Episcopal se originó en Inglaterra; la Iglesia Luterana en Alemania, pero la iglesia a que me refiero se originó en América y se conoce comúnmente como la Iglesia Mormona. ¿Qué puede usted decirme acerca de las enseñanzas de los mormones?

—Pues no es mucho lo que sé de ellos —contestó el Dr. White—. Tienen una reputación no muy buena, practican la poligamia y son supersticiosos.

Entonces el conde León Tolstoi, en su manera franca y severa pero afable, reprendió al ministro.

—Dr. White, me es causa de grande sorpresa y desengaño el que un hombre de su erudición y categoría se encuentre tan ignorante en lo que concierne a este asunto tan importante. La gente mormona enseña la religión americana; sus principios no sólo instruyen a la gente acerca del cielo y sus glorias consiguientes, sino la forma en que deben vivir para que sus relaciones sociales y económicas de los unos para con los otros estén fundadas sobre una base sana. Si la gente observa las enseñanzas de esta iglesia, nada puede estorbar su progreso: no tendrá límites. En lo pasado se han iniciado grandes movimientos, pero han fenecido o sufrido modificaciones antes de alcanzar la madurez. Si el mormonismo puede perdurar, sin variación, hasta llegar a la tercera y cuarta generación, esta destinado a convertirse en la fuerza más potente que el mundo jamás ha conocido. (Improvement Era, febrero de 1939, vol. 42, pág. 94.)

A causa de su conversación con el conde Tolstoi, el doctor White, al regresar a los Estados Unidos, obtuvo un juego de los libros canónicos de la Iglesia y los depositó en la biblioteca de la Universidad Corneil.

El conde Tolstoi indicó que “si el mormonismo puede perdurar, sin variación, hasta llegar a la tercera y cuarta generación, está destinado a convertirse en la fuerza más potente que el mundo jamás ha conocido”.

Lo anterior no es sino otra manera de describir lo que el profeta Daniel anunció al interpretar el sueño del rey Nabucodonosor:

Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días..

Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre. (Daniel 2:28,44.)

¿Por qué debe dudar persona alguna de que el Señor cumplirá esta promesa? ¿Dónde, pues, está el reino al cual se refiere Daniel? No ha de venir todo de una sola vez. Antes, fundado por Dios y no por el hombre, está destinado a henchir toda la tierra, aun cuando su comienzo fuese pequeño.

Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, he hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó.

...y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra. (Daniel 2:84,85.)

¿Qué razón tiene el mundo para dudar? ¿Qué evidencia de mayor importancia podría Dios incorporar en el reino que establecería en los últimos días, a fin de comprobar que es de El y no del hombre? ¿Por qué se dilata tanto la verdad para recorrer el camino? Siempre es así. Cuando Jesús vino entre los hombres y declaró que era el Hijo de Dios, la gente del mundo lo despreció. Jesús dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.” (Juan 15:18.)

Si aceptamos como verdadera la declaración del profeta Amós cuando dijo, “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a su’ siervos los profetas” (Amós 3:7), claro está que El no iba a establecer, sin un profeta, el reino que vio Daniel; ni tampoco llevarla a cabo, sin un profeta, la obra maravillosa y prodigio que Isaías anunció. ¿Qué profeta pudo haber hecho más para demostrar su fidelidad a su comisión y llamamiento que sellar su testimonio con su sangre, como lo hizo el profeta José Smith?

William George Jordan escribió:

El hombre que tiene cierta creencia religiosa y teme discutirla, por medio de que se pueda probar que es incorrecta, no es leal a su creencia; no posee sino la fidelidad de un cobarde a sus prejuicios. Si amara la verdad, estaría dispuesto a dejar su creencia, en cualquier momento, por una fe más alta, mejor y más firme. (The Power of Truth, pág. 11.)

Jesús expresó la misma idea cuando dijo:

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados.”
(Mateo 5:6.)

LAS PROMESAS DE DIOS A LOS QUE BUSCAN LA VERDAD

En conclusión, quisiéramos sugerir al lector, si es amante de la verdad, que considere imparcialmente la evidencia que hemos presentado respecto al llamamiento divino del profeta José Smith y la verdad de la Iglesia que se estableció por conducto de él; y que siga el consejo de Santiago como lo hizo el joven José Smith:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.” (Santiago 1:5.)

Le recomendamos, además, que ponga a prueba la promesa contenida en el Libro de Mormón:

V cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo. (Moroni 10:4.)

La fuerza de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y el poder mediante el cual está creciendo tan rápidamente estriban en el testimonio individual de sus miembros. Han puesto a prueba esta promesa, y el Señor ha cumplido con su parte. No hay razón para que uno quede satisfecho con menos de lo que sea un testimonio individual, en vista de lo que han prometido Santiago y Moroni, aparte de esta afirmación del Salvador del mundo:

Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.

El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. (Juan 7:16, 17.)

Se espera que cada uno de los lectores de este libro llegue a compartir, con su autor, un testimonio individual de la verdad de estas cosas. Esto constituye la “perla preciosa” de gran precio a que se refería Jesús cuando dijo:

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró. (Mateo 13:45,46.)

FULGURA LA AURORA (Himno N°1)

*El alba rompe de verdad y en Sión se deja ver,
tras noche de obscuridad, bendito día renacer.
De ante la divina luz huyen las sombras del error.
La gloria del gran Rey Jesús ya resplandece con fulgor.
Va es la plenitud gentil e Israel la paz tendrá.
Judá, limpiada de lo vil, en Canaán ya entrará.
Tornad, gentiles, a vivir y escuchad a Jehová.
Con brazo fuerte él vendrá, y a los suyos salvará.
Verdad del suelo ya da fe y ángeles proclaman ya
y luz celeste ya se ve, que a los justos guiará.*

Parley P. Pratt. (1840)

La prometida “obra maravillosa y un prodigio” está aquí entre los hombres. Se puede aceptar o rechazar el mensaje y la obra. La elección es vuestra. Tal vez nunca más en esta vida volveréis a tener la oportunidad de juzgar un asunto de igual importancia. Vuestra decisión os seguirá con sus consecuencias por los siglos de los siglos.